



AÑO IV

NÚM. XL

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
ABRIL — 1892  
~~~~~

MADRID

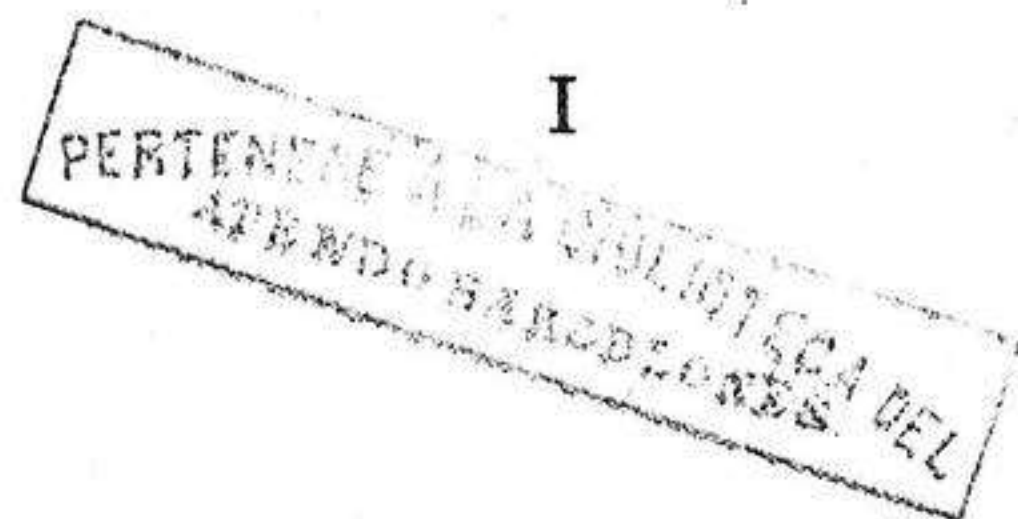
AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

HISTORIA DEL TENIENTE YERGUNOF

I



Aquella noche nos contó de nuevo su aventura el teniente Yergunof. La repetía ce por be una vez todos los meses, y cada vez la escuchábamos con mayor gusto, aun sabiéndonos al dedillo casi todos los detalles. Estos detalles habían brotado, digámoslo así, sucesivamente en torno del primitivo tallo de la historia, como brotan los hongos alrededor del tronco de un árbol cortado. Conocíamos demasiado el carácter del narrador, para que tuviésemos la más mínima dificultad en suplir sus omisiones y rellenar sus lagunas; pero desde aquel entonces, habiendo fallecido el teniente, no queda nadie para referir su aventura. Por eso nos decidimos á ponerla en conocimiento de todo el mundo.

El extraordinario suceso ocurrió en la juventud del teniente, hará de ello así como unos cuarenta años. Hablando de su persona, decía él mismo que

á la sazón era un guapo mozo, elegante, con una cara de esas que en ruso se llaman de *sangre y leche*, labios bermejos, riza cabellera y ojos de halcón. Le creíamos bajo su palabra, aunque sin hallar en él nada semejante á tales cosas. Parecía el teniente un hombre de aspecto muy común, de rostro vulgar y como soñoliento, desgarrado y cursi en el vestir; pero no debe olvidarse que ninguna hermosura resiste al tiempo. Los restos de la elegancia querían conservarse mejor en el teniente. En su vejez aún llevaba pantalón muy ceñido, con trabillas; se apretaba la exuberante cintura, se rizaba el copete y se teñía los bigotes con cierta droga persa que les daba reflejos rojos ó verdes, más bien que negros. Mas todo ello no quita para que el teniente fuera un caballero muy estimable, aun cuando al jugar al *whist* gustábale echar miradas furtivas á las cartas del vecino con sus ojuelos gri-

ses; pero esto lo hacía menos por afán de lucro que por ánimo de ahorro, pues no le gustaba perder inútilmente el dinero. En fin, basta de hablar del teniente; pasemos á su historia.

Aconteció ésta en la por entonces nueva ciudad de Nicolaief (1). Reinaba la primavera. El señor Yergunof, que tenía el empleo de teniente en la marina imperial, acababa de ir allá para desempeñar una comisión del Gobierno. Como oficial de solidez y circunspección que era, habíasele encargado que dirigiese ciertas construcciones navales; con frecuencia le remitían cantidades bastantes considerables, que para mayor seguridad llevaba siempre encima, dentro de un cinturón de cuero abrochado con hebillas alrededor de su cuerpo. A pesar de sus pocos años, el teniente Yergunef distinguíase, en efecto, por una gran prudencia y una gran moralidad de conducta. Evitaba con cuidado toda acción vituperable; por aquella época no tocaba los naipes, no bebía vino y hasta evitaba el trato social en absoluto; de suerte que entre sus camaradas, los formales le denominaban *la señorita*, mientras que los bullangueros le pusieron por mote *el gorro de dormir*. El teniente no tenía más que un flaco: su corazón era en extremo sensible á los encantos del bello sexo; pero hasta en eso mismo sabía resistir los ímpetus de las pasiones, y guardábase muy mucho de lo que hubiese llamado él abdicar. Se

acostaba y se levantaba con las gallinas, cumplía puntualmente con sus deberes, y no tenía más distracción que dar un largo paseo á la tarde por los barrios extremos de Nicolaief. Nunca leía libros, por miedo á las congestiones cerebrales, y hasta veíase todas las primaveras obligado á combatir la plétora con ciertos cocimientos. Puesto de uniforme, después de cepillarse él mismo con mucho esmero, el teniente se dirigía todas las tardes á los huertos de los arrabales, siguiendo con paso lento largas cercas de empalizada. Deteníase á menudo, admiraba la hermosa naturaleza, cogía una flor á guisa de recuerdo y experimentaba una especie de satisfacción interior. Pero no tenía verdadero placer sino cuando se encontraba con algún «cupidillo», es decir, alguna linda artesana que apresuraba sus andares al regresar á casa, llevando sobre los hombros ese manto que llaman «calentador del alma», un pañuelo de colorines á la cabeza y un ligero lío debajo del brazo desnudo. Siendo de temperamento sensible, pero modesto, como decía él mismo, el teniente nunca dirigía la palabra al «cupidillo». Sin embargo, le echaba una afable sonrisa y le seguía largo tiempo con una mirada acariciadora; luego exhalaba un profundo suspiro, regresaba á su casa con el mismo andar solemne, sentábase delante de la ventana y se entregaba á sus reflexiones durante cosa de media hora, fumando con precaución en una gran pipa de espuma de mar, un tabaco horriblemente fuerte, regalado por un

(1) Fundada junto á la desembocadura del río Dnieper.

oficial de policía alemán, padrino suyo. Así pasaban los días, sin pena ni goce.

Volviendo una vez á su casa, hacia la caída de la tarde, por una calleja desierta, de pronto oyó el teniente detrás de sí pasos precipitados y palabras confusas entrecortadas por sollozos. Volvió la cabeza y vió una joven de veinte años, cuyo muy agradable rostro estaba inundado de lágrimas. Parecía ser víctima de una desgracia tan grande como inesperada. Corría, tropezaba, hablaba á solas, levantaba los brazos gimiendo. Sus rubios cabellos estaban sueltos, y la pañoleta (en aquel tiempo no se conocía la mantilla ni el albornoz) se le había escurrido de los hombros, y sólo quedaba prendida por un alfiler. La joven vestía de señorita, no de simple artesana.

Yergunof se puso á un lado. Un sentimiento compasivo venció en él al constante temor de abdicar. Cuando llegó ella junto á él, se llevó atentamente la mano á la visera del chacó, y preguntóla por la causa de su dolor. «En mi calidad de militar—dijo llevando la mano á su corto sable de marino—¿puedo auxiliar á V. en alguna cosa?»

Se detuvo la joven y pareció no haber comprendido al pronto la oferta del teniente. Pero en seguida, y como gozosa al poder abrir su pecho, se puso á hablar muy deprisa y en malísimo ruso: «¡Por favor, señor *ofizir!*—comenzó, é inmediatamente corrieron de nuevo sus lágrimas, resbalando gota á gota sobre las mejillas redondas y frescas.—¡Esto es espantoso, es horrible!

¡Dios sabe lo que es! Nos han desba-lijado... Por favor... la cocinera se lo ha llevado todo, tetera, cofrecillo, vestidos... Sí, hasta los vestidos, y las medias, y la ropa blanca... Sí, y el *ridículo* de mi tía. Dentro de él había, en un estuche, un billete de veinticinco rublos y dos cucharas de *plaqueé*..., y además un abrigo de señora... y todo, ¡todo!...» He dicho esto al señor oficial de policía, y el señor oficial va y me contesta: «Márchese V. de aquí, no la creo, no quiero oirla; V. es de la misma cuadrilla.» Voy y le digo: «¡Por favor!... ¡Una pelliza!» Y va él y me dice de nuevo: «No quiero escucharla á V. ¡Largo de aquí!» Y pega una patada en el suelo. ¡Qué insulto, señor oficial!... ¡Largo de aquí!... ¿Y á dónde quiere que yo me vaya?

La joven prorrumpió de seguida en sollozos, y apoyó la cara en el brazo del teniente. Trastornado á su vez Yergunof, sin moverse del sitio, limitábase á decir: «Vamos, acabe V.», y no podía separar la vista del palpitante escote de la llorosa joven.

—Señorita—dijo al fin, tocándola ligeramente con un dedo en el hombro—permítame V. que la acompañe á su casa; aquí... en la calle... ya lo ve V., es imposible... Me explicará V. sus penas, y, como verdadero militar, de cierto que pondré todo mi empeño en...

La joven levantó entonces la cabeza y por primera vez pareció fijarse en quién era el joven que la tenía entre los brazos, si así puede decirse. Se ruborizó, volvió la cabeza, y sin dejar de sollozar, se apartó algunos pasos. El

teniente reiteró su ofrecimiento. La joven le echó una mirada con disimulo á través de los largos cabellos rubios, empapados en lágrimas, que le caían por delante de los ojos. (Al llegar á esta parte del relato, nunca dejaba de decirnos Yergunof que aquella mirada le había atravesado por completo como con una lezna, y hasta una vez intentó reproducir esa mirada.) Después, tomando el brazo que la ofrecía el galante teniente, se marcharon juntos hacia el sitio donde, según ella, caía su casa.

Yergunof había tenido en su vida pocas ocasiones de frecuentar el trato de las mujeres, y por eso no sabía muy bien por dónde comenzar la conversación; pero su compañera le sacó de apuros muy pronto. Se puso á charlar por los codos con volubilidad, mientras con el envés de la mano se limpiaba las lágrimas que sin cesar asomaban por entre sus párpados. Al cabo de algunos instantes supo el teniente que se llamaba Emilia Carlovna, que era natural de Riga, que había ido á Nicolaief á pasar una temporadita con su tía, la cual también era hija de Riga; que también su padre había sido militar, que había muerto del pecho; que su tía había tomado una criada rusa, muy buena cocinera y no muy cara, pero sin cartilla, y que esa cocinera, el mismo día de entrar, les había robado todo y había huido no se sabe á dónde; que fué preciso ir á ver á la policía... Al llegar aquí le vino á la memoria el recuerdo del insulto recibido, y de nuevo estallaron los sollo-

zos. El teniente vióse otra vez en apuros para encontrar algo consolador que decirle; pero la joven, en quien, á lo que parece, iban y venían las impresiones con la misma rapidez, se interrumpió de golpe para extender la mano y decir con voz tranquila:

—Ahí tiene V. nuestra casa.

Aquella casa era una especie de barracón medio sepulto en tierra, con cuatro ventanas pequeñas á la calle. Detrás de las vidrieras se veía el oscuro verdor de unos tiestos de geranio, y á través de una ventana pasaba el débil resplandor de una vela encendida. Iba entrando la noche. Desde la casa misma extendíase un cercado de tablas hasta la altura del alero, con una puerta falsa. Se acercó á ella la joven, y encontrándola cerrada, agitó con impaciencia el pesado anillo de hierro de la antigua cerradura. Detrás de la cancela dejáronse oír unos pasos rastroros, como de una persona calzada con chanclas viejas, y una voz ronca hizo en alemán una pregunta que el teniente no comprendió. Como verdadero marino, sólo entendía el ruso. La joven también respondió en alemán. Entreabrieron la puerta, dejando pasar á la joven, y en seguida se cerró brusca-mente, dando con ella en las narices á Yergunof, quien, sin embargo, tuvo tiempo de distinguir en la penumbra la figura de una vieja gorda vestida de encarnado y con una linterna en la mano. Atónito por la sorpresa, el teniente permaneció inmóvil algún tiempo; pero bien pronto, indignado ante la idea de que hubiese quien se atre-

viera á permitirse tal descortesía con un oficial, dió media vuelta á escape y se encaminó á su alojamiento. Apenas había andado diez pasos, cuando volvió á abrirse la puerta, apareció en los umbrales la joven, que había tenido tiempo para cuchichear al oído á la vieja, y en alta voz dijo:

—Pero, ¿á dónde va V., señor oficial? ¿Es que no quiere V. entrar en nuestra casa?

Yergunef titubeó un momento, y á la postre volvió piés atrás.

Su nueva conocida, á quien de ahora en adelante llamaremos Emilia, le hizo entrar primero en una piececita húmeda y sombría, después le introdujo en una habitación bastante grande, pero muy baja de techo. Una de las paredes estaba ocupada por un vasto armario y un sofá de hule; encima de las puertas, y entre las ventanas, veíanse los retratos desconchados de dos arzobispos con la mitra puesta, y el de un turco con turbante. En los rincones de la estancia había muchos cofres y sombrereras de cartón; y, rodeada de sillas cojas, había una mesa de juego abierta, y sobre ella un gorro de hombre junto á un vaso de *kvass* medio vacío. Pisándole los talones al teniente, entró la vieja que éste había visto junto á la puerta. Era una judía de aspecto repulsivo; sus pitarrosos ojillos lanzaban miradas siniestras; algunos pelos grises cubrían su abultado labio superior. Emilia se la presentó al teniente, diciéndole:

—Mi tiita, la señora Fritsche.

El teniente no pudo reprimir un mo-

vimiento de sorpresa; pero se creyó en el deber de declarar su nombre y profesión. La señora Fritsche no le contestó más que con una mirada oblicua, y preguntó en ruso á su sobrina si quería té.

—¡Ah, sí, té!—exclamó Emilia.—¿No es así, señor oficial? ¿Tomará V. té? Sí, tiita; tráiganos el *samovar*. Caballero, ¿por qué continúa de pié, en lugar de sentarse? ¡Dios mío, qué ceremonioso! Permítame que me quite el chal.

Mientras Emilia estaba hablando, volvía á uno y otro lado la cabeza y movía los hombros con rápidos movimientos insignificantes. Así hacen los pájaros cuando están en lo alto de las copas de los árboles y les alumbra el sol por todos lados.

El teniente tomó asiento, y dando á su postura la necesaria gravedad, entabló conversación acerca del asunto del robo; pero al punto le interrumpió Emilia:

—No pase V. cuidado, ya no es nada; acaba de decirme mi tía que los principales objetos se han recuperado. (Aquí, la señora Fritsche murmuró algunas palabras en sus barbas, y abandonó la estancia.) Ni siquiera había necesidad de dar parte á la policía; pero yo jamás me sé contener. Soy... (pero V. no comprende el alemán), soy tan... *rápida*. Míreme V., ya no pienso en ello absolutamente nada.

El teniente miró á Emilia. En efecto, su rostro había recobrado la expresión del abandono. Todo se sonreía en aquella gentil cara, todo: los ojos ro-

deados de largas pestañas cenicientas, la boca, las mejillas, la barba, hasta el hoyuelo de la barba, hasta la punta de la remangada naricita. Se aproximó á un espejo desportillado y se puso á recogerse el cabello, canturreando y guiñando los ojos. Yergunef seguía con atención cada uno de sus movimientos, porque le iba haciendo mucha gracia.

—¿Me dispensará V., no es así, por haberle traído sin más ni más á mi casa?—se puso á decir ella, haciendo carocas delante del espejo.—¿Le será á V. desagradable esto?

—¿Qué dice V. ahí?

—Ya se lo he dicho: ¡soy tan *rápida!* Primero obro y luego pienso; menos cuando ni siquiera me paro á pensar antes ni después, que es lo más frecuente. ¿Cómo se llama V., caballero oficial? ¿Se puede saber?

Al decir esto se plantó resuelta delante de él, cruzando sobre el pecho sus redondos brazos.

—Me llamo Yergunof Kuzma Vasilief—dijo el teniente.

—¿Yergu... qué? ¡Ah! No puedo con ese nombre: es demasiado difícil de pronunciar. Le llamaré á V. Florestán. En Riga teníamos un señor Florestán que vendía un excelente gorgorán de Nápoles... y que era muy guapo... aunque no tanto como V. ¡Pero qué magnífica estatura tiene V.!... La de un verdadero héroe ruso. Me gustan los rusos; yo también soy rusa. Sí; soy rusa, porque mi padre era oficial, y hasta querían darle una cruz... ¡Pero tengo las manos aún más blancas que V.!

Levantó los brazos por encima de la cabeza, agitó las manos para hacer que descendiese la sangre, y bajándolas bruscamente, dijo:

—Mire V., me las lavo con jabón griego perfumado. Huela V. un poco... ¡Ah, pero... cuidadito con besar!... No se las enseñe á V. para eso... ¿Y dónde sirve V.?

—Sirvo en la Armada, en el 19.º buque del mar Negro.

—¡Ah! ¿Con que es V. marino?... ¿Tiene V. buena paga?

—Así, así; no mucha.

—Debe ser V. muy valiente. Se lo conozco en lo blanco de los ojos. ¡Vaya unas cejas espesas que tiene V.! Dicen que conviene frotárselas con sebo por la noche para que crezcan. Pero ¿por qué no gasta V. bigotes?

—No lo permite el reglamento.

—¡Caramba! ¡Qué bárbaro es el reglamento de Vds.!... Y eso que lleva V. ahí, ¿es un cuchillo?

—Es un puñal. El puñal es el signo distintivo del marino.

—¡Ah! ¡Un puñal!... ¿Y corta?... Vamos á verlo un poco.

Y cerrando los ojos y mordiéndose los labios, sacó á tirones la hoja de la vaina, se puso el corte encima de la nariz, y dijo:

—¡Pero si está mellado el puñal de V.!... Y, sin embargo, podría matarle á V. de una sola puñalada.

Amenazó al teniente, quien hizo como que tenía miedo y lanzó una carcajada. También ella se echó á reír.

—Os perdono—dijo, tomando una actitud teatral y majestuosa.—Vamos,

recoja V. su arma... A propósito: ¿Qué edad tiene V.?

—Veinticinco años.

—Y yo diez y nueve. ¡Tiene chiste la cosa, Dios!

Emilia se echó á reir entonces con tanto abandono, que se tiró hacia atrás. El teniente permanecía inmóvil en su asiento, sin poder apartar la vista de aquel rostro fresco y sonrosado, conmovido por la tentación de risa. Cada vez le gustaba más y más.

Detúvose de pronto Emilia, y después de examinar con atención al teniente como si le viese por vez primera, se acercó al espejo, canturreando entre dientes (era su costumbre).

—¿Sabe V. cantar, caballero Florestán?—preguntó.

—No, señorita; no me enseñaron canto cuando era pequeño.

—¿Y tampoco tocar la guitarra? Yo, sí sé. Tengo una guitarra con incrustaciones de nácar de madreperla; sólo que las cuerdas están rotas. ¿Me dará V. con qué comprar otras para reemplazarlas, señor oficial? Entonces le cantaré á V. una preciosa romanza alemana, ¡más conmovedora!... ¿Y bailar, sabe V.?... ¿No? ¡Mentira parece! Yo le enseñaré á V. la escocesa y el vals cosaco... *Tra-la-lá, tra-la-lá...*

Y Emilia se puso á saltar por la habitación.

—Fijese en qué lindas botitas altas llevo puestas. Son de Varsovia... Pero, ¿cómo me va V. á llamar?

El teniente se ruborizó hasta las orejas.

—La llamaré á V. la adorable Emilia.

—Pues me debe llamar V. *Mein Zucker püppchen* (1). Vamos á ver, repita V. conmigo...

—Con mucho gusto; pero temo que sea demasiado difícil para mi lengua...

—Lo mismo da, lo mismo da. Díga V. *Mein...*

—*Máin...*

—*Zucker...*

—*Tsúquer...*

—*Püppchen, püppchen, püppchen...*

—*Piúp... piúp... jen...* No, no puedo: eso no me sale bien.

—Sí, sí, es preciso. ¿Sabe V. lo que significa eso? En alemán es la frase más dulce para las señoritas. Se lo explicaré á V. más tarde, porque ya viene aquí mi tiita trayéndonos el *samovar*.

Emilia se puso á palmotear de gusto.

—Tiita, ¿tomaré el té con crema? ¿La hay?

—Cállate—dijo la tía en alemán con tono avinagrado.

El teniente permaneció en casa de la señora Fritsche parte de la noche. Desde su llegada á Nicolaief, nunca había tenido una velada tan agradable. Cierto es que más de una vez se le pasó por la cabeza que á un oficial, á un caballero, no le convenía intimar con personas como la señorita de Riga y su *tiita*. Pero era tan bella Emilia, tenía una labia tan picaresca, le miraba con ojos tan traviosos, que echó atrás todos sus escrúpulos para vivir una vez á sus anchas, como se lo aconsejaba un *pope* amigo suyo.

(1) Significa: *mi muñequita de azúcar*.

Sólo una circunstancia le contrarió algo y dejó penosa impresión en su ánimo. En lo más vivo de su charla con Emilia y la tía de ésta, entornóse la puerta del cuarto y por la abertura pasó un brazo masculino metido en una manga de color oscuro, y portador de un bulto bastante grande, envuelto en una servilleta. Las dos mujeres se acercaron con premura para mirar lo que contenía.

—¡No son las mismas cucharas!— exclamó Emilia.

Pero la tía la dió un codazo y se apresuró á llevarse el bulto, sin atar los cabos de la servilleta, en uno de los cuales creyó ver el teniente una mancha roja como si fuese de sangre.

—¿Qué es eso?—preguntó.—¿Les han traído á Vds. algunos otros de los objetos robados?

—Sí—dijo Emilia con cierta vacilación—han traído...

—¿Quién los ha encontrado? ¿El sirviente de Vds.?

Emilia frunció el entrecejo y exclamó:

—¿Qué sirviente? No tenemos ninguno.

—¿Pues quién es un hombre?...

—Ningún hombre viene nunca á vernos.

—Dispense V., dispense; he visto perfectamente una manga de *venguerka*, y además aquel gorro...

—Ningún hombre, ninguno, viene á vernos nunca—repitió Emilia con insistencia.—¿Qué ha podido ver V.? V. no ha visto nada... Aquel gorro es mío.

—¿Cómo de V.?

—Mío. Algunas veces se me antoja ir á los bailes de máscara. En una palabra, es mío y eso basta.

—Pero, entonces ¿quién ha traído ese paquete?

Emilia no respondió nada y salióse bruscamente tras de su tía. Unos minutos más volvió á entrar sola. Cuando el teniente quiso interrogarla de nuevo, quedósele mirando ella entre ceja y ceja; y mientras le decía que era impropio de un caballero manifestar tanta curiosidad, se le inmutó el semblante, se puso entristecida, y sacando al momento de la mesa una baraja muy usada, pidió al teniente que la dijera la buena ventura sobre el rey de oros.

Yergunof echóse á reír, tomó los naipes é inmediatamente se le desvanecieron todas las ideas de sospechas que pudo concebir; pero esos mismos malos pensamientos volvieron á surgir en él durante aquella misma noche. Acababa de salir por el postiguillo de la cerca que daba á la calle y había dicho á gritos por última vez á Emilia *Adios, Zuckerpüppchen*, cuando un hombre de corta estatura pasó de pronto rozándole; la luna, que lucía con intensa claridad, le permitió ver un escuálido rostro de bohemio con bigotes negros, nariz aguileña, ojos brillantes y espesas cejas. Ese hombre se lanzó con presteza á esconderse tras de la esquina de una casa. Sin embargo, el teniente creyó reconocer, no su rostro (que jamás había visto), sino la manga con los tres botones de plata

de su capote con alamares. En el ánimo del prudente joven despertóse una especie de inquietud. De regreso á su casa no encendió, como lo tenía por costumbre, su gran pipa de espuma de mar. Aparte de eso, podían explicar la agitación de sus sentimientos el inesperado encuentro con la hechicera Emilia y las gratas horas que acababa de pasar con ella.



Fueran las que fuesen las aprensiones del teniente, se desvanecieron con rapidez y sin dejar huellas. Continuó visitando cada vez con más frecuencia á las dos damas de Riga. Al principio Yergunof fué á verlas á escondidas, por avergonzarse algún tanto de tal intimidad; luego, poco á poco, prefirió abiertamente la morada de sus nuevos conocimientos á cualquiera otra casa, claro es que sin exceptuar las tristes cuatro paredes de su habitación. La señora Fritsche ya no le producía una impresión desagradable, aun cuando continuaba tratándole con despego y hasta huraña. Las damas de aquella especie aprecian más que nada en sus visitantes la generosidad, y el teniente no dejaba de tener avaricia. En materia de regalos, los que más le gustaba dar eran nueces, pasas y bollos de alajú. Sólo una vez se había arruinado, según su propia expresión: había ofrecido á Emilia una pañoleta

de seda de color de rosa y de verdadera fabricación francesa. El mismo día ella le quemó las puntas á la luz de una vela; y, como él la reprendiese, ató la pañoleta al rabo de la gata; incomodóse él, y ella se le rió en las narices. El teniente hubo de confesarse al fin que no sólo no inspiraba ningún respeto á las damas de Riga, sino que ni siquiera se había captado su confianza, puesto que nunca le dejaban entrar de buenas á primeras y sin previo examen. A menudo le hacían esperar, otras veces le despedían sin dárseles un ardite; y, para que no se enterase de sus confidencias particulares, hablaban en alemán delante de él. Emilia no le daba cuenta alguna de sus actos, y siempre encontraba evasivas para todas las preguntas que pudiese hacerla. Pero lo que más le chocaba era ver que constantemente le impedirían entrar en ciertas habitaciones de la casa de la señora Fritsche, que, á pesar de que parecía nada más que un barracón, era bastante espaciosa. Esto no obstante, Yergunof continuaba frecuentando con asiduidad el trato de Emilia. Encontraba allá gentes expansivas, como suele decirse; y halagaba secretamente á su amor propio el que su joven amiga, la cual continuaba llamándole Florestán, adivinase cada vez más su varonil belleza, y le dijera que encontraba parecidos sus ojos á los de un pájaro del paraíso.

Un día, en el rigor del estío y á la hora de la siesta, después de haber pasado el teniente toda la mañana al sol con los operarios del astillero, llegó

molido, arrastras á la puerta falsa que tanto conocía. Llamó y no le hicieron esperar mucho. Apenas entró en lo que llamaban el salón, tumbóse en el sofá. Se le acercó Emilia, y con el pañuelo enjugó la frente del oficial, bañada en sudor.

—¡Qué fatigado está! ¡Qué calor tiene!—dijo con tono compasivo.— ¡Pobre amigo mío! ¡Si se hubiese soltado nada más que la presilla de la gola! ¡Dios mío, si se le ve saltar el corazoncito dentro del pecho!

—No puedo más —respondió gimiendo Yergunof.— ¡De pié desde el alba y dándome en el chacó un sol abrasador! Mi primera intención fué refugiarme en casa; pero me esperan allí esas serpientes de proveedores. Aquí, en tu casa, ¡qué fresco! Si me atreviese, creo que echaría una siestecita.

—Pues bien, duérmete; nadie te molestará aquí.

—Pero tengo conciencia de que...

—¡Vaya una idea! Duerme. Voy á acunarte.

Y se puso á gorjear una canción de nodriza. El teniente exclamó:

—¡Si me dices antes un vaso de agua!

—Toma, aquí la tienes, transparente como el cristal. Espera, voy á ponerte una almohadita debajo de la cabeza... Y también esto... contra las moscas.

Le cubrió la cara con su pañoleta del cuello.

—Muchas gracias, cupidillo mío—dijo el otro, y se quedó dormido.

Emilia canturreaba balanceándose como si le hubiera mecido, y se reía ella misma de sus propios ademanes y de su canción.

Al cabo de una hora despertóse Yergunof. A través de su sueño le había parecido que alguien le tocaba inclinándose sobre él. Levantó la pañoleta que le cubría los ojos... Emilia estaba de rodillas junto al sofá, con una expresión rara en su rostro; levantóse precipitadamente y corrió hacia la ventana, ocultando una cosa en el bolsillo. El teniente se desperezó, y dijo:

—¡Buen sueñito que he echado! Acércate á mí un poco, mi querida damisela.

Se aproximó Emilia; el marino se levantó bruscamente del sofá, metió la mano en el bolsillo de Emilia y sacó de él... un par de tijeritas.

—¡Jesús!—exclamó Emilia sin poderse contener.

—¡Son unas tijeras! —balbuceó el teniente.

—Claro. ¿Pues qué creías encontrar? ¿Alguna pistola? ¡Vaya una cara pícaro que tiene! Las mejillas arrugadas como un almohadón, y el pelo tieso en la nuca. Ni siquiera se sonríe. ¡Oh!

Emilia soltó la risa á todo trapo.

—Basta, basta —dijo enfadado el teniente.— Si no se te ocurre ninguna otra cosa de más chiste, me voy...

Y viendo que no cesaba de reirse, cogió el chacó y repitió:

—Me marchó.

Callóse Emilia; pero luego dijo:

—¡Caramba qué pícaro! Un verdadero ruso: todos los rusos son malos.

¿Con que se va? ¡Por vida de!... Ayer me prometió cinco rublos; hoy no me ha dado nada y se marcha de aquí.

—No llevo dinero encima — murmuró el teniente desde el quicio de la puerta. Adiós.

Emilia le siguió con la vista y le amenazó con el dedo.

—¡Vaya con lo que sale: que no lleva dinero! ¡Oh, todos estos rusos son unos trápalas! ¡Vaya, vaya, con el señor farsante! Tiita, venga V., que le voy á contar una cosa.

La noche del mismo día, al desnudarse para ir á la cama, advirtió el teniente que estaba descosido como la largura de un dedo el reborde superior del cinturón, de aquel cinturón que llevaba encima siempre. Como hombre ordenado que era, en seguida cogió hilo y aguja, dió cera al hilo y recosió con esmero el descosido; pero, fuera de esto, no puso atención en aquella insignificante circunstancia.

Todo el día después lo consagró el teniente á los deberes de su cargo. No salió de casa ni aun luego de comer; y con grandes sudorés estuvo hasta la noche redactando y poniendo en limpio informes á la superioridad, confundiendo lastimosamente el acento grave con el acento agudo, poniendo siempre tras de cada *pero* un signo de admiración, y después de *sin embargo* un punto y coma. A la mañana siguiente, un chucuelo judío, descalzo y con una chamarreta hecha girones, le llevó una carta de Emilia, la primera que tuvo de ella, y que decía así:

«Mi queridísimo Florestán: ¿estás

enfadado ahora con tu *Zuckerpüppchen*, que no has venido ayer? Por favor, no estés muy enfadado si no quieres que tu amable Emilia llore mucho, mucho; y ven esta tarde á las cinco, sin falta (la cifra 5 llevaba alrededor una doble coronita de flores hechas á pluma).— Tu amable *Emilia*.»

El teniente se asombró; no creía que su Emilia fuese tan sabia. Dió una moneda de cobre al chico y el encargo de contestar que iría.

Yergunof cumplió su palabra. Aún no habían dado las cinco, cuando llamaba á la puerta de la señora Fritsche; pero con gran sorpresa por su parte, Emilia no estaba en casa. La tía fué quien le recibió; y después de hacerle una reverencia preliminar (¡cosa rara!) le dijo que circunstancias imprevistas habían obligado á Emilia á ausentarse, pero que bien pronto estaría de vuelta y le rogaba que la esperase. La señora Fritsche se había puesto una cofia blanca, se sonreía, hablaba con voz meliflua y evidentemente se esforzaba en dar una expresión amable á su ceñudo rostro (que no ganaba nada con tales esfuerzos, y antes al contrario, adquiriría no sé qué tinte equívoco y atravesado).

—Siéntese V., caballero — dijo, corriéndole una butaca — y si V. lo permite, tendremos mucho gusto en ofrecerle una meriendilla.

La señora Fritsche hizo otra reverencia, salió del cuarto y á poco regresó con una taza de chocolate puesta en un platillo de hoja de lata. El chocolate no era de superior calidad; sin

embargo, el teniente lo tomó con gusto, por más que en vano trataba de comprender á qué venían las repentinas atenciones de la señora Fritsche y qué significaba todo aquello. Comenzaba ya á perder la paciencia, cuando de pronto dejáronse oír detrás del tabique de la habitación los sonidos de una guitarra. Primero fué un acorde, luego otro, después un tercero, cada vez más fuertes y llenos. El teniente se quedó atónito. Verdad es que Emilia tenía guitarra, pero no tenía más que tres cuerdas: siempre le faltaba tiempo para comprar las otras. Además, Emilia no estaba en casa. En seguida resonó otro acorde, pero tan fuerte entonces, que parecía salir de la habitación misma. El teniente giró sobre sus tacones y faltóle poco para dar un grito de sorpresa y espanto...

Delante de él, en el quicio de una puertecita baja, que nunca había visto hasta entonces por estar oculta detrás del enorme armario, estaba de pié un ser desconocido, extraño... ni una niña, ni tampoco una moza. Aquella criatura vestía una falda blanca chafarrinada con dibujos de colores, y tenía puestos unos escaarpines rojos con tacones altos. Sus cabellos negros, espesos y largos, retenidos por encima de la frente con una diadema de oro, caían como un manto desde su cabecita sobre su cuerpo grácil y delicado. Bajo aquella mata relumbraban sus ojos con brillo sombrío; y dos bracitos flexibles y tostados, cargados de brazaletes de oro, sostenían con ambas manos una guitarra. Apenas podía vérsese la cara,

¡tan oval y oscura parecía! Solamente se dibujaba en ella una nariz afilada y recta, sobre unos labios rojos.

El teniente se quedó petrificado. Miró sin pestañear á ese ente extraño, que también le miraba con los ojos fijos y sin pronunciar una palabra. Sin embargo, dirigióse hacia él y se acercó paso á paso. La oscura carita empezó á sonreirse poco á poco, hasta que de pronto brilló una blanca dentadura, alzóse la cabeza y sacudiendo su abundosa cabellera se manifestó con toda su fina y acerada hermosura.

—¿Quién es ese diablejo?—murmuró el teniente; y acercándose aún más dijo en voz baja:—Pequeña, pequeña, ¿quién eres tú?

—Aquí—respondió ella con timbre velado y extranjera pronunciación, que trastrocaba los acentos—Aquí...

En seguida dió ella un paso atrás. El teniente traspuso los umbrales en pos de ella y se encontró en un gabinetito, sin ventana alguna, cuyos muros y suelo estaban revestidos con gruesos tapices de pelo de camello. Un fuerte olor á almizcle le atacó á la garganta; dos velitas de cera amarilla ardían sobre una mesa redonda puesta delante de un diván muy bajo, á estilo turco; en un rincón se veía un pequeñísimo lecho, oculto por cortinajes de muselina oriental con listas de raso, y á la cabecera del lecho colgaba una sarta de cuentas de ámbar, terminada en una borla de seda roja.

—Pero, dispensa... ¿quién eres tú?—repitió el teniente.

—Hermana... hermana de Emilia.

—¿Eres su hermana? ¿Vives aquí?

—Sí.

El teniente extendió de nuevo hacia ella su mano, y ella retrocedió otra vez.

—¿Pues en qué consiste el que nunca me haya hablado de ti? ¿Estás de oculto?

La otra dijo que sí con la cabeza.

—¿Es cierto? ¿Tienes razones para ocultarte? Pues por eso será por lo que no te he visto nunca. Confieso que ni siquiera sospechaba tu existencia... ¡Cómo! ¿Esa vieja gorda de señora Fritsche es tía tuya?

—Sí.

—¡Hum!... Parece que no comprendes muy bien el ruso. ¿Cómo te llamas?

—*Colibrí*.

—¿Qué?

—*Colibrí*.

—¡*Colibrí!* ¡Vaya un nombre raro! ¿No hay en Africa unos insectos que se llaman de ese modo?

Colibrí se echó reír, con una risita breve y extraña, cual si en su garganta se entrechocasen unas copas de cristal. Meneó seriamente la cabeza, arrojó un rápido vistazo en torno suyo, y dejando la guitarra, se aproximó á la puerta de un salto y la cerró bruscamente. Sus movimientos eran vivos y ágiles, con el frote seco de un lagarto. Los cabellos la llegaban á las corvas.

—¿Por qué cierras la puerta?— preguntó el teniente.

Colibrí se puso un dedo delante de los labios.

—Por Emilia.

El teniente se sonrió con fatuidad.

—¿Acaso estás celosa?

—¿Qué?—dijo *Colibrí* levantando la cabeza y tomando una expresión pueril, como á cada pregunta que hacía.

—¿Celosa?... Enfadada... ¡Oh! Sí.

—Me haces mucho favor. Oye: ¿Qué edad tienes?

—Diez y siete.

—¿Diez y siete años querrás decir?

—Sí.

El teniente dirigió nuevas miradas más escrutadoras á su extraña compañera.

—Eres una verdadera preciosidad, un asombro de belleza en miniatura. ¡Qué cabellos! ¡Qué ojos! ¡Pues y esas cejas!... ¡Oh!...

Colibrí se echó de nuevo á reír y puso lentamente en blanco sus magníficos ojos, diciendo con una gravedad chocante:

—Sí, soy una hermosura. Siéntate... Yo, cerquita de ti... Toma una flor, una linda flor que huele muy bien.

Sacó de su cintura una rama de *lilas blancas* y miró al teniente por encima de las flores, poniéndose á morder un pétalo de ellas.

—Toma. ¿Quieres almíbares de Constantinopla, de «Constantinópolis», verdadero *cherbett*?

Colibrí se levantó con rapidez, acercóse á una cómoda, la abrió y extrajo de ella un tarrito dorado envuelto en un trozo de tela roja sembrada de lentejuelas de acero, después una cuchara de plata sobredorada, una botella de cristal con facetas llena de agua, y una copa formando juego con la anterior.

—Toma *cherbett* muy bueno, «signore», y cantaré. ¿Quieres?— Y cogió la guitarra.

—¿Sabes cantar?—preguntó el teniente, metiéndose en la boca una cucharada de aquel *cherbett*, que, en efecto, era inmejorable.

Colibrí agarró con ambas manos su espesa cabellera y se la echó atrás; inclinó á un lado la cabeza y punteó algunos acordes mirando con atención las puntas de los dedos y el mástil de la guitarra; luego se puso á cantar con una voz agradable y más fuerte de lo que podía esperarse de un ser tan débil, pero que al teniente le pareció extraña.

—¡Cómo maya la gatita!—dijo para sus adentros.

Cantaba una canción melancólica, pero no en ruso ni en alemán, sino en una lengua absolutamente desconocida para Yergunof. Mezclábanse con frecuencia á su canto sonidos guturales, extraños; y para concluir pronunció lentamente la palabra *sinzimar*, *sintamar*, ó una cosa parecida. Enseguida apoyó la cabeza en la mano, exhaló un suspiro, puso la guitarra en las rodillas y le preguntó:

—¡Bueno! ¿Quieres que la repita?

—Con mucho gusto—respondió el teniente.—¿Pero por qué tienes la cara siempre tan triste? Toma un poco de *cherbett*.

—No, come tú. Lo de ahora será más alegre.

Y se puso á cantar otra cantinela por el estilo de un bailable, pero en el mismo idioma incomprensible y con

las mismas entonaciones de timbre gutural. Sus tostados deditos corrían por las cuerdas como las patas de una araña; y acabó dando un gran grito en la palabra *hassa*, y dando golpes violentos y repetidos sobre la mesa con su diminuto puño. Sus ojos brillaban con un fulgor salvaje.

El teniente estaba *mareado*, como suele decirse: se le iba la cabeza. Todo era nuevo para él: aquel perfume de almizcle, aquellos cantares extravagantes, aquellas velas de cera encendidas en pleno día, aquel *cherbett* aromatizado con vainilla y, sobre todo, aquella *Colibrí* que se le acercaba más y más, con sus cabellos relucientes y rumorosos como la sela, y con su rostro siempre tan triste.

—Es una *russalka* (1)—dijo para sí, experimentando un indefinible malestar.—Corazoncito mío... Confiésmelo... ¿Qué capricho te ha entrado de llamarme hoy?

—Porque eres joven y guapo: me gustan los que lo son.

—¡Ah!... Pero ¿qué dirá Emilia? Va á venir. Me escribió esta mañana.

—No sepa Emilia nada... ¡Me mataría!

El teniente se echó á reír.

—¿La crees tan mala?

Colibrí meneó la cabeza y dijo:

—Sólo los malos son capaces de matar... Ni una palabra tampoco á la señora Fritsche.

Le dió en la frente varios golpecitos

(1) Especie de ondina ó driada malhechora, en la mitología eslava.

con la yema del dedo y preguntó:

—¿Comprendes, oficial?

El teniente frunció el entrecejo.

—Bien, bien; guardaré tu secreto. Pero, en recompensa, dame un beso.

—No, después; cuando te vayas.

—Ahora mismo.

Y se inclinó hacia ella. Pero *Colibrí* retrocedió con lentitud, se enderezó y se quedó rígida como una culebra á quien se ha pisado sobre la espesa hierba de un monte. El teniente la miró á lo blanco de los ojos y exclamó:

—¡Picaronaza!... Como gustes... ¡Y que Dios te bendiga!

Colibrí se quedó un instante pensativa, y ya se decidía á acercarse al teniente, cuando de pronto resonaron en la casa tres golpes secos. *Colibrí* se levantó bruscamente y dijo con una risa forzada:

—Hoy no... Mañana sí... vuelve mañana.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, á las siete.

—Está bien. Pero mañana me dirás por qué te has ocultado de mí tanto tiempo.

—Sí, sí. Mañana la conclusión, oficial mío.

—Vamos, te cojo la palabra, y te traeré un lindo regalito.

—¡Jamás!—dijo dando golpes con el pié en el suelo.—Esto, esto, esto (enseñando sus trajes, sus joyas, todo cuanto la rodeaba), todo esto es mío. ¡Regalos, nunca!

—No te enfades, señorita; á nadie fuerza. Necesito irme ya. ¡Adiós, juguillo mío!... ¿Y el beso?

Colibrí dió un ligero salto, y echándole ambos brazos alrededor del cuello al joven teniente, le dió un beso que á Yergunof le hizo el efecto de un picotazo. Quiso él besarla á su vez, pero escapóse ella con presteza y se refugió detrás del diván.

—¿Con que hasta mañana, á las siete?—dijo el teniente un poco confuso.

Respondióle ella que sí con una señal de cabeza; y cogiendo con la punta de los dedos una de sus largas matas de pelo, se puso á mordisquearla con sus afilados dientecillos. El teniente hizo con la mano un ademán de «adiós», y tiró hacia sí de la puerta; al punto oyó á *Colibrí* acercarse corriendo y cerrarla con doble vuelta de llave.

En el salón de la señora Fritsche no había nadie. El teniente, que no tenía ganas de encontrarse con Emilia, apresurábase por salir; pero al llegar á la escalinata tropezó con la dueña de la casa.

—¿Se va V., señor teniente?—dijo ésta con el mismo gesto afectado y siniestro.—¿No espera V. á Emilia?

El teniente se puso el chacó.

—Señora, debo advertir á V. que no tengo costumbre de esperar. Es muy probable que tampoco venga mañana. Prevéngaselo á su sobrina.

—Bien, bien—dijo la otra.—Pero, señor teniente, ¿no se ha aburrido V.?

—No señora, no me he aburrido.

—Es todo cuanto quería saber. Presento á V. mis respetos.

—Y yo saludo á V., señora.

El teniente se metió en su casa, y al acostarse en la cama, se quedó sumido en un laberinto de reflexiones. «¿Qué demonio será eso?» exclamó en voz alta más de una vez. «¿Por qué me ha escrito Emilia? ¡Me da una cita y no asiste á ella!» Cogió la carta de Emilia, la dió varias vueltas entre sus manos, y la olió. Trascendía á humo de tabaco, y en un párrafo se había corregido un participio masculino para ponerle desinencia femenina. ¿Qué podía deducirse de esto? ¿Es posible que no sepa nada aquella vieja judía, á quien Dios confunda? Y sobre todo, ¿quién es ella?

No se apartaba de su memoria la hechicera *Colibrí*, y aguardaba con impaciencia la velada del siguiente día, aun cuando en el fondo de su alma casi tenía miedo de ese «juguetillo».

III

Antes de la hora de la comida el teniente entró en el bazar, y tras porfiado regateo, compró una crucecita de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro. «Diga lo que quiera, pensaba, sobre que no necesita ningún regalo, ya sabemos lo que esto significa. Aparte de ello, si es tan desinteresada, Emilia no hará arrumacos al obsequio.» Hacia las seis de la tarde el teniente se afeitó con sumo esmero, mandó en busca de un peluquero, y le encargó que le rizase bien el copete y

cargara bien la mano á la pomada; lo que aquél hizo con la mayor conciencia y sin escatimar documentos oficiales del gobierno, con los cuales le puso muchos papelillos en el pelo. En seguida se plantó el uniforme más flamante, cogió con la mano derecha un par de guantes sin estrenar, se perfumó en grande con esencia de alhucema y salió de casa. Si se esmeró en su tocado mucho más que cuando hacía la corte á su *Zuckerpüppchen*, no era porque le gustase más *Colibrí*, sino porque en ésta había algo que excitaba hasta la tarda imaginación de nuestro oficial.

Según costumbre, salió á su encuentro la señora Fritsche; y como si se hubiesen puesto de acuerdo para un embuste convenido de antemano, le anunció que Emilia había salido también por unos instantes, y le rogaba que la aguardase. El teniente inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y se sentó en una silla. La señora Fritsche se sonrió de nuevo (es decir, enseñó sus largos dientes amarillos) y se retiró, pero esta vez sin ofrecerle chocolate.

En seguida fijó el teniente los ojos en la puerta misteriosa. Continuaba cerrada. Tosió dos veces para anunciar que había llegado. Y la puerta sin abrirse. Contuvo el aliento, aguzó el oído; pero nada, ni el más leve rumor. Parecía como que todo estaba muerto en torno suyo. Se levantó y fué de puntillas hacia la puerta, y no encontrando á tientas el pestillo de la cerradura, empujó la puerta con la rodilla. Resistióse ésta, él entonces se inclinó,

y con voz baja y ahogada, pronunció dos veces: «¡*Colibrí, Colibrí!*» No obtuvo respuesta. Entonces se irguió, se estiró por ambos lados los faldones de la levita de uniforme, y dando golpes con el pié en el suelo, se acercó á la ventana y se puso á tocar el tambor con los dedos en los vidrios, con aire de mal talante.

La negra honrilla ofendida de militar se sublevó dentro de él.

— ¡Demonio! ¿Por quién me toman? Si es así, voy á llamar á puñetazos y tendrá que abrirme por fuerza; y si la vieja bruja nos oye, tanto peor, no tendré yo la culpa.

Volvióse en redondo: la puerta se había entreabierto.

En seguida el teniente se lanzó de puntillas hacia el gabinete secreto. Sobre el diván, vestida con un traje de un color amarillo rabioso, y con el talle ceñido por un ancho cinturón rojo, estaba tumbada *Colibrí*, quien tapándose con un pañuelo la parte inferior de la cara, se reía hasta llorar, pero sin hacer ruido.

Esta vez se había arreglado el cabello, formando dos gruesas y largas trenzas entretreídas con cintas rojas. En sus piececitos, cruzados uno sobre otro, veíanse los rojos zapatos de la víspera; pero las piernas estaban desnudas. Parecía que llevaba medias de seda parda. El diván estaba puesto de otro modo que la víspera, más próximo á la pared; y en la mesa había un platillo del Japón, con una panzuda cafetera, un azucarero de cristal tallado y dos tacitas de porcelana azul. En

la misma mesa estaba la guitarra, y un humo gris subía en finas espirales desde la punta de una pastilla del serrallo.

El teniente, que había abarcado al primer vistazo todos esos objetos, se acercó al diván; pero antes de que tuviese tiempo de pronunciar una palabra, sin cesar *Colibrí* de reirse, con el pañuelo delante de la boca, alargó la mano, y clavando sus duros deditos entre la cabellera del teniente, destruyó de una manotada el primoroso edificio de su peinado.

—¿Qué es eso?— exclamó el teniente, muy poco satisfecho de una familiaridad tan fuera de su punto.— ¡Vaya con la descarada!

Colibrí se destapó la cara y dijo:

— Antes, mal; así mejor.

Retrocedió hacia un extremo del diván, dobló las piernas debajo del cuerpo y exclamó.

— Siéntate ahí, abajo.

El teniente se sentó en el sitio que ella le designaba, y después de un breve silencio la preguntó:

— ¿Por qué me apartas de tu lado? ¿Tienes miedo de mí?

Colibrí se enroscó como un gato y le miró de soslayo.

— ¿Yo?... No.

— No debes hacerte la salvaje de ese modo— continuó el teniente con tono paternal.— ¿No es verdad que recuerdas tu promesa de ayer?

Colibrí apretó sus propias rodillas con los brazos, puso encima la cabeza y volvió á mirar de reojo.

— Me acuerdo.

—En ese caso...—dijo Yergunof dispuesto á adelantarse.

—No tan deprisa, «signore».

Colibrí soltó las trenzas de sus cabellos, que había atado una con otra por debajo de las rodillas, y con la punta de una de aquéllas le fustigó en la mano.

El teniente se quedó confuso y murmuró, sin darse cuenta:

—¡Qué ojos tiene la pícara!... Pues entonces, ¿por qué me has hecho venir?

Colibrí alargó el cuello con movimientos de pájaro, y se puso á la escucha.

—¿Emilia?—dijo el teniente con ademán desconcertado.—¿Alguna otra persona?...

Colibrí se encogió de hombros.

—Pero, ¿oyes algo?—continuó Yergunof.

—Nada.

Con otro movimiento de pájaro retiró su cabecita alargada, cuyas gruesas trenzas separábanse por una raya esmeradamente hecha y que se perdía entre un montón de pelitos rizados sobre la nuca.

—Nada—repitió, enroscándose de nuevo.

—¡Nadie!—dijo el teniente.—Entonces, puedo...

Extendió la mano y la retiró á escape; en uno de los dedos veíase una gota de sangre.

—¡Qué necesidad!—exclamó, sacudiendo la mano.—¡Siempre con vuestros alfileres! Pero ¿qué maldito alfiler es ese—añadió viendo un pequeño

estilete de oro que volvía á colocar ella en su ceñidor.—Es un puñal, es un agujón... Y tú eres una avispa, ¿entiendes? ¡Una avispa!

A *Colibrí* pareció gustarle mucho la comparación del teniente; se echó á reír con su risita cristalina.

—Sí, yo picaré... ¡Picaré!...

Yergunof la miró á hurtadillas y pensó: «Se ríe, y su rostro permanece siempre triste.»

—Mira esto un poco—añadió en voz alta.

—¿Qué?—preguntó *Colibrí* con su infantil expresión.

—Esto. ¿No es cierto que es muy linda?

Y el teniente sacó del bolsillo la cruccita de oro, que hizo brillar volteándola en el aire entre los dedos.

Colibrí alzó la vista con ademán de indiferencia, y dijo:

—¡Ah! Una cruz. Nosotros no llevamos eso.

—¡Cómo! ¡No lleváis cruces! Entonces, ¿eres judía ó turca?

—No las llevamos—repitió *Colibrí*;—luego, levantándose de pronto y mirando atrás por encima del hombro, preguntó:—¿Quieres que cante? Voy á cantar.

El teniente se metió á escape la cruz en el bolsillo y se volvió también, pues le pareció oír un crujido en la pared.

—¿Qué ruido hacen ahí?

—¡Ratones, ratones!—se apresuró *Colibrí* á contestar.

Luego, del modo más inesperado para el teniente, le sujetó la cabeza

entre sus brazos flexibles y torneados, y con un rápido beso le abrasó la mejilla como con un hierro enrojecido. Estrechó él á su vez á *Colibrí*; pero ésta se le escurrió de entre los brazos como una serpiente, cosa fácil para ella con su delgada y ondulante cintura.

— Espera, espera — dijo en voz baja.

— Antes, café...

— ¡Qué capricho! El café después...

— No, enseguida. Ahora, quemando; más tarde, frío.

Agarró ella la cafetera por el asa y se puso á echarlo desde lo alto en las dos tazas. El café caía en retorcido y humeante chorro; y *Colibrí*, inclinando la cabeza sobre un hombro, lo miraba caer. Yergunof echó un terrón de azúcar en la taza, y se la bebió de un trago. Parecióle muy fuerte y muy amargo el café. *Colibrí* le miraba sonriéndose y dilatando las ventanillas de la nariz por encima de la taza, que se llevó á los labios y dejó descansar lentamente sobre la mesa.

— ¿Por qué no bebes? — la preguntó el teniente.

— Yo poco á poco.

— Pero, vamos, siéntate ya junto á mí — dijo el teniente, golpeando con la mano en el diván.

— Al instante. — Extendió la mano, y sin quitar ojo de Yergunof, tomó la guitarra. — Primero voy á cantar.

— Sí, sí. Pero, siéntate.

— Y voy á bailar... ¿Quieres?

— ¡Conque bailas!... ¡Ah, eso sí que me gustaría verlo! Sin embargo, ¿por qué no bailas después?

— No, no. Pero te amo mucho; yo, sí.

— ¿De veras? Pues entonces, baila, terquilla.

Colibrí se puso al otro lado de la mesa, y después de puntear algunos acordes, con gran sorpresa del teniente, que esperaba alguna canción alegre y animada, se puso á entonar una especie de recitado lento y monótono, acompañando cada uno de los sonidos que parecían salir con esfuerzo de su garganta con un balanceo acompasado de todo su cuerpo á derecha é izquierda. No se sonreía lo más mínimo. Hasta había fruncido sus altas y arqueadas cejas, entre las cuales se veía con claridad un pequeño signo de color azul, semejante á una letra de cualquier idioma oriental y trazado probablemente con pólvora. Había casi cerrado los ojos; pero entre sus entornados párpados brillaban aún sus pupilas con un fulgor tétrico, y obstinábase en mirar al teniente con la misma fijeza. Tampoco él podía separar los suyos de esos ojos magníficos y amenazadores, de ese rostro tostado que un débil rubor coloreaba cada vez más, de esos labios semiabiertos é inmóviles, de esas serpientes negras que se balanceaban con rítmicos movimientos á ambos lados de aquella elegante cabeza. *Colibrí* continuaba moviéndose en el mismo sitio; sus piés no hacían más que levantarse, ora por la punta, ora por el talón. Sólo una vez giró con violencia y lanzó un grito estridente, agitando la guitarra por encima de la cabeza; y de nuevo tornó á su misma danza de contoneos

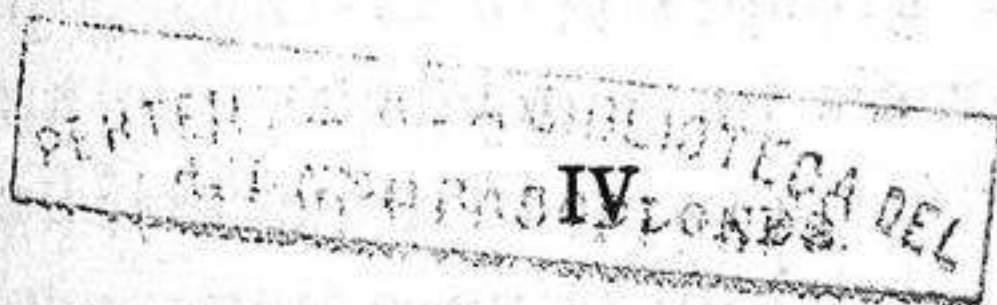
con el mismo cantar lento y monótono. Sin embargo, Yergunof estaba muy cómodamente sentado en el diván, y sin decir una palabra, continuaba mirando á *Colibrí*. Sufrió una sensación extraña é inacostumbrada: se sentía ligero y libre, quizá demasiado ligero; ya no tenía cuerpo, nadaba por los espacios. Al mismo tiempo frías hormiguitas le corrían á lo largo de la espalda; un raro desfallecimiento agradable le enervaba las piernas, y la soñolencia le hacía cosquillas en los ángulos de la boca y de los ojos. Ya no deseaba nada, ya no pensaba en nada. Se sentía mecer dulcemente, y murmuraba con la puntita de la lengua: «¡Oh, juguetillo mío!» De vez en cuando el rostro del «juguetillo» parecía velarse. «¡Por qué será?», decía para sí el teniente. «¡Ah, ya!... es el humo... hay aquí... un humo azulado». Y alguien se ponía á mecerle y á murmurarle al oído frases agradables que empezaban y no concluían.

Pero hete aquí que de pronto ve los ojos del «juguetillo» abrirse, enormes, de un tamaño desmedido, como los ojos de un puente. Rodó la guitarra, y al chocar contra el suelo, pareció resonar desde las últimas profundidades del abismo. No sé qué amigo, el más íntimo del teniente, le abrazó por detrás con ternura y con brío, y le apretó el lazo de la corbata. Luego vió casi pegados á su cara los poblados bigotes, la nariz ganchuda y los penetrantes ojos del incógnito de los tres botones de plata; y el teniente no se asombró, aun cuando los ojos estaban

en el sitio de los bigotes, los bigotes en el sitio de los ojos, y la nariz lo de arriba abajo y viceversa. Hasta le pareció que todo eso debía estar así, y estuvo á punto de decirle á esa nariz «¡buenos días, hermano Gregorio!», pero aplazó esta intención, y prefirió... prefirió partir inmediatamente con *Colibrí* para Constantinopla, á fin de celebrar allá su boda, puesto que *Colibrí* era turca y él acababa de hacerse mahometano...

Eso le fué tanto más fácil, cuanto que se presentó un barquito... Puso el pié en él, y aunque por torpeza chocó hasta el punto de sentir un dolor tan vivo que ya no sabía dónde estaban sus miembros, recobró el equilibrio; y, habiéndose sentado en un banquillo que iba á popa del barco, se puso á descender el curso de ese mismo gran río que, con el nombre de río del Tiempo, se ve colgado en los colegios de Nicolaief y que lleva en derechura á Constantinopla. Aquella navegación le causaba singular placer. A cada instante encontraba grandes cercetas rojas, que por desgracia no se dejaban coger y se sumergían en cuanto él se acercaba, no dejando en su lugar sino extensas manchas sanguinolentas. *Colibrí* viajaba con él; pero, deseosa de evitar el calor, iba dentro del barco, y de vez en cuando daba golpecitos contra el fondo. He ahí, á la postre, Constantinopla: las casas son como conviene que sean, en forma de sombreros tiroleses, y todos los turcos tienen largas y graves las caras... Sólo que es preciso no mirarlas demasiado tiempo: bien pronto se deforman, hacen muecas y se funden

cual montones de nieve en primavera... He aquí el palacio donde habitará con *Colibrí*... ¡Qué bien dispuesto se halla todo en él! Charreteras por todas partes, soldados con pieles de macho cabrío tocando la trompeta en todos los rincones; y, naturalmente, en todas las paredes el retrato de Mahoma con uniforme de general ruso. Pero, ¿por qué corre *Colibrí* delante de él de estancia en estancia, arrastrando en pos suyo la cola de su falda? ¿Y por qué no quiere volverse de cara? Y luego se encoge, se achica más cada vez; ya no es *Colibrí*, sino un caballero de levita redonda. Es su gobernador militar, y cádate que se ve obligado á trepar en pos de él por el interior de una luneta de aproche; y aquella luneta de aproche se reduce más y más; ya no se puede uno mover allí, ni atrás, ni adelante; ya no se puede respirar, y un peso enorme se desploma sobre su espalda; tiene la boca llena de tierra...



Al fin abre los ojos el teniente. En torno suyo reinan la claridad y el sosiego. Huele á vinagre, á menta. Algo blanco le envuelve por arriba, á derecha é izquierda; mira, escudriña; son los cortinajes de una cama. Quiere levantar la cabeza... imposible; la mano... imposible también... ¿Qué significa aquello? Baja la vista: delante de él está un largo cuerpo extendido,

oculto por una manta de lana burda con cenefas pardas en ambos extremos. Hechas las oportunas comprobaciones, resulta que ese cuerpo es el suyo. Trata de dar un grito, pero no sale ningún sonido; lo intenta de nuevo con toda su fuerza, y por bajo de su nariz temblequea un sonido decrepito. Oyense pasos tardos; una mano aparta la cortina. Aparece á la vista del teniente un viejo inválido, vestido con un capote militar remendado. Ambos parecen asombrarse, aunque por diversas causas. Arriman un gran cántaro de estaño á la boca del teniente, quien bebe agua fresca con avidez. Su lengua se desata:

—¿Dónde estoy?

El inválido le mira por segunda vez, se aleja y vuelve con otro hombre de uniforme.

—¿Dónde estoy?—repite el teniente.

—¡Vaya, no se morirá de esto!—dice el hombre de uniforme, y continuó en voz alta:—Está V. en el hospital, pero es preciso que no hable. Calle V. y duérmase.

El teniente va á asombrarse de nuevo, pero se queda traspuesto.

El siguiente día apareció el médico del hospital. Yergunof había recobrado el sentido. El doctor le felicitó por la curación, y mandó que le renovasen el apósito que le cubría la cabeza.

—¿Cómo la cabeza? ¿Tengo alguna cosa?...

—No debe V. hablar ni agitarse—interrumpió el doctor.—Permanezca V. tranquilo y dé gracias al Altísimo. ¿Dónde están las compresas, Popof?

—Pero el dinero... el dinero de la corona...

—Vamos, ya está delirando otra vez, ¡Hielo, Popof, más hielo!

Transcurrió una semana. El teniente estaba aliviado, hasta el punto de que creyeron que ya se le podía revelar lo sucedido. He aquí lo que le contaron:

El 16 de Junio, á las siete de la tarde, había hecho su última visita á casa de la señora Fritsche. Y el 17, hacia la hora de comer, es decir, casi veinticuatro horas más tarde, un pastor le había encontrado dentro de un barranco, junto á la carretera principal de Kherson, á unas dos verstas de Nicolaief, sin conocimiento, con la cabeza rota y manchas azuladas alrededor del cuello. La levita y el chaleco estaban desabrochados, y todos los bolsillos vueltos del revés; habían desaparecido el chacó y el puñal, así como el cinturón de cuero. A juzgar por la hierba aplastada y por una ancha huella que quedó en la arena y en la arcilla, el teniente debió de haber sido arrastrado desde la carretera hasta el fondo del barranco, y sólo allí le dieron un golpe en la cabeza con un arma cortante, quizá su propio puñal. En efecto, á lo largo de toda la huella no se había visto ni una gota de sangre, mientras que alrededor de la cabeza se había encontrado un gran charco de ella. Los asesinos debieron de haberle hecho, ante todo, perder el conocimiento, y después trataron de estrangularle; en seguida, llevándole fuera de la ciudad, le habían dado el postrer golpe en el fondo del barranco. El te-

niente sólo se había librado de la muerte gracias á su constitución de hierro, pues no recobró el conocimiento hasta el 23 de Julio, cinco semanas después del suceso.

Yergunof prestó inmediatamente declaración, refirió por escrito y de palabra todas las circunstancias de la desgracia que le había acaecido, é indicó con claridad la casa de la señora Fritsche. Presentóse en ella al punto la policía, pero ya no encontró allí á nadie: los pájaros habían volado del nido. Se apoderaron del dueño de la casa y lo llevaron ante los tribunales. No pudo sacarse gran cosa en limpio de aquel hombre, artesano de la ciudad, en extremo viejo y no menos sordo. Habitaba en otro barrio de Nicolaief, y todo cuanto sabía era que cuatro meses antes había alquilado la casa á una judía, provista de su correspondiente cédula personal y llamada Schmul ó Schmulke, y que, cumpliendo con su deber, lo había puesto inmediatamente en noticia de la policía. En su declaración añadió que una joven, provista también de cédula, había ido á vivir con la vieja judía.

¿Qué oficio era el de esas mujeres? No sabía nada. ¿Tenían subarrendadas habitaciones á otras personas? Tampoco lo sabía. Y en cuanto al chico encargado de guardar la casa cuando se desalquiló, se había marchado á Odesa, ó á Petersburgo, ó á cualquiera otra ciudad. El nuevo guarda no había empezado á prestar servicio hasta 1.º de Julio.

Practicáronse entonces pesquisas en

los registros de la policía é investigaciones en los contornos, y se supo que la Schmulke y su compañera, cuyo verdadero nombre parecía ser Federica Bengel, habían salido de Nicolaief hacia el 20 de Junio con rumbo desconocido. En cuanto al hombre misterioso, con facha de bohemio y tres botones de plata, así como respecto á la muchacha extranjera de tostada tez y gruesa mata de cabellos, nadie los había visto ó nadie se atrevió á declararlo.

Desde el punto y hora en que el teniente pudo salir del hospital, fué á reconocer por sí mismo la casa que tan fatal le había sido. En el gabinetito donde tuvo sus entrevistas con *Colibrí*, y que aún olía á almizcle, habiase descubierto otra puertecilla, contra la cual arrimaron el diván para su segunda visita, y por donde, según toda verosimilitud, entraría el asesino. El teniente presentó en seguida una instancia en debida forma. Empezó el expediente informatorio. Multitud de oficios, con los números de sus respectivas series, se redactaron y comunicaron en todas direcciones. A su tiempo, y en su lugar, vinieron una multitud de oficios de contestación, igualmente numerados, y aquí paz y después gloria. Habían desaparecido las personas sospechosas, y con ellas el dinero de la corona, que ascendía á mil novecientos diez y siete rublos y algunos kopeks, suma de bastante importancia por aquella época. El desdichado teniente tuvo retención durante diez años para restituir la suma, hasta que al fin tuvo la suerte de que le condo-

naran el resto á favor de un indulto, que también le alcanzó á él.

En los primeros tiempos estuvo firmemente convencido de que la causa de todo el desastre, la cabeza de la conspiración urdida contra él, había sido Emilia, su pérfida *Zuckerpüppchen*. Recordó que el día de su última entrevista con ella se quedó imprudentemente dormido en el sofá; que al despertar, había notado la turbación de aquella mujer, y que la misma noche descubrió aquel descosido hecho en el cinto, evidentemente con las tijeras que se guardó ella en el bolsillo. «Lo vió todo—se decía—debió de decírselo á aquella condenada vieja y á los otros dos demonios. Me tendió un lazo escribiéndome aquella carta, y yo caí en él. ¿Pero quién hubiera podido esperar eso de ella?» Entonces se acordaba del bondadoso y lindo semblante de Emilia, con sus claros y risueños ojos. Y, rechinando los dientes, repetía: «¡Oh, mujeres, mujeres! ¡Raza de cocodrilos!»

Pero cuando abandonó definitivamente el hospital y se volvió á su casa, supo una circunstancia que despistó por completo sus conjeturas. El mismo día en que le habían traído más que medio muerto á la ciudad, una joven, que por las señas era el vivo retrato de Emilia, corrió llorando á mares y con el cabello suelto á la casa del teniente, y habiendo pedido noticias al asistente, fué como una loca al hospital. Allí la dijeron que el teniente no saldría del día, y al punto desapareció, retorciéndose los brazos y dando muestras de

la más violenta desesperación. Así, pues, era evidente que no había esperado que le asesinaran. ¿La habrían engañado á ella misma? ¿No habría recibido su parte en el robo? ¿Se habría despertado en ella el remordimiento? Y, sin embargo, había salido de Nicolaief con aquella abominable vieja, la cual de seguro que estaba al corriente de todo... El teniente no sabía qué pensar, y no pocas veces aburrió á su asistente haciéndole repetir las señas de la joven y las palabras que le había dicho.

Diez y ocho meses más tarde recibió de Emilia (*a*) Federica Bengel, una carta en alemán, que hizo traducir en seguida, y que luego nos enseñó más de una vez. Estaba cuajada de faltas de ortografía, pero sobre todo de signos de admiración. El sobre llevaba el sello de la administración de correos de Breslau. He aquí su traducción casi literal:

« ¡Mi querido é incomparable Florestán! ¡Señor teniente Jorgenhof! ¡Cuántas veces he jurado escribirle á V., y siempre lo he aplazado con gran pesar mío, aun cuando la idea de que pueda V. tenerme por cómplice de aquel crimen horrible, ha sido siempre para mí el más espantoso pensamiento. ¡Oh, mi querido señor teniente, créame V.: el día en que supe que estaba V. sano y salvo ha sido para mí el día más hermoso de mi vida! Pero no puedo pretender justificarme por completo; no quiero mentir. En efecto, yo fui quien descubrió la costumbre de V. de llevar el dinero encima del estómago (lo mis-

mo hacen en mi tierra los carniceros y tratantes en ganados)... ¡y tuve la imprudencia de contarle! También dije de broma, ¡que no estaría mal quitarle á V. un poco de aquella suma! La bruja de la vieja (¡oh, señor Florestán, no era mi tía!) formó inmediatamente una conspiración con ¡ese monstruo impío de Luigi y su otra cómplice! ¡Le juro á V. por el sepulcro de mi madre (que era una mujer honrada, y no como yo), que aún ignoro quiénes eran aquellas gentes! Todo lo que sé es que él se llamaba Luigi, que ambos procedían de Bucharest, y que con certeza eran unos grandes criminales, porque se ocultaban de la policía y tenían dinero y objetos preciosos. Ese Luigi era un terrible personaje: ¡para él no era nada matar á un semejante! Hablaba en todas las lenguas, y él fué quien escribió mi carta. El fué quien recobró los objetos robados por la cocinera. ¡Podía hacerlo todo, todo, todo! ¡Era un terrible personaje! Persuadió á la vieja de que no haría más que aturdirle á V. un poco, dándole un bebedizo; que en seguida le sacaría á V. fuera de la ciudad y diría que no sabía nada, sino que V. había bebido demasiado vino. ¡Pero el malvado tenía en su pensamiento la idea de que valía más jugarle á V. una mala pasada para que después no hubiera gallo que pudiese cantar! ¡Escribió aquella horrible carta, y la vieja me alejó con maña y hasta puedo decir que por la fuerza! Yo no sospechaba nada, y tenía un miedo tremendo á ese Luigi, que me decía: « ¡Te cortaré el pescuezo como á una gallina! » Y al

decir esto, ¡meneaba tan terriblemente los bigotes! He aquí cómo me condujeron engañada á cierta sociedad... ¡Oh, señor Florestán; tengo mucha vergüenza y lloro lágrimas bien amargas, pues me parece que yo no había nacido para semejante oficio! La idea de que hasta cierto punto soy la causa de la desgracia de V. me volvió loca. Y, sin embargo, partí con aquellas gentes; porque, si la policía nos hubiera descubierto, ¿qué hubiese sido de mí? Pero bien pronto los abandoné á todos; y aunque ahora vivo en la miseria, á menudo sin tener un pedazo de pan, ¡mi alma está tranquila! No me pregunte V. por qué fui yo misma á Nicolaief; no podría contestar. ¡He prestado un juramento terrible! Acabo mi carta por una súplica, señor Florestán: ¡por favor, si alguna vez piensa V. en su pobrecita Emilia, no piense en ella como en una perversa malvada! Dios eterno ve mi corazón en este instante: soy de vida inmoral, soy ligera de cascos y de costumbres, ¡pero no soy malvada! ¡Le amaría á V. siempre, mi incomparable Florestán! ¡Y le deseo siempre todo lo mejor que haya en este globo terráqueo! Si recibe V. esta car-

ta, escribame algunas líneas para saber que la ha recibido. Con eso hará V. muy feliz á su segura servidora, — Emilia.

» *Potsdata*. — Le escribo á V. en alemán: no hubiera podido expresar en otro idioma todos los sentimientos que me afligen. Pero V. puede contestarme en ruso.»

— ¿Y qué, la contestó V.? — preguntamos al teniente.

— Muchas veces he tenido esa intención. Pero, ¿cómo escribirla? Yo no sé el alemán; y en cuanto al ruso, diga ella lo que quiera, hubiese tenido necesidad de hacérsela traducir. Entonces, comprendan Vds.... aquella correspondencia... la dignidad de las charreteras... En fin, que no he escrito.

Y cada vez que concluía su relato, el teniente Yergunof meneaba la cabeza, exhalaba un suspiro y decía:

— ¡Ved lo que es la juventud!

Y si entre los oyentes había alguno nuevo, que por primera vez escuchase la narración de la célebre aventura, le cogía la mano, se la ponía encima del cráneo y le hacía palpar la cicatriz de la herida. En efecto, era enorme: se extendía de una á otra oreja.

IVAN TURGUENEF.

LA MUERTE DE NICOLAI LEVINE

CUENTO

Ha quedado oculto para los «sabios lo que se ha revelado á los niños y á los inocentes.» Así pensaba Levine de su mujer. Recordaba este versículo del Evangelio, no porque se creyese un sabio, sino porque no podía ignorar que era más inteligente que su mujer y su vieja criada, y sabía que grandes y viriles talentos, cuyas obras acerca de este punto había leído, no conocían la centésima parte de lo que conocían aquellas dos mujeres. A pesar de toda su semejanza, uníanse en el punto de saber las dos, sin género de duda, lo que era la vida y lo que era la muerte, y aunque no hubiesen podido comprender y resolver aquellas cuestiones que agitaban á Levine, no tenían la menor duda acerca del sentido de estos fenómenos, hallándose de acuer-

do con millones de seres humanos. La prueba es que ellas sabían de golpe cuidar á los moribundos, sin temerlos; mientras que Levine y los demás que podían disertar largamente acerca de la muerte, no sabían nada de aquello, porque temían la muerte y no tenían la menor idea de lo que había que hacer.

Si se hubiese encontrado solo en aquel momento con su hermano, Nicolai Levine se hubiera limitado á mirarle con espanto, y á esperar con más espanto aún sin saber qué hacer.

Además, ni siquiera sabía lo que había que decir, ni cómo mirar, ni cómo mantenerse.

Hablar de cosas indiferentes le parecía ofensivo; de la muerte, de cosas tristes, imposible; guardar silencio, imposible también. «Si le miro... creerá que le estoy exami-

»nando; si no le miro... le va á pa-
 »recer que estoy pensando en otra
 »cosa. Si ando de puntillas, se en-
 »fadará, y andar sin cuidado algu-
 »no, sería una brutalidad.»

Por el contrario, Kitty, su mu-
 jer, no pensaba en nada, y ni tiem-
 po tenía de pensar en sí misma; sólo
 pensaba en el enfermo. Todo lo que
 hacía sabía que estaba bien hecho.
 Hablaba de su matrimonio, de sí
 misma, le sonreía, se compadecía
 de él, le mimaba, le citaba casos de
 curaciones, sin contradecir jamás al
 enfermo. Evidentemente ella sabía.
 Y la prueba de que su actividad,
 como la de la vieja criada, no era
 puro instinto animal y pobreza de
 inteligencia, estaba en que además
 de los cuidados físicos se preocupa-
 ban de otro mucho más importante
 para el moribundo... Desde el pri-
 mer día acostumbraron al enfermo
 á la idea de recibir la Santa Unción,
 sin perder de vista sus pociones, sus
 vendajes y su ropa blanca.

... Al día siguiente, Nicolai reci-
 bió la Extremaunción. Durante la
 ceremonia oró con fervor; una sú-
 plica apasionada y llena de confian-
 za se leía en sus grandes ojos, fijos
 sobre la imagen que habían coloca-
 do sobre una mesita de juego, cu-
 bierta de un tapete historiado.

A Levine le asombró verle así,
 porque comprendía que el arrancar-
 se de esta vida, á que tan apegado

estaba, había de serle mucho más
 cruel. Conocía á su hermano y sus
 ideas. Sabía que era incrédulo, no
 porque le fuera más fácil vivir sin
 religión, sino porque la explicación
 que dan los sabios modernos de los
 fenómenos del universo había con-
 movido poco á poco sus creencias.
 Sabía, pues, que su vuelta á la fe
 no era natural; efecto de una ope-
 ración del cerebro, sobreexcitado
 por una loca esperanza de curación,
 no podía ser sino pasajera é intere-
 sada. Sabía también que Kitty ha-
 bía avivado aquella esperanza con
 sus cuentos de curaciones milagro-
 sas.

Levine sabía todo esto, y su dolor
 aumentaba por lo mismo, al ver el
 rostro confiado de su hermano, su
 muñeca enflaquecida que levantaba
 con trabajo hasta su tersa frente
 para persignarse, sus hombros sa-
 lientes, y su pecho jadeante que no
 podía ya retener aquella vida que
 imploraba el enfermo. Durante la
 ceremonia, Levine hizo lo que él,
 incrédulo, había hecho mil veces.
 Decía dirigiéndose á Dios:

—Haz, si existes, que este hom-
 bre se cure, y le salvarás á él y
 á mí.

Después de administrado, el en-
 fermo se sintió de repente mucho
 mejor; durante más de una hora no
 tosió una sola vez. Sonriendo y be-
 sando la mano de Kitty con lágri-

mas de agradecimiento, la decía que se encontraba bien, que no sufría, y que sentía fuerza y apetito.

Cuando le llevaron la ropa, se sentó él solo y pidió una chuleta. Por imposible que fuese la curación, Levine y Kitty pasaron aquella hora en una agitación en que se mezclaba á la alegría el miedo de engañarse.

Decíanse en voz baja, sonriendo:

—¿Está mejor?

—¡Mucho mejor!

—¡Es asombroso!

—¿Por qué?

—Está seguramente mejor.

Pero la ilusión duró poco. Después de su sueño penoso de media hora, le despertó un golpe de tos, y de repente toda esperanza se desvaneció para ellos y para él. La punzante realidad de sus sufrimientos le hacía olvidar sus esperanzas de un momento antes.

Quiso respirar un frasquito de iodo, tapado con un pergamino agujereado. Levine se le llevó, y su hermano le dirigió aquella misma mirada de ardiente esperanza que había fijado en la imagen, para que le confirmasen las palabras del médico que atribuía al iodo virtudes maravillosas.

—¿No está ahí Kitty?—preguntó con su voz ronca, cuando Levine hubo repetido de mala gana las palabras del médico... ¿No?... Enton-

ces puedo hablar... He representado la comedia por ella... ¡Es tan buena!... ¡Pero nosotros no podemos engañarnos; en esto es en lo que yo tengo fe!—dijo estrechando el frasco entre sus manos huesosas y respirando el iodo.

Hacia las ocho de la noche, mientras que Levine y su mujer tomaban el té en su cuarto, vieron venir corriendo á María Nicolaevna (ama del enfermo) sin aliento. Estaba pálida y la temblaban los labios.

—¡Se muere!—dijo balbuciente. —¡Me da miedo! ¡Se va á morir!

Los dos corrieron á ver á Nicolai, y le encontraron sentado, apoyándose de lado sobre la cama, encorvada su larga espalda y baja la cabeza.

—¿Qué sientes?—preguntó Levine en voz baja, después de un instante de silencio.

—¡Siento que me voy!—murmuró Nicolai, arrancando con gran trabajo los sonidos de su pecho, pero articulando todavía claramente. Sin levantar la cabeza, volvió los ojos hacia su hermano, cuyo rostro no podía distinguir.

—¡Katia, vete de aquí!—murmuró de nuevo.

Levine se levantó rápidamente, y con gesto imperioso hizo salir á su mujer.

—Me voy, volvió á decir el moribundo.

—¿Por qué te lo figuras?— preguntó Levine por decir algo.

—Porque me voy—repitió Nicolai, como si se hubiese encariñado con la palabra. Es el fin...

María Nicolaevna se acercó á él.

—Echese V.—le dijo—y estará mejor.

—Pronto estaré tranquilamente echado, muerto—añadió con irridada ironía.—¡Bueno! Echadme si queréis.

Levine echó á su hermano boca arriba, se sentó á su lado, y respirando apenas, le miró á la cara. El moribundo yacía con los ojos cerrados; pero los músculos de su frente se agitaban de cuando en cuando, como los de un hombre ocupado en profundas y penosas meditaciones. A pesar suyo, Levine intentó comprender lo que podía pasar por la mente del moribundo: aquel rostro severo, el movimiento de los músculos de las sobrecejas, parecían indicar que su hermano entreveía misterios ocultos para los vivientes.

—¡Sí, sí, eso es!—dijo lentamente el moribundo.—¡Esperad!

Callóse de nuevo, y de repente, como si todo se hubiera aclarado para él, dijo:

—¡Eso es! ¡Oh, Señor!

Y dió un profundo suspiro.

María Nicolaevna le tocó los piés, y dijo en voz baja:

—¡Se va enfriando!

Largo rato, muy largo rato, al parecer de Levine, permaneció el enfermo inmóvil, pero aún vivía y suspiraba de cuando en cuando. Levine se sentía fatigado por la tensión de su espíritu; conocía que á pesar de todo, no podía comprender qué era aquello que afirmaba su hermano; ni siquiera tenía ya fuerza para pensar en el punto de la muerte. Pero á pesar suyo, ocurríale la idea de lo que tendría que hacer dentro de un instante: cerrarle los ojos, vestirle, encargarse de la caja. Y, ¡cosa extraña! se sentía completamente frío; no tenía pesar por su hermano, y mucho menos compasión; si algún sentimiento experimentaba hacia él, era más bien el de la envidia de aquella certidumbre que poseía ahora el moribundo y que él no podía adquirir.

Largo rato permaneció junto á su hermano, esperando siempre el fin, y el fin no llegaba. Abrióse la puerta y entró Kitty. Levantóse para detenerla; pero el moribundo se agitó en seguida.

—¡No te vayas!—dijo extendiendo la mano.

Levine se la cogió, é hizo á su mujer una seña de enojo para despedirla.

Luego, sin soltar aquella mano moribunda, aguardó media hora, una, y otra más. Ya no pensaba en

la muerte, sino en lo que estaba haciendo Kitty. ¿Quién podía vivir en el cuarto de al lado? ¿Tendría el médico casa propia? Luego sintió hambre y sueño. Poco á poco desprendió su mano para tocar los piés de su hermano: estaban fríos, pero él respiraba aún. Levine trató de levantarse en puntillas, pero en seguida el enfermo se movió y repitió:

— ¡No te vayas!

.....

Empezaba á alborear y la situación no variaba. Levine se levantó sin hacer ruido, soltó la mano del enfermo, y sin mirarle, se metió en su cuarto, se acostó y se durmió. Al despertar, en lugar de la noticia que aguardaba de la muerte de su hermano, le dijeron que había vuelto á su estado habitual; se sentaba, tosía, comía, hablaba, pero ya no de la muerte; expresaba otra vez deseos de ponerse bueno, y manifestaba más irritación y sombría tristeza que de ordinario. Nadie, ni su hermano, ni Kitty lograron calmarle; acusaba á todo el mundo de sus sufrimientos, pedía que llamaran á un célebre médico de Moscu, y á todas las preguntas que le dirigían acerca de su estado, respondía con el mismo tono de irritación y de censura:

— ¡Sufro atrozmente, no lo puedo resistir!

El enfermo sufría cada vez más y no se le podía aliviar. Cada vez se irritaba más contra los suyos por todo, y les reprendía principalmente por no enviar á buscar al célebre doctor de Moscu.

Ni la misma Kitty lograba calmarle, y Levine se apercibió de que también ella sufría física y moralmente, por más que no quisiera confesarlo. El sentimiento que había inspirado la despedida de Nicolai á la vida cuando la noche anterior había llamado á su hermano, se había desvanecido. Como todos estaban convencidos de lo inevitable de la muerte del enfermo y le veían casi agonizando, deseaban que el desenlace llegara cuanto antes. No por eso dejaban de administrarle medicinas y de llamar al médico; pero engañaban al enfermo y se engañaban á sí mismos. Aquello era una mentira vil, ofensiva, sacrílega, una mentira que hacía sufrir á Levine más que á todos los otros, á causa de su carácter recto y del afecto más vivo que profesaba al moribundo.

.....

Tres días crueles pasaron así; el enfermo continuaba en el mismo estado. Todos los que le visitaban, el mozo del hotel, el patrón, los viajeros, el médico, María Nicolaevna, Levine y Kitty no tenían más que un deseo, su muerte; sólo

el enfermo no experimentaba aquel sentimiento; al contrario, se quejaba siempre de que no enviaban á llamar al gran médico; tomaba sus medicinas y hablaba de vivir. Unicamente en los raros intervalos en que, aletargado por el opio, se olvidaba por un instante de su mal, era cuando dejaba escapar, en medio de su letargo, la idea que le pesaba más que á los otros.

—¡Ah, si esto se acabase!

Otras veces decía:

—¿Cuándo acabará esto?

Sus dolores, cada vez más vivos, hacían su efecto, encaminándole á la muerte. No había postura que no le hiciese sufrir, ni un miembro de su pobre cuerpo que no le causase un tormento: hasta los recuerdos, los pensamientos acerca de aquel cuerpo repugnaban ya al enfermo como el cuerpo mismo. La vista de los circunstantes, lo que hablaban, sus propios recuerdos, todo le hacía daño: todos le comprendían, ninguno se atrevía á moverse, á expresar un deseo ni un pensamiento. La vida se concentraba para todos en el sentimiento de los dolores del moribundo, en el deseo ardiente de verle libre de ellos.

Visiblemente tocaba ese momento supremo en que la muerte debía parecerle deseable como la última felicidad.

Antes, cada uno de sus deseos, provocados por el mal ó por la necesidad, como el hambre, el cansancio, la sed, le procuraban al satisfacerse por las funciones del cuerpo, cierta satisfacción; pero ahora, ni su mal ni sus necesidades podían ya apaciguarse así, y todas sus tentativas sólo lograban producirle nuevos sufrimientos. Todos sus deseos se resumían, pues, en uno solo: desembarazarse de todos sus dolores y de la causa de ellos, su cuerpo; pero no hallaba palabra para expresar aquel deseo de libertad; y por eso no hablaba de ello, y por eso pedía siempre, por costumbre, satisfacer necesidades que ya no podían ser satisfechas.

—Echadme del otro lado—decía.

Y á penas lo habían hecho, cuando quería volver á la postura que tenía.

—Dadme caldo... Que se le lleven... Contadme algo y no os estéis así callados...

Y en cuanto empezaban á hablar, adoptaba una expresión de cansancio, de indiferencia y de disgusto.

Kitty cayó enferma unos diez días después de su llegada, y el médico declaró que era efecto de las emociones y de la fatiga, prescribiendo la tranquilidad y el descanso. Se levantó, sin embargo, después de comer, y se fué, como de ordinario, á casa del enfermo, con su labor.

Nicolai la miró con severidad y sonrió desdeñosamente cuando dijo que había estado indispueta. En todo el día no dejó de sonarse y de quejarse dolorosamente.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó ella.

—Peor — respondió trabajosamente.—Sufro mucho.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—Ya veréis cómo esto acaba hoy —dijo María Nicolaevna en voz baja; pero de modo que el enfermo que, como observó Levine, estaba en acecho, debía oírlo.

Levine la hizo callar; luego se volvió hacia el moribundo, que lo había oído, pero á quien aquellas palabras no impresionaban absolutamente, porque su mirada seguía ceñuda y fija, y llevándose hacia el pasillo á María Nicolaevna, la preguntó:

—¿Por qué creéis eso?

—Porque se está bajando la ropa.

—¿Cómo es eso?

—Pues así,—respondió ella — imitando al moribundo con pasar las manos por los pliegues de su vestido de lana.

Levine se acordó en efecto de que el enfermo había estado todo el día tirando de la ropa como si quisiera quitársela.

María Nicolaevna había acertado.

Hacia la noche, Nicolai ya no

tuvo fuerzas para levantar el brazo, y su mirada inmóvil adoptó una expresión de atención concentrada que no cambió cuando su hermano y Kitty se inclinaron hacia él para que pudiese verlos. Kitty llamó al sacerdote para que dijese la recomendación del alma.

Durante la ceremonia, el enfermo, rodeado de Levine, Kitty y María Nicolaevna, no dió señal alguna de vida; pero antes de acabarse las oraciones, dió de pronto un suspiro, se estiró y abrió los ojos. El sacerdote colocó la cruz sobre aquella frente helada, y cuando terminó las oraciones, cubrió lentamente el cuerpo con el sudario. Permaneció aún dos minutos de pié, silencioso junto á la cama, cogiendo la ancha mano, fría y sin sangre del moribundo.

— Ha concluido — dijo por fin.

Iba á marcharse; pero de pronto los bigotes aplastados de Nicolai se movieron ligeramente, y del fondo de su pecho salieron claras y perceptibles entre el silencio que había, estas palabras:

— No del todo... pronto...

Un minuto después su rostro se iluminó; dibujóse una sonrisa bajo el bigote, y las mujeres se apresuraron á empezar á amortajarle.

Todo el horror de Levine hacia el terrible enigma de la muerte se

despertó con la misma viveza que durante la noche de otoño en que vino á verle su hermano. Más que nunca comprendió su impotencia para sondear el misterio de la muerte, y el terror de sentirla tan cerca de sí y tan inevitable...

Y apenas hubo visto realizarse aquel misterio de muerte, cuando á su lado se realizó á su vez otro misterio de amor y de vida no menos insondable.

El doctor declaró que Kitty estaba embarazada.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LAS TRES MISAS REZADAS

Dos pavas trufadas, Garrigou?...

—Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...

—¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou... Y, además de las pavas, ¿qué otras cosas has visto en la cocina?...

—¡Oh, toda suerte de cosas buenas!... Desde á mediodía no hemos hecho más que desplumar faisanes, abubillas, pollas cebadas y gallos silvestres. Volaban las plumas que era una bendición... Luego, trajeron de la laguna anguilas, carpas doradas, truchas...

—¿Cómo de gordas, Garrigou?...

—Así de gordas, mi reverendo... ¡Enormes!...

—¡Santo Dios, me parece que las estoy viendo!... ¿Has puesto el vino en las vinajeras?

—Sí, reverendo padre, he puesto el vino en las vinajeras... Pero, ¡carambita! no vale nada en comparación del que beberá vuestra merced al salir de la misa del gallo. ¡Si viese vuestra paternidad en el comedor del castillo todas esas garras que llamean colmadas de vinos de todos colores!... Pues ¿y la vajilla de plata, los centros cincelados, las flores, los candelabros!... ¡En la vida se volverá á ver una cena semejante! El señor marqués ha invitado á todos los señores de la comarca. Vuestras mercedes serán á la mesa lo menos cuarenta, sin contar con el bailío y con el cartu-

lario... Mi reverendo padre, ¡ah, qué feliz es vuestra merced con estar entre los comensales!... Nada más que de haber oliscado esas hermosas pavas, á todas partes me sigue el olor á trufas... ¡Hum, qué rico!...

—Vamos, vamos, hijo mío. Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo la noche de la Natividad... Anda prontito á encender las velas y dar el primer toque para la misa, porque se aproxima la media noche y no hay que hacer aguardar...

Celebrábase esta conversación una noche de Navidad del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo padre *dom* Balaguère, antiguo prior de los Barnabitas, á la sazón capellán estipendiado por los Señores de Trinquelague, y su acólito Garrigou, ó á lo menos el que tenía por tal acólito Garrigou. Pues conviene saber que aquella noche el diablo había tomado la cara rechoncha y las facciones indecisas del joven monaguillo, para mejor inducir á tentación al reverendo padre y hacerle cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, mientras que el sedicente Garrigou (¡hum! ¡hum!) badajeaba de lo lindo las campanas de la capilla señorial, su paternidad el reverendo revestíase su casulla en la pequeña sacristía del castillo, y con el espíritu trastornado ya por todas esas

descripciones gastronómicas, repetía en su interior al revestirse:

«¡Pavas asadas con trufas... carpas doradas... truchas así de gordas!...»

Por fuera soplaba el viento de la noche, desparramando á lo lejos la música de las campanas; y á compás de ella aparecían luces entre la oscuridad en las faldas del monte Ventoux, en la cima del cual asentábanse los viejos torreones de Trinquelague. Eran familias de colonos que venían al castillo á oír la misa de media noche. Trepaban por la ladera cantando villancicos, en grupos de cinco ó seis personas; el padre delante con la linterna en la mano, detrás las mujeres envueltas en sus grandes mantelos pardos, con que se arropaban y abrigaban los niños. A pesar de la hora y del frío, todas aquellas buenas gentes del pueblo caminaban con alegría, sustentándose la idea de que al salir de misa habría mesa puesta para ellos como todos los años, en las cocinas de la planta baja. De vez en cuando, por la áspera subida, la carroza de un señor precedida por criados con antorchas, hacía refulgir como espejos sus cristales á la claridad de la luna; ó bien trotaba una mula agitando sus campanillas, y á la escasa luz de los faroles envueltos por la bruma, los colonos reconocían á su bailío y le saludaban al pasar:

— Buenas noches, maestro Arnton, buenas noches.

— Buenas noches, hijos míos, buenas noches.

La noche estaba clara, con las estrellas fulgurantes de frío; pinchaba el cierzo; y un fino granizo, deslizándose por la ropa sin mojarla, guardaba con fidelidad las tradiciones de las Nochebuenas blancas de nieve. En lo alto de la cuesta aparecía, como la meta, el castillo con su colosal masa de torres, de frontispicios puntiagudos, la espadaña de su capilla remontándose hacia un cielo azul oscuro; y una multitud de lucecitas, que oscilaban, iban y venían, agitábanse tras de todas las ventanas, semejando sobre el oscuro fondo del edificio las chispas que corren por las pavesas del papel quemado... Después de pasar el puente levadizo y la porterna, para dirigirse á la capilla era menester cruzar por el patio de honor, lleno de carrozas, lacayos y literas, resplandeciente con la luz de las antorchas y la lumbre de las cocinas. Oíase el retintín de las ruedas de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de las vajillas de cristal y de plata, removidas en los aprestos para una refacción. Pero aún más que todo ello, un vaho tibio, de delicioso olor á carnes asadas y á las hierbas aromáticas de las salsas difíciles de prepa-

rar, es lo que hacía decir á los colonos, al capellán, al bailío, á todo el mundo:

— ¡Qué magnífica cena vamos á tomar después de misa!

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!... ¡Ting-tin!... ¡Tilín!...

Empieza la primera misa de media noche. Dentro de la capilla del castillo, una catedral en miniatura, con bóvedas por arista y tableros de roble casi tan altos como los muros, están colgados todos los tapices y encendidos todos los cirios. ¡Cuánta concurrencia! ¡Y qué galas en el vestir! En primer lugar, sentados en la esculpida sillería del coro, están el señor de Trinquelague, con traje de tafetán de color salmón, y junto á él todos los nobles señores invitados. Enfrente, sobre reclinatorios forrados de terciopelo, ocupan su sitio la vieja marquesa viuda con su vestido color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, con una monumental toca de encajes, encañonada según la última moda de la corte de Francia. Más abajo, vestidos de negro con grandes pelucones terminados en punta y afeitadas las caras, se ve al bailío To-

más Arnoton y al escribano cartulario Sr. Ambroy, dos notas serias entre las sedas chillonas y los brocados de damasco. Luego vienen los orondos mayordomos, los pajes, los palafreneros, los intendentes, la dueña Bárbara, todos con sus llaves colgando á un lado, sujetas por un llavero de plata fina. Al fondo, en los bancos, está la baja servidumbre, las criadas, los colonos con sus familias; y, en fin, á lo último del todo, junto á la puerta, que entreabren y vuelven á cerrar discretamente, se hallan los señores pinches de cocina, quienes, entre salsa y salsa, vienen á oír su miajita de misa y á traer un olor á cena dentro de la iglesia, engalanada de fiesta y tibia por tantos cirios ardiendo.

¿Será, al ver esas gorritas blancas, lo que hace padecer distracciones al celebrante? Quizá sea más bien la campanilla de Garrigou, esa endiablada campanillita que repiquetea al pié del altar con infernal precipitación, y parece estar diciendo todo el tiempo: «Abreviemos, deprisita... Cuanto antes concluyamos, más presto estaremos á la mesa.» El hecho es que, cada vez que suena esa campanilla del demonio, el capellán se olvida de la misa y sólo piensa en la cena. Imagínase el runrún de las cocinas, las hornillas donde arde un fuego de fragua,

el husmillo que sale bajo las tapaderas entreabiertas, y dentro de este vaho dos magníficas pavas ahitadas, redondas y jaspeadas de trufas...

O bien ve pasar filas de pajecillos con platos brumosos de vapores que tientan, y penetra con ellos en el gran salón, dispuesto ya para el festín. ¡Oh delicia! Mirad la grandísima mesa, aderezada y flamígera, los pavos reales vestidos con su plumaje, los faisanes separando sus alas irisadas, los frascos de color de rubí, las pirámides de frutas destacándose lustrosas entre las verdes ramas, y esos maravillosos pescados de que hablaba Garrigou (¡sí, Garrigou!), tendidos en un lecho de hinojo, con sus escamas nacarinas, cual si acabasen de salir del agua, y con un ramito de olorosas hierbas en sus narices de monstruos. Es tan viva la visión de tales maravillas, que parece á *dom* Balaguère como si todos esos manjares miríficos se hallasen servidos ante él sobre los bordados de la sabanilla del altar, y dos ó tres veces se sorprende á sí mismo á punto de decir el *Benedicite* en vez de *Dominus vobiscum*. Aparte de estos leves yerros, el santo varón despacha su oficio divino con suma conciencia, sin pasarse una línea, sin omitir una genuflexión, y todo marcha bastante bien hasta el fin de la primera misa, porque ya sabéis que el

día de Navidad un mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.

«¡Y va una!», dice para sus adentros el capellán, con un suspiro de alivio. Luego, sin darse punto de reposo, hace señas á su acólito, ó á quien tiene en concepto del acólito, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Comienza la segunda misa, y con ella principia también el pecado de *dom* Balaguère. «Pronto, vivo, despachemos», le grita con su vocecita cascada la campanilla de Garrigou; y esta vez el infeliz oficiante, abandonándose por completo al demonio de la gula, se dispara hacia el misal y devora las páginas con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se baja, se levanta, bosqueja las señales de la cruz y las genuflexiones, y achica todos sus ademanes para concluir más pronto. Apenas extiende sus brazos al *Evangelio*, cuando se da los golpes de pecho del *Confiteor*. Entre el monacillo y él se las apuestan á quien diga todo más de taravilla. Precipítanse, y se dan empellones los versículos y las respuestas. Las frases á medio pronunciar, sin abrir la boca (lo cual exigiría demasiado tiempo), concluyen por ser unos murmullos incomprensibles.

Oremus... biss... biss... biss... biss...

Mea culpa... pa... pa...

Como vendimiadores que deprisa y corriendo meten los racimos en la cuba espachurrándolos, de igual manera se zambullen ambos en el latín de la misa, enviando salpicaduras á todas partes.

Dom... iscum... dice Balaguère.

... *Stutuo...* contesta Garrigou. Y á cada instante la condenada campanillita repiquetea en sus oídos, como esos cascabeles que ponen á los caballos de posta para hacer que galopen con gran velocidad. Ya comprenderéis que á ese paso, pronto se despacha una misa rezada.

«¡Y van dos!», dice el capellán sin aliento. Después, sin tomarse tiempo para respirar, encendido, sudando á chorros, baja á la carrera las gradas del altar, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Principia la tercera misa. Ya quedan pocos pasos que dar para ir al comedor; pero, ¡ay!, á medida que se acerca la cena, el infortunado Balaguère siéntese presa de un frenesí de impaciencia y de gula. Su visión parece más palpable: allí están las carpas doradas, las pavas asadas. Las ve... las toca... se las... ¡Santo Dios!... Las viandas humean, los vinos embalsaman... Y sacudiendo su condenado badajo, la campanillita le dice á gritos:

«¡Hala, hala, más aprisa!»

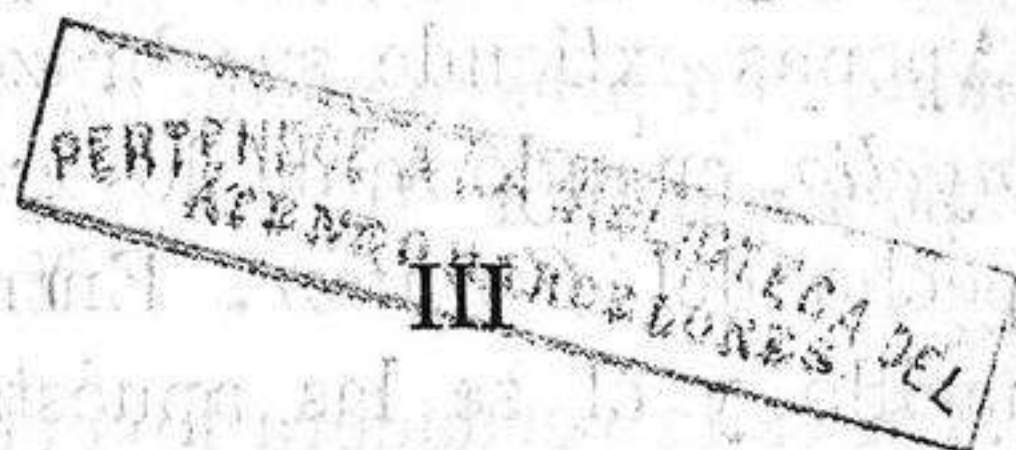
Pero, ¿puede correr más? Ape-

nas se mueven sus labios. No pronuncia ya las palabras... ¡A menos de hacer toda clase de fullerías al misericordioso Dios y escamotearle su misa!... Y eso hace el desdichado... De tentación en tentación comienza por saltarse un versículo, después dos. Como la *Epístola* es demasiado larga, no la concluye; desflora el *Evangelio*, pasa por delante del *Credo* sin entrar en él, se come el *Pater noster*, saluda de lejos el *Prefacio*, y á saltos y brincos se precipita así en la condenación eterna, seguido siempre por el infame Garrigou (*vade retro, Satanás*), quien le secunda con asombrosa inteligencia de cómplice, le levanta la casulla, vuelve las hojas dos á dos, atropella los pupitres, derriba las vinajeras y repiquetea sin cesar la campanillita, cada vez más fuerte, cada vez más á escape.

¡Tenía que ver la cara atónita de todos los asistentes! Obligados á seguir por la mímica del sacerdote aquella misa de la cual no pescan ni una jota, levántanse unos, mientras se arrodillan otros, siéntanse estos cuando aquellos continúan de pié; y todas las fases de esa extraña misa se confunden en los bancos, entre una multitud de actitudes diversas. La estrella de Belén, en camino por las sendas del cielo allá abajo hacia el humilde establo, pa-

lidece de espanto al ver tal confusión...

—El señor cura va muy de prisa... No se le puede seguir—murmura la vieja marquesa viuda, agitando su cofia con extravío. El maestro Arnoton, con sus grandes gafas de acero montadas en la nariz, busca en su devocionario por dónde diantres andará. Pero, en el fondo, á todas aquellas buenas gentes, que también están pensando en cenar, no les incomoda el que la misa vaya por la posta. Y cuando *dom* Balaguère, con el rostro radiante, se vuelve hacia los fieles gritando con todas sus fuerzas *Ite, missa est*, toda la capilla le contesta á una sola voz, un *Deo gratias* tan alegre y comunicativo que parece como si estuviesen ya á la mesa, en el primer brindis de la cena.



Cinco minutos después tomaban asiento en el gran comedor todos aquellos señores, y el padre capellán ocupando una cabecera. El castillo, iluminado de arriba á abajo, retumbaba con los cánticos, los gritos, las risas, los ruidos de todas clases; y el venerable *dom* Bala-

guère clavaba su tenedor en un alón de abubilla, ahogando los remordimientos de su pecado entre olas de vino del Papa y sabrosos jugos de viandas. Tanto bebió y comió el pobre santo varón, que en la misma noche murió de un terrible cólico prieto, sin haber tenido tiempo ni siquiera para arrepentirse. Aquella mañana llegó á las puertas del cielo, rumoroso todavía por las fiestas de la Noche-Buena, é imaginaos cómo fué recibido allí:

«Apártate de mi vista, mal cristiano, le dijo el Juez Supremo Nuestro Señor; tu falta es bastante grande para borrar una vida entera de virtudes... ¡Ah! ¿Con que me has robado una misa de noche?... Pues bien, tendrás que pagarme trescientas en lugar suyo... Y tú no entrarás en el paraíso sino cuando hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos los que pecaron por tu falta y contigo...»

...Tal es la verdadera leyenda de *dom* Balaguère, según se refiere en el país de los olivos. En la actualidad ya no existe el castillo de Trinquelague; pero aún existe la capilla en pié, en la cima del monte Ventoux, entre un ramillete de verdes robledales. El viento zaran-dea su desvencijada puerta, la hierba impide entrar; hay allí nidos en

los ángulos del altar y en los alféizares de los altos ventanales, cuyas vidrieras de colores tiempo há que desaparecieron. Sin embargo, parece ser que todos los años, por Noche-Buena vaga por entre esas ruinas una luz sobrenatural; y que al ir á misa y á cenar, los aldeanos ven ese espectro de capilla iluminado por cirios invisibles que arden al aire libre, hasta con nieves y vientos. Reíos si queréis, pero un viñador de la comarca, llamado Garrigue (quizá un descendiente de Garrigou), me ha asegurado que una noche de Navidad, hallándose un poco «mareado», perdióse en la montaña, hacia la parte de Trinquelague, y cátrate que vió... Hasta las once, nada: todo en silencio, á oscuras, sin vida. De pronto, hacia la media noche, repicó un campaneo en lo alto de la espadaña, un campaneo cascado, decrepito, que parecía sonar á diez leguas. Bien pronto, en el camino que sube, vió Garrigue luces temblonas y sombras indecisas. Bajo el pórtico de la capilla andaban y cuchicheaban:

—«Buenas noches, maestro Arnoton.»

—«Buenas noches, hijos míos, buenas noches...»

Cuando hubo entrado todo el mundo, mi viñador, que era muy intrépido, se acercó muy quedo; y, mirando por la deshecha puerta,

atisbó un singular espectáculo. Todas aquellas gentes á quienes había visto pasar estaban en fila alrededor del coro, dentro de la ruinosa nave, cual si aún existiesen los antiguos asientos. Hermosas damas con trajes de brocado y cofias de encajes, señores galoneados de piés á cabeza, aldeanos con capisayos de florones como los gastaban nuestros abuelos: todos con aspecto de vejez, marchitos, polvorientos, fatigados. De vez en cuando, las aves nocturnas, habituales huéspedes de la capilla, despertándose con todas aquellas luces, revoloteaban en torno de los cirios, cuya llama subía recta y esfumada como si ardiese detrás de una gasa. Y lo que más

divertía á Garrigue era cierto personaje con grandes anteojos de acero, quien á cada instante sacudía su enorme peluca negra, sobre la cual estaba engolfado y tieso uno de tales pajarracos, batiendo silenciosamente las alas...

En el fondo, un viejecito de infantil estatura, arrodillado en medio del coro, agitaba con desesperación una campanilla sin badajo y sin voz; mientras que un clérigo, revestido con casulla de oro viejo, iba y venía delante del altar, recitando oraciones sin que se le entendiese ni una sola palabra de ellas... De seguro que era *dom* Balaguère, en vías de decir su tercera misa rezada.

ALFONSO DAUDET.

MIS MEMORIAS

HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

(Continuación.)

Lo primero que asombra en el curso de la instrucción que he descrito, es el gran cuidado que puso mi padre en darme, durante los años de mi infancia, cierta enseñanza que comprendía las ramas superiores que se aprenden de hombre, cuando se aprenden. El resultado de la experiencia enseña con qué facilidad puede conseguirse, y pone en claro el miserable derroche de tantos años preciosos, gastados por la mayoría de los estudiantes en aprender, de cualquier manera, el latín y el griego. Ese derroche, que ha conducido á gran número de partidarios de las reformas de la enseñanza á sostener la idea falsa de que había que eliminar las lenguas de la educación general. Si hubiese yo estado dotado de gran facilidad para apoderarme de lo que me enseñaban, ó si hubiese tenido una memoria muy exacta y muy fiel, ó también si hubiera tenido un carácter eminentemente activo y enér-

gico, la prueba no hubiese sido concluyente. Pero de todas esas cualidades, es mi altura inferior al término medio; lo que yo he hecho, un niño ó una niña de mediana capacidad y de buena salud pueden seguramente hacerlo. Si algo he podido realizar, lo debo, entre otras circunstancias felices, á que la educación con que mi padre me ha formado, me ha dado, ¿por qué no he de decirlo? sobre mis contemporáneos la ventaja de un adelanto de un cuarto de siglo.

Había en mi educación un punto de importancia esencial; ya lo he mencionado: fué más que ningún otro la causa del resultado que me produjo. La mayor parte de los niños y de los jóvenes, á quienes se enseña muchas cosas, lejos de fortificar sus facultades, las debilitan. Están sobrecargados de hechos, de opiniones y de fórmulas de otros, que aceptan y que les quitan el tiempo de formarlas ellos mismos. Por

eso se ven hijos de padres eminentes, en cuya educación no se ha olvidado nada, llegar á la edad madura, recitando como loros lo que han aprendido en su niñez, incapaces de utilizar su inteligencia fuera del surco que para ellos se ha trazado. Mi padre no permitió nunca que mis lecciones degenerasen en un ejercicio de memoria.

Trataba de conducir mi inteligencia, no sólo al mismo paso de la enseñanza, sino, cuando era posible, por delante. Todo lo que podía aprender por el esfuerzo de mi pensamiento, no me lo decía mi padre hasta que había agotado mis recursos para encontrarlo. Sí, recuerdo bien, no salía con frecuencia airoso de esta obligación; mi memoria está llena de ejemplos de estas derrotas y no recuerdo ningún éxito. Es verdad que tropezaba en las dificultades que á mi edad no podía vencer. Recuerdo que un día, á los trece años, ocurrió que hice uso de la palabra idea: mi padre me preguntó qué era una idea, y se disgustó porque no pude definir la palabra. Recuerdo también su indignación un día que me oyó decir que tal cosa era verdad en teoría, pero que convendría corregirla en la práctica; en vano trató de hacerme definir la palabra teoría; después me explicó su sentido y me demostró el error de la expresión vulgar de que me valí. Me dejó persuadido de mi impotencia para definir la palabra teoría después de haber hablado de ella, como de una cosa que puede estar en desacuerdo con la práctica, diciéndome que eso revelaba en mí la más crasa ignoran-

cia. Me pareció que al indignarse con tal motivo exageraba mi padre, y quizá me pareció bien. Pero creo que era efecto del descontento que le causaba mi torpeza. Un discípulo á quien nunca se le pide lo que no puede hacer, no hace tampoco nunca todo lo que puede.

Uno de los males que son de ordinario consecuencia de los progresos rápidos y que á veces han estropeado los frutos, es la vanidad. Mi padre trataba de preservarme de ella, con gran celo. Ponía todos los medios para alejar de mí la alabanza y las comparaciones que pudiesen halagarme. De mis relaciones con él, sólo podía sacar una opinión muy humilde de mis méritos, puesto que el término de comparación que oponía sin cesar á mi ambición, no era lo que hacían otros, sino lo que un hombre podía y debía hacer. Conseguió preservarme de la influencia que tanto temía. Yo ignoraba que mis progresos fuesen excepcionales á mi edad. Si por casualidad mi atención se fijaba en otro niño que sabía menos que yo (cosa que ocurrió con menos frecuencia de lo que se supondrá) no pensaba que sabía yo mucho, sino que ese niño, por tal ó cual razón, sabía poco, ó quizá que sus conocimientos eran de otro género que los míos. No sentía yo humildad, pero tampoco sentía arrogancia.

Nunca pensé en averiguar lo que yo era, ni lo que podía hacer; no me apreciaba en mucho ni en poco; no me ocupaba de mi valor personal. Si tenía algún pensamiento sobre mí mismo, era más bien el de suponerme atrasado que no adelantado en mis es-

tudios, pues siempre me parecía estar así en comparación de lo que mi padre esperaba. Lo afirmo enérgicamente, aunque no sea esta la impresión de algunas personas que me han conocido en mi niñez. Me encontraban, lo he sabido después, vanidoso de un modo desagradable; probablemente porque era amigo de discutir y no me privaba nunca de oponer una contradicción directa á lo que decían los demás. Yo creo que había adquirido esa mala costumbre, porque me habían animado de un modo excepcional á tratar cuestiones, que no eran de mi edad, con personas mayores, y que nunca me habían inculcado el respeto que se les debe tener. Mi padre no corregía esos actos de mala educación y de impertinencia, probablemente porque no se apercibía de ellos. Yo estaba demasiado penetrado de un temor respetuoso hacia él, y por eso permanecía siempre sumiso y tranquilo en su presencia. A pesar de lo que ha podido creerse, no tenía yo la menor idea de mi superioridad, y fué para mí muy conveniente que eso me ocurriese. Un día, en el Hyde Park (recuerdo muy bien el sitio en que pasó la escena), tenía yo catorce años y estaba preparado á dejar la casa de mi padre para una ausencia larga, me dijo mi padre que á medida que fuese conociendo personas nuevas, me apercibiría de que había aprendido muchas cosas que los jóvenes de mi edad no saben en general y que de seguro me hablarían y me felicitarían de ello. Recuerdo imperfectamente lo que añadió sobre este asunto,

pero acabó por decirme que si yo sabía más que otros, no tenía que atribuirlo á mi propio mérito, sino á la excepcional ventaja que me había tocado en suerte de haber tenido un padre capaz de instruirme y que se hubiese tomado la molestia de hacerlo y de consagrar á ello el tiempo necesario: que si sabía más que los que no habían gozado de la misma ventaja, no tenía que ver en ello un motivo para envanecerme, sino más bien de pensar en la vergüenza que hubiera sido para mí si hubiese ocurrido lo contrario. Cuando mi padre me enteró de que sabía yo más cosas que otros jóvenes que pasaban por haber recibido una buena educación, acogí esta revelación como informe y tuve en ello gran confianza, como en todo lo que él me decía; pero no pensé que tuviera razón mi padre en temer mi vanidad. Yo no tenía ninguna propensión á la vanidad, y no la sentí porque hubiese personas que ignorasen lo que yo sabía, ni producía en mi orgullo la idea de que mis conocimientos pudiesen provenir de mi mérito. Pero desde el momento en que se fijó mi atención sobre este punto, encontré, que lo que mi padre decía de las ventajas que había yo tenido, era la expresión exacta de la verdad y del buen sentido. Después no cambié nunca de opinión sobre ese asunto.

Claro es que este resultado, como tantos otros que entraban en el plan de educación de mi padre, no se hubiera conseguido si no hubiese cuidado mi padre de que no me relacionase mucho con los demás niños. Que-

ría librarme á toda costa, no sólo de los efectos de la influencia corruptora que ejercen los niños, unos sobre otros, sino del contagio de las ideas y de los sentimientos vulgares. Comprendía muy bien mi padre que yo pagaría esa ventaja, por una inferioridad en el ingenio que cultivan antes que nada los colegiales del mundo. Las lagunas de mi educación consistían en aquellas cosas que aprenden los niños, cuando están abandonados á sí mismos y se ven obligados á salir solos de apuro ó cuando están reunidos en gran número. Gracias á un régimen sobrio y á largos paseos, crecí gozando de buena salud; me hice fuerte, sin ser musculoso. No hacía, sin embargo, habilidades, ni de agilidad, ni de fuerza; no conocía ninguno de los ejercicios del cuerpo. No era que no tuviese libertad ni tiempo para ello. Es cierto que no tenía vacaciones, porque quebrantan la costumbre del trabajo y exponen los niños á contraer afición á la holganza, pero tenía mucho tiempo todos los días para divertirme. Como no tenía compañeros y como la necesidad de movimiento físico estaba satisfecha con el paseo, me divertía solo casi siempre y sin ruido, ó leía; no estimulaba en mí ninguna otra actividad, ni siquiera de espíritu, que la que mis estudios ponían en juego. De resultas de ello, tengo poca maña para todo lo que exige habilidad en las manos: mi espíritu, como mis manos, hacían tímidamente su obra cuando se aplicaban ó debían aplicarse á alguno de sus detalles, que ocupan tanto lugar en la vida de la mayoría de los hombres, y sobre las cuales se concentra, de ordinario, todo lo que les falta de capacidad mental. Continuamente merecía censuras por mi falta de atención y por la indolencia de mi espíritu en los detalles de la vida práctica. Mi padre era todo lo contrario, bajo ese aspecto: sus sentidos y su entendimiento estaban siempre despiertos; demostraba decisión y energía en todos sus actos. Sus cualidades y su talento contribuían á hacer viva impresión sobre las gentes con que tropezaba. Pero sucede con frecuencia que los hijos de padres enérgicos carecen de energía, porque cuentan con sus padres y éstos la tienen por ellos. La educación que me dió mi padre, era más propia para el saber que para la acción. El sabía muy bien lo que me faltaba. En mi infancia y en mi juventud tuve que sufrir mucho con sus severos regaños sobre esta cuestión. No era negligente con estos defectos que observaba en mí; pero si me había librado de la influencia desmoralizadora de los colegios, no hacía nada, en cambio, para procurarme un equivalente eficaz de las lecciones, que allí se dan, para la práctica de la vida. Todas sus cualidades las había adquirido quizá sin pena ó al menos sin una educación especial, y puede que creyese que las podía yo adquirir con la misma facilidad. Se me figura que no había reflexionado tanto sobre este punto, como sobre las otras partes de mi educación; sobre esto, como sobre otras cosas, me parece que esperó efectos sin causa.

CAPITULO II

Influencias morales que han rodeado los primeros años de mi juventud.**Carácter y opinión de mi padre.**

En mi educación, como en la de todo el mundo, las influencias morales que hacen el principal papel son también las más complicadas y las que cuestan más especificar de un modo completo. No emprenderé la pesada tarea de detallar las circunstancias que han podido contribuir á organizar mi carácter; bajo el punto de vista moral, me limitaré á señalar algunos puntos principales que deben necesariamente hacerse lugar en una reseña fiel de mi educación.

Yo he sido educado desde el principio sin ninguna creencia religiosa, en el sentido que de ordinario se da á estas dos palabras. Mi padre había sido instruído en la fe de la Iglesia presbiteriana de Escocia; mas por sus estudios y por sus reflexiones había llegado á rechazar, no sólo la creencia en la revelación, sino las bases de lo que se llama comunmente la religión natural. Yo le he oído decir que la resolución que se había hecho en su espíritu en materia religiosa empezó en la época en que leyó la *Analogía* de Butler. Esa obra, de la que siempre habló con respeto, le mantuvo bastante tiempo, según decía, en la creencia de la divi-

nidad del Cristianismo; ella le demostraba que, si encuentran grandes dificultades para creer que el Antiguo y el Nuevo Testamento, son al mismo tiempo la historia de un Ser soberanamente sabio y bueno, también se encuentran, y mucho mayores, para creer que un Ser de esa naturaleza sea el autor del Universo. Mi padre consideraba el argumento de Butler como concluyente, pero sólo contra los principios que Butler trataba de combatir. Los que admiten que un Ser todopoderoso y soberanamente justo y bueno, es el autor de un mundo como el mundo en que vivimos, no podrían hacer contra el Cristianismo ninguna objeción que con tanta fuerza pudiera volverse contra ellos. El deísmo no le parecía fundado, mi padre permaneció en un estado de duda, hasta que, después de grandes luchas, se detuvo en la convicción de que nada podía saberse del origen de las cosas. Ninguna otra expresión pinta mejor su opinión: en efecto, encontraba el ateísmo dogmático absurdo, como lo han hecho siempre la mayor parte de los que el mundo ha mirado como ateos. Estos detalles son importantes por-

que prueban que, rechazando todo lo que se llama creencia religiosa, no cedía mi padre, como podía creerse, á la fuerza de la lógica y de la prueba: sus motivos eran más bien de orden moral que de orden intelectual. No podía creer que un mundo tan lleno de mal fuese la obra de un autor, que reuniese á la vez el poder infinito, la perfecta bondad y la soberana justicia. Su inteligencia despreciaba las sutilezas, con las cuales se trataba de cerrar sus ojos ante esta contradicción patente. La hubiera considerado como una hipótesis, pero no hubiera encontrado en ella ninguna influencia desmoralizadora. La aversión que sentía por la religión, tal como se comprende ordinariamente, era del mismo género que la de Lucrecio: le causaba el sentimiento que merece, no un engaño aislado, sino un inmenso mal moral. La consideraba como el mayor enemigo de la moralidad; primero, porque ha creado méritos ficticios, principalmente la adhesión á las fórmulas de la fe, la profesión de sentimientos, de devoción y la participación en ceremonias que no se relacionan las unas con las otras por ningún vínculo, ni conducen á la felicidad del género humano; después, porque los hace aceptar como virtudes reales; pero sobre todo, porque corrompe esencialmente el criterio de la moral, haciéndole consistir en el cumplimiento de la voluntad de un ser á quien prodiga todos los términos de la adulación, mientras le pinta del modo más odioso. Cien veces le he oído decir que en todos los siglos y en todas las naciones se habían representado los dioses como seres malos, y que todos los siglos aventajaron en éste á su inmediato anterior por una progresión constantemente creciente; que los hombres no habían jamás cesado de añadir nuevos rasgos á la imagen de sus dioses, hasta que formaron la concepción más perfecta de la maldad que el espíritu humano pudo imaginar, concepción que han llamado el bien y que han adorado. Ese *nec plus ultra* de la maldad se encarnaba, según él, en la doctrina que se nos presenta comunemente bajo el nombre de fe cristiana. «Imagínese, decía, que ese Ser ha hecho el infierno, que ha creado la especie humana con su presciencia infalible, y por consiguiente, con la intención de que la gran mayoría de los hombres se viese condenada por una eternidad á tormentos horribles». El tiempo se acerca, creo, en que esa espantosa manera de concebir el Dios que se adora no se confunda más con el Cristianismo, y que todas las personas capaces de sentir el bien y el mal la miraran con tanto horror como lo hacía mi padre. Sabía muy bien que los cristianos no sufrían de un modo tan funesto, como podía temerse, las consecuencias desmoralizadoras que parecen inherentes á esta creencia.

La pereza del pensamiento, la sumisión de la razón á los temores y á los deseos, á los afectos que hacen al hombre capaz de aceptar una doctrina, cuyos términos implican contradicción, le impiden también apereibir las consecuencias lógicas que se despren-

den. Les es tan fácil creer á un mismo tiempo en cosas incompatibles y hay tan pocos bastante fuertes para sacar de sus creencias deducciones diferentes á las que les sugieren sus propios sentimientos, que no es de extrañar que la inmensa multitud haya tenido por indudable la creencia en un Dios creador del infierno, sin vacilar al confundirle en una sola persona, con el Dios que, para ellos, realizaba el ideal de la soberana bondad. No era, sin duda, á ese demonio, producido por su imaginación, á quien le dirigía su culto, sino á su ideal de perfección. El vicio de semejante creencia consiste en colocar el ideal á un nivel inferior, y en oponer la más terca resistencia á todo pensamiento que trate de elevarlo. Los creyentes se apartan con horror de toda especulación que tienda á llevar al espíritu una concepción clara y un ideal elevado de perfección, porque sienten, aunque no lo ven con precisión, que ese ideal estaría en abierta contradicción con las leyes de la naturaleza y con los dogmas que consideran como esenciales á la fe cristiana. De donde resulta, que la moralidad es una cuestión de ciega tradición que no reposa sobre ningún principio sólido, y que no tiene para guiarla ningún sentimiento firme.

Mi padre se hubiera puesto en completa contradicción con sus ideas fijas sobre el deber, si me hubiese dejado adquirir impresiones contrarias á sus convicciones y á sus sentimientos sobre la religión; desde el principio imprimió en mi espíritu la idea de que la

manera ó la forma con que había empezado el mundo, era un problema sobre el cual nada se sabía. A la pregunta: ¿Quién me ha hecho?, decía que no se podía contestar porque no se tiene ninguna experiencia, ninguna información auténtica de donde pueda partirse para formular una contestación. Cualquier cosa que se conteste, decía, no se consigue más que aumentar la dificultad, porque se encuentra inmediatamente una nueva pregunta: ¿Quién ha hecho á Dios? Puso cuidado, en la primera época, de hacerme aprender lo que el género humano había pensado sobre estos impenetrables problemas. Era yo muy joven, como lo he dicho ya, cuando me hizo leer la historia eclesiástica; me enseñó á tomar interés por la reforma, y á considerar ese gran debate como la lucha suprema entre la tiranía sacerdotal y la libertad del pensamiento.

Soy, pues, una de las pocas personas de Inglaterra de quienes puede decirse, no que hayan abandonado la creencia de la religión, sino que no la han tenido nunca. En este terreno me he desarrollado en un estado negativo. Yo consideraba la religión de los tiempos modernos del mismo modo que las de la antigüedad, es decir, como un asunto que no me concernía en nada. No me extrañaba más el encontrar entre los ingleses creencias, de que yo no participaba, que si las hubiese encontrado en los pueblos descritos por Herodoto. La historia me había enseñado que reinan entre los hombres opiniones muy diversas, y en mi situación

respecto á mis compatriotas sólo veía un ejemplo más de esta diferencia. Este hecho pudo tener, sin embargo, en mi primera educación, una influencia funesta, que debo mencionar. Mientras mi padre me daba una opinión contraria á la del mundo, creyó necesario decirme que no era prudente hacer profesión de ella públicamente. Yo era un niño todavía, y el consejo de guardar mis ideas para mí podía traer muy malas consecuencias. Pero como tenía muy pocas relaciones con los extraños, sobre todo con los que podían haberme hablado de religión, no me encontraba en el aprieto de tener que confesar mi opinión ó de recurrir á la hipocresía. Recuerdo que en dos ocasiones, durante mi infancia, me vi en ese caso; las dos veces confesé mi opinión y la sustuve. Mis adversarios eran jóvenes de más edad que yo; uno de ellos se quedó asombrado del descubrimiento, y no volvimos á hablar de ello; el otro se escandalizó, y procuró, durante algún tiempo, convencerme, pero no consiguió nada.

El gran progreso de la libertad en la discusión, que más que otro alguno distingue al tiempo presente del de mi infancia, ha cambiado considerablemente las condiciones morales de la situación en que me colocaba mi falta de religión. Yo creo que hoy, entre los hombres dotados de una inteligencia igual á la de mi padre y que como él poseen el amor al bien público, y sostienen con una convicción tan firme opiniones impopulares sobre la reli-

gión, ó sobre uno de los grandes problemas de la filosofía, son pocos los que practicarían ó aconsejarían una conducta que consistiese en ocultarlas al mundo, excepto en los casos, cada día menos frecuentes, en que la sinceridad en esas materias pudiera exponerlos á perder sus medios de existencia, ó á verse excluidos de una carrera que conviniese á sus aptitudes. Para la religión, me parece llegado el tiempo, en que el deber de todos los que poseen los conocimientos necesarios y se han convencido, después de madura reflexión, de que las opiniones reinantes no sólo son falsas, sino peligrosas, les imponga dar á conocer al mundo que no profesan la religión, sobre todo si gozan de una reputación que preste á su opinión la suerte de despertar interés. Una manifestación semejante pondría fin de un golpe, y para siempre, á la preocupación vulgar que supone, en lo que impropriamente se llama incredulidad, todos los vicios del espíritu y del corazón como inmediato cortejo. El mundo se asombraría si supiese cuántos hombres, de los que constituyen su principal adorno, y de los que ocupan los más altos puestos en la opinión pública, por su sabiduría y por su virtud, son completamente escépticos en religión. Hay muchos que se abstienen de profesar públicamente su falta de religión, no tanto por consideraciones personales, cuanto porque temen sinceramente, sin razón en la época en que estamos, hacer más daño que bien, diciendo á la faz del mundo su opinión, que podría debilitar las

creencias aceptadas, y, en consecuencia, aflojar las obligaciones que consideran como frenos para los hombres.

Hay incrédulos, puesto que esta palabra se ha aceptado, y hay también creyentes de todos géneros. Encuéntrense todas las variedades del carácter moral. Pero los mejores — y nadie que los conozca vacilará en afirmarlo — son más religiosos, en la verdadera acepción de esta palabra, que aquellos que se atribuyen exclusivamente este título. Gracias al espíritu liberal de nuestra época, ó si se prefiere al anquilamiento de la preocupación inveterada que impide á los hombres ver claro las cosas que saltan á la vista, cuando son contrarias á sus deseos, no hay ya dificultad en admitir que un deista pueda ser verdaderamente religioso. Pero si la religión consiste en ciertas cualidades del carácter y no en ciertos dogmas, puede también llamarse religiosos á aquellos cuyas creencias no llegan al deísmo. No consideran, es verdad, que el universo se haya construído con arreglo á un plan, y no admiten que el universo se haya creado y esté gobernado por un ser de un poder *absoluto* y de una bondad perfecta; pero poseen lo que constituye el valor principal de toda religión: una concepción ideal de un ser perfecto, al cual tienen costumbre de dirigir los ojos, como al guía de su conciencia. Este ideal del bien está de ordinario mucho más cerca de la perfección que el Dios objetivo que adoran los que se creen obligados á reconocer la bondad absoluta en el autor de un

mundo, tan lleno de sufrimientos y tan deshonorado por la injusticia, como el nuestro.

Las convicciones morales de mi padre, que no se relacionaban con la religión, se parecían mucho á las de los filósofos griegos: las expresaba con la fuerza y con la claridad que imprimía en todos sus actos. Hasta en la tierna edad en que leía con él las *Conversaciones memorables de Sócrates*, en Jenofonte, adquiría yo en esa lectura, y por los comentarios que hacía mi padre, un respeto profundo al carácter de Sócrates, que quedó grabado en mi espíritu como un ideal de perfección. Recuerdo muy bien cómo mi padre, en aquella época, inculcó en mi espíritu la lección que se desprende de la *Elección de Hércules*. Poco tiempo después, el glorioso modelo de moralidad que se revela en los escritos de Platón, obró sobre mi espíritu con fuerza singular. Las lecciones morales de mi padre iban siempre encaminadas, como las de los *Socratici viri*, á empapar mi entendimiento de la justicia, de la templanza, á la que daba gran extensión, de la veracidad, la perseverancia, la resignación, el dolor, y sobre todo del trabajo, del interés por el bien público, del aprecio por las personas según sus méritos, y de las cosas según su utilidad intrínseca, de una vida de esfuerzos como contraste de una vida abandonada á la voluptuosidad y á la indolencia. Estas lecciones y otras más, las reducía á sentencias breves de seria exhortación ó de censura y de desprecio enérgico,

que formulaba cuando se presentaba la ocasión.

Si las lecciones de moral que se nos dan directamente hacen mucho, las que recibimos indirectamente hacen más todavía. Mi carácter no recibió solamente la huella de lo que mi padre decía ó hacía directamente para mi educación moral, sino que se formó también, y más aún, por el espectáculo de lo que era él.

A sus ideas sobre la conducta, unía mi padre los preceptos de los estoicos, de los epicúreos y de los cínicos; palabras que hay que entender, no en su sentido moderno, sino en el antiguo. En sus cualidades personales predominaba la moral estóica. Tomaba su criterio moral de los epicúreos, puesto que era utilitario y consideraba como único juez del bien y del mal la tendencia de los actos á producir placer ó dolor. Pero también había en él algo de la moral de los filósofos cínicos; no creía en el placer, al menos en sus últimos años, los únicos de que puedo hablar con certeza. No es que fuese insensible al placer; pero lo estimaba en más bajo precio del que cuesta, al menos en el estado actual de la sociedad. La mayor parte de los desarreglos de conducta eran, según él, el resultado de una evaluación excesiva de los placeres. Por consiguiente, la templanza, comprendida en el sentido lato que le dan los filósofos griegos, deteniéndose en el punto en que la moderación, degenera en indulgencia, le parecía, como á los griegos, el punto á que debían dirigirse todas las reglas de la educa-

ción. Las lecciones de templanza que me daba, ocupan una gran parte de mis recuerdos de la infancia. Le parecía la vida humana muy triste, cuando la frescura de la juventud y de la curiosidad se han marchitado. Esta era una cuestión de que no hablaba con frecuencia, sobre todo delante de personas jóvenes; pero cuando lo hacía era con un aire de convicción firme y profunda. Si la vida era, decía algunas veces, lo que podía ser por efecto de una buena educación y de una buena dirección, valdría la pena de vivir; pero al hablar de esa posibilidad, no se dejaba nunca llevar por el entusiasmo. Siempre colocó los placeres del espíritu por encima de todos los demás y no los ha considerado más que como placeres, sin ocuparse de las ulteriores ventajas que pueden procurar. Apreció siempre mucho los placeres producidos por los afectos lícitos; tenía costumbre de decir que no había conocido más viejos felices, que los que eran capaces de revivir en los placeres de los jóvenes. Sentía gran desprecio por las emociones apasionadas de todo género y por todo lo que se ha dicho y escrito sobre ellas. Veía en ellas una forma de la locura. La palabra *intenso* era para él la expresión habitual de la desaprobación y del desprecio. Miraba como una aberración de la moralidad en los tiempos modernos, y como una inferioridad con relación á los antiguos, la importancia que se daba al sentimiento. No veía en los sentimientos, considerados en si mismos, verdaderos motivos de alabanza ni de censura. El

bien y el mal, lo lícito y lo ilícito, no eran para él sino cualidades de la conducta, acciones ú omisiones, porque no hay sentimiento que no pueda conducir, y que no conduzca con frecuencia, lo mismo á las buenas como á las malas acciones, y la conciencia misma, es decir, el deseo de obrar bien, conduce muchas veces á obrar mal. Seguía de la conducta que sostenía, que la alabanza y la censura debían tender á inclinar el bien y á desviar del mal, pero que sólo debe tenerse en cuenta, para juzgar la conducta, los motivos del sujeto. Censuraba con severidad una acción que juzgaba mala, aunque hubiese sido inspirada por un sentimiento de deber, si el sujeto había creído sinceramente que obraba mal. Nunca hubiera visto una circunstancia atenuante en favor de los inquisidores en la sinceridad con que profesaban la creencia de que el deber les obligaba á quemar á los herejes. Pero no permitía que la bondad del fin justificase las acciones, aunque le concedía una influencia inmensa sobre la apreciación que hacía de los caracteres. Nadie estimaba más que él á un espíritu pundonoroso y de intenciones rectas. No hubiera nunca apreciado á una persona en quien no existieran esas cualidades de un modo patente. Pero también detestaba á las gentes á causa de otros vicios, porque pensaba que esos vicios los conducían de igual modo á obrar mal. Detestaba, por ejemplo, á los partidarios fanáticos de una mala causa, sobre todo si adoptaban esa causa por interés personal, porque pen-

saba que esos fanáticos serían probablemente más peligrosos. La aversión que sentía hacia gran número de errores del espíritu y hacia opiniones que consideraba como tales, participaba hasta cierto punto de la naturaleza de un sentimiento moral. Quiero decir con esto que participaban sus sentimientos de sus opiniones, cosa entonces bastante común, pero hoy muy rara. Por otra parte, es muy difícil comprender cómo un hombre que siente vivamente y que piensa mucho, puede evitar esa debilidad. Sólo las gentes, que no se interesan por sus opiniones, confundirán esa inclinación con la intolerancia. El que atribuye á sus opiniones un valor inmenso y que considera desastrosas las opiniones de los contrarios, si le preocupa vivamente el bien de la humanidad sentirá cierta aversión en general, y de una manera abstracta, hacia los que crean malo lo que él juzga bueno y bueno lo que él juzga malo. Lo cual no quiere decir que deba ser, ni que fuera mi padre, insensible á las buenas cualidades de sus adversarios, ni que se guiase, para apreciar los individuos, por una presunción general, sin tener en cuenta todos los elementos de su carácter. Convengo en que una persona sincera está expuesta á no estimar á las gentes á causa de opiniones que no merecen repulsión, pero mientras no les haga daño ó no ayude á otros á hacérsele, no es intolerante. La única tolerancia que puede recomendarse, la única que es posible á los espíritus de elevada moralidad, es la que resulta de un sentimiento sin-

cero de lo importante que es para la humanidad, que todos tengan libertad en la profesión de sus opiniones.

Nadie se sorprenderá de que un hombre, con las opiniones y el carácter que acabo de dar á conocer, haya podido producir una impresión moral enérgica sobre un espíritu que él mismo formó, y de que su enseñanza moral no se desviase por el lado de la indulgencia y de la debilidad. El elemento que más faltaba en las relaciones morales de mi padre con sus hijos, era el de la ternura. Yo no creo que ese defecto fuese natural en él. Yo creo que tenía mucha más sensibilidad de la que demostraba de ordinario, y que los gérmenes de los sentimientos que guardaba en su corazón no estaban del todo desarrollados. Se parecía á la mayoría de los ingleses, que se sonrojan al revelar sus sentimientos, y que los ahogan para impedir que se manifiesten. Además, si consideramos que se veía atado por su papel de profesor único de sus hijos, y que su temperamento era naturalmente acalorado, ¿cómo no hemos de sentir compasión hacia ese padre que tanto ha hecho por sus hijos, y que hubiera apreciado en tanto su afecto, y que, sin embargo, debía ver que le secaba en su origen por el temor que les inspiraba? No ocurrió eso después con sus hijos menores. Le querían con ternura, y si yo no puedo decir lo mismo por mí, afirmo que le veneraba hasta el extremo. Por lo que se refiere á mi educación, no me atrevo á decir si he perdido ó ganado con esa severidad. Pero indudablemente no es la seve-

ridad de mi padre lo que me ha impedido ser feliz en mi infancia. Yo no creo que baste la persuasión y la dulzura de las palabras para obligar á los niños á aplicarse con energía, y lo que es más difícil aún, con perseverancia. Muchas son las cosas que deben hacer y aprender los niños, y que sólo hacen y aprenden obligados por una disciplina severa y por el temor al castigo. Sin duda se hacen, en la enseñanza moderna, plausibles esfuerzos para hacer los estudios de los niños fáciles é interesantes. Pero si se llevase este sistema al extremo de no hacerlos aprender más que lo que les resulte fácil é interesante, se sacrificaría uno de los principales objetos de la educación. Yo veo con placer que se va abandonando la brutalidad y la tiranía del antiguo sistema de enseñanza que, sin embargo, conseguía dar hábitos de aplicación; pero el nuevo, por lo que veo, formará una generación que será incapaz de hacer nada de lo que le sea desagradable. No creo, pues, que pueda abandonarse el sistema del temor como un sistema de educación; pero sé muy bien que no debe dársele el papel principal, y que cuando el temor domina hasta el punto de impedir á los niños que pongan su cariño y su confianza en los que más tarde han de ser sus consejeros, y quizá de destruir en la criatura la espontánea inclinación que le lleva á comunicar sus impresiones, se convierte en un mal que puede reducir considerablemente las ventajas morales é intelectuales que resulten de las otras partes de la educación.

Durante este primer período de mi vida, las personas que frecuentaban comunmente la casa de mi padre eran poco numerosas; la mayor parte eran poco conocidas en el mundo, pero mi padre frecuentaba su trato á causa de su valor personal y de cierta comunidad de sentimientos, en política al menos, cosa que no ocurría tan á menudo entonces como después. Yo escuchaba sus conversaciones, que me interesaban, y sacaba de ellas provecho. Como estaba siempre en el despacho de mi padre, conocí al más querido de sus amigos, á David Ricardo. Su aire de bondad y sus maneras amables, inspiraban gran cariño á los jóvenes. Más tarde, cuando estudié la economía política, me invitó á que le visitase y me pasease con él, para hablar de esa ciencia.

Con más frecuencia visitaba yo, desde 1817 ó 1818, á Mr. Hume, originario de la misma región de Escocia que mi padre, y creo que compañero suyo de colegio. Al volver de la India mister Hume, renovó su amistad con mi padre, y padeció, como otros tantos, el influjo de su inteligencia y de su carácter enérgicos. Por obedecer á esa influencia entró en el Parlamento y adoptó una línea de conducta que le valió un puesto honroso en la historia de su país. Pero á quien yo más veía era á Mr. Bentham, gracias á la intimidad que tenía con mi padre. No sé en que época, después de la llegada de mi padre á Inglaterra, empezó su amistad; pero mi padre fué el primero, entre los hombres eminentes de Ingla-

terra, que comprendió perfectamente y adoptó las ideas generales de Bentham sobre la ética, sobre el gobierno y sobre la legislación. Esta adhesión dió naturalmente origen á la simpatía que los unió, formando su intimidad en una época en que Bentham recibía menos visitas que más tarde. En aquella época pasaba Mr. Bentham parte del año en Bonon-Green-House, en una hermosa región, rodeada por las colinas Surrey, á pocas millas de Godstone; todos los veranos le hacía yo con mi padre una larga visita. En 1813, Mr. Bentham, mi padre y yo hicimos una excursión á Oxford, Bath, Bristol, Exeter, Plymouth y Portsmouth. Durante el viaje ví muchas cosas que me interesaron, y empecé á gozar del espectáculo de la naturaleza bajo la fórmula elemental que da un punto de vista. En el siguiente invierno nos mudamos á una casa que M. Bentham alquiló á mi padre y que estaba muy cerca de la suya en la Queen-Square, en Westminster. De 1814 hasta 1817, pasó Mr. Bentham seis meses al año en Ford-Abbey, en el Somersetshire (ó más bien en la parte del Devonshire, enclavada en el Somersetshire), y tuve la suerte de pasar esas temporadas con él. Mi estancia allí fué una memorable circunstancia de mi educación. Nada contribuye más á elevar los sentimientos de las gentes que el carácter amplio y libre de sus habitaciones. La arquitectura de la Edad Media, la ancha sala señorial, los cuartos espaciosos y altos de esta antigua y hermosa vivienda, contrasta-

ban singularmente con la fachada mezquina y de mal gusto de la clase media inglesa. Yo concebí la idea de una existencia más desahogada y más libre, al mismo tiempo que los sentimientos poéticos que favorecía el aspecto del terreno, sobre el cual se elevaba la Abbaye, inmensa soledad alegre, sombreada y arrullada por infinitas caídas de agua cristalina.

Otra feliz circunstancia de que se aprovechó mi educación, y que debo al hermano de Mr. Bentham, el general Sir Samuel Bentham, fué el ir á pasar un año á Francia. Yo había visto á Sir Samuel Bentham y á su familia en su casa, cerca de Gosport, en la época de la excursión que he referido (era él subintendente del arsenal de Portsmouth), y durante una estancia de algunos días que hicieron en Ford Abbey, poco después de la paz, antes de irse á vivir al continente. En 1820 me invitaron á pasar seis meses con ellos en el Mediodía de Francia, y tuvieron la amabilidad de no dejarme marchar hasta el año. Sir Samuel Bentham no era un pensador como su ilustre hermano, pero poseía conocimientos vastísimos y gran valor personal, y al mismo tiempo un talento verdadero para la mecánica. Su mujer, hija del célebre químico Fordyce, tenía gran fuerza de voluntad y decisión de carácter, conocimientos generales y buen sentido práctico, por el estilo de miss Edgeworth. Era ella el espíritu que dirigía la casa, y merecía el ejercicio del cargo, porque poseía todas las cualidades requeridas. Su familia se com-

ponía de un hijo (el eminente botánico) y de tres hijas, la menor de las cuales tenía dos años más que yo. Yo les debo mucho por mi instrucción y por el interés que se tomaron en mi bienestar, como si hubiese sido de su familia. Cuando llegué á su casa, en Mayo de 1820, vivían en el castillo de Pombignan, que pertenecía entonces á un descendiente del enemigo de Voltaire, y se halla situado sobre las alturas que dominan la llanura de la Garonne, entre Montauban y Tolosa. Los acompañé á una excursión á los Pirineos, permaneciendo con ellos unos días en Bagnères de Bigorre, en un viaje á Pau, á Bayona y á Bagnères de Luchon, y también hicimos una ascensión al Pico del Mediodía de Bigorre.

Era la primera vez que me encontraba en presencia del grandioso espectáculo de un país montañoso. Recibí una impresión profunda que hizo huella en mis gustos para toda mi vida. En Octubre recorrimos el pintoresco camino que va de Castres á Saint-Pons, yendo de Tolosa á Montpellier. Sir Samuel Bentham acababa de comprar en las afueras de aquella población el castillo de Restindière, al pié de la montaña de tan extraña forma, llamada Pic Saint-Loup. Durante mi permanencia en Francia, me familiaricé con la lengua y con la literatura francesas. Tomé lecciones de diferentes ejercicios corporales, pero no hice en esto progreso alguno. Seguí en Montpellier, durante el invierno, los excelentes cursos de la Facultad de Ciencias, el de Química de M. An-

glada, el de Zoología de M. Provençal y el que nos hacía un representante cabal de la filosofía del siglo XVIII, M. Gergonne, sobre la Lógica, con el nombre de Filosofía de las Ciencias. También tomé lecciones particulares de M. Leuthéric, profesor del colegio de Montpellier. Pero quizá la más seria de todas las ventajas que saqué de este episodio de mi educación, es la de haber respirado, durante un año, la atmósfera libre y dulce que flota sobre el continente. Esta ventaja era muy real, aunque no fuese yo capaz entonces de apreciarla ni de darme cuenta de ella. Yo conocía demasiado superficialmente la vida inglesa. Las escasas personas que conocía se ocupaban de negocios públicos: tenían el corazón abierto y desinteresado. Yo no sabía nada del tono moral que reina en Inglaterra en lo que se llama la sociedad; ignoraba que existía la costumbre de profesar, con la más profunda convicción, que la conducta tiene siempre por regla de inclinarse siguiendo una pendiente natural, hacia los objetos bajos y mezquinos. No conocía esa carencia de sentimientos elevados que se revela por la burla con que se reciben, cuando alguna vez se manifiestan y que se conoce en que casi todo el mundo, excepto algunos espíritus rígidos, se abstiene de profesar principios elevados de acción, si no es en algunos casos determinados de antemano, en que esta profesión forma parte del hábito ó de las formalidades que exigen las circunstancias. No podía yo entonces apreciar la diferencia de esas ma-

neras y de las de los franceses, cuyos defectos, aunque son tan reales, son enteramente de otro género. Sus sentimientos, que pueden, por comparación, llamarse elevados, marcan con su sello todas las relaciones humanas, lo mismo en los libros que en la vida. Es verdad que muchas veces se evaporan al expresarse; pero se mantienen en toda la nación por un ejercicio constante, y se excitan por la simpatía, de tal modo, que hacen un papel activo en la vida de gran número de personas y que todos los reconocen y los comprenden. Yo no podía entonces sentir el precio de la cultura general del entendimiento que resulta del ejercicio habitual de los sentimientos y que desciende por ese camino á las clases menos instruídas de varias naciones del continente, hasta un punto que no tiene igual en Inglaterra, ni en las clases instruídas, y que sólo se encuentra en las personas de una conciencia extraordinariamente delicada, que tratan de aplicar habitualmente su inteligencia á las cuestiones del bien y del mal. Yo no sabía hasta qué punto llegaba en los ingleses la falta de interés por las cosas que no les atañen personalmente, á menos que sea por casualidad y por un asunto muy especial, ni conocía la costumbre de ocultar el interés que se toman realmente por las cosas, hasta el extremo de no reconocerlo ellos mismos, y que es causa de que sus sentimientos y hasta sus facultades intelectuales no se desarrollen, ó se desarrollen en una dirección única y limitada, reducién-

dose á una existencia negativa. No lo comprendí todo esto sino mucho más tarde. Pero sí sentí entonces, aunque sin darme de ello cuenta con claridad, el contraste entre la sociabilidad franca y encantadora de las relaciones que se tienen con los franceses, y la manera de vivir de los ingleses, que obran todos como si el mundo, con pocas excepciones, se compusiese de enemigos ó de gente molesta. Es verdad que en Francia el bueno y el mal lado del carácter, tanto individual como nacional, aparece más en la superficie y se presenta con más audacia en las relaciones ordinarias de la vida que en Inglaterra. Es costumbre general en Francia demostrar á todo el mundo sentimientos de simpatía, lo mismo que esperar de los demás estos sentimientos, siempre que nada obligue á adoptar una conducta opuesta. En Inglaterra sólo ocurre esto en las clases superiores ó en las primeras filas de la clase media.

Al pasar por París, tanto al ir como al volver, paré algunos días en casa de M. Say, el eminente economista, amigo de mi padre, con quien se carteaba y á quien conoció en una visita que hizo á Inglaterra, un año ó dos después de la paz. Pertenecía á la última generación en los hombres de la Revolución francesa; era el verdadero tipo del republicano francés; no se había

doblegado ante Bonaparte, á pesar de las seducciones con que le tentaron; era íntegro, noble y esclarecido. Hacía una vida tranquila y estudiosa, á cuya felicidad contribuían las cariñosas amistades privadas y el aprecio público. M. Say estaba relacionado con la mayor parte de los jefes del partido liberal, y durante el tiempo que estuve en su casa, tuve ocasión de ver á muchos personajes notables, entre los cuales recuerdo con placer á Saint-Simon, que aún no era fundador de una filosofía, ni de una religión, y á quien se consideraba como á un *original* de talento. En la sociedad que frecuenté entonces, me uní con lazos sólidos y duraderos á los liberales del continente, y después no he dejado de mantener esas amistades y de enterarme de esos esfuerzos, tanto como de la política inglesa, cosa poco común en aquella época en un inglés, y que ejerció una influencia saludable sobre mi desarrollo, porque me libró del error que reinaba en Inglaterra, que mi padre mismo, tan superior á las preocupaciones, profesaba también, y que consiste en juzgar las cuestiones generales con arreglo á un tipo exclusivamente inglés. Después de algunas semanas pasadas en Caen, en casa de un antiguo amigo de mi padre, volví á Inglaterra en Julio de 1821, y mi educación emprendió su curso ordinario.

CAPÍTULO III

Fin de mi educación por mi padre y principio de mi educación por mí mismo.

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA DEL
 APENSO NACIONAL DEL

Después de mi viaje á Francia, proseguí unos años en mis antiguos estudios, á los que añadí otros nuevos. Cuando llegué á Inglaterra, terminaba mi padre sus *Elementos de economía política*; me mandó hacer sobre sus manuscritos un trabajo que Mr. Bentham hacía en todos sus escritos: era lo que llamaba *sumarios marginales*, es decir, una especie de extracto de cada párrafo, que permite al autor abarcar más fácilmente y perfeccionar el orden de las ideas y la forma de su expresión. Poco después me puso mi padre en las manos el tratado de *Sensaciones*, de Condillac, y los tomos de lógica y de metafísica de su curso de estudios. A pesar del parecido superficial que acerca el sistema de Condillac á las ideas de mi padre, era tanto para prepararme como para darme ese ejemplo, que me hizo leer la primera obra. No recuerdo bien si fué aquel invierno ó el siguiente, que leí la *Historia de la Revolución francesa*. Aprendí, con gran asombro, que los principios democráticos, que parecían entonces no tener en Europa más que el apoyo de una minoría insignificante y

sin porvenir, lo habían barrido todo en Francia treinta años antes, y habían constituido la fe de la nación. Por esto se ve que sólo tenía yo entonces una idea muy vaga de ese gran movimiento. Yo sabía que los franceses habían derribado la monarquía absoluta de Luis XIV y de Luis XV, que habían ejecutado al rey y á la reina, guillotinado á mucha gente, entre otros á Lavoisier, y que habían caído, en fin, bajo el despotismo de Bonaparte. Desde aquel momento se hizo la Revolución francesa, como era natural, dueña de mi espíritu. Dió color á todas mis aspiraciones juveniles. Me parecía natural que acontecimientos tan recientes se señoreasen, y la gloria suprema á que yo aspiraba era hacer, con suerte ó desgracia, el papel de girondino en la Convención inglesa.

En el invierno de 1821 á 1822, Mr. John Austin, que se había hecho amigo de mi padre durante mi viaje por Francia, me permitió que leyese con él el *Derecho romano*. Mi padre, á pesar del horror que le inspiraban el caos y la barbarie de la legislación inglesa, pensaba en hacerme abogado; pensaba

que ésta sería la profesión que más podía convenirme. M. Austin había asimilado lo mejor de las doctrinas de Bentham, le añadía muchas ideas que tomaba de otras partes ó que él mismo discurría; por eso las lecturas que hice con él no fueron sólo para mí una introducción excelente al estudio del derecho, sino una parte importante de la educación general. Leí con Mr. Austin los *Elementos de las Instituciones* de Heineccius, sus *Antigüedades romanas*, y una parte de su exposición de las Pandectas; á todo esto añadimos también una gran parte de Blakstone. Mientras yo hacía esos estudios, me dió mi padre, como estudio accesorio indispensable, el *Tratado de la legislación* de Dumont, de Ginebra, obra que daba á conocer las principales doctrinas de Bentham al continente y aun al mundo entero. La lectura de ese libro hizo época en mi vida; fué una de las crisis de la historia de mi espíritu.

Mi educación había sido hasta entonces, hasta cierto punto, un curso de benthamismo; me habían enseñado á aplicar siempre el criterio de Bentham, «la noción de la mayor felicidad»; yo conocía muy bien una discusión abstracta de sus ideas, que formaba un episodio de un diálogo inédito sobre el gobierno, escrito por mi padre con arreglo al modelo de los diálogos de Platón; y sin embargo, desde las primeras páginas de Bentham, me llamaron la atención esas doctrinas, con toda la fuerza de la novedad. Lo que me sorprendió fué el capítulo en que Bentham juzgaba los modos de razonamiento comúnmente

usados en moral y en legislación, y deducidos de expresiones tales como «Las leyes de la naturaleza», «La recta razón», «El sentido moral», «La rectitud natural», etc.; demostraba que esos razonamientos no son otra cosa más que un dogmatismo desfigurado, con el cual se imponen los sentimientos á los demás, aparentando que se buscan fórmulas, que no dan razón del sentimiento moral, pero que no tienen más razón que ese sentimiento. Aún no me había asaltado la idea de que el principio de Bentham ponía fin á toda esa moral. Me pareció que todos los moralistas antiguos habían sido destronados, y que una era nueva acababa de empezar. Esta impresión era más fuerte, porque Bentham daba forma científica á la aplicación del principio de la felicidad á la moralidad de las acciones, por su análisis de las diversas clases y de los desórdenes que resultan. Pero lo que me llamó la atención más que nada, fué la clasificación de los delitos, mucho más clara, mucho más concisa y más exacta en la traducción de Dumont, de Ginebra, que en la obra original de Bentham, de donde la había tomado. La lógica y la dialéctica de Platón, que habían hecho un papel tan importante en la educación de mi espíritu, me habían dado un gusto especial por las clasificaciones exactas. Este gusto se había fortificado y esclarecido por el estudio de la botánica, que había aprendido con mucho ardor, con arreglo á los principios del método natural, durante mi permanencia en Francia. Cuando vi

que Bentham introducía la clasificación científica en la legislación, y que la aplicaba á la más importante y complicada de las cuestiones, á los actos punibles, bajo la dirección del principio ético de la consideración de las consecuencias agradables ó penosas y que la aplicaba en los menores detalles, me sentí feliz á una altura de donde abarcaba el inmenso dominio del pensamiento, en que veía extenderse á lo lejos, como á ramas de un mismo tronco, las consecuencias filosóficas de incalculable trascendencia. A medida que avanzaba en este estudio, sentía que al mérito de la claridad de las ideas, se añadían las más fecundas perspectivas de mejoras prácticas en los asuntos humanos. Las ideas generales de Bentham sobre la edificación de un sistema de legislación, no me eran absolutamente extrañas; yo había leído con atención un admirable resumen en el artículo de mi padre sobre la jurisprudencia; pero esta lectura la hice con poco provecho y casi sin interés, sin duda á causa de su forma arbitraria y general, y quizá también porque se ocupaba más bien de la forma que de la sustancia del *Carpus juris*, más bien de la lógica que de la ética de la legislación. Bentham se fijaba en la legislación, de la cual no es la jurisprudencia más que una parte formal; á cada página me parecía que se me abrían horizontes más luminosos y más vastos, en que percibía el fin á que debían tender las opiniones y las instituciones humanas, como también el modo de conducirlas y la distancia que actualmente las separa. Cuando cerré el último tomo del tratado, se había operado en mí una transformación. *El principio de la utilidad*, comprendido como Bentham lo comprendía, y aplicado como él lo aplicaba en sus tres tomos, ocupó en mi espíritu el lugar que le pertenecía; fué el eje que sujetaba en un sólo cuerpo todos los elementos dispersos, que habían formado hasta entonces, como fragmentos aislados, mis conocimientos y mis creencias. Dió unidad á mi concepción de las cosas. Desde entonces tuve opiniones, tuve una creencia, una doctrina, una filosofía y en el mejor sentido de la palabra, una religión, de cuya demostración y propagación podría hacer el principal objeto de mi vida. Tenía ante mí una concepción grandiosa de los cambios que había que efectuar en las condiciones de la humanidad, por medio de esta doctrina. El tratado de legislación me aparecía como el cuadro más exacto de lo que sería la vida humana si se aplicasen las leyes recomendadas por el tratado. Los efectos previstos de las mejoras practicables, estaban presentados con calculada moderación; muchas ideas estaban rechazadas, como sueños de un entusiasmo vago, y que parecerán con el tiempo tan naturales á los hombres, que los que las han tratado de quimeras es fácil que resulten víctimas de su injusticia. Pero en el estado en que se encontraba entonces mi espíritu, esta aparente superioridad de las doctrinas de Bentham sobre los productos de la

ilusión, añadía aún más al efecto que producía en mí el poder de su espíritu; y además, la perspectiva de mejora que, en mi opinión, presentaba, era bastante grande y bastante brillante para servir de guía á mis acciones y de forma definida á mi aspiración.

Después del *Tratado de la legislación*, leí de vez en cuando las más importantes obras de Bentham, que se publicaron por él ó editadas por Dumont. Esta era mi lectura predilecta. Bajo la dirección de mi padre, leía una obra sobre la psicología analítica. También en aquella época leí los *Ensayos de Locke* y escribí un extracto completo de cada uno de los capítulos, con los comentarios que se me ocurrían. Mi padre los leía, ó se los leía yo, y los discutíamos á fondo. Hice el mismo trabajo con el *Tratado del Espíritu*, de Helvetius, que leí por mi cuenta. La redacción de estos extractos, sometida á la censura de mi padre, me prestó un gran servicio; este trabajo me obligó á concebir y á expresar con precisión las doctrinas psicológicas, sea que las aceptase como verdades, ó que sólo las considerase como opiniones extrañas. Después de Helvetius, me hizo estudiar mi padre un libro que juzgaba la obra maestra del espíritu, las *Observaciones sobre el hombre*, de Hartley. Aunque este libro no imprimió, como el *Tratado de la legislación*, un nuevo sello á mi existencia, me hizo una impresión del mismo género, por razón de su contenido. La explicación, aunque incompleta en varios puntos, que Hartley trata de dar de los fenómenos

mentales más complejos, valiéndose de la ley de asociación, me gustó como análisis real y porque me hacía sentir, por un extraño contraste, la insuficiencia de las generalizaciones puramente verbales de Condillac y de los tanteos y sentimientos tan instructivos de Locke, en sus explicaciones psicológicas. En esta época empezó mi padre á escribir su *Análisis del Espíritu*, que completó de tal modo y con tanta profundidad el método de Hartley. No podía contar con la necesaria concentración de espíritu, para escribir esta obra, más que en el tiempo de completo descanso que le procuraba su licencia anual de un mes ó de seis semanas. La empezó en verano de 1822, en Dorking, donde pasó seis semanas todos los años, esceptuando dos, hasta el término de su vida. Trabajó varios años en su *Análisis* y lo publicó en 1829. Me dejaba leer el manuscrito, cuartilla por cuartilla, á medida que avanzaba en su composición. También leí, según me llamaban la atención, á otros filósofos ingleses, particularmente á Berkeley, los *Ensayos* de Hume, Reid, Dugald, Stewart, el tratado que se titulaba *Causa y Efecto*, de Brown. Las *Lecciones* de este filósofo no las leí más que dos ó tres años después; en aquella época tampoco las había leído mi padre.

Entre los libros que leí durante este año, y que contribuyeron mucho á mi desarrollo, debo mencionar una obra escrita con arreglo á unos manuscritos de Bentham y publicada bajo el pseudónimo de Felipe Beauchamp, con el

título de *Análisis de la influencia de la religión natural sobre la felicidad temporal de la humanidad*. Era un examen, no de la verdad, sino de la utilidad de las creencias religiosas en su sentido general, hecha abstracción de las particularidades de toda revelación especial, es decir, de la cuestión que, en nuestro tiempo, es tema preferente en las discusiones religiosas. En efecto: hoy no se concede á una doctrina religiosa más que una creencia débil y precaria, pero todo el mundo casi opina que es necesaria una religión para la moral y para el orden sociales. Se ve á las gentes que rechazan la revelación refugiarse de ordinario en el deísmo optimista y componer, con una creencia en el orden de la naturaleza y un supuesto gobierno de la Providencia, una religión tan llena de contradicciones como las diferentes formas del cristianismo, y que aniquilaría seguramente los sentimientos morales si se realizase por completo. Sin embargo, los escépticos no habían dirigido aún, contra este género de creencias, ningún escrito de algún valor filosófico. El tomo publicado con la firma de Felipe Beauchamp se proponía ese objeto. Mi padre vió el manuscrito y me lo entregó para que hiciese el análisis marginal, como lo había hecho para los elementos de economía política. Después del *Tratado de legislación*, fué este uno de los libros que produjeron mayor efecto sobre mí por el espíritu investigador de su análisis. Al leerle por segunda vez, hace poco tiempo, después de tantos años, he

reconocido algunos de los defectos, así como algunas de las cualidades de la idea de Bentham; he encontrado en él muchos argumentos débiles, defectos grandemente compensados por otros argumentos excelentes y por gran cantidad de materiales que podrían emplearse para hacer, sobre este mismo asunto, un nuevo tratado más filosófico, más preciso.

Creo haber citado todos los libros que han producido un efecto considerable sobre los primeros progresos de mi espíritu. A contar de ese momento, empecé á perfeccionarlo más aún escribiendo que leyendo. En el verano de 1822 escribí mi primer ensayo de discusión. Sólo recuerdo de él que era un ataque contra lo que llamaba la preocupación aristocrática de que el rico es superior al pobre, ó por lo menos, tiene la idea de que lo es. Sólo discutía la cuestión, sin permitirme ninguna de las reclamaciones que el asunto podía sugerir á un escritor de mi edad. Sobre este punto, debo decirlo, era y fuí mucho tiempo poco idóneo. Los argumentos secos eran los únicos que sabía manejar y que quería poner en acción. Me sentía, sin embargo, muy capaz de padecer el influjo de una composición poética ú oratoria, que apelase al sentimiento apoyándose en la razón. Mi padre no conoció este ensayo hasta que lo acabé. Le gustó muchísimo por lo que oí á otras personas, pero quizá por favorecer el desarrollo de otras facultades que no fueran las de la lógica pura, me hizo componer, en el género ora-

torio, el primer ejercicio que emprendí. Según consejo suyo y para valerme del conocimiento que tenía de la historia política y de las ideas de la Grecia, así como de los oradores atenienses, escribí dos discursos, el uno acusando á Pericles, el otro defendiéndole, en un proceso que suponía que le hacían por haberse negado á salir al encuentro de los lacedemonios durante la invasión del Atica. Después de este trabajo, seguí escribiendo artículos sobre asuntos que á menudo eran superiores á mi capacidad, pero me aprovecharon mucho, tanto por el ejercicio como por las discusiones á que daba lugar entre mi padre y yo.

También empezaba entonces á tratar sobre asuntos generales con personas instruídas que conocí, y las ocasiones de conocer á las gentes iban siendo más numerosas. Los dos amigos de mi padre, cuyas relaciones me fueron de mayor utilidad y que yo apreciaba más, fueron Mr. Grote y Mr. Austin. La amistad de mi padre con ellos era reciente, pero se había convertido rápidamente en intimidad. Mr. Grote había sido presentado á mi padre por Mr. Ricardo en 1819, si mal no recuerdo; tenía unos veinticinco años, y buscaba con afán la amistad y la conversación de mi padre. Poseía ya una instrucción superior, y era, sin embargo, al lado de mi padre, un novicio en las grandes cuestiones que dividen la opinión; pero no tardé en asimilar las mejores ideas de mi padre sobre la política. Se dió á conocer desde 1820, por un folleto sobre la defensa de la reforma radi-

cal, contestando á un artículo del famoso sir James Mackintosh, que acababa de publicarse en la *Revista de Edimburgo*. El padre de Mr. Grote era banquero y creo que tory decidido, y su madre era evangelista; no debía, pues, sus opiniones liberales á las influencias de su familia. Al contrario de la mayor parte de las personas que tienen la perspectiva de heredar una cuantiosa fortuna y se ocupan activamente de los negocios de banca, consagraba gran parte de su tiempo á estudios filosóficos; su intimidad con mi padre tuvo gran influencia en el nuevo giro que tomó el desarrollo de su espíritu. Yo le visitaba con frecuencia, y mis conversaciones con él sobre la política, la moral y la filosofía, me procuraron, además de los elementos preciosos de instrucción, todo el placer y toda la ventaja de una completa comunión de ideas con un hombre de una elevación moral é intelectual como la que después revelaron su vida y sus escritos.

Mr. Austin, que tenía cuatro ó cinco años más que Mr. Grote, era el hijo mayor de un molinero retirado de Suffolk, que había ganado mucho dinero en los suministros durante la guerra, y que debió ser un hombre notable, á juzgar por sus hijos, que todos eran de una capacidad poco común y todos extraordinariamente distinguidos. El mayor, de quien nos ocupamos ahora y que se ha hecho célebre por sus escritos sobre la jurisprudencia, pasó algún tiempo al ejército y sirvió en Sicilia al mando de lord William Bentinck. Después de

la paz, vendió su comisión y estudió para el foro, donde acababa de entrar cuando mi padre le conoció. No era como Mr. Grote discípulo de mi padre, pero había llegado por la lectura y por la reflexión á profesar sobre muchos asuntos las mismas opiniones, que modificaba, imprimiéndoles el sello de su propia individualidad. Poseía un entendimiento poderoso, que brillaba con mayor intensidad que nunca en la conversación, por el vigor y la riqueza del lenguaje con que en el fuego de la discusión acostumbraba á sostener tal ó cual idea sobre las cuestiones más generales, y por una voluntad, que no sólo parecía fuerte, sino meditada y tranquila. Notábase un deje de amargura, que provenía en parte de su temperamento y en parte del carácter general de sus sentimientos y de sus reflexiones. El descontento de la vida y del mundo que sienten en mayor ó en menor grado, en el presente estado de la sociedad, todos los espíritus penetrantes y verdaderamente sinceros, daba á su carácter un tinte de melancolía, muy natural á los hombres en quienes la sensibilidad moral es más fuerte que la tendencia á la acción. En efecto, hay que decirlo, la fuerza de voluntad, de que sus maneras daban tan alta idea, se gastaba casi por completo, porque tenía gran deseo de mejorar la suerte de los hombres, un sentimiento profundo del deber, una capacidad y unos conocimientos de que sus escritos pueden atestiguar. Apenas terminó una sola obra de importancia. Tenía un ideal tan elevado de lo que

debía hacerse y un sentimiento tan exagerado de los defectos de su obra; le causaba tanta pena contentarse con el trabajo que hubiera bastado para el fin que se proponía, que no sólo estropeaba gran parte de su obra, bajo el punto de vista de la utilidad práctica, trabajando exageradamente, sino que gastaba tanto tiempo y esfuerzos en estudios y en meditaciones superfluas, que cuando su tarea debía estar acabada, cayó enfermo de cansancio sin haber llegado á la mitad. A consecuencia de esta debilidad de espíritu, de que no es único ejemplo entre los hombres de talento que he conocido, y á la cual se añadían frecuentes enfermedades que, sin poner en peligro su vida, le impedían trabajar, hizo muy poco en comparación de lo que podía esperarse de sus facultades. Sin embargo, lo que ha producido es altamente apreciado por los jueces más competentes. Como de Coleridge, podía haberse dicho de él, que en cambio sus conversaciones fueron para muchos fuente en que bebieron, no sólo la instrucción, sino la elevación de carácter. Su influencia me fué muy saludable; era moral en extremo. Demostró por mí un interés sincero y cariñoso, muy superior al que un adolescente hubiera debido esperar de un hombre de su edad, de su situación y de maneras que parecían denunciar un carácter áspero. Había en su conversación y en su porte un aire de nobleza que no se mostraba á la misma altura en las demás personas, cuyo trato frecuentaba yo en aquella época, aunque poseía en el mismo grado sus

cualidades. Lo que hizo mis relaciones con él tan provechosas para mí, es que su espíritu no se parecía al de las otras personas que yo veía, y que se levantó claramente desde el principio contra las preocupaciones y las ideas estrechas, que está uno casi siempre seguro de encontrar en un joven formado por las ideas de una filosofía particular ó de un medio social dado.

Su hermano menor, Carlos Austin, á quien vi mucho en aquella época y durante los dos años siguientes, me producía también gran impresión, pero de un género enteramente diferente. No me llevaba más que algunos años y acababa de salir de la Universidad, donde había brillado por su inteligencia y ganado la reputación de orador y discutiador brillante. La impresión que produjo sobre sus compañeros de Cambridge, merece ser referida como un acontecimiento histórico. A él se debe en parte el nacimiento de la tendencia al liberalismo en general y en particular, hacia el liberalismo representado por las ideas de Bentham y por la economía política, tendencia que se reveló en la parte más activa de la juventud de las clases superiores desde 1830. La *Union debating society*, que en aquella época estaba en su apogeo, era un campo cerrado, donde las opiniones, entonces consideradas como extremas en política y en filosofía, venían todas las semanas á pelear con las ideas opuestas, en presencia de un auditorio compuesto por lo más selecto de la juventud de Cambridge. Aunque muchas personas que más tarde brillaron,

entre las que Macaulay es el más célebre, hayan conquistado sus primeras coronas oratorias en estos debates, aquel que con su inteligencia dominaba realmente á todos esos gladiadores del entendimiento, era Carlos Austin. Continuó, después de salir de la Universidad, haciendo, por su conversación y por su influencia personal, el papel de un *leader* entre los jóvenes que habían sido sus compañeros en Cambridge; á mí me unió con los demás á su carro. Por él conocí á Macaulay, á Hyde, á Carlos Villiers, á Strutt, hoy lord Belper, á Romilly, hoy lord Romilly y Maestro de los Roles, y á otros varios jóvenes que se han hecho una reputación en la literatura y en la política. En compañía de ellos ví discutir muchas cuestiones que eran hasta cierto punto nuevas para mí. La influencia que Carlos Austin ejerció sobre mí se diferenciaba de la influencia de las personas que he mencionado más arriba; no era la de un hombre sobre un muchacho, sino la de un compañero de más edad. Por él me sentí yo por vez primera, no un discípulo ante un maestro, sino un hombre entre los hombres. Fué la primera persona de talento con la que me relacioné yo en condiciones de igualdad, aunque le era todavía muy inferior. Siempre hizo gran impresión sobre los que frecuentaron su trato, aunque sus opiniones fuesen contrarias á las suyas. La impresión que dejaba era como la de una fuerza ilimitada, unida á un talento que, ayudado por esa enérgica voluntad y por ese carácter, parecía capaz de dominar

el mundo. Los que le han conocido, fuesen ó no amigos suyos, predecían siempre que haría un papel importante en la vida pública. No es frecuente que produzcan los hombres un efecto tan grande y tan inmediato por la palabra, si no se consagran á ello; él lo hacía con gran cuidado. Le gustaba atacar vivamente y hacer saltar al contrario. Sabía que la decisión es el factor más importante del efecto; por eso emitía sus opiniones con toda la decisión de que era capaz; nunca estaba tan contento como cuando había aturcido á alguno por su audacia. Muy diferente en esto de su hermano, que combatía la estrechez de las interpretaciones y de las aplicaciones de los principios que profesaban en común. Carlos Austin presentaba las doctrinas de Bentham bajo la forma más agradable que pudieran recibir, exagerando todo lo que en sus ideas tendía á consecuencias raras para los sentimientos preconcebidos de las gentes. En todas las causas que defendía con este rigor y esta vivacidad y de una manera tan agradable y enérgica, salía siempre victorioso de la lucha, llevándose los honores del torneo. Yo estoy persuadido de que la opinión que tenía el público de las doctrinas y de los sentimientos conocidos con el nombre de benthamistas y utilitarios, provenía de las paradojas lanzadas por Carlos Austin. Hay que decir también que su ejemplo era imitado *haud passibus aequis* por jóvenes prosélitos; todo lo que se consideraba extraordinario y exagerado en las doctrinas y en las máximas del benth-

mismo, fué durante algún tiempo el sello especial de una pequeña sociedad de jóvenes. Todos los que salían de la medianía, y yo mismo entre otros, nos cansamos de esa niñería: los otros se aburrían de no ser de la opinión de todo el mundo, y abandonaron á la vez lo que había de bueno y lo que había de malo en las opiniones heterodoxas que habían profesado durante tanto tiempo.

En el invierno de 1822 á 1823 formé el plan de una pequeña sociedad, que había de ser compuesta de jóvenes que estuviesen de acuerdo en los principios fundamentales, reconociendo la utilidad como criterio de la ética y de la política, y algunos principios corolarios que pueden deducirse de la filosofía que profesaba yo; debíamos reunirnos cada quince días para leer un trabajo y discutir las cuestiones, conforme á los principios que todos aceptábamos. No valdría la pena hablar de la sociedad, cuyo plan había yo concebido, si no fuese por una circunstancia. Yo le di el nombre de *Sociedad utilitaria*. Era la primera vez que se empleaba ese título. Salido de tan humilde origen, hizo este nombre su camino y tomó asiento en la lengua. Yo no lo había inventado, lo encontré en una de las novelas de Galt, los *Anales de la parroquia*, en que un eclesiástico escocés, del cual se cree que es este libro una autobiografía, exhortaba á sus feligreses á no abandonar el Evangelio para hacerse utilitarios. Con el cariño que toman los niños por un hombre y una bandera, me apoderé de la

palabra y durante algunos años la guardé para mí y la daba á otros como un nombre de secta: ocurrió que personas extrañas que sostenían las opiniones que yo quería designar, se valieron de ese nombre. A medida que esas opiniones fueron más conocidas, se repetía el nombre por extranjeros y adversarios, y entró en la lengua universal en la época en que aquellos que le habían adoptado los primeros, le abandonaban, con todo lo que podía hacerlos pasar por sectarios. La sociedad que tenía ese nombre no se componía al principio más que de tres miembros, uno de los cuales era el secretario de Bentham, que obtuvo para nosotros el permiso de reunirnos en su casa. El número de socios no se elevó nunca á diez, y la sociedad se disolvió en 1826. Había durado tres años y medio. El principal provecho que de ella saqué fué el formarme para la discusión oral y después el de ponerme en relación con los jóvenes, que entonces estaban menos adelantados que yo y que profesaban las mismas opiniones. Fuí durante algún tiempo una especie de *leader* y tuve una gran influencia en los progresos intelectuales de los demás. Todos los jóvenes instruidos que encontraba, y cuyas opiniones no eran compatibles con las de la sociedad, trataba yo de convencerlos. Otros había que no hubiera yo conocido probablemente si no hubiesen pertenecido á ella. Entre los miembros de esta sociedad que se hicieron amigos míos íntimos, de los cuales ninguno era discípulo mío, sino que todos tenían sus

ideas propias, citaré á William Eyton Tooke, hijo del eminente economista, joven de un mérito notable por su inteligencia y por su corazón, y á quien una muerte prematura robó del mundo; su amigo William Ellis, pensador original en economía política, conocido hoy por su celo apostólico por mejorar la educación; Jorge Graham, que más tarde fué juez-comisario del tribunal de las bancarrotas, pensaba con energía y con originalidad sobre casi todas las cuestiones abstractas; por último, un hombre que desde que vino por primera vez á Inglaterra para estudiar el Derecho, en 1824 á 1825, ha hecho más ruido en el mundo que los demás que he nombrado, Juan Arturo Roebusk.

En Mayo de 1813, mis ocupaciones profesionales y mi carrera, durante los treinta y cinco años de mi vida que siguieron, fueron decididos por un nombramiento que mi padre obtuvo para mí, á un empleo en la Compañía de las Indias Orientales. Fuí agregado á las oficinas del *Examiner* de la correspondencia de la India, bajo las órdenes inmediatas de mi padre. Me nombraron, como se hacía entonces, colocando mi nombre en una lista de empleados, que habían de ascender, la primera vez al menos, por antigüedad; pero desde el principio había de dedicarme á la redacción de los proyectos de despachos y me había de formar con ese trabajo para ser capaz de suceder á los que entonces desempeñaban los más altos puestos de las oficinas. Mis proyectos necesitaron na-

turalmente, durante algún tiempo, ser revisados por mis superiores inmediatos; pero pronto me puse al corriente de los negocios: las instrucciones de mi padre y mis propios progresos me pusieron á los pocos años en estado de dirigir la correspondencia con la India en uno de los principales departamentos, el de los gobiernos indígenas, y en realidad era yo el que dirigía. Tal fué mi función oficial hasta el momento en que fuí nombrado *Examiner*, dos años antes de la abolición de la Compañía de las Indias como cuerpo político, que fué cuando me retiré. No conozco ocupación en que pueda uno ganarse la vida mejor que esa para un hombre que no sea independiente y que quiera consagrar una parte del día á estudios particulares. Los hombres que se sienten capaces de hacer alguna cosa en las altas regiones de la literatura y de la filosofía, no encuentran en la prensa periódica recursos permanentes, no sólo á causa de lo eventual de los medios de existencia que procura, sobre todo si el escritor tiene suficiente conciencia y firmeza para no servir á otras opiniones que á las suyas, sino que también porque los escritos que dan dinero no son los que sobreviven, y no son nunca aquéllos en que el autor ha puesto todo su entendimiento. Para componer libros destinados á formar el pensamiento del porvenir, se necesita demasiado tiempo, y cuando están escritos llegan á tener renombre demasiado tarde para que pueda el autor contar con su éxito para vivir. El que espera de su pluma los medios de exis-

tencia, está obligado á ocuparse de algún trabajo grande de librería ó al menos á escribir para el vulgo; no puede consagrar á sus estudios de predilección más que el tiempo que consiga robar á sus ocupaciones obligadas, y ese tiempo es generalmente menor que el descanso que dejan los trabajos de oficina. Además, el efecto que el trabajo de oficina ejerce sobre el espíritu, es menos enervante y menos cansado. Por mi parte, puedo decir que siempre he encontrado en ese trabajo un verdadero descanso de las otras ocupaciones á que me dedicaba al mismo tiempo. Me procuraba una ocupación intelectual bastante elevada, que no degeneraba nunca en un trabajo rutinario, pero que no llegaba al esfuerzo en un espíritu acostumbrado á meditar sobre cuestiones abstractas ó á trabajar en composiciones literarias delicadas.

Los inconvenientes de esta carrera —toda carrera tiene los suyos—no dejaban, sin embargo, de hacerse sentir. Yo no me preocupaba por perder las ocasiones de fortuna y de honores, que son el premio de ciertas profesiones, sobre todo de la de abogado, en la cual, como ya he dicho, pensó mi padre para mí; pero no me conformé tanto con verme excluido del Parlamento y de la vida pública, y sentí vivamente el disgusto de verme condenado á vivir en Londres. La Compañía no acostumbraba conceder al año más que un mes de licencia; yo tenía gran afición á la vida del campo, y mi estancia en Francia me había dejado un deseo ardiente de viajar. Aunque yo no podía satisfa-

cer libremente mis gustos, no hice nunca sacrificio completo de ellos. Pasaba, durante todo el año, casi todos los domingos en el campo, donde daba grande paseos, aun cuando vivía en Londres. Algunos años pasé el mes de licencia en el campo con mi padre. Más tarde empleé parte de ese tiempo de vacaciones en excursiones, que hacía á menudo á pié, en compañía de uno ó de varios jóvenes, compañeros míos predilectos; y más tarde aún, conseguí mis licencias para viajes más largos, que hacía solo ó con mis amigos. Me era fácil hacer, durante mis licencias anuales, una excursión á Francia, á Bélgica ó á las orillas del Rhin. Dos ausencias más largas, una de tres, la otra de seis meses, que hice por consejo de los médicos, añadieron á la lista de mis viajes la Suiza, el Tirol y la Italia. Felizmente hice pronto esos viajes, de modo que gran parte de mi vida la pasé impresionado con el recuerdo que de ellos guardé.

Reconozco la justicia de la suposición que se ha hecho, diciendo que las ventajas que yo debía haber aprendido por mí mismo, las condiciones necesarias de la dirección de los negocios públicos, habían tenido gran influencia sobre mis proyectos de reforma de las opiniones y de las instituciones de mi tiempo. No es que los negocios públicos que resolvía yo sobre el papel, y cuyos efectos se producían en el otro hemisferio, fuesen propios para dar muchos conocimientos prácticos, sino que me habituaban á ver y á combatir dificultades de todo

género, á tomar, para vencerlas, medidas pensadas y discutidas resueltamente en vista de la ejecución. Encontré ocasiones de reconocer, cuando las medidas de gobierno y de otros acontecimientos políticos no producían el efecto esperado, á qué causas había que atribuirlo; y sobre todo, esta ocupación me fué muy útil, porque hizo de mí, en esta parte de mis trabajos, una rueda de la máquina que tenía que funcionar armónicamente. Como filósofo, no hubiera tenido á nadie para consultor más que á mí mismo, y no hubiera tenido que vencer en mis especulaciones ningún obstáculo, que surgiese más tarde, cuando se llegase á la práctica. Pero como jefe de administración, dirigiendo una correspondencia política, no podía enviar un orden ni expresar una opinión sin tener que persuadir á muchas personas que no se parecían en nada á mí. Estaba, pues, en buena situación para descubrir por la práctica la manera de hacerla entrar en espíritus que la costumbre no había preparado para recibirla. Al mismo tiempo que adquiría el conocimiento de las dificultades del movimiento de los cuerpos formados por agrupaciones humanas, comprendía la necesidad de los compromisos y aprendía el arte de sacrificar á las partes esenciales de un sistema, aquellas que no lo son. Me adiestré en obtener todo lo que podía, cuando no me era posible conseguirlo por completo, en lugar de indignarme ó de desanimarme, por lo que tenía que renunciar; me contentaba y alentaba

cuando realizaba algo, y cuando no conseguía absolutamente nada, me sometía de buen grado á mi derrota completa.

Siempre me ha parecido después que estos conocimientos son de la ma-

yor importancia para la felicidad del individuo; son también una condición necesaria, sin la cual nadie, en la teoría ni en la práctica, puede realizar todo el bien que le permiten los medios del puesto que ocupe.

CAPÍTULO IV

Propaganda durante mi juventud.—La *Revista de Westminster*.

Aunque el trabajo de oficina absorbía gran parte de mi tiempo, la atención que ponía en mis trabajos predilectos no desmayaba, y jamás los he avivado con más vigor. En esa época empecé á escribir en la prensa periódica.

Los dos primeros escritos de mi pluma, que fueron impresos, fueron dos cartas que aparecieron á fines de 1822, en un periódico de la tarde, el *Traveller*. Este periódico, que tomó después el nombre de *Globe and Traveller*, porque se fusionó con el *Globe*, después de una venta, era entonces de la propiedad de un economista muy conocido, el coronel Torrens, y tenía por director á un hombre de mucho mérito. M. Walter Coulson, que después de haber sido secretario particular de Bentham, se había hecho periodista y fué por fin director de periódico; más tarde se hizo abogado y con-

veyancer (1), y en el momento de su muerte era abogado del ministerio del Interior. El *Traveller* llegó á ser uno de los órganos más importantes de la política liberal. El coronel Torrens escribía en él mucho sobre la economía política, y acababa de atacar una opinión emitida por Ricardo y por mi padre; por indicación de éste, traté de contestarle, y Coulson, por consideración á mi padre y por amabilidad hacia mí, insertó mi contestación. Torrens replicó, yo contesté de nuevo. Poco después intenté un proyecto más ambicioso. Las persecuciones intentadas contra Ricardo Carlisle, contra su mujer y contra su hermana, por publicaciones hostiles contra el cristianismo, excitaron entonces mucho la atención, y más que en otros, en las personas cuyo trato frecuentaba yo. Faltaba mucho

(1) Notario.—(N. DEL T.)

en aquella época para que la libertad de discusión, en política y en religión, estuviese, aun en teoría, á la altura que ha alcanzado hoy; los partidarios de ciertas opiniones tenían que defender continuamente la libertad de expresarlas; yo escribí sucesivamente cinco cartas, firmadas Wicklife, en las que me iba á fondo en la cuestión de la libertad de publicar todas las opiniones en materias religiosas, y las envié al *Morning Chronicle*. Tres de esas cartas fueron publicadas en Enero y Febrero del año 1823; las otras dos, que contenían ideas demasiado avanzadas para ese periódico, no aparecieron jamás. Pero un artículo que escribí poco tiempo después sobre la misma cuestión, se insertó á la cabeza del periódico. Durante el año de 1822 se publicaron muchos artículos míos en el *Chronicle* y en el *Traveller*; unas veces eran noticias de libros, pero más á menudo cartas en que tomaba como asunto alguna irregularidad cometida en el Parlamento; otras veces señalaba algún vicio en la legislación, algún error de la magistratura ó del tribunal de justicia. Sobre ese género de asuntos prestaba entonces el *Chronicle* señalados servicios. Después de la muerte de M. Perry, la dirección y la administración del periódico se confiaron á M. John Black, que había sido redactor del diario. Era éste un hombre que había leído mucho y que poseía vastísimos conocimientos, gran honradez y un carácter extraordinariamente sencillo; estaba muy unido á mi padre y participaba de sus mismas ideas, como también de las de

Bentham; las reproducía en sus artículos, mezcladas con otras ideas notables, con gran facilidad y destreza. Desde esa época dejó de ser el *Chronicle* un órgano puramente *whig*, como lo era antes; durante diez años se convirtió en órgano de los radicales utilitarios. Mantenían estas ideas los artículos de Black y algunos de Fonblanque, que mostró por primera vez sus eminentes cualidades de escritor por sus artículos y sus agudezas publicadas en el *Chronicle*. Los vicios de la legislación y de la administración de justicia eran el tema sobre el cual el periódico prestaba mayores servicios al progreso; hasta esta época sólo Bentham y mi padre habían señalado esta tarea de las instituciones inglesas. Era creencia universal entre los ingleses que las leyes de Inglaterra, la magistratura del país y la magistratura no retribuida, eran modelos de perfección. No exageraré al decir que después de Bentham, que dió los principales materiales de la polémica, es Black, el editor del *Morning Chronicle*, el que más ha hecho para aniquilar esta desdichada superstición. Abrió un fuego continuo contra esas falsas ideas, poniendo al desnudo los absurdos y los vicios de la legislación y de la magistratura, retribuida ó no, hasta que llevó la convicción á los ánimos. Sobre otras cuestiones se hizo el *Chronicle* órgano de opiniones más avanzadas que otra alguna de las que habían encontrado defensores regulares en los periódicos. Black visitaba con frecuencia á mi padre, y Mr. Grote tenía costumbre de de-

cir que conocía siempre, por el artículo del lunes, si Black había hablado con mi padre el domingo. Black era el instrumento más poderoso de que se valía mi padre para publicar sus opiniones al mundo, sin emplear otro medio que la conversación y su influjo personal. Este género de propaganda, combinado con el efecto de sus propios escritos, daba á mi padre un verdadero poder en el país, como rara vez lo ha adquirido un individuo reducido, como él, á la vida privada; lo consiguió por la fuerza de su carácter y de su entendimiento, y este poder se presentó más eficaz en el momento en que menos se sospechaba. Ya he dicho que Ricardo, Honne y Grote, no realizaron lo que los ha hecho célebres más que por ceder á las excitaciones y á los consejos de mi padre. Con Brougham hizo el papel de un genio benévolo, y le inspiró la mayor parte de los servicios que éste prestó al público, tanto en asuntos de educación como en la reforma de la legislación y en las demás cuestiones. Su influencia se extendió por corrientes de menor importancia y demasiado numerosas para citarse. La *Revista de Westminster* iba á abrir nuevo campo á su actividad.

Mi padre, á pesar de lo que se ha dicho, no tuvo nada que ver con la fundación de la *Revista de Westminster*. La necesidad de un órgano radical que luchase con la *Revista de Edimburgo* y con la *Quarterly*, que estaban entonces en el apogeo de su reputación y de su influencia, había sido tema de conversaciones entre Bentham y mi padre

algunos años antes; era éste su sueño ideal; pero este proyecto no había recibido ninguna aplicación. En 1823, sin embargo, se decidió Bentham á fundar la Revista á su costa y ofreció la dirección á mi padre, que no la aceptó, porque este cargo era incompatible con su empleo en la Compañía de las Indias. Bentham la confió entonces á Mr. Bowring (hoy Sir John Bowring), que hacía dos ó tres años que frecuentaba su casa. Bowring mereció la elección de Bentham por muchas de sus cualidades personales, por la ardiente admiración que sentía hacia él, por su adhesión á casi todas sus opiniones, y sobre todo, por sus relaciones extensas y la correspondencia que mantenía con los liberales de todos los países, lo cual parecía prometer que sería un ardiente propagador del renombre y de las ideas de Bentham en todas las partes del mundo. Mi padre conocía poco á Mr. Bowring, pero lo suficiente para estar seguro de que no era el hombre que convenía á la dirección de una Revista política y filosófica; auguraba tan mal de la empresa, que sentía sinceramente que Bentham la hubiese empezado, persuadido de que su amigo perdería el dinero que había adelantado y de que el descrédito se apoderaría de los principios radicales. No podía, sin embargo, abandonar á Bentham, y consintió en escribir un artículo para el primer número. Entraba en el plan que he relatado un elemento por el cual sentía mi padre una preferencia marcada: era el de consagrar una parte de las revistas á

juzgar las otras revistas. El artículo de mi padre había de ser una crítica general de la *Revista de Edimburgo* desde su fundación. Antes de escribirlo, me hizo recorrer los tomos de esta Revista, ó al menos todos los trabajos que parecían tener algún valor (tarea menos pesada en 1823 de lo que sería hoy), y tomar notas sobre los artículos que pudiera convenirle examinar, para poner en claro las buenas y las malas cualidades. Este artículo de mi padre fué la causa principal de la sensación que produjo la *Revista de Westminster* á su aparición; pues era, en efecto, por su idea y por su ejecución, el más interesante de sus escritos. Empezaba por un análisis de las tendencias de la literatura periodística en general, demostraba que no podía esperar el éxito como un libro, pero es menester, decía, que tenga interés enseguida, so pena de no tenerlo nunca, por lo cual se ve casi obligada á profesar y predicar las opiniones que son ya del dominio del público á quien se dirige, sin poderlas encaminar ni mejorar. Caracterizaba después la posición de la *Revista de Edimburgo* como órgano político; hacía un análisis completo de la constitución inglesa, bajo el punto de vista radical. Ponia de relieve el carácter absolutamente aristocrático, demostraba que unos centenares de familias nombraban la mayoría de la Cámara de los Comunes, y que la parte más independiente de esta Cámara, los representantes de los condados, no representaban más que á los grandes propietarios ó á las clases que esta es-

trecha oligarquía juzgaba conveniente para ser admitidas á participar del poder; en fin, presentaba la Constitución apoyándose por un lado en la Iglesia y por otro sobre los diputados, como sobre dos columnas. Señalaba la tendencia natural de un cuerpo aristocrático, compuesto de esos elementos, á dividirse en dos partes: la una en posesión del poder activo, la otra haciendo esfuerzos para suplantarla y para conquistar la supremacía con la ayuda de la opinión pública, sin sacrificar nunca nada de la preponderancia aristocrática. Pintaba el cuadro de lo que probablemente sucedería; nos enseñaba el terreno político ocupado por un partido aristocrático que hacía la oposición y que trataba de formular principios populares para obtener el apoyo del pueblo. Hacía ver que la conducta del partido *wihg* y de la *Revista de Edimburgo*, su órgano principal, no era otra cosa sino la práctica de estas tendencias. Describía el procedimiento de *báscula* que constituía el fondo de su política, y probaba que la Revista sostenía algunas veces artículos de distintas opiniones, y en más de una ocasión un mismo artículo había apoyado las dos caras que presentan todas las cuestiones en que se encuentran comprometidos el poder y el interés de las clases gubernamentales, de lo cual alegaba varias pruebas. Nunca había recibido el partido *wihg* un ataque tan formidable, nunca se había presenciado en Inglaterra un golpe tan rudo en nombre del radicalismo, y entonces sólo á mi padre podía suponersele

capaz de escribir semejante artículo. Mientras tanto, la Revista naciente se fusionó con otra de un género puramente literario, que debía dirigir monsieur Henry Southern, hombre de letras en aquella época, pero que después entró en la diplomacia. Los dos directores se entendieron para reunir sus Revistas y repartirse la dirección. Bowring tomó la dirección política, Southern se reservó la parte literaria. La Revista de Southern debía publicarse por la casa Longman que, aunque era propietaria en parte de la *Revista de Edimburgo*, no tenía inconveniente en encargarse de la edición del nuevo periódico. Pero después de convenidas todas las condiciones y de haberse repartido todos los prospectos, cuando vieron los Longman el ataque de mi padre contra la *Revista de Edimburgo*, nos retiraron su concurso. Entonces solicitaron á mi padre que emplease su influencia sobre su editor Baldroin, para determinarle á encargarse de la *Revista de Westminster*. Mi padre lo consiguió. En Marzo de 1824, y gracias al concurso de la mayoría de los colaboradores que ayudaron después á llevar adelante la Revista, apareció el primer número. Para casi todos nosotros fué una agradable sorpresa. Los artículos eran, en general, bastante mejores de lo que esperábamos. La parte literaria y artística estaba á cargo de Mr. Bingham, abogado, que después fué magistrado, amigo de Bentham hacía varios años, y amigo de los dos Austins; adoptaba con mucho ardor las opiniones filosóficas

de Bentham. Por efecto en parte de la casualidad, había nada menos que seis artículos de Bingham en el primer número; nos gustaron á todos mucho. Recuerdo muy bien el sentimiento extraño que me produjo esta Revista; por un lado estaba contento de ver que no era lo que yo suponía, que era bastante buena para hacer honor á los que escribían en ella; por otra parte me molestaba mucho, desde que me pareció tan buena, encontrar grandes faltas en ella. De todos modos, cuando supimos que la opinión acogía favorablemente la Revista, y que el primer número había tenido una venta extraordinaria; cuando nos enteramos de que la aparición de una Revista radical con pretensiones iguales á las de los antiguos órganos de los partidos había interesado enormemente al público, no dudamos más, nos decidimos á todo para fortificarla y mejorarla. Mi padre siguió escribiendo de tarde en tarde. Después de la *Revista de Edimburgo* vino el turno de la *Quarterly*. Entre los demás artículos de mi padre, fueron los más notables un ataque al *Libro de la Iglesia*, de Southey, publicado en el quinto número, y un trabajo de política en el segundo. Mr. Austin no dió más que uno, pero de gran mérito; era una discusión del derecho de primogenitura, en contestación á un artículo de Mac-Culloch, que apareció en la *Revista de Edimburgo*. Grote también envió un artículo; no tenía tiempo para más, y todo aquel de que podía disponer lo consagraba á su *Historia de Grecia*. El artículo que es-

cribió trataba de la cuestión que le ocupaba; era una exposición completa y al mismo tiempo una ejecución admirable de la obra de Mitford. Bingham y Carlos Austin siguieron, durante algún tiempo, escribiendo en la *Revista de Westminster*. Fonblanque fué un colaborador asiduo desde el tercer número. Entre mis compañeros, Ellis escribió regularmente hasta el número noveno, y hacia la época en que él se retiró entramos otros jóvenes de nuestro grupo. Yo fuí el colaborador que di más artículos; di trece desde el segundo número hasta el décimo octavo: eran Revistas de libros, trabajos sobre la historia de la economía política, como los de las leyes sobre los cereales, sobre la caza, sobre la difamación. Algunos otros amigos de mi padre enviaron excelentes artículos, y algunos de los escritores de Bowring tuvieron éxito. Sin embargo, la dirección de la Revista no satisfacía á ninguno de los partidarios de los principios radicales que tuve ocasión de encontrar. No había ningún número que no contaviese algo que nos desagradase, fuera en las opiniones, en el gusto ó defecto de capacidad de los autores. Los juicios desfavorables que hacían mi padre, Grote, los dos Austin y otras personas, los repetíamos nosotros los jóvenes, agravándolos, y como nuestro ardor juvenil no era propio para detener nuestras quejas, hicimos pasar muy malos ratos á nuestros dos directores. No dudo que nos equivocáramos quizá tantas veces como acertásemos, y estoy convencido de que si la Revista

se hubiese conducido según nuestras ideas, es decir, de las de los más jóvenes, no hubiera sido mejor y quizá la hubiéramos hecho peor aún. Pero no es inútil hacer constar, como detalle que pueda servir á la historia del benthanismo, que el órgano periodístico que mejor le daba á conocer, no satisfizo, en su principio, á las personas que representaban las opiniones defendidas por la Revista.

Mientras tanto, hacía la Revista mucho ruido en el mundo y colocaba al radicalismo benthamista sobre el terreno de la opinión y de la discusión, en una situación desproporcionada al número de sus adeptos y al mérito personal y al talento que poseía en aquella época la mayoría de los que descollaban en esas teorías. Fué un tiempo, como todos saben, en que el liberalismo hizo rápidos progresos. Cuando terminaron los temores y la cólera que producía la guerra en Francia, se halló tiempo para pensar en la política interior. El movimiento reformista subió como una marea. Las antiguas familias reinantes habían empezado á hacer sentir el peso de un régimen de opresión en el continente; Inglaterra parecía que prestaba su apoyo á la conspiración contra la libertad, urdida con el nombre de Santa Alianza; la carga enorme de la deuda pública, causada por una guerra tan larga y tan costosa, hacían al Gobierno y al Parlamento impopulares. El radicalismo, bajo la dirección de Mr. Burdett y de Mr. Cobbett, había tomado un carácter grave, que alcanzó seriamente á la Administración. Apenas

se había calmado un instante la alarma, gracias á las famosas leyes llamadas los seis actos, cuando el proceso de la reina Carolina despertó un sentimiento de odio más profundo todavía. Los signos exteriores de este odio desaparecieron con la causa que los provocó, pero en todas partes se vió levantarse un espíritu que hasta entonces no se había conocido. Mr. Hume hacía con incansable terquedad el examen de los gastos públicos; obligaba á la Cámara de los Comunes á votar todos los artículos que se prestaban dudas en las evaluaciones, y se apoderó de ese modo con energía de la opinión pública, consiguiendo arrancar á la mala voluntad de la Administración numerosas reducciones de detalle. La economía política hacía sentir por primera vez su acción en los negocios públicos, por la petición de los negociantes de Londres en favor de la libertad de comercio, organizada por Tooke y presentada por Alejandro Baring. La plaza que acababa de conquistar, la conservó, gracias á los nobles esfuerzos de Ricardo, en los escasos años de su vida parlamentaria. Las obras de Ricardo, que vinieron después de la sacudida realizada por la controversia sobre los metales preciosos, y fueron seguidas á su vez por las exposiciones y por los comentarios de mi padre y de Mac Culloch, cuyos escritos, publicados en la *Revista de Edimburgo*, tenían en aquella época un valor inmenso, atraían la atención sobre la economía política, y operaban conversiones en el seno mismo del minis-

terio. Huskisson, sostenido por Canning, acababa de dar el primer golpe al sistema protector que uno de sus compañeros acabó de arruinar virtualmente en 1840, pero cuyos últimos vestigios sólo se han borrado recientemente, en 1860, por Mr. Gladstone. Mr. Peel, ministro entonces del Interior, avanzaba prudentemente por un camino en que nadie había puesto el pié y que Bentham había indicado: tocaba á la reforma de la legislación. En aquella época, en que el liberalismo parecía estar de moda, cuando el mejoramiento de las instituciones se predicaba en las altas regiones de la sociedad y que el cambio completo de la constitución del Parlamento se reclamaba por el pueblo, no es extraño que la opinión pública se despertase, por la intervención regular en el debate, de un grupo que hacía el efecto de una escuela de escritores y que declaraba claramente la pretensión de legislar con arreglo á las nuevas tendencias. Los miembros de ese grupo llevaban á sus escritos un aire de convicción profunda, en una época en que nadie parecía tener una fe tan robusta y un credo tan perfecto. Pegaban en la cabeza, con audacia, á los dos partidos políticos existentes; combatían sistemáticamente y sin debilidad opiniones generalmente admitidas, y se sospechaba que alimentaban otras más heterodoxas que las que confesaban. Sus artículos, los de mi padre al menos, demostraban ingenio y talento, y detrás de él veían un cuerpo de escritores bastante numeroso para sacar ade-

lante una Revista. En fin, la Revista se compraba y se leía. Todo esto abrió un gran lugar en la opinión pública, á lo que se llamaba entonces escuela de Bentham en política y en filosofía, lugar que no había ocupado antes ni esta ni otra escuela alguna de igual importancia en Inglaterra. Como yo estaba en el cuartel general, conocía bien el efectivo, y como yo era uno de los miembros más activos de ese grupo, y puedo decir sin vanidad, *quorum pars magna fui*, me toca á mí, más que á otro, referir su historia.

Pretendióse ver una escuela en lo que no era más que un grupo de jóvenes, atraídos por el encanto de la conversación de mi padre y por la celebridad de sus escritos, y que estaban ya más ó menos empapados de las ideas que mi padre profesaba sobre la política, ó que se las asimilaban frecuentando su trato. Se ha dicho que Bentham iba siempre seguido de un grupo de discípulos, ávidos de recoger las palabras que caían de sus labios; esta es una fábula que mi padre ha rectificado en sus *Fragmentos sobre Mackintosh*, y que parecerá ridículo á todos los que han conocido las costumbres de Bentham y su manera de conversar. La influencia que Bentham ejercía se debía á sus escritos: por ellos ha producido y produce todavía sobre las condiciones de la humanidad efectos más profundos y más extensos que los que han podido atribuirse á mi padre. Es una figura histórica mucho mayor que mi padre. Pero mi padre ejercía personalmente más influencia. Se le

buscaba por el vigor de la conversación y por la instrucción que se recibía de él. De esta superioridad se valió para propagar sus opiniones. No he conocido jamás á nadie que hiciese valer más sus ideas en la discusión privada. Tenía siempre íntegros á su disposición los inmensos recursos de su inteligencia, hablaba con precisión y viveza, disertaba con una moralidad rígida y gran fuerza de razonamiento; por eso era el más enérgico y el más seductor de los polemistas: tenía siempre alguna anécdota que contar, reía ingenuamente, y cuando estaba entre personas que quería, era el compañero más alegre y más ocurrente. No era únicamente en la propagación de sus ideas en lo que su fuerza se revelaba más, sino por la influencia de una cualidad que más tarde aprendí á apreciar en todo su valor, por un amor apasionado del bien público y un afán extraordinario por ocuparse del bien de la humanidad, que fecundaba y hacía crecer las virtudes análogas, cuyo germen encontraba en las personas que trataba y que empujaba á la acción. Les inspiraba el deseo de conquistar su aprobación; prestaba por su conversación y por su misma vida un apoyo moral á todos los que perseguían el mismo objeto que él; levantaba los corazones débiles ó anémicos por la confianza que siempre demostraba en la fuerza de la razón, en el progreso general y en el bien que los particulares pueden hacer con sus prudentes esfuerzos, aunque no confiaba gran cosa en el resultado de sus trabajos.

Las opiniones de mi padre fueron las que dieron á la propaganda benthamista y utilitaria de aquella época el carácter que tuvo. Dejaba caer las ideas una á una en todas direcciones, como si saliesen de una fuente inagotable; después se extendían por tres vías principales: por mí primero, el único cuyo espíritu se formó por completo en su escuela; yo era el instrumento de que se valía mi padre para someter á su influencia á los jóvenes, que á su vez eran agentes también de propaganda. Venían después algunos compañeros de Carlos Austin, salidos como él de Cambridge, que, iniciados por él ó empujados por su influencia, habían adoptado opiniones análogas á las de mi padre. Algunos de los más notables buscaron la amistad de mi padre y frecuentaron la casa. Entre ellos puedo citar á Strutt, que después fué lord Belpeze, y á lord Romilly, hijo de Sir Samuel Romilly, que fué muy amigo de mi padre. En tercer lugar, tenía una generación muy joven de estudiantes de Cambridge, que no era contemporánea de Austin, sino de Eyton Tooke, y que se agrupaba alrededor de este joven distinguido, á causa de la analogía de opiniones que existía entre ellos; él los presentó á mi padre. El más notable era Carlos Buller. Otras individualidades aisladas se sometían á la influencia de mi padre y contribuían de ese modo á extenderla. Eran, entre otros, Black, del cual he hablado ya, y Fonblanque. Pero éstos no los considerábamos más que como aliados y no nos prestaban un concurso incondicional. Fonblanque, para no citar más que á éste, se separaba de nosotros en muchas cuestiones importantes. Por otra parte, no existía absolutamente unanimidad completa en los grupos que formábamos y ninguno de nosotros aceptaba todas las ideas de mi padre. Citaré un ejemplo: todos considerábamos su *Ensayo sobre el gobierno* como una obra maestra de filosofía política; pero no estábamos conformes con la parte de esta obra en que sostiene que un gobierno que excluye á las mujeres del sufragio, no es un gobierno necesariamente malo, puesto que el interés de éstas es el mismo que el de los hombres. Eramos completamente contrarios á esta doctrina yo y todos mis compañeros predilectos. Hay que decir en honor de mi padre, que no pensó jamás en reconocer el principio de la exclusión de la mujer, como tampoco en el de la exclusión del hombre menor de cuarenta años, sobre el cual sostenía en el párrafo siguiente una tesis igual á la que hemos referido sobre la mujer. No se ocupaba de discutir la cuestión de si convenía ó no restringir el sufragio, sino únicamente de buscar, si no hubiera más remedio que restringirle, cual era el límite de esta restricción, para no sacrificar las condiciones de estabilidad de un buen gobierno. Pero yo pensaba entonces, como siempre he pensado, que la opinión admitida por mi padre, así como la que rechazaba, son tan erróneas como todas las que combatía en su *Ensayo*; que el interés de las mujeres

se confunde con el de los hombres tanto pero no más que se confunde el interés de los súbditos con el de los reyes, y que toda razón que se invoque para reclamar el sufragio en favor de alguien, exige también que no se prive de su beneficio á las mujeres. Esta era la opinión de nuestros prosélitos más jóvenes, y me complazco en decir que, en ese punto capital, estaba Bentham por completo con nosotros.

Pero aunque ninguno de nosotros convenía en todo con mi padre, sus opiniones, como ya he dicho, eran el principal elemento que daba al grupo de jóvenes, primeros propagadores de lo que se llamó después *radicalismo filosófico*, el color y el carácter que los distinguía. Su manera de pensar no era el benthamismo en el sentido de que Bentham fuese su jefe ó director, sino más bien un sistema en que las ideas de Bentham se acomodaban á la economía política moderna y á la metafísica de Hartley. El principio de la población de Malthus era para ellos una bandera y un signo de unión, lo mismo que lo eran las ideas propias de Bentham. Esta gran doctrina, que la expuso primero como un argumento contra el mejoramiento indefinido de la condición humana, lo abrazamos con un celo ardiente, por razones contrarias, porque nos indicaba el único medio de realizar este mejoramiento, asegurando á la clase obrera salarios elevados, gracias á una voluntaria restricción del número de sus miembros. Referiré otros puntos importan-

tes de las creencias que profesábamos, en común, mi padre y yo. En política, una confianza casi ilimitada en la eficacia de dos cosas: el gobierno representativo y la libertad completa de discusión. Tan grande era la confianza de mi padre en la influencia de la razón sobre el espíritu del hombre en todo lo que puede imponerle, que creía que todo se resolvería, si todos supiesen leer, si todas las opiniones pudiesen dirigirse libremente al mundo por medio de la palabra y de la prensa, y si gracias al derecho del sufragio pudiese el pueblo nombrar una Cámara que pusiese en práctica las opiniones que dominaban. Pensaba que si la Cámara popular dejase de representar el interés de una clase, tendería á representar el interés general, honradamente y con la prudencia que conviene, porque el pueblo, dirigido por los hombres esclarecidos, escogería en general bien las personas que habían de representarle, y dejaría, después de esto, en completa libertad á los que hubiese elegido. Por lo cual desaprobaba enérgicamente los principios aristocráticos y el gobierno de una oligarquía, cualquiera que fuese su forma; en él veía el único obstáculo que impedía aún á los hombres que administrasen sus propios negocios con la sabiduría de que son capaces; exigía, ante todo, como principal artículo de fe política, un sufragio democrático; pero no se fundaba en la libertad, ni en los derechos del hombre, ni en ninguna otra fórmula más ó menos significativa de que se había

valido hasta entonces la democracia para sostener sus principios, sino en las condiciones de « estabilidad, sin las cuales ningún gobierno bueno podría subsistir ». No se fijaba más que en lo que le parecía esencial; las formas de gobierno, la República ó la Monarquía, le eran indiferentes; no le ocurría lo mismo á Bentham, para quien un rey, por su papel « esencialmente corruptor », era un personaje necesariamente perjudicial. Después de la aristocracia, eran una Iglesia de Estado, ó una corporación de clérigos, que por su posición desacreditan la religión, y que por su interés dañan al progreso del espíritu humano: los objetos de un odio más profundo. Sin embargo, no aborrecía personalmente á ningún eclesiástico que no lo mereciera y aun era muy amigo de algunos. En ética eran sus ideas enérgicas y severas sobre todos los puntos que juzgaba importantes para el bien de la humanidad; se mostraba soberanamente indiferente en teoría (aunque su indiferencia no se revelaba en su conducta) para todas esas doctrinas de moralidad vulgar que, según él, no tenían otro origen que el espíritu de ascetismo ó los cálculos del interés eclesiástico. Preveía, por ejemplo, un aumento considerable de libertad en las relaciones entre ambos sexos, si bien no tenía la pretensión de indicar exactamente en qué consistirían ó debieran consistir las condiciones de esa libertad. Esta opinión no se refería en él á ningún género de casualidad, ni teórica ni práctica. Suponía, al con-

trario, que este aumento de libertad conduciría al espíritu á separarse de las relaciones físicas y de sus accesorios, á no hacer ya de éstas uno de los principales fines de la vida, por una perversión de la imaginación y de los sentimientos en que mi padre veía uno de los males más inveterados y más extendidos que afligen á la humanidad. En psicología, consistía su doctrina fundamental en explicar la formación del carácter de hombre por las circunstancias, con arreglo al principio universal de la asociación de los estados del espíritu, y en admitir, como consecuencia, la posibilidad ilimitada de perfeccionar el estado moral é intelectual de la humanidad. De todas las ideas que profesaba, no era ninguna más importante que ésta, ninguna necesita más que se insista en ella. Desgraciadamente, no hay otra que sea más apuesta á las tendencias filosóficas predominantes, lo mismo en tiempo de mi padre que después.

El pequeño grupo de jóvenes de que formaba yo parte, acogía esas opiniones con el fanatismo de la juventud; poníamos en ello un espíritu de secta que mi padre no les había prestado. Por una exageración ridícula se decía que nuestro grupo, ó más bien el fantasma que veían detrás, formaba una *escuela*. Es verdad que algunos de nosotros hubiéramos querido, en cierta época, que fuese así. Los filósofos franceses del siglo XVIII eran los modelos que nos proponíamos imitar, y esperábamos no hacer menos que ellos. Nin-

guno de nuestra reunión, como ya he dicho, fué más lejos que yo para satisfacer esta ambición pueril; yo podría probarlo dando gran número de detalles, si esto no nos causase gran pérdida de tiempo y de lugar.

Sin embargo, todo lo que acabo de decir, no presenta más que el lado exterior de nuestra existencia, ó todo lo más la parte intelectual, y aun así no es más que una de las fachadas. Cuando trato de penetrar más profundamente y de dar alguna indicación sobre lo que éramos, como hombres, me veo obligado á no ocuparme más que de mí mismo, único personaje de que puedo hablar con conocimiento de causa; por otra parte, no creo que el cuadro que acabo de trazar convenga á ninguno de mis compañeros, si no se retoca de un modo radical en muchísimos detalles.

Con frecuencia se ha dicho que el benthamismo no es más que una máquina de razonar; esta definición conviene poco á la mayor parte de los benthamistas; pero en lo que hace á mí, sobre todo en dos ó tres años de mi vida, no es por completo falsa. Me convenía quizá tanto como á todo joven que acaba de entrar en la vida, para quien los objetos ordinarios de los deseos deben tener al menos el atractivo de la novedad. Nada hay en este hecho de extraordinario. ¿Podía esperarse de un joven de mi edad que fuese más que una cosa? Yo era una cosa; ya he dicho cuál. Ambición y deseo de figurar ya lo tenía; el celo por lo que creía el bien de la humanidad era mi más vivo

sentimiento; se mezclaba éste con los otros y les daba el tono. Pero á esa edad, mi celo no se ejercía todavía sobre las opiniones especulativas. No se apoyaba sobre una benevolencia verdadera ó sobre una simpatía por la humanidad; aunque estas cualidades tenían en mi ideal ético el lugar que debían ocupar, no se unían absolutamente á un vivo entusiasmo por una nobleza ideal; era yo, sin embargo, muy capaz, por mi imaginación, de tener ese sentimiento, pero en aquella época estaba falto de lo que constituye su alimento natural, es decir, de la cultura poética, mientras que poseía en abundancia el alimento de la polémica, es decir, la lógica pura y el análisis. Añádase á esto que la enseñanza de mi padre tendía á menospreciar el sentimiento. No es que era frío ni insensible; más bien le ocurría lo contrario. Creía que no debía uno ocuparse del sentimiento, que él se bastaría á sí mismo, y que habría bastante con que se tuviera cuidado de las acciones. Le extrañaba que en toda controversia sobre la moral ó la filosofía se valiesen con tanta frecuencia del sentimiento, como de una razón sin réplica; que se echase mano de él para justificar la conducta, en vez de preguntarle lo que á él mismo le justifica; estaba cansado de ver acciones cuyo efecto es perjudicial á la felicidad de los hombres, aprobadas en la práctica, porque las reclama el sentimiento; se irritaba de que se atribuyese al carácter de una persona sentimental un mérito que, según él, no correspondía á

sus actos; no soportaba que se le alabase el sentimiento, ni que se hiciese de él la más ligera mención en la apreciación de las personas ni en las discusiones sobre las cosas. Además de la influencia que esta antipatía de mi padre por el sentimiento ejercía sobre mí y sobre otros, nos molestaba el ver que todas las opiniones á que dábamos importancia eran constantemente atacadas en nombre del sentimiento. Se denunciaba el principio de la utilidad como un cálculo frío, la economía política como el colmo de la crueldad puesto en práctica, la doctrina de Malthus del decrecimiento de la población como á una teoría que repugna á los sentimientos naturales de la humanidad. En cambio nosotros empleábamos las palabras sentimentalismo, declamación y vagas generalidades, como términos injuriosos. Sin duda teníamos casi siempre razón contra nuestros adversarios, pero resultó que el cultivo de los sentimientos, exceptuando los del deber privado y público, no florecía entre nosotros, y no ocupaba gran espacio en nuestro pensamiento, particularmente en el mío. Lo que sobre todo constituía el objeto de nuestras preocupaciones era la manera de modificar las opiniones de las gentes, de llevarlas á formar sus creencias con pruebas concluyentes, como también á conocer lo que constituye su verdadero interés; pensábamos que cuando lo conociesen se obligarían los unos á los otros, por la fuerza de la opinión, á comprenderlo. Reconociendo plenamente la excelencia y la su-

perioridad del amor á la justicia y á la benevolencia, no esperábamos la regeneración de la humanidad de ninguna acción directa sobre los sentimientos, sino más bien del efecto de la educación de la inteligencia, de la luz que se proyectase sobre los sentimientos egoístas. Al mismo tiempo que comprendíamos que este efecto es un medio de perfeccionamiento de inmensa importancia en manos de unos hombres animados por los más nobles motivos de acción, no vemos hoy ninguno de los que sobrevivimos al grupo de los benthanistas ó utilitarios de entonces el principal factor del mejoramiento de la conducta de los hombres.

El efecto natural de esta negligencia sistemática y práctica de la cultura del sentimiento, fué, entre otras cosas, una tendencia que nos llevaba á no apreciar en su valor la poesía y la imaginación en general, considerada como elemento de la naturaleza humana. La opinión general era que un benthanista era un enemigo de la poesía; esta opinión era verdadera en lo que á Bentham se refería; tenía éste costumbre de decir que «la poesía falsea las ideas»; pero con el sentido que él daba á este pensamiento, podría decirse lo mismo de todo discurso elocuente, de toda representación y de toda enseñanza, más sentida que una operación aritmética. Un artículo de Bingham, del primer número de la *Revista de Westminster*, dió un tema excelente á los que nos acusaban de odiar la poesía. Para explicar una de sus críticas sobre Moore, decía: «Mr. Moore

es poeta, por consiguiente no razona.» En realidad, muchos de nuestro grupo leían con afición las poesías, y el mismo Bingham había hecho versos. Por lo que hace á mi padre y á mí, hubiera sido más correcto decir, no que nos disgustaba la poesía, sino que nos era indiferente en teoría. Los sentimientos que no me gustaban en los versos, eran los mismos que me desagradaban en prosa, y había muchos de ese género. Yo desconocía por completo el lugar que ocupa la poesía en la educación del hombre y su papel en la cultura de los sentimientos. Pero personalmente era muy sensible á determinado género de poesía. En la época en que mi benthamismo tenía más sello de secta, leí el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope, y aunque todas las ideas de ese poema eran contrarias á las mías, recuerdo perfectamente la poderosa impresión que produjo sobre mi imaginación. En aquella época, quizá una composición poética de un orden más elevado, que una elocuente disertación en verso, no hubiera producido en mí un efecto semejante. Rara vez, sin embargo, tuve ocasión de probarlo. De todos modos no era ese más que un estado pasivo; hacía tiempo que había extendido ampliamente las bases de mis creencias intelectuales; había recibido, en el curso natural de mis progresos mentales, una cultura poética de un género más precisado, por la admiración respetuosa que me infundían las vidas y los caracteres de los personajes heroicos, sobre todo de los héroes de la filosofía. El mismo efecto vivificado,

que tantos bienhechores de la humanidad han sentido al leer las vidas de Plutarco, se producía en mí ante los cuadros que Platón hacía de Sócrates, ó ante ciertas biografías modernas, principalmente ante la vida de Turgot por Condorcet, esta obra tan propia para despertar el más puro entusiasmo, pues en ella se contempla una de las vidas más hermosas y más nobles referida por el más noble de los hombres. La heroica virtud de esos gloriosos representantes de las opiniones que tantas simpatías me inspiraba, producía sobre mí una impresión profunda; las leí á menudo, como hacen otros con un poeta favorito, sobre todo cuando sentía necesidad de transportarme á las regiones elevadas del sentimiento y de la idea. Haré observar de paso que este libro me curó de todas mis locuras de sectario. Las dos ó tres páginas que empiezan por estas palabras: «Les parecía toda secta perjudicial», y explican por qué Turgot se mantuvo siempre fuera del grupo de los enciclopedistas, dejaron gran huella en mi espíritu. Renuncié á usar y á dar á los demás el nombre de utilitario, lo mismo que á emplear el pronombre *nosotros* y cualquiera otra designación colectiva. Dejé de manifestar un espíritu de secta. El espíritu de secta, que realmente existía en mí, lo guardé mucho tiempo en mi interior, y me deshice de él muy lentamente.

Hacia fines de 1824 ó á principios de 1825, Bentham, que se procuró sus escritos sobre las *Pruebas*, que había confiado á M. Dumont (cuyo *Tratado*

de las pruebas judiciales, que se fundaba en ellas, acababa de publicarse), quiso publicarlas. Me encargó el trabajo de ordenarlas para darlas á la imprenta, del mismo modo que su *Libro de los errores* acababa de ser publicado por Bingham. Yo lo hice con gusto y á ello consagré todos mis ratos de ocio durante cerca de un año, sin contar el tiempo que después se necesitó para cuidar de la impresión de esos cinco tomos abultados. Bentham había empezado tres veces este tratado, después de grandes intervalos, cada vez de un modo diferente y sin referirse á lo que había hecho la vez anterior; dos veces le faltó poco terminarlo; tenía yo, pues, que condensar tres paquetes de manuscritos en un solo tratado, tomando por base el último, é intercalando todo lo que encontraba en los otros dos, que no estuviese en contradicción con el tercero. Había que hacer las frases con el estilo de Bentham, oscuras, cargadas de paréntesis y tan complicadas, que no podía esperarse que el lector se tomase el trabajo de comprenderlas. Además, deseaba Bentham que yo llenase los vacíos que pudiese encontrar en sus escritos; con ese objeto leí los Tratados de derecho inglés, relativos á las pruebas que gozaban de mayor autoridad, y comenté algunos puntos con las citas de las leyes que se habían escapado á Bentham. También contesté á objeciones que se habían hecho á algunas de sus teorías en las Revistas que se habían ocupado del libro de Dumont; añadí algunas notas suplementarias

sobre los puntos más abstractos: por ejemplo, sobre la teoría de la posibilidad y de lo imposible. La parte de estas adiciones del editor consagrada á la controversia, estaba escrita en un tono más decidido que el que convenía á un hombre como yo, joven y desprovisto de experiencia, pero yo nunca tuve la idea de que se supiese mi intervención; yo era un editor anónimo de Bentham y tomaba el estilo de mi autor, creyendo que así le convenía á él y á su obra, aunque no era propio de mí. Mi nombre, como editor, no se puso en el libro sino después de la impresión y por expresa voluntad de Bentham, á pesar de los esfuerzos que hice para impedirlo. El tiempo que consagré á este trabajo de editor estuvo bien empleado, pues dió gran impulso á mis progresos. La *Teoría de las pruebas judiciales*, es una de las obras de Bentham más ricas en materiales. La teoría de la prueba es por sí misma una de las cuestiones más importantes que trató; está ligada por todas partes con otras producciones suyas; sus mejores ideas figuran en esta obra con el desarrollo que merecen. Además contenía, entre otras materias especiales, la exposición más perfecta que pueda encontrarse en los libros de Bentham, de los vicios y lunares de la legislación inglesa de aquella época, encerraba también, á manera de episodio destinado á servir de ejemplo, el procedimiento íntegro del tribunal de Westminster. Los conocimientos que adquirí por este trabajo, se imprimieron en mí con más profundidad que lo

hubiera podido hacer la simple lectura de la obra, y no fué ésta una adquisición de poca monta. Pero esta ocupación produjo en mí lo que menos hubiera yo esperado; estimuló vivamente en mí la facultad de la composición. Todo lo que escribí después de esa edición, fué superior á lo que había hecho antes. El último estilo de Bentham era pesado y confuso; era el efecto de una cualidad preciosa, el amor á la precisión, que le conducía á sobrecargar la frase que trozos embutidos los unos en los otros; quería que el lector apercibiese á la vez la proposición principal y todas las modificaciones y restricciones que llevaba. Esta costumbre se apoderó de su estilo hasta el punto de que sus frases formaban una lectura penosa para los que se habían acostumbrado á ellas. Pero su primer estilo, el del *Fragmento sobre el gobierno* y del *Plan de la institución judicial*, es un modelo de vivacidad, de facilidad y de abundancia, que rara vez se ha superado; quedaban numerosos ejemplos de ese estilo primero en los manuscritos del *Tratado de las pruebas*; yo traté de conservarlos todos. Un comercio tan largo con tan admirable trabajo, tuvo gran influencia en mi estilo; continué perfeccionándolo para la lectura de otros autores, tanto franceses como ingleses, en que la fuerza se enlazaba maravillosamente con la gracia, tales como Goldsmith, Fielding, Pascal, Voltaire y Courier. Esto hizo perder á mi estilo la aridez que se notaba en mis primeras composiciones. A los huesos y á los cartilagos se añadió la

carne, y mi estilo adquirió por fin la vida y casi la vivacidad.

Este progreso se reveló en un teatro nuevo. Mr. Marshall, de Leeds, padre del Marshall actual, el mismo que fué enviado al Parlamento por el Yorkshire, decidido partidario de la reforma parlamentaria, profesor de inmensa fortuna, de la cual usaba con gran liberalidad, había sido vivamente impresionado por el *Libro de los errores* de Bentham; tuvo la idea de que sería útil publicar anualmente los debates parlamentarios, no en el orden cronológico adoptado por Hansard, sino arreglados por asuntos y acompañados de comentarios que indicasen los errores cometidos por los oradores. Con esta intención se dirigió naturalmente al editor del *Libro de los errores*; y Bingham, ayudado por Carlos Austin, se encargó de editar este trabajo. La obra se llamó *Historia y revista del Parlamento*. Su principio no bastó para asegurar su existencia, sólo se publicó durante tres años. Sin embargo excitó la atención en el mundo político y parlamentario. El partido desplegó en él toda su fuerza, y ganó más reputación que la que había adquirido en la *Revista de Westminster*. Bingham y Carlos Austin escribieron mucho en esta obra, lo mismo que Strutt y Romilly y otros muchos legistas liberales. Mi padre les dió un artículo de su mejor estilo; Austin, el mayor, dió otro, y Colson escribió uno de los mejores. Yo tuve que abrir el primer número con un artículo sobre el asunto principal de la sesión (1825), el de las

Asociaciones y de la Incapacidad de los católicos. En el segundo número escribí un ensayo sobre la *Crisis comercial* de 1825 y sobre los debates relativos á la *Circulación*. Para el tercero hice dos artículos, uno sobre un punto secundario, el otro sobre el principio de la *Reciprocidad* en el comercio, con ocasión de una correspondencia diplomática famosa, sostenida entre Canning y Gallatin. Estos artículos no eran más que simples reproducciones y aplicaciones de las doctrinas que había aprendido; eran obras originales, si así pueden llamarse á las ideas antiguas presentadas con nueva forma y bajo nuevos puntos de vista. Puedo, sin faltar á la verdad, decir que había en esos escritos una madurez que no se encontraba en ninguna de mis composiciones anteriores. Por la ejecución, no eran esos escritos la obra de un joven; pero estos asuntos, ó no despertan ya el interés, ó se han tratado tan magistralmente después, que han envejecido mis artículos, y quedarán enterrados en el mismo olvido que los otros trabajos míos del tiempo de la primera publicación de la *Revista de Westminster*.

Mientras me ocupaba en escribir para el público, no descuidaba los otros medios de instruirme. En aquella época aprendí el alemán, que empecé por el método de Hammilton; con este objeto formamos, con algunos compañeros míos, una clase. Durante varios años, á partir de esta época, nuestros estudios en sociedad tomaron una forma que contribuyó mucho al progreso de

mi inteligencia. Se nos ocurrió asociarnos para hacer, por la lectura y la conversación, un estudio de varias ramas de las ciencias que queríamos aprender. Mr. Grote nos facilitó para este uso un cuarto de su casa en la Theadneedle street, y su amigo Prescott, uno de los tres miembros fundadores de la sociedad utilitaria, se unió á nosotros. Nos reuníamos dos veces á la semana, por la mañana, desde las ocho y media hasta las diez, á cuya hora casi todos teníamos que dedicarnos á nuestras diarias ocupaciones. La primera cuestión que tratamos fué la economía política; tomamos por manual un tratado sistemático; elegimos para ello los *Elementos* de mi padre. Uno de nosotros leía en alta voz un capítulo entero, ó sólo una parte, y se abría la discusión; todos los que tenían que hacer una objeción ó una observación cualquiera, la hacían. Nuestra norma era discutir á fondo todas las cuestiones, grandes ó pequeñas, que se presentaban; prolongábamos la discusión hasta que todos los que tomaban parte en ella estaban satisfechos de las conclusiones á que habían llegado por su propia cuenta y continuábamos nuestra tarea, tratando también las cuestiones accesorias que nos sugería el capítulo que habíamos leído, ó la conversación que se había desarrollado después, hasta que se resolvía la dificultad que habíamos encontrado. Poníamos algunas cuestiones en el orden del día durante algunas semanas, pensando seriamente en ellas en los intervalos de nuestras reuniones, é

imaginando soluciones para las nuevas dificultades que habían levantado las discusiones de la mañana anterior. Cuando acabamos los *Elementos* de mi padre, empezamos los *Principios de economía política*, de Ricardo, y la *Disertación sobre el valor*, de Bailey. Estas discusiones ardientes y vagorosas no sólo contribuían á formar á los que tomaban parte en ellas, sino que hacían nacer nuevas ideas sobre ciertos puntos de la economía política abstracta. La teoría de los valores internacionales, que publiqué más tarde, fué el fruto de estas conversaciones, como también los cambios que introduje en la teoría de Ricardo, sobre los beneficios, y que consigné en un ensayo sobre el beneficio y el interés. Los que hacíamos nacer más meditaciones nuevas eramos Ellis, Graham y yo: otros también llevaban á la discusión un contingente precioso, entre ellos, Prescott y Roebuck, el uno por sus conocimientos, el otro por lo delicado de su dialéctica. Las teorías de los valores internacionales y del interés fueron elaboradas poco á poco y en igual proporción, por Graham y por mí, y si nuestro proyecto primitivo se hubiese ejecutado, mis *Ensayos sobre algunas cuestiones no resueltas de economía política* hubieran aparecido con algunos de esos trabajos y con los nombres de los dos. Pero cuando hube escrito mi exposición, encontré que me había fiado demasiado de nuestro acuerdo y que su opinión difería de tal modo de la que yo expresaba en el más original de los dos ensayos, el que trataba del

valor internacional, que debía considerar la teoría como exclusivamente mía, y la di como tal cuando la publiqué algunos años después. Puedo decir que algunos de los cambios que mi padre introdujo en los *Elementos*, cuando publicó su tercera edición, estaban fundados en las críticas de estas conversaciones; modificó sus opiniones sobre cada uno de los puntos que he indicado, sin llegar, sin embargo, á las mismas conclusiones que nosotros.

Cuando nos pareció bastante discutida la economía política, pasamos á la lógica silogística y la tratamos del mismo modo. Grote se unió entonces á nosotros. El primer libro que tomamos por manual fué Aldrich; pero descontentos de su profundidad, echamos mano de uno de los manuales más perfectos de la lógica escolástica, que mi padre, gran coleccionador de esa especie de libros, poseía: era la *Manducatio ad Logicam*, del jesuíta Trieu. Terminado este libro, tomamos la *Lógica* de Whately, que se acababa de reimprimir, sacándola de la enciclopedia metropolitana, y, por último, la *Computatio sive Logica* de Hobbes. Estos libros, que estudiamos á nuestro modo, nos abrieron un vasto campo de especulaciones metafísicas, y la mayor parte de lo que hice en mi libro del *Sistema de la Lógica*, para hacer racionales y corregir los principios y las distinciones de los escolásticos, como también para perfeccionar la teoría de la significación de las proposiciones, es el fruto de estas discusiones. Graham y yo aportábamos la mayor parte de las noveda-

des; Grote y los demás nos servían de jueces y formaban un excelente tribunal. Desde aquella época concebí el proyecto de escribir un libro sobre la lógica, aunque sobre un plan más humilde que el que después desarrollé.

Cuando terminamos la lógica, nos lanzamos á la psicología analítica. Elegimos á Hartley por manual, y tuvimos que recorrer todo Londres para encontrar un ejemplar; hicimos subir la edición de Priesley á un precio fabuloso. Cuando dimos fin á Hartley, suspendimos nuestras reuniones; pero habiéndose publicado poco después el *Análisis del espíritu* de mi padre, nos reunimos otra vez para leerlo. Este fué el final de nuestros ejercicios. Siempre he fijado en aquellas conversaciones la época en que me convertí en un pensador independiente; yo les debo también el haber adquirido, ó fortificado poderosamente en mí, el hábito intelectual, que me ha facilitado la ejecución de lo que he hecho, y de lo que pueda en lo sucesivo hacer en filosofía: el que consiste en no aceptar nunca como completa una media solución; en no abandonar una cuestión confusa, sino persistir en su estudio, hasta que se haya aclarado el pensamiento; en no dejar nunca sin explorar los rincones oscuros de un asunto, bajo pretexto de que no parecen tener importancia; en no pensar jamás que comprendía una parte de una tesis cualquiera, mientras no habia comprendido la tesis entera.

La parte que tomamos de 1825 á 1830 en discusiones públicas, ocupó un gran lugar en mi vida durante estos

años, y como tuvieron mucho efecto en mi desarrollo intelectual, debo decir dos palabras sobre el asunto.

Hacia ya algún tiempo que existía una sociedad de owenistas, llamada sociedad de cooperación, que se reunía todas las semanas para sostener discusiones públicas en Chancery-Lane. A principios de 1825, una casualidad puso á Roebuck en relación con algunos miembros de esta sociedad, y le hizo asistir á una ó dos reuniones; entró en el debate y habló contra el owenismo. Uno de nosotros nos propuso asistir á esas reuniones en cuerpo y librar una batalla en regla. Carlos Austin y algunos amigos, que no tomaban generalmente parte en nuestros estudios, entraron en ese proyecto. Obramos de concierto con los principales miembros de esa sociedad, á la cual no le disgustaba esta lucha; preferían, en efecto, una controversia con adversarios á una discusión en familia entre partidarios de las mismas ideas. La cuestión de la población se escogió como tema de debate. Carlos Austin sostuvo nuestras opiniones en un brillante discurso, y el combate prosiguió, de sesión en sesión, durante cinco ó seis semanas, ante una sala atestada de gente, donde acudían, además de los miembros de la sociedad y sus amigos, numeroso público y algunos oradores llegados de Inns-of-Court. Cuando esta discusión se terminó, emprendimos otra sobre los méritos del sistema de Owen: los nuevos debates duraron unos tres meses. Era una lucha cuerpo á cuerpo entre los

owenistas y los economistas, á quienes miraban aquéllos como á sus enemigos más encarnizados; pero la discusión se hacía siempre en el tono más amistoso y cortés. Nosotros, que representábamos la economía política, teníamos á la vista los mismos objetos que los owenistas, y nos tomamos la molestia de probarlo. El principal campeón de los owenistas era un hombre muy apreciable, á quien yo conocía mucho, Mr. William Thompson, de Cork, autor de un libro sobre la distribución de la riqueza y de un *Llamamiento* en favor de las mujeres, contra lo que mi padre había escrito sobre el asunto en un *Ensayo de gobierno*. Ellis, Roebuck y yo, tomamos parte activa en el debate, y entre los que nos ayudaron de los de Inns-of-Court, recuerdo á Carlos Villiers. Nuestros adversarios recibieron un gran apoyo de fuerza. Un hombre muy conocido, Gale Jones, ya de cierta edad, nos hizo un discurso florido de los que él sabía hacer; pero el orador que me hizo mayor impresión, aunque no estaba conforme con él en nada, fué Thirlwall, el historiador, que después fué obispo de Saint-David's; entonces era abogado en el tribunal de la Cancillería, y sólo era conocido por una brillante reputación de elocuencia que había adquirido en la Unión de Cambridge, antes de la época de Austin y de Macaulay. Su discurso era contestación de uno mío. No había pronunciado diez frases, cuando lo consideré el mejor orador que había oído, y desde entonces no oí á nadie que pueda poner á mayor altura.

El gran interés que tomábamos en estos debates, predisponía á algunos de nosotros á acariciar una idea sugerida por Mr. Mac Culloch, el economista. Este pensaba que sería útil tener en Londres una sociedad parecida á la sociedad especulativa de Edimburgo, en que Brougham y Horner, entre otros, habían empezado á ejercitarse en la palabra. La experiencia que habíamos hecho en la sociedad cooperativa, no nos permitía dudar que habría en Londres suficiente personal para una reunión de ese género. Mac Culloch habló de ello á varios jóvenes influyentes, á quienes daba lecciones particulares de economía política. Algunos se adhirieron calurosamente al proyecto, sobre todo Jorge Villiers (más tarde conde de Clarendon). Jorge Villiers, sus hermanos, Hyde y Carlos, Romilly, Carlos Austin, yo y algunos otros, nos reunimos y convinimos un plan. Resolvimos reunirnos en la Freemason's Tavern. Teníamos una gran lista de socios, donde al lado de los nombres de algunos miembros del Parlamento, se encontraban inscritos casi todos los oradores más famosos de la Unión de Cambridge y de la sociedad unida de los debates de Oxford. Un hecho curioso que servirá para dar idea de las tendencias de la época, es el trabajo que nos costó, al reclutar los miembros de nuestra sociedad, encontrar un número suficiente de oradores torys. Casi todos los que podíamos atraer eran liberales, de diferentes géneros y de diversos grados. Además de los que ya he nombrado, tuvimos á Macaulay,

Thirwall, Praed, lord Howick, Samuel Wilberforce, después obispo de Oxford. Carlos Ponlett, Thomson, después lord Sydenham, Eduardó y Enrique Lytton Bulwer, Fonblanque y muchos otros que no recuerdo ya, pero que después han figurado más ó menos en la vida político ó en las letras. La sociedad prometía gran éxito; pero cuando llegó el momento de obrar y que fué necesario elegir un presidente y encontrar alguno que abriese la primera discusión, ninguna de nuestras celebridades, quiso consentir en aceptar el uno ni el otro cargo. Entre el número de los solicitados, el único á quien pudo persuadirse fué un hombre, á quien yo conocía muy poco, pero que se había lucido mucho en Oxford y se decía que había conquistado una gran reputación de elocuencia. Poco tiempo después entró en el Parlamento como tory. Se le designó, pues, á la vez para ocupar la presidencia y para hacer el primer discurso. El gran día llegó; los bancos estaban llenos: todos nuestros grandes oradores estaban allí para juzgar nuestros esfuerzos, pero no para ayudarnos. El discurso del orador de Oxford fué una completa derrota. Este principio enfrió nuestra primera sesión; los oradores que vinieron después fueron escasos y ninguno de ellos hizo todo lo que pudo. La empresa había hecho un *fiasco* completo; las celebridades de la elocuencia, que habían contado con un éxito seguro, se marcharon y no volvieron. Por mi parte me sirvió este caso de lección de mundo. Este desastre inesperado cambió por

completo el papel que á mí me habían asignado en nuestro plan. Yo no había soñado en tener una participación importante, ni de hablar mucho ni á menudo, sobre todo al principio; pero comprendí que el éxito de la empresa dependía de los hombres nuevos y que yo podía contribuir á él. Yo abrí la segunda cuestión y desde entonces hablé en casi todas las sesiones. Durante algún tiempo fué este un trabajo muy duro para mí. Los tres Villiers y Romilly nos fueron fieles durante algún tiempo, pero la paciencia de los fundadores de la sociedad llegaba á su colmo, excepto en Roebuck y en mí.

En la temporada siguiente de 1826-1827, mejoraron las cosas. Habíamos adquirido dos oradores torys, Hayward y Stee; el grupo radical había recibido un refuerzo. Carlos Buller, Cockburn y algunos más de la segunda generación de benthamistas de Cambridge, tomaron asiento entre nosotros. Con su ayuda y con la que nos prestaban accidentalmente otras personas, con los dos torys, Roebuck y yo como oradores abonados, casi todas las discusiones se convirtieron en batallas libradas entre los radicales filósofos y los legistas torys; por último, se habló de nuestros combates, y algunas personas importantes vinieron á oírnos. Esto ocurrió aún más en las temporadas siguientes de 1829-1830, cuando los *coleridgeus*, representados por Maurice y Sterling, hicieron su entrada en la sociedad, en que formaron un segundo partido liberal y hasta radical, sobre bases enteramente dife-

rentes á los del henthamismo, y en oposición violenta contra esta doctrina; introdujeron en la discusión las ideas generales y los métodos de la reacción que reinaba en Europa contra la filosofía del siglo XVIII; era, pues, un tercer partido, un partido muy serio que venía á tomar parte en nuestras luchas, y que no representaba mal el movimiento de la opinión en la parte más esclarecida de la nueva generación. Nuestras discusiones se diferenciaban mucho de las sociedades ordinarias de discusión; llevábamos, en efecto, los argumentos más contundentes, y nos apoyábamos sobre los principios más filosóficos que cada partido podía concebir en las refutaciones enérgicas que nos oponíamos mutuamente. Esta gimnasia nos era necesariamente muy útil; lo fué sobre todo para mí. Yo no he adquirido nunca, es verdad, facilidad de elocución y siempre hablaba sin gracia, pero conseguía, sin embargo, hacerme escuchar; además, como escribía siempre mis discursos, cuando por los sentimientos que expresaban ó por la naturaleza misma de las ideas que había que desarrollar me parecía que la expresión tenía importancia, fortificaba mucho mi facultad de escribir; no sólo formaba mi oído á la dulzura del lenguaje y á la cadencia, sino que adquirí un sentido práctico para conocer el efecto de las frases, y aprendí á sentir el que producían sobre un auditorio heterogéneo.

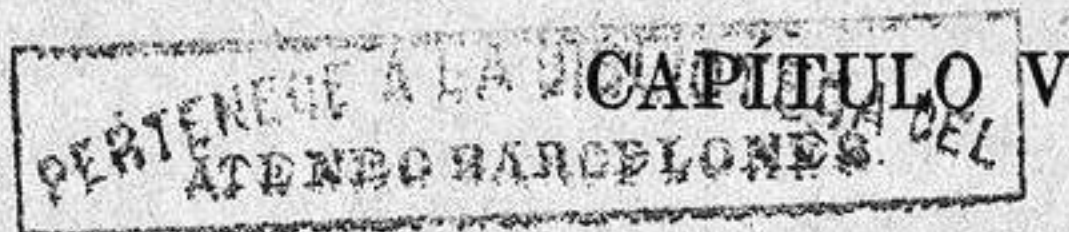
La sociedad y los trabajos preparatorios que necesitaba, junto con la preparación de las conversaciones de la

mañana, que no abandonamos, absorbían casi todo mi tiempo de descanso; sentí, pues, un consuelo, cuando en la primavera de 1828 dejé de escribir para la *Revista de Westminster*. Esta Revista hacía mal negocio. La venta del primer número los había animado, pero desde entonces creo que no volvió á costear los gastos que originaba, por la manera con que estaba montada. Los gastos se habían reducido mucho, pero no lo suficiente. Uno de los editores, Southern, se retiró, y varios colaboradores, entre ellos mi padre y yo, que habíamos cobrado los primeros artículos acabamos por escribir gratuitamente. Sin embargo, los fondos de que vivía la Revista se absorbían por completo; y si se quería que la Revista durase, era indispensable organizarla otra vez radicalmente. Mi padre y yo, tuvimos algunas conferencias con Bowring sobre este objeto. Estábamos dispuestos á hacer imposibles para sostener la Revista, órgano de nuestras opiniones, pero no queríamos tener á Bowring de director. Por otra parte, nos era imposible mantener un director retribuido; tuvimos, pues, una razón que darle para que se retirase, sin ofender su amor propio. Estábamos dispuestos, con unos amigos, á sacar adelante la Revista, como colaboradores gratuitos, bien eligiendo entre nosotros un director sin sueldo, ó bien turnando todos en la dirección. Pero mientras marchaba esta negociación, con el asentimiento aparente de Bowring, persiguió éste otra con el coronel Perronet Thompson; tuvimos la

primera noticia por una carta de Bowring, que nos informaba, en calidad de director, del arreglo concluido, y que nos proponía escribir para el próximo número, con promesa de pagarnos. No dudábamos del derecho que Bowring tenía de hacer todos los arreglos que pudiese y que le pareciesen más favorables á sus intereses que el que habíamos propuesto; pero el secreto que había usado para nosotros, mientras nos hacía creer que estaba conforme con nuestras ideas, nos pareció una ofensa; y aunque no nos pareciese así, no estábamos dispuestos á gastar nuestro tiempo y nuestras fuerzas para una Revista que seguía publicándose bajo su dirección. Mi padre, pues, se excusó; dos ó tres años después, por ceder á reiteradas instancias, escribió un artículo político. Yo rehusé abiertamente. Así acabaron mis relaciones con la primera *Revista de Westminster*. El úl-

timo artículo que escribí para ella me costó más trabajo que ninguno de los anteriores, pero fué porque puse en él todo mi corazón; era una defensa de los primeros autores de la Revolución francesa, contra las falsas ideas que Sir Walter Scott había expresado en la introducción de su *Historia de Napoleón*.

El número de libros que leí para hacer este artículo, el de notas y extractos que tomé y también el de libros que tuve que comprar (no había entonces ninguna biblioteca pública ni de asociación, en la que se pudiesen sacar libros para llevárselos á casa) no guardaba relación con el objeto inmediato que yo perseguía. Tenía yo entonces idea de escribir una historia de la Revolución francesa: nunca seguí este trabajo, pero mis colecciones fueron más tarde muy útiles á Carlyle, cuando compuso la suya.



Una crisis en mis ideas.—Un progreso.

Durante algunos años después de esta época, escribí muy poco para el público, y esto de una manera irregular; pero fueron grandes las ventajas que saqué de esta abstención. Era importante para mí el tener tiempo para madurar y para asimilarme por completo mis ideas, sin estar obligado á darlas á la imprenta.

Si hubiese seguido escribiendo, la transformación profunda que se operó en mis opiniones como en mi carácter, durante estos años, hubiera sido interrumpida. Para explicar el origen de esta transformación, ó al menos de las meditaciones que la prepararon, me veo obligado á volverme un poco atrás.

Desde el invierno de 1821, época en que había leído por primera vez á Bentham, y sobre todo desde los primeros tiempos de la *Revista de Westminster*, tenía yo un propósito, lo que puede llamarse un fin en la vida: quería trabajar para reformar el mundo. La idea que me hacía de mi propia felicidad se confundía por completo con ese fin. Las personas cuya amistad buscaba eran las que podían ayudarme á realizar esta empresa. Yo trataba de recoger por el camino todas las flores que podía, pero la única satisfacción personal seria y duradera, sobre la cual contaba para mi felicidad, era la confianza en ese fin, y me complacía en la certeza de gozar de una vida feliz, si colocaba mi dicha en algún objeto duradero y lejano, hacia el cual fuese el progreso siempre posible y que no pudiese yo agotar al conseguirlo por completo. Todo marchó bien durante algunos años, en los cuales la vista del progreso que se operaba en el mundo, la idea de que yo tomaba parte en la lucha, me parecían suficientes para llenar una existencia interesante y animada. Pero llegó el día en que esta confianza se desvaneció como un sueño. Era en otoño de 1826: me encontré en ese estado de letargo nervioso que todo el mundo es susceptible de atravesar, insensible á todo placer como á toda sensación agradable; sentía ese malestar en que todo lo que gusta en otros momentos resulta insípido é indiferente, en el estado en que se encuentran de ordinario las personas que se convierten al metodismo, cuando

se sienten heridas por primera vez de la *convicción del pecado*. Me encontraba en ese estado de espíritu, cuando ocurrió que me hice á mí mismo esta pregunta: «Supuesto que todos los objetos que persigues en la vida estén realizados, que todos los cambios en las opiniones y en las instituciones para cuya consecución consumes tu existencia puedan verificarse de pronto, ¿sentirás un gran placer? ¿Serás muy feliz?» «¡No!» me contestó claramente una voz interior que no pude reprimir. Me sentí desfallecer; todo lo que me sostenía en la vida se derrumbó. Toda mi felicidad había de depender de persecución de ese fin. El encanto que me fascinaba se había roto; insensible al fin, ¿podía aún interesarme por los medios? No me quedaba ya nada á que pudiese consagrar mi vida.

En el primer momento esperé que la nube que venía á oscurecer mi existencia se disiparía por sí misma, pero no fué así. Una noche de sueño, ese remedio soberano contra los pequeños disgustos de la vida, no tuvo ningún efecto sobre mis sufrimientos. Hice un nuevo llamamiento á mi conciencia; otra vez oí la nefasta contestación. A todas partes llevé mi tristeza conmigo; la encontraba en todas mis ocupaciones. Apenas había nada que pudiese hacérmela olvidar algunos minutos. Durante algunos meses parecía que la nube se espesaba más y más. La expresión exacta de lo que sufría se encuentra en estos versos del *Abatimiento*, de Coleridge, que yo no conocía aún:

«Era un dolor ahogado, sin angustia,
Lúgubre, sordo, grave y sin sentido,
Que no hallaba la puerta que le diera
Un medio de salir á otro destino.
No encontraba consuelo en las palabras:
Ni el llanto le alivió, ni los gemidos.»

En vano buscaba yo un lenitivo á mi pena engolfándome en mis libros favoritos, esos recuerdos de una grandeza pasada, que hasta entonces me había prestado la fuerza y el valor; los leí sin sentir nada, ó más bien con el mismo sentimiento de entonces, *menos* el encanto, y me persuadí de que mi amor á la humanidad y mi pasión de la perfección por el bien de la humanidad se habían extinguido para siempre. No traté de aliviar mis penas contándoselas á otro. Si hubiese querido á alguien lo bastante para contárselas, no me hubiera encontrado en el estado que hacía mi desgracia. Yo sentía que mi sufrimiento no podía interesar á nadie y que no había nada en él que infundiese respeto, nada que despertase simpatía. Consejos, si hubiese sabido dónde pedirlos, quizá hubieran sido provechosos para mí. Las palabras de Macbeth á un médico se presentaban con frecuencia á mi memoria; pero de nadie podía yo esperar un socorro semejante. Mi padre, á quien parecía natural que acudiese en todo conflicto, era la última persona de quien podía esperar un remedio en el estado en que me encontraba. Todo me hacía creer que él no sabía nada de mi mal-estar de espíritu, y aunque hubiese podido comprenderlo no era él el médico que me podía curar. Mi educación era

toda su obra, él la había conducido sin pensar nunca que pudiese producir este resultado: yo no veía la ventaja de afligirle demostrándole que su plan había fracasado, cuando el desastre era quizá irremediable, y de todos modos de tal naturaleza, que había de hacer desconfiar de *sus* remedios. ¿Podía yo confiarme á un amigo? En aquella época no tenía ninguno que pudiese comprender mi estado. Yo mismo no lo comprendía bien, y cuanto más pensaba en él más me desesperaba.

Mis estudios me habían conducido á creer que todas las cualidades, que todos los sentimientos morales del espíritu, buenos ó malos, eran el resultado de la asociación, que amábamos una cosa, que aborrecíamos otra, que nos agradaba un género de acción ó de contemplación, y nos disgustaba otro género, por efecto de la asociación de ideas agradables ó penosas con esos objetos, según el curso de la educación y de la experiencia. Como corolario de esta doctrina, había oído siempre afirmar á mi padre y estaba yo mismo convencido, que la educación debía tender á formar las asociaciones más vigorosas que sea posible constituir en el orden de las ideas saludables; es decir, asociaciones de placer, con todo aquello que concurre al bien de la generalidad, y asociaciones de dolor con lo que le sirve de obstáculo. Esta doctrina me parecía irrefutable; pero veía claro, echando una mirada atrás, que mis maestros no se habían ocupado, más que de un modo superficial, de los medios de formar y de entretener estas

asociaciones saludables. Me parecía que contado sólo con los antiguos medios vulgares, el elogio y la censura, la recompensa y el castigo. No dudaba yo que estos medios, aplicados á tiempo y sin descanso, creasen asociaciones fuertes de pena y de placer, sobre todo de pena, y que pudiesen producir deseos y aversiones susceptibles de durar, con toda la energía, hasta el fin de la vida. Pero debe haber siempre algo artificial y accidental en las asociaciones que se hacen hacer por ese procedimiento. Las penas y los placeres que se asocian por ese medio á determinados objetos, no están ligados á ellos por un lazo natural; creo, pues, que es esencial, para que estas asociaciones sean duraderas, hacer de modo que empiecen con vigor é inveteradas ya, y por decirlo así, realmente indisolubles, antes de que la facultad del análisis empiece á ejercitarse. En efecto, entonces me apercibía, ó creía apercibirme, de una verdad que siempre había acogido sin fe: reconocí que el hábito del análisis tiende á destruir los sentimientos, lo cual es verdad cuando ningún otro hábito del espíritu está entretenido, y que el espíritu de análisis queda solo y desprovisto de sus complementos naturales y de sus correctivos. Lo que constituye la excelencia del análisis, pensaba yo, es que tiende á debilitar, á desvirtuar todas las opiniones que nacen de prejuicios; que nos da los medios de separar las ideas que no se han asociado más que accidentalmente: ninguna asociación podría resistir indefinidamente á esta

fuerza disolvente, pero en cambio debemos al análisis lo más claro y fijo de nuestros conocimientos sobre las sucesiones permanentes de la naturaleza sobre las relaciones reales que subsisten entre las cosas, independientemente de nuestra voluntad y de nuestros sentimientos, es decir, sobre las leyes de la naturaleza, en virtud de las cuales, en muchos casos, es una cosa inseparable de otra, leyes que á medida que se comprenden claramente y se representan por la imaginación, hacen que nuestras ideas sobre las cosas, que están siempre unidas en la naturaleza, fijen en el pensamiento lazos cada vez más estrechos. De ese modo puede el espíritu de análisis producir el efecto de fortificar las asociaciones entre las causas y los efectos, entre los medios y los fines, pero tiende invariablemente á debilitar las asociaciones que, para servirme de una expresión familiar, no son más que puras cuestiones de sentimiento. Yo creía que el espíritu de análisis era favorable á la prudencia y á la precisión del juicio, pero que arruina sin descanso los fundamentos de todas las pasiones como de todas las virtudes, y sobre todo aniquila con una perseverancia alarmante todos los deseos y todos los placeres, que son efectos de la asociación, es decir, siguiendo la filosofía que profesaba, todo lo que no es puramente físico y orgánico; y nadie estaba más convencido que yo de la insuficiencia radical de este orden de placeres, para hacer amar la vida. Tales eran las leyes de la naturaleza huma-

na, en virtud de las cuales, pensaba yo, había sido llevado que me hacía sufrir. Todas las personas en que yo pensaba, creían que el placer de la simpatía hacia los hombres y los sentimientos que hacen del bien ajeno, sobre todo del bien de la humanidad, concebido en grande, el fin de la vida, eran la fuente más abundante y más inagotable de felicidad. Yo estaba convencido de esa verdad, pero no me servía de nada saber que un sentimiento determinado me procuraría la felicidad; esta convicción no me daba ese sentimiento.

Yo pensaba que mi educación no había conseguido crear en mí ese sentimiento ó darle bastante fuerza para resistir á la influencia disolvente del análisis, mientras que se había dirigido constantemente á hacer, de un análisis precoz y prematuro, un hábito inventerado de mi espíritu. Pensé, pues, que acababa de naufragar al salir del puerto, con un barco bien armado, provisto de un casco magnífico, pero falto de velas; no había en mi ningún deseo verdadero que me llevase hacia el fin que se habían propuesto al armarme con tanto esmero para la lucha. No sentía yo ningún placer en la virtud, ni en el bien general, pero tampoco lo sentía en otra cosa. Las fuentes de la vanidad y de la ambición parecían haberse agotado en mí, tan radicalmente como las de la benevolencia. Yo había tenido satisfacciones de vanidad demasiado temprano; y como todo placer que se goza prematuramente, ese goce me había dejado harto é indife-

rente. Ni los placeres egoistas ni los que les son contrarios, eran placeres para mí. Me parecía que ningún poder de la naturaleza podría rehacer mi carácter y crear en mi espíritu, entonces irrevocablemente analítico, nuevas asociaciones de placer con ninguno de los objetos que el hombre desea.

Tales eran los pensamientos que me embargaban en el sombrío abatimiento que pesó sobre mí durante el triste invierno de 1826 á 1827. Yo no era capaz de abandonar mis ocupaciones ordinarias; las realizaba maquinalmente por la sola fuerza del hábito. Me habían adiestrado también al ejercicio intelectual, que podía verificarlo cuando el espíritu se retiraba. Escribí en aquella época y pronuncié discursos en la sociedad de discusión. ¿Tuvieron éxito? ¿lo tuvieron grande? No lo sé. De los cuatro años durante los cuales tomé parte en las discusiones de la sociedad, es este el único del cual apenas recuerdo nada. Dos versos de Coleridge, el único de los autores en que encontré la imagen fiel de lo que sentía, me venían á la memoria; no entonces, que no los había leído aún, sino un poco más tarde, en un período posterior al de mi enfermedad mental:

«Trabajar sin objeto, como el bruto,
Equivale á verter sobre una criba
El dulce néctar de sabroso fruto.

De la esperanza el don viene de arriba,
Y si no tiene un fin, es imposible
Que se mantega confiada y viva.»

.....

Según toda probabilidad, mi mal no era de una naturaleza tan singular

como yo imaginaba, y no dudo que otros habrán pasado por el mismo trance. Pero la naturaleza propia de mi educación había prestado á la crisis un sello especial, que me hacía ver en ella el efecto natural de causas que no era posible suprimir. Con frecuencia pensé si podría seguir viviendo, si tenía obligación de continuar la vida que había de deslizarse en mí con tan profundo desaliento. No me parecía posible permanecer en ese estado más de un año. Sin embargo, antes de que pasase la mitad de ese tiempo, un rayo de sol penetró en las tinieblas que me rodeaban. Leía yo por casualidad las memorias de Marmontel; estaba en las páginas en que cuenta la muerte de su padre, el abatimiento en que cayó su familia, y la inspiración súbita que tuvo, siendo un niño, de sentir y de hacer sentir á los suyos, que en adelante lo sería él todo para ellos, que reemplazaría al padre que habían perdido. Pasó ante mí una imagen viva de esta escena; me emocioné hasta el punto de verter más de una lágrima. Desde entonces se alivió el peso que me agobiaba. La idea que me preocupaba de que todo sentimiento había muerto en mí, se desvaneció. Pude entrever de nuevo la esperanza. Ya no era yo de madera, ni de piedra. Poseía en mí algún vestigio de esa llama que da valor al carácter y es para nosotros una garantía de la felicidad. Consolado del sentimiento que me oprimía de mi irremediable desgracia, reconocí poco á poco, que los incidentes ordinarios de la vida podían aún procurar-

me algún placer, y que todavía me sería posible sentir algún goce, quizá no muy vivo, pero al menos suficiente para darme algún contento; no era yo insensible á la luz de los cielos; todavía encontraba encanto en la lectura, en la conversación é interés en los negocios públicos. La nube se disipó poco á poco y empecé á gozar de la vida. Más tarde tuve algunas recaídas, una de las cuales duró varios meses, pero nunca me volví á hallar en un estado tan angustioso.

Mis impresiones de aquel período dejaron una huella profunda en mis opiniones y en mi carácter. En primer lugar concebí sobre la vida ideas muy diferentes á las que me habían guiado hasta entonces; se parecían en muchos puntos á unas ideas de que no había oído hablar nunca en aquel tiempo, las de Carlyle, contra la influencia debilitante de la observación de sí mismo. No había sentido nunca vacilar en mí la convicción de que la felicidad es la piedra de toque de todas las reglas de conducta, y el fin de la vida. Pero ahora pensaba que el único medio de obtenerla era no hacer de ella el fin directo de la existencia. Sólo son felices aquellos, pensaba yo, que tienen el espíritu dirigido á otro objeto que el de su propia felicidad, por ejemplo hacia el bien de los demás, hacia el mejoramiento de la condición de la humanidad, hacia algún acto, hacia alguna investigación que persigan, no como medio, sino como un fin ideal. Aspirando de este modo á otra cosa, encuentran de paso su felicidad. Los pla-

ceres de la vida, tal era la teoría que adopté, bastan para hacerla agradable, si se recogen *de paso*, sin hacer de ellos el objeto principal de la existencia. Trátese de convertirlos en el fin principal de la vida y al punto resultarán insuficientes. No resisten á un examen riguroso. Basta pensar en si es uno feliz, para dejar de serlo. Para ser feliz no hay más que un medio, que consiste en buscar como fin de la vida, no la felicidad, sino un fin extraño á la felicidad. Que la inteligencia, que el análisis, que el examen de la conciencia se absorba en este fin, y se respirará la dicha con el aire, sin notarla, sin pensar en ella, sin pedir á la imaginación que se le represente anticipadamente, y también sin hacerla huir, por la fatal manía de preocuparse de ella. Esta teoría fué la base de mi filosofía de la vida; y la conservo aún, como la que más conviene á los hombres que no tienen gran sensibilidad, y que sólo poseen una aptitud mediana para gozar, es decir, á la gran mayoría de nuestra especie.

El otro cambio importante que sufrieron mis opiniones en esta época, fué que por primera vez concedí á la cultura interior del individuo el lugar que le corresponde entre las necesidades de primer orden de la felicidad. Dejé de dar una importancia casi exclusiva al arreglo de las circunstancias exteriores y á la educación del hombre para la especulación y para la acción.

Yo había aprendido por experiencia que las susceptibilidades pasivas necesitaban cultivarse, alimentarse, fecun-

darse y también conducirse. Yo no perdía un momento de vista, ni desconocía la porción de verdad que había ya apercibido. No renegaba de la cultura intelectual, pero ya no consideraba la facultad y la práctica del análisis como condiciones esenciales del desarrollo de los individuos y de la sociedad. Pero comprendía que el análisis producía consecuencias, que había que corregir, cultivando simultáneamente otras facultades. Me parecía de importancia capital conservar un equilibrio conveniente entre las facultades. La cultura de los sentimientos es uno de los puntos cardinales de mi creencia moral y filosófica. Mi pensamiento y mis sentimientos se volvieron más y más hacia todo lo que era susceptible de servir de instrumento para esta cultura.

Empecé á encontrar sentido á las cosas que había oído ó leído sobre la influencia de la poesía y del arte en la educación del hombre. Pero pasó todavía algún tiempo antes de que empezase á reconocerlo por mi experiencia personal. El único arte de la imaginación que desde la infancia me gustó, era la música. El efecto más preciado de este arte, en lo cual aventaja quizá á los demás, es el de excitar el entusiasmo, presentando el tono de los sentimientos elevados que ya existen en el carácter, dándoles un ardor, pasajero quizá, en los momentos culminantes, pero que no deja de entretener en el resto del tiempo. Con frecuencia he sentido este efecto de la música; pero como toda capacidad para gozar del placer, se suspendió en mí duran-

te este triste período. Muchas veces busqué el consuelo de esa manera, sin encontrarlo. Cuando comenzó á declinar la crisis y mi convalecencia se pronunció, la música ayudó á curarme por medio de la melodía. En esta época oí por primera vez el *Oberon* de Weber, y el placer extremo que me causaron sus deliciosas melodías me sentó bien, haciéndome reconocer que había una fuente de placeres, á los cuales fuí más sensible que nunca. Sin embargo, este bien se disminuyó, singularmente por la idea de que el placer de la música (como si ese placer fuese el que causa una simple melodía) se debilitaba por la costumbre, y necesita para revivir de la intermitencia ó ser alimentado por la novedad. Podrá juzgarse de mi estado y del tono de mi espíritu en esta época de mi vida, por una de mis preocupaciones: yo estaba seriamente atormentado por la idea de que las combinaciones musicales podían agotarse. La octava no se compone más que de cinco tonos y dos semitonos, que pueden formar entre ellos un número limitado de combinaciones, entre las cuales sólo una parte pequeña resulta hermosa. La mayor parte de estas últimas, pensaba yo, se habían inventado ya, y podía ocurrir que ya no hubiese otros Mozart, ni otros Weber, para explotar como ellos filones nuevos de una riqueza incomparable en efectos musicales sublimes. Se pensará quizá que esta preocupación, que me causaba un verdadero desasosiego, se parece mucho á la de los filósofos de Laputa, que

temían que se consumiera el sol. Pero nacía de las mejores inclinaciones de mi carácter, y era debida al único motivo interesante de mi aficción, tan poco romántica y tan poco susceptible de honrarme. Porque á pesar de que mi abatimiento sólo tuvo motivos honrados, no podía dársele otro nombre que el de egoísta, pues provenía de la mina del edificio, que yo consideré como el de mi felicidad. El destino de la humanidad no había cesado, sin embargo, de ocupar mi pensamiento, que no podía desligarse de él. Yo sentía que lo que faltaba á mi vida, debía faltar también á la vida del género humano, que se trataba de saber si los reformadores de la sociedad y del gobierno serían el resultado de sus esfuerzos, y si llegaría el día en que todos estuviésemos libres, en posesión del bienestar físico y de los placeres de la vida, y si al no vernos ya ocupados por la lucha, por la privación, dejarían aquellos de ser placeres. Yo sentía que si no encontraba una esperanza mejor que esta para la felicidad general, mi abatimiento tenía que continuar; pero que, al contrario, si apercibía una, contemplaría el mundo con placer, contento, por mi parte equitativa en la felicidad que correspondiera al género humano.

Este estado de mis ideas y de mis sentimientos explica suficientemente por qué el Wordsworth, que leí por primera vez en aquella época, en otoño de 1828, fué un acontecimiento tan importante de mi vida. Examiné estas obras por curiosidad; no esperaba de

ellas ningún alivio, aunque ya había recurrido á la poesía con esa esperanza. En el más triste período de mi abatimiento había leído por completo á Byron, entonces nuevo para mí, para ver si este poeta, que tenía fama de haber creado un género particular de la pintura de los sentimientos violentos, despertaba en mí un sentimiento cualquiera. Como puede suponerse, no me produjo ningún bien esta lectura. El estado de espíritu del poeta se parecía demasiado al mío. Sus quejas eran las de un hombre que ha apurado todos los placeres, y que creía que la vida, para todos los que poseen los bienes, tenía que llegar necesariamente á este disgusto que yo sentía. Su Childe Harold, su Manfredo, padecían el mismo dolor que yo, y yo no estaba de humor para encontrar alivio en la violenta pasión sensual de Giaour, ó en la triste melancolía de Lara. Pero así como Byron no convenía á mi estado, Wordsworth, al contrario, me producía buen efecto. Yo había leído la *Ejecución* dos ó tres años antes, y no me había parecido gran cosa; quizá si hubiese leído todas las obras de Wordsworth dos ó tres años antes, no hubiera encontrado mucho más. Pero en el estado particular en que me hallaba, sus poemas, tal como se ven en la edición de 1815, á la cual no añadió casi nada notable, encerraban lo que hacía falta á mi espíritu.

En primer lugar, estos placeres impresionaban uno de los sentimientos que era para mí la mayor fuente de placer, el amor al campo y á la natu-

raleza, al cual debo gran parte de los placeres que he gozado en mi vida y que justamente acababan de aliviarme en mis recaídas. El encanto que producía la belleza del campo, fué la causa del placer que sentí al leer los versos de Wordsworth, pues el autor colocaba la mayor parte de las escenas que describía en un país montañoso, y desde mi excursión á los Pirineos, las montañas eran para mí el ideal de la hermosura de la naturaleza. Wordsworth no hubiera hecho, sin embargo, gran efecto sobre mí, si se hubiese limitado á presentar magníficos cuadros de la naturaleza. Scott le aventaja en esto, y un paisaje de segundo orden produce el mismo efecto, mejor que un poeta. Si los poemas de Wordsworth fueron un remedio para mi espíritu, fué porque expresaba, no sólo las bellezas externas, sino los sentimientos y las ideas engendradas por ese sentimiento que despierta bajo la impresión de la belleza. Me parecieron muy propios para la cultura de los sentimientos que yo buscaba. Me pareció que eran una fuente en que podía beber la alegría del corazón, los placeres de la simpatía y de la imaginación y en que todo el mundo podía encontrar lo mismo; donde no molestaban las luchas ni las miserias de la vida y que sería más abundante cuando mejorasen las condiciones físicas y sociales de la humanidad. Esto fué para mí una revelación de los manantiales eternos de la felicidad, cuando los mayores males de la vida hayan podido suprimirse. Me sentía mejor y más feliz cuando estaba

bajo su influencia. Ha habido, sin duda, y aun en nuestros tiempos, poetas más grandes que Wordsworth; pero una poesía que expresase sentimientos más profundos; no me habría producido el mismo bien que la de Wordsworth. Yo necesitaba que se me hiciese sentir que en la contemplación tranquila de las bellezas de la naturaleza, hay una felicidad verdadera y permanente. Wordsworth me lo enseñó, no sólo sin distraerme de la consideración de los sentimientos comunes y del destino de la humanidad, sino redoblando mi interés por ellos. La emoción agradable que recibí, me probó que, con una cultura de ese género, no había nada que temer del hábito inveterado del análisis. Al final de las obras de Wordsworth encontré la oda célebre, mal llamada platónica, *Indicios de la inmoralidad*, en que hallé la dulzura acostumbrada de su melodía y de su ritmo, y dos trozos, que se citan á menudo, de un colorido grandioso pero de poquísima filosofía. Reconocí que Wordsworth había sentido las mismas angustias que yo; había sentido que la primera frescura del goce de la vida, en la juventud, no duraba; había buscado una compensación y la había encontrado en el mismo medio que iba á servirme á mí de alivio y de consuelo. Esta lectura me sacó gradualmente y de un modo completo de mi abatimiento, y gracias á ella no recaí jamás. Seguí mucho tiempo leyendo á Wordsworth, menos por sus méritos intrínsecos, que por el beneficio que me prestaba su lectura. Comparado

con los más grandes poetas, puede decirse que es de los poetas que no tienen naturaleza poética. Las naturalezas tranquilas y contemplativas, pero desprovistas del sentimiento poético, son precisamente las que necesitan la cultura poética, y Wordsworth puede darla mejor que otros, que en el fondo son más poetas que él.

Los méritos de Wordsworth me procuraron la ocasión de hacer por primera vez profesión pública de mi nueva manera de pensar y de separarme, por consiguiente, de los amigos míos que no habían sufrido un cambio análogo. La persona, en aquella época, con quien más comunicaba mis ideas sobre estas materias, era Roebuck. Le animé á leer á Wordsworth; al principio le admiré mucho. Pero, como todos los admiradores de Wordsworth, fuí uno de los más ardientes adversarios de Byron, á quien atacué lo mismo bajo el punto de vista de la poesía, como por su influencia en el carácter. Roebuck, á quien sus instintos llevaban á la acción y á la lucha, tenía, por el contrario, un gusto pronunciado y una admiración profunda de Byron. Byron era para él el poeta de la vida humana, Wordsworth el de las flores y de las mariposas. Convinimos en decidir nuestra disidencia por una batalla en el seno de nuestra sociedad de discusión, y pasamos dos veladas discutiendo los méritos respectivos de Byron y de Wordsworth; expusimos cada uno nuestra teoría de la poesía, apoyándolas en largas citas. Sterling también nos declaró sus ideas en un discurso

brillante. Era la primera vez que discutíamos Roebuck y yo, en opuestos bandos, sobre un asunto importante. Desde entonces la excisión se extendió más y más entre nosotros, aunque durante algunos años seguimos tratándonos. Al principio, nuestra divergencia principal estribaba en cuestiones de cultura de sentimientos. El admiraba la poesía y las bellas artes; le gustaba mucho la música, las obras dramáticas, la pintura sobre todo; dibujaba paisajes con mucha facilidad y elegancia. Pero nunca se consiguió que reconociera que esas artes podían servir para la formación del carácter. En vez de estar desprovisto de sentimiento, como suponía el vulgo á los benthamistas, sentía con fuerza y vivacidad. Pero como la mayor parte de los ingleses que poseen sentimientos, le producían molestia. Era menos sensible á las simpatías agradables que á las penosas, y buscando su felicidad en otra cosa, prefería ahogar esos sentimientos á estimularlos. Con el carácter inglés y las condiciones sociales de Inglaterra, es tan raro que el ejercicio de los sentimientos simpáticos produzca la felicidad, que no hay que asombrarse de que esos sentimientos ocupen poco lugar en la vida de inglés. En casi todos los demás países, el papel importante de los sentimientos simpáticos en la felicidad del individuo, es un axioma que no se discute y que no se detiene nadie en formular. Pero la mayor parte de los pensadores ingleses, creen que esos sentimientos son males necesarios y que hay que sufrir-

los para que no perezcan la benevolencia y la compasión. Roebuck era, ó parecía ser, un inglés de ese género. No veía ventaja en el cultivo del sentimiento, ni en cultivarlo con la ayuda de la imaginación; era esto, según él, cultivar ilusiones. En vano le demostraba yo que la emoción imaginaria, que una idea, vivamente concebida, excita en nosotros, no es una molestia ni una ilusión, sino un hecho tan real como cualquier otra cualidad de los objetos, y que lejos de implicar algo erróneo ó falso en la concepción de los objetos, es por completo compatible con el conocimiento más exacto y con el reconocimiento práctico más completo de todas las leyes y de todas las relaciones de la naturaleza en el mundo físico y en el mundo de la inteligencia.

El sentimiento más vivo de la belleza de una nube iluminada por el sol poniente, no impide que se sepa que la nube es vapor de agua, y está sometida á todas las leyes del vapor en estado de suspensión. Podría contar lo mismo sobre las leyes de la física, y servirme de ellas cada vez que se me presente la ocasión de ello, si fuese incapaz de apercibir la distinción que separa la belleza de la fealdad.

Mientras mi intimidad con Roebuck disminuía, trabé relaciones cada vez más amistosas con los Coleridgiens, nuestros adversarios en la sociedad de discusión, Federico Maurice y Juan Sterling, después tan conocidos, el uno y el otro, el primero por sus escritos, el segundo por su biografía que

de él hicieron Hume y Carlyle. Maurice era el pensador, Sterling el orador elocuente y apasionado, que exponía las ideas, que en aquella época encontraba ya hechas por Maurice.

Hacia ya algún tiempo que me había yo relacionado con Maurice, gracias á Eyton Tooke, que le había conocido en Cambridge, y aunque mis discusiones con él degeneraban casi siempre en disputas, me procuraron muchos materiales, que me sirvieron para construir mi nuevo edificio filosófico, como valiéndome también de los que me procuraron Coleridge y Goethe, así como otros varios escritores alemanes, que leí en aquellos años. Me inspiran un respeto tan profundo el carácter y las intenciones de Maurice, como las grandes cualidades de su inteligencia, que siento repugnancia á decir algo que pueda hacerle bajar del rango elevado, en que me gustaría poderle colocar. Pero siempre he pensado que Maurice había malgastado más talento y más inteligencia que ninguno de nuestros contemporáneos. Seguramente han sido pocos los que tuvieran tanta que perder. Poseía, es verdad, un entendimiento poderosamente generalizador, inventivo y sutil en grado máximo, que descubría á distancia las verdades ocultas; pero no lo empleaba para limpiarlas de esa miserable amalgama de opiniones admitidas sobre los objetos del pensamiento y para sustituirlas por ideas sanas; sino que, al contrario, se esforzaba en probar que la Iglesia de Inglaterra lo había conocido todo desde el principio, y que todos los

fundamentos de que se han valido para atacar á la Iglesia (fundamentos que reconocía casi todos, mejor que nadie), no sólo son compatibles con los treinta y nueve artículos, sino que se hallan mejor comprendidos y expresados en estos artículos, que por ninguna de las personas que los rechazan. Nunca he podido explicarme esta conducta, más que por una gran timidez y una excesiva sensibilidad congénita, que ha llevado frecuentemente á personas dotadas de gran inteligencia á la Iglesia romana, donde esperaban encontrar un punto de apoyo más firme, que el que podían encontrar en las conclusiones de su propio juicio. No hablo de una timidez vulgar; ninguno de los que han conocido á Maurice admitirían que se pensase eso de él, aunque no dió pruebas públicas de su independencia en la lucha que acabó por entablar contra ciertas opiniones que se llaman ortodoxas, por haber dado nacimiento á las ideas del socialismo cristiano. Sólo se le puede comparar, bajo el punto de vista moral, con Coleridge, siendo en mi opinión superior á éste, por la fuerza de su inteligencia, sin contar con su genio poético. En aquella época podía pasar por un discípulo de Coleridge, y Sterling por un discípulo de Coleridge y de Maurice. Los cambios que se operaban en mis antiguas opiniones, me dieron algunos puntos de contacto con ellos; ambos contribuyeron mucho á mi desarrollo. Intimé pronto con Sterling; sentí por él una simpatía que no me inspiró jamás otro alguno. Es indudablemente el hombre más amable

que he conocido. Su carácter leal, sincero, afectuoso y expansivo, su amor á la verdad se mostraban lo mismo en los asuntos elevados que en los más humildes; su generosa y ardiente naturaleza se daba toda entera con impetuosidad á las opiniones que aceptaba; tan dispuesto á hacer justicia á las doctrinas y á los hombres, que combatía por atacar lo que llamaba sus errores; respetaba los dos principios que son como los puntos cardinales de la conciencia, la libertad y el deber. Con ese conjunto de cualidades tan propias para seducirme, como sedujeron á todos los que le han conocido como yo, poseía un corazón y un espíritu generosos; no halló dificultad en tenderme la mano á través del abismo que separaba nuestras opiniones. Me dijo que me había considerado, como otros muchos, por lo que había oído decir de mí, como á un hombre artificial, como á un producto de fabricación, que llevaba, cual una marca impresa, determinadas ideas, y que lo que más que podía yo hacer era reproducirlas.

Cambió de opinión sobre mi persona cuando se apercibió en la discusión sobre Wordsworth y Byron, que Wordsworth y todo lo que recuerda ese nombre *era mío* como de él y de sus amigos. Perdió la salud y todos sus planes se descompusieron; tuvo que irse á vivir lejos de Londres, de modo que al año ó á los dos años de amistad, ya no nos vimos más que con largos intervalos; pero como él decía en una carta á Carlyle, nos recibíamos siempre, al vernos, como dos hermanos. No

era en toda la acepción de la palabra un pensador profundo; sin embargo, la amplitud de su inteligencia y el valor moral, por el que sobrepujaba á Maurice, le condujeron á desligarse de la influencia que Coleridge y Maurice habían ejercido sobre su entendimiento, aunque conservó hasta su fin una admiración profunda, pero reflexiva por ambos, y guardó á Maurice un cariño entrañable. Excepción hecha de esta fase corta y transitoria de su vida, durante la cual cometió la falta de hacerse clérigo, su espíritu estuvo siempre en el progreso. Los progresos que parecía haber hecho, durante el tiempo en que no le ví, me recordaban las palabras de Goethe sobre Schiller, que le apliqué: *Er hatte eine furchtliche Vartschzeitung* (4). Habíamos partido los dos de puntos tan alejados el uno del otro como los dos polos; pero la distancia que nos separaba iba siempre disminuyendo. Si yo he dado pasos hacía alguna de sus opiniones, él no ha dejado, en su corta existencia, de acercarse más y más á varias de mis ideas; y si hubiese vivido y gozado de bastante salud para proseguir el trabajo que hacía sobre sí mismo, no sé adónde hubiera llegado el movimiento espontáneo que le acercaba á mí.

Después de 1829, me retiré de la sociedad de discusión. Estaba cansado de hacer discursos, y quería continuar mis estudios particulares y mis meditaciones, sin estar sujeto á la obligación de exponer los resultados al público. Yo veía que el edificio de mis antiguas opiniones, las que me habían

enseñado, se sostenía aún en varios puntos. Nunca permití que se derrumbase; tuve siempre cuidado de repararle. Yo no quería permanecer durante el curso de mi crisis, en la confusión y en la duda, aunque fuese por poco tiempo. En cuanto aceptaba una idea nueva, no descansaba hasta que conseguía ajustarla á mis antiguas opiniones, y comprobar con exactitud hasta qué punto podía modificarlas ó reemplazarlas.

Las luchas en que tuve que sostener tantas veces la teoría gubernamental, expuesta en los escritos de Bentham y de mi padre, y el conocimiento que había adquirido de otras escuelas políticas, me revelaron muchas cosas á las que esta doctrina, que tenía la pretensión de ser una teoría general de gobierno, debía hacer un lugar que no le había hecho. Pero en estas imperfecciones solo veía yo detalles que había que corregir al aplicar la teoría á la práctica; estaba yo muy ajeno á reconocer en ellas defectos. Yo comprendía que la política no podía ser una ciencia experimental y específica, y que las acusaciones que censuraban á la doctrina benthamista por ser una teoría, por proceder *a priori*, valiéndose del raciocinio, en vez de emplear la experiencia baconiana, procedían de una ignorancia completa de los principios de Bacon y de las condiciones necesarias de la investigación experimental. Estas eran mis ideas cuando apareció en la *Revista de Edimburgo* el famoso ataque de Macaulay contra el *Ensayo sobre el Gobierno* de mi padre.

Este artículo me hizo reflexionar mucho. Yo veía que Macaulay comprendía mal la lógica de la política, que se inclinaba al sistema que pretende tratar empíricamente los fenómenos políticos contra el que les quiere aplicar un método filosófico. Yo sabía que aun en las ciencias físicas, el método, tal como lo comprendía Macaulay, hubiera dado las opiniones de Kepler, pero no las de Newton y de Laplace. No podía, sin embargo, dejar de sentir que á pesar del inconveniente de un tono (falta de que el autor se arrepiente después) había verdad en varios de los puntos del ataque dirigido contra las ideas de mi padre. Yo reconocía que las premisas de mi padre eran realmente demasiado estrechas y que no encerraban más que un pequeño número de ideas generales de las que producen en política importantes consecuencias. La identidad de interés entre el Cuerpo que gobierna y la Comunidad en general no es, cualquiera que sea el sentido que se le de en la práctica, la única cosa de que depende un buen gobierno, y esta identidad de interés no puede tampoco asegurarse por simples condiciones electorales. No me satisfizo la contestación de mi padre á Macaulay. No se justificó, como debió hacerlo, en mi opinión, diciendo: no he tenido intención de escribir un tratado científico sobre la política, he escrito una defensa de la reforma parlamentaria. Acusó á Macaulay de haber dirigido un ataque irracional contra la facultad del raciocinio, de dar un ejemplo más del aforismo de Hobbes, que cuando la ra-

zón está contra el hombre, el hombre está contra la razón. Esto me hizo pensar que había realmente en la idea que mi padre se hacía de la aplicación del método filosófico á la política un error más profundo de lo que al principio habría yo supuesto, pero no sé claramente en qué consistió el error. Por fin se hizo de pronto el día en mi espíritu, estando yo acupado en otros estudios. A principios de 1830 había empezado á trazar en el papel ideas sobre la lógica (sobre todo sobre las distinciones entre los términos y el valor de las proposiciones) que había concebido y en parte elaborado en las conversaciones de la mañana de que ya he hablado. Una vez consignadas estas ideas para no perderlas, me engolfé en otras regiones de este dominio, con el objeto de ensayar si podía hacer algo más para aclarar la teoría de la lógica en general. Me detuve ante todo en el problema de la inducción; añadí el del raciocinio, pensando que era necesario adquirir primero premisas y después sacar las conclusiones. La inducción es ante todo la marcha que sigue el espíritu en el descubrimiento de las causas y de los efectos; tratando de profundizar la aplicación de este procedimiento á las ciencias físicas, no tarde en ver que, en las ciencias más perfectas, nos elevamos, por la generalización de los casos particulares, á las tendencias de las causas consideradas aisladamente, y que entonces raciocinamos descendiendo de esas tendencias separadas hacia el efecto que esas mismas causas producen cuando obran de concierto.

Me preguntaba en qué consiste esta operación deductiva. La teoría común del silogismo no da ninguna luz sobre esta cuestión. Yo había aprendido en Hobbes y en mi padre á estudiar los principios abstractos, con la ayuda de los concertos más propicios que podía encontrar; la composición de las fuerzas en dinámica se presentaba á mí como el ejemplo más completo de la operación lógica que estudiaba. Examinando lo que hace el espíritu cuando aplica el principio de la composición de las fuerzas, encontraba que hacía una simple adición. Añade el efecto separado de una fuerza al efecto separado de la otra, y considera la suma de estos efectos separados como la suma del efecto total. ¿Pero es legítimo este procedimiento? Sí; en dinámica y en todas las ramas de la física que están sometidas á las matemáticas. No así en otros casos; en la química, por ejemplo. Entonces recordé que vi una cosa parecida al aprender las diferencias que distinguen los fenómenos químicos de los fenómenos mecánicos, en la introducción al libro que tanto me había gustado en mi infancia, el *Sistema de química* de Tompson. Esta distinción vence de un golpe la dificultad que me confundía en la filosofía de la política. Yo apercibía, por fin, que esta ciencia es tan pronto deductiva como experimental, según que en los asuntos de que se ocupa, los efectos de las causas que obran de concierto, sean ó no sean las sumas de los efectos que las mismas causas producen cuando están separadas. De esto

resultaría que la política es necesariamente una ciencia deductiva. Yo veía que Macaulay y mi padre estaban equivocados: Macaulay porque asemejaba el método filosófico de la política al método puramente experimental de la química, mientras que mi padre, si tenía razón de adoptar el método deductivo, había hecho, sin embargo, mala elección, porque había tomado por tipo de la deducción, no el método de ramas deductivas de la física, que conviene, en efecto, á las ciencias políticas, sino el método de la geometría pura, que no puede aplicársele; en efecto, la geometría no es una ciencia de causas, y no necesita que le hagan sumas de efectos, ni lo consiente. Yo acababa de asentar los cimientos de los principales capítulos de la lógica de las ciencias morales, que publiqué después, y mi nueva situación, con relación á mi antiguo credo político, estaba perfectamente definida.

Si me preguntaban que sistema de filosofía aceptaba en el lugar del que había abandonado, contestaba que ninguno; sólo que estaba convencido de que el sistema verdadero era mucho más complejo; presentaba más aspectos que todo lo que hasta entonces había ideado, y que tenía por objeto presentar, no instituciones modelos, sino principios de donde fuese fácil deducir las instituciones que convienen á una circunstancia dada. Sentí entonces la influencia de las ideas de Europa, es decir, del continente, que llegaban á mí por todas partes, por los escritos de Coleridge, que había empe-

zado á leer con interés, aun antes del cambio de mis opiniones; por los discípulos de Coleridge, con los cuales mantenía yo relaciones personales; por lo que había leído de Goethe y de los escritos de Carlyle en la *Revista de Edimburgo* y en la *Foreign Review*. Durante mucho tiempo no había encontrado nada en estas Revistas, y mi padre no vió nunca en ellas más que opiniones insensatas. En estas fuentes, así como en la literatura francesa de la época, bebí ideas que el movimiento de la opinión había vuelto á poner en boga, sobre todo en Francia. En ello veía que el espíritu humano sigue un orden determinado de progreso posible, donde unas cosas tienen que preceder á otras; orden que los gobiernos y los hombres que dirigen la opinión, pueden sin duda modificar, pero no indefinidamente. Aprendí que todos los asuntos de instituciones políticas son relativos y no absolutos, y que diferentes etapas del progreso de la humanidad tendrán y deberán tener instituciones diferentes; que siempre se observa que el gobierno permanece ó pasa á las manos del grupo que posee el mayor poder en la sociedad; y que la naturaleza de este poder no depende de las instituciones, sino que, al contrario, son las instituciones las que dependen de él; que toda teoría ó filosofía de la política, supone una teoría anterior del progreso humano, ó lo que es lo mismo, una filosofía de la historia. Estas opiniones, verdaderas en general, estaban sostenidas, no sin exageración y sin violencia, por los pen-

sadores con los cuales tenía yo entonces costumbre de cambiar mis ideas, y que según el hábito de las reacciones, no sabían nada de la mitad de las verdades que los filósofos del siglo XVIII habían expuesto. En aquella época, yo mismo dejé de apreciar tanto como antes á ese gran siglo; sin embargo, no llegué á tomar parte en la reacción que se desencadenó contra él. Yo no repudiaba uno de los lados de la verdad, á medida que abrazaba el otro. Yo sentía que la lucha empeñada por el siglo XIX contra el siglo XVIII se parecía á esta batalla, que siempre me recordaba, en que se combate por el color de un arco que tenía un lado negro y el otro blanco; y me asombraba de la ciega ferocidad con que los combatientes se arrojaban unos sobre otros. Yo les aplicaba, y á Coleridge también, muchas de las palabras que el mismo Coleridge dice sobre las medias verdades, y el lema de Goethe: *Ver todos los lados de las cosas*, era uno de los principios que en aquella época me parecían la mejor regla posible.

Los escritores que más me hacían apercebir el cambio que se operaba en mis doctrinas políticas, fueron los sansimonianos de Francia. En 1829 y en 1830 conocí algunos de sus escritos. Estaban entonces en el principio de sus trabajos; no habían aún convertido su filosofía en religión ni organizado su sistema de socialismo. Acababan justamente de empezar el ataque contra el principio de la herencia y de la propiedad. Yo no estaba dispuesto á seguirlos, y menos tan lejos; pero

me asombraba singularmente el encadenamiento de las ideas, que apercibi en seguida, en su teoría del orden natural del progreso humano. Admiraba, sobre todo, la división que hacían de la historia en períodos orgánicos y en períodos críticos. Durante los períodos orgánicos, decían, la humanidad acepta, con una convicción invencible, un sistema de creencias positivas, buscando una autoridad para regular todas las acciones, cuyo sistema contiene más ó menos verdad y conviene más ó menos á las necesidades de la humanidad. Bajo la influencia de estas creencias verifican los hombres todo el progreso que pueden, y finalmente alcanzan un estrecho que no pueden pasar; entonces viene un período de crítica y de negación, en que la humanidad pierde sus antiguas convicciones, sin adquirir otras nuevas que tengan autoridad, exceptuando una sola, á saber: que las antiguas son falsas. El período del politeísmo griego y romano, mientras los hombres instruídos de Grecia y Roma han creído en estos sistemas religiosos, ha sido orgánico; le siguió el período crítico y excéptico de los filósofos griegos. Otro período crítico apareció con el cristianismo. El período crítico correspondiente empezó con la Reforma; aún dura, y no cesará hasta que un nuevo período orgánico se inaugure por el triunfo de algún sistema de creencias superiores. Yo sabía que estas ideas no pertenecían sólo á los sansimonianos; pertenecían á la Europa entera, ó al menos á Alemania y Francia. Pero nunca, que yo

sepa, se habían expuesto en forma de teoría tan completa como por los sansimonianos. No creo que se hayan expuesto nunca tan vigorosamente los caracteres que distinguen un período crítico; yo no conocía todavía *Los caracteres del siglo presente*, de Fichte; había visto, es verdad, que Carlyle denunciaba con amargura nuestro siglo, como un siglo de incredulidad; pero, como los demás, no veía en ello sino una protesta apasionada en nombre de las antiguas creencias.

Todo lo que había de verdad en sus quejas, lo encontraba en los sansimonianos expuesto con un tono más tranquilo y con formas más filosóficas. Entre sus publicaciones encontré una que me parecía muy superior á otras, donde la idea general de la escuela se presentaba en una forma más precisa y más instructiva. Era uno de los primeros trabajos de Augusto Comte, que se decía entonces discípulo de Saint-Simón y lo declaraba en la cubierta de un libro. En este tratado, Augusto Comte daba á conocer por primera vez la doctrina de que dió más tarde tan abundantes ejemplos; presentó una sucesión natural de tres estados, cada una de cuyas ramas de conocimientos empezaba por el estado teológico; pasaba después por el estado metafísico para llegar por fin al estado positivo. Sostenía que la ciencia social debía obedecer á la misma ley; que el sistema feudal y católico era la última fase, la conclusión del estado teológico de esta ciencia; que el protestantismo era el principio y las doctrinas de la Revo-

lución francesa la consumación del estado metafísico, y que el estado positivo tenía que llegar aún. Esta doctrina concordaba bien con mis ideas de aquella época y parecía darles una forma científica. Yo consideraba ya los métodos de las ciencias físicas como verdaderos modelos de los de las ciencias políticas. Pero el principal provecho que se adquiere de las ideas emitidas por los sansimonianos y por Comte, fué que adquirí una concepción más clara que antes de los caracteres de un período de transición en la opinión, y que dejé de tomar los caracteres morales é intelectuales de este período por los tributos normales de la humanidad. Yo miraba á distancia más allá del siglo presente, en que las disputas son tan acaloradas, y en general las convicciones tan débiles; yo preveía una era que uniera los caracteres más felices de los períodos críticos con las mejores cualidades de los períodos orgánicos: por un lado la libertad de pensar sin trabas y la libertad ilimitada para la acción individual en todo aquello que no lesione los derechos de los demás; por otro lado las convicciones sobre lo que es bueno y malo, útil y perjudicial profundamente grabadas en los sentimientos por la educación primera y el unánime trabajo del sentido moral. Están además bastante sólidamente fundadas sobre la razón y las exigencias legítimas de la vida, para defenderse de todos los ataques y no sufrir la suerte de todas las creencias pasadas y presentes de la religión, de la moral y de la política, que revolu-

ciones necesarias retumban periódicamente sustituyéndolas por otras.

Mr. Comte abandonó pronto á los sansimonianos. Yo los perdí de vista, durante algunos años, á ellos y á sus escritos, pero continué ocupándome de los sansimonianos. Yo estaba al corriente de sus progresos por uno de sus más entusiastas discípulos, Mr. Gustavo Fichtal, que en aquella época pasaba gran parte del año en Inglaterra. Fui presentado á sus jefes, Bazard y Enfantin, en 1830, y mientras duraron su enseñanza y su propaganda, leí casi todo lo que escribieron. La crítica que hacían de las doctrinas ordinarias del liberalismo me parecía llena de verdades preciosas, y contribuyeron con sus escritos á abrirme los ojos sobre el valor que en su tiempo y para su tiempo tuvo la antigua economía política, que admite que la propiedad privada y el derecho á la herencia son hechos indiscutibles, y que la libertad de producción y de cambio es la última palabra del derecho social. El sistema que los sansimonianos desarrollaron gradualmente, por el cual el trabajo y el capital deben ser administrados por cuenta de la comunidad, estando obligado cada individuo á tomar parte en el trabajo como sabio, profesor, artista ó productor, estando todos clasificados por su capacidad y remunerados según sus obras, veía yo un género de socialismo muy superior al de Owen. El fin que se proponían me parecía simpático y racional, aunque fueran insuficientes sus medios; y aunque nunca creí que

su mecanismo político pudiese resistir á la práctica, ni producir resultados ventajosos, sentía que la proclamación del ideal de sociedad humana que concebían, daría una dirección favorable á los esfuerzos de aquellos que quieren ajustar á un tipo ideal la sociedad presente. Yo les hacía justicia en lo que más lo hizo aborrecer, en el atrevimiento y en la independencia de espíritu con que habían abordado la cuestión de la familia, la más importante de todas y reclama cambios más profundos que ninguna otra de las instituciones sociales, pero sobre la cual ningún reformador se ha atrevido á decir una palabra. Los sansimonianos, lo mismo que Owen y Fourier, han conquistado títulos suficientes al reconocimiento de las generaciones futuras por haber proclamado la perfecta igualdad de los hombres y de las mujeres, pidiendo que sus relaciones se regulasen por un régimen completamente nuevo. Al referir este período de mi vida no he hablado de mis nuevas impresiones más que cuando me ha parecido que marcaban una especie de revolución y el punto de partida de un progreso en mis ideas. Pero este pequeño número de puntos elegidos no dan más que un cuadro incompleto de la cantidad de libros de filosofía que leí sobre diversas cuestiones, durante estos años de transición. Muchas de estas lecturas, es verdad, no me hacían descubrir más que lo que todo el mundo sabía, ideas que hasta entonces había yo negado ó despreciado; pero esto era un descubrimiento

para mí; yo adquiría principios que no eran lugares comunes y tradicionales, sino que los recibía en toda su lozanía de su misma fuente. Los contemplaba bajo un concepto nuevo, donde se conciliaban con mis antiguas ideas, y las confirmaban enmendando principios menos conocidos, que formaban parte de mis primeras opiniones y que fueron siempre las bases de mi modo de pensar. Todas las ideas que aceptaba las fortificaban y las imprimían más profundamente en mí, limpiándolas de los falsos conceptos y de la confusión de ideas que se oponían á su acción. Por ejemplo, durante la última recaída que tuve de mi abatimiento, la doctrina que en filosofía se llama Necesidad, pesaba sobre mi existencia como una piedra.

Me parecía científicamente probado que tenía yo que ser irrevocablemente el esclavo de las circunstancias anteriores, que mi carácter y el de los otros hombres habían sido formados por agentes sobre los cuales no podíamos nada, y que estaban fuera de nuestros alcances. ¡Qué consuelo para mí, pensé con frecuencia, si pudiese desechar la creencia de que el carácter está formado por las circunstancias! Recordando el deseo de Fox, que el derecho de resistir á los gobiernos no se borre nunca de la memoria de los reyes, y que desapareciese de la de los pueblos, ¡qué feliz sería yo, pensaba, si nos fuese posible admitir la doctrina de la necesidad, cuando se trata del carácter de otro, y rechazarlo cuando se trata del nuestro! Medité dolorosamen-

te sobre esta cuestión, hasta que fui poco á poco viendo claro. Reconocí que la palabra necesidad puede aplicarse á las acciones humanas, siempre que se entienda por ella la doctrina de la causalidad, pero lleva consigo una asociación de ideas que nos confunde; ví que esta asociación de ideas era la fuerza eficiente que producía la depresión y el abatimiento que yo había sufrido. Veía que si nuestro carácter está formado por las circunstancias, nuestros propios deseos pueden influir y modificar esas circunstancias; reconocía que había un espíritu verdaderamente elevado y noble en la doctrina del libre albedrío, á saber: la convicción de que poseemos un poder real sobre la formación de nuestro carácter; de que nuestra voluntad, influyendo sobre las circunstancias que están en nosotros, puede modificar sus propios hábitos ó aptitudes en vista del porvenir. No había en esto nada que no pudiese acordarse con la teoría de las circunstancias, ó, mejor dicho, era esta teoría convenientemente interpretada. Desde entonces trazé en mi espíritu una demarcación clara, que separó la doctrina de las circunstancias del fatalismo, renunciando totalmente á la peligrosa palabra de Necesidad. La teoría que comprendí entonces bien por primera vez, dejó de producirme mal efecto; mi corazón se animó, no me sentí oprimido bajo ese peso abrumador para todo el que se propone reformar sus opiniones, cuando ve la verdad en una doctrina, y ve al mismo tiempo que la teoría opuesta es saludable y benefi-

ciosa para la pública felicidad. La serie de ideas que me desembarazaron de ese dilema, me pareció más tarde que podía producir el mismo efecto en los demás; por eso las consigné en el capítulo titulado «Libertad y Necesidad», en el último libro de mi *Sistema de lógica*.

Lo mismo me ocurrió en política: no consideraba ya la doctrina del *Ensayo sobre el Gobierno* de mi padre como una teoría científica; no consideraba ya la democracia representativa como un principio absoluto, sino como una cuestión de tiempo, de lugar y de circunstancias. Veía en la elección de las ins-

tituciones un asunto de moral y de educación, más bien que de intereses materiales, creyendo que se debía decidir con arreglo á consideraciones hechas sobre el progreso, averiguando qué mejora en la vida y en la educación de un pueblo constituye para él la condición de un progreso ulterior, y qué instituciones tienen mayor probabilidad de facilitárselo. Sin embargo, estos cambios en las conclusiones de mi filosofía política no cambiaron mis reglas de conducta práctica relativas á las conquistas que teníamos que hacer en nuestro tiempo y en nuestro país.

STUART MILL.

(Se continuará.)

CARTA Á LA JUVENTUD

Dedico este estudio á la juventud francesa, á esta misma juventud que hoy tiene veinte años y que constituirá la sociedad de mañana. Dos sucesos acaban de verificarse: la primera representación del *Ruy Blas* en la Comedia Francesa y la solemne recepción de M. Renan en la Academia. Ambos han producido mucho ruido; el entusiasmo ha estallado; la prensa ha hecho sonar todas sus trompetas en honor del genio nacional, y se ha dicho que semejantes acontecimientos deben consolarnos de nuestros desastres y asegurarnos los futuros triunfos. Ha habido una verdadera deserción hacia lo ideal, y la gente se ha elevado sobre la tierra, como si la poesía tomara su desquite contra el espíritu científico.

Encuentro claramente expuesta la cuestión en *La République Française*: «Paris—dice—acaba de dar al mundo el espectáculo de dos grandes fiestas intelectuales que constituirán un timbre de gloria para esta Francia esclá-

recida y liberal, representada por nuestro querido París.

»La recepción de M. Ernesto Renan en la Academia, la *reprise* del *Ruy Blas* en la Comedia Francesa, pueden justamente ser consideradas como dos sucesos de los cuales nos debe ser permitido enorgullecernos... Hay entre nosotros gente joven que lucha por abrirse camino, que marcha en línea recta, á la aventura, ávidos de novedades, vanagloriándose con la sencillez de la inexperiencia de sobrepujar el mérito de sus antecesores en el dominio sin límites del arte y buscando la lucha con la naturaleza. Es cierto: hay algunas personas que, confiando demasiado en sus fuerzas, han declarado la guerra al idealismo; pero serán vencidos indudablemente. Se puede predecir su derrota después de la velada de anteanoche en la Comedia Francesa.»

Es necesario, para comprender estas frases de periódico, aclararlas un poco. Entiéndase que la gente joven aludida

son los escritores naturalistas, aquellos que se inspiran en el movimiento científico del siglo y que rinden culto á la observación y al análisis. El periodista autor de las líneas citadas hace constar que estos escritores han declarado la guerra á lo ideal, y predice que serán vencidos por el lirismo, por la retórica romántica. Nada más terminante. Se aplauden una noche los hermosos versos de Víctor Hugo: he aquí, pues, anulado el movimiento científico del siglo, he aquí suprimidos el análisis y la observación.

Citaré otros documentos á fin de precisar aún más la cuestión que voy á estudiar. M. Renan, al comenzar su discurso de recepción, queriendo halagar á la Academia y olvidando su antigua admiración por Alemania, ha dicho: «Desconfiad de una cultura que no hace al hombre ni más agradable ni más bueno. Yo temo que esas razas—muy serias sin duda, puesto que nos reprochan nuestra ligereza—sufran un desengaño al alentar la esperanza de ganar el favor universal por otros procedimientos que los que hasta ahora han rehusado. Una ciencia pedantesca y sin sólida base, una literatura monótona, una política artera, una alta sociedad sin brillo, una nobleza sin espíritu de clase, unos grandes capitanes sin gloria, unos gentiles hombres sin cortesía, no destruirán seguramente el recuerdo de esta vieja sociedad francesa, tan brillante, tan espiritual, tan agradable.» A todo esto ha contestado la *Gaceta Nacional de Berlín*: «Las naciones de Europa están empeña-

das en una lucha de rivalidad sin tregua: la que no camine hacia adelante quedará rezagada. Toda nación que piense dormir sobre los laureles conquistados, será condenada desde ese instante á la decadencia y á la muerte.» Esta es la verdad y esto es lo que ha de tener en cuenta la nación francesa. Pero le hace falta para esto hombres serios y no aduladores. Nosotros consideramos, ante todo, como nuestro verdadero amigo á aquel que nos enseña á guardarnos de lo que nos inspira más temor: el vacío en el dominio material é intelectual. Por experiencia conocemos la consecuencia inevitable.

Pues bien: yo afirmo que todo francés buen patriota debe reflexionar sobre estos documentos. No hablo del patriotismo de gran parada que se envuelve en una bandera y que rima odas y cantatas; hablo del patriotismo de los hombres de estudio y de ciencia, estudio y ciencia que buscan el engrandecimiento de la patria por medios prácticos. Es cierto: M. Renan tiene razón; hemos tenido y tenemos todavía mucha gloria, pero escuchad esta frase terrible: «Aquel que no camine hacia adelante quedará rezagado.» ¿No se refleja en esta frase el nuevo espíritu del siglo? El siglo xv será el siglo del análisis universal, del espíritu de la verdad transformando las sociedades; y si queremos que el mañana nos pertenezca, es necesario que seamos hombres nuevos, marchando al porvenir por el método, por la lógica, por el estudio y la posesión de lo real. Aplaudir una retórica, en-

tusiasmarse por lo ideal, esto no es, después de todo, más que bellas emociones nerviosas; las mujeres lloran cuando escuchan la música. Hoy tenemos necesidad de la virilidad que lo verdadero entraña, y sólo así seremos gloriosos en el porvenir como lo hemos sido en el pasado.

He aquí lo que yo trato de demostrar á la juventud. Yo quisiera inspirarla el odio por la frase y la desconfianza de los saltos al cielo, que son muy peligrosos. Nosotros, que no creemos más que en los hechos, que resolvemos todos los problemas por medio del estudio de los documentos, hemos sido acusados de suciedad, y todos los días oímos que se nos llama corruptores. Es tiempo ya de probar á la generación nueva que los verdaderos corruptores son los retóricos, y que suelen caer en el lodo á cada salto hacia lo ideal.



Las naciones honran á sus grandes hombres. Se muestran ante todo reconocidas á los escritores ilustres que dejan monumentos imperecederos en la lengua. Homero y Virgilio han quedado en pié sobre las ruinas de Grecia y de Roma. Por esto el monumento poético de Victor Hugo será indestructible, y nuestro siglo debe sentirse orgulloso de esta construcción soberbia que fijará la lengua francesa y la llevará hasta los siglos más lejanos. Bajo este con-

cepto, nunca encontraremos palabras bastantes para alabar al poeta. Víctor Hugo es grande entre los grandes. Ha sido un retórico admirable, y quedará como rey indiscutible de los poetas líricos.

Pero es necesario distinguir. Al lado de la forma de la rima y de las palabras, al lado del monumento puramente lingüístico está la filosofía de la obra. Puede traer la verdad ó el error; es el producto de un método, y constituye fatalmente una fuerza que hace avanzar al siglo ó es causa de un retroceso. Si aplaudo á Víctor Hugo como poeta, lo discuto como pensador, como educador. No solamente su filosofía me parece oscura, contradictoria, formada por sentimientos y no por verdades, sino que la encuentro perjudicial, de una detestable influencia sobre la generación, porque conduce á la juventud á todas las mentiras del lirismo, á todos los desequilibrios cerebrales que produce la exaltación romántica.

Acabamos de verlo en la representación del *Ruy Blas* que tanto entusiasmo ha producido. Es al poeta, al retórico soberbio á quien se ha aplaudido. Ha rejuvenecido la lengua, le ha dado los resplandores del oro y la sonoridad del bronce. En ninguna literatura conozco una poesía más amplia ni más sabia, de un aliento más lírico, de una vida más intensa. Mas nadie seguramente ha admirado la filosofía, la verdad de la obra. Si se separan los admiradores vocingleros, aquellos que quieren hacer de Víctor Hugo un hombre universal, un pensador tan grande

como el poeta, todo el mundo se encoge de hombros ante las inverosimilitudes del *Ruy Blas*. Es necesario tomar este drama como un rico paño, sobre el cual el autor ha bordado una maravillosa poesía. Desde que se le examina bajo el punto de vista de la historia y de la lógica humana; desde que se trata de averiguar las verdades prácticas, los hechos, los documentos, se entra en un verdadero caos de errores y de mentiras, se cae en la vida de la demencia lírica. Lo más singular es que Victor Hugo tiene la pretensión de ocultar un símbolo bajo el lirismo del *Ruy Blas*. Es necesario leer el prefacio y ver cómo en el espíritu del autor esa pasión amorosa de una reina personifica al pueblo aspirando á la libertad, en tanto que *D. Salustio* y *D. César de Bazán* representan la nobleza de una monarquía agonizante. Sabido es que los símbolos se prestan fácilmente á todo, se les pone donde se quiere y se les da la significación que se desea.

Ved el pueblo sin *Ruy Blas* en ese lacayo de fantasía que ha estado en el colegio, que ha compuesto odas antes de vestir la librea, que no ha cogido jamás una herramienta, y que en lugar de aprender un oficio, toma tranquilamente el sol ó tiene amores con duquesas y reinas. *Ruy Blas* es un bohémio, un *declassé*, un inútil; jamás el pueblo ha sido así. Admitamos, sin embargo, por un instante, que sea la genuina representación del pueblo, examinemos su conducta, tratemos de saber dónde va. Aquí todo se desequi-

libra. El pueblo arrastrado por la nobleza á amar á una reina, el pueblo convertido en gran ministro y perdiendo el tiempo en hacer discursos, el pueblo matando á la nobleza y envenenándose en seguida, ¿qué galimatías es éste? ¿En qué para el famoso símbolo? Si el pueblo se mata estúpidamente sin causa alguna después de haber suprimido á la nobleza, la sociedad se acaba. Se observa al momento la mezquindad de este enredo extravagante que constituye una verdadera locura desde el momento en que el poeta se empeña en hacer que signifique algo serio. No insistiré sobre las enormidades del *Ruy Blas*, bajo el punto de vista del buen sentido y de la simple lógica. Como poema lírico, vuelvo á repetirlo, la obra es de una factura maravillosa; mas no es posible buscar algo más en ella; no hay documentos humanos, método analítico, sistema filosófico. Es pura música y nada más.

Llego á un segundo punto. *Ruy Blas*, se dice, significa un movimiento hacia lo ideal, y por lo tanto produce una infinidad de preciosos efectos; engrandece las almas, enaltece las buenas acciones y conforta y anima. ¡Es una mentira! Pero ¡qué importa si se nos saca de la vida vulgar y se nos lleva á la región de los sueños, si se respira lejos de las obras inmundas del naturalismo! Llegamos al punto más delicado de la querrela. Sin tratarla todavía á fondo, veamos lo que hay de virtuoso y honroso en el *Ruy Blas*. Es necesario primero descartar á *D. Salustio* y á *D. César*. El primero es Sa-

tán, como dice el mismo Víctor Hugo; en cuanto al segundo, á pesar de su respeto caballeresco por la mujer, hace gala de una moralidad dudosa. Pásemos á la reina. Esta reina se conduce muy mal tomando un amante; yo sé muy bien que la pobre se fastidia, y que su marido tiene la debilidad de cazar demasiado; pero verdaderamente, si todas las mujeres que se fastidian se echaran en brazos de un amante, sería cuestión de encontrar un adulterio en cada familia. En fin, he aquí á *Ruy Blas* que no es más que un caballero de industria, que en la vida real tendría un puesto en la *Cour d'Assises*. Es un lacayo que ha aceptado los amores de una reina por la mediación de *Don Salustio*, y que consiente en este engaño, que ha de parecer repugnante al espectador, porque D. César, el amigo de los ladrones, acaba de convencerle en soberbias tiradas de versos; hace más aún, roba un nombre que no le pertenece; lleva este nombre falso durante un año, engaña á una reina, á una corte entera, á todo un pueblo, y comprende tan perfectamente su traición y la infamia de su conducta, que acaba por envenenarse. Este hombre no es, pues, más que un libertino, un canalla. Mi alma no se engrandece en su compañía, es más, mi alma siente un verdadero desagrado, porque yo, á pesar mío, me separo de los versos del poeta, y considero los hechos: miro al lacayo en brazos de la reina, y no lo encuentro propio. En el fondo, el *Ruy Blas* no es más que una monstruosa aventura, en la cual se unen el *boudoir*

y la cocina. Aunque Víctor Hugo se empeñe en trasladar su drama á las regiones del lirismo, la realidad que se encuentra es una realidad infamante. A pesar de los versos, los hechos se imponen; esta historia, no sólo es una locura, sino una suciedad; no hace sentir emulación noble por las buenas acciones, porque sus personajes no cometen más que porquerías y canalladas; no consuela y conforta el ánimo, porque comienza en el lodo y acaba en un lago de sangre. Tales son los hechos. Si pasamos á los versos, es cierto que expresan con frecuencia los sentimientos más nobilísimos. D. César hace á cada momento frases sobre el respeto que se debe á las mujeres; la reina las hace también sobre las sublimidades del amor; *Ruy Blas* sobre los ministros que roban al Estado. ¡Muchas frases! ¡Todas las que se quieran! ¿Es acaso que sólo los versos están encargados de engrandecer nuestro espíritu? ¡Oh, Dios mío, sí! Y he aquí que hemos llegado al punto que yo quería; se trata simplemente de una virtud y un honor puramente retóricos. El romanticismo, el lirismo infiltrado en todas las palabras. ¡Palabras hinchadas, hipertróficas, estallando bajo la exageración barróca de la idea! El ejemplo no es para entusiasmar; en los hechos la demencia y la suciedad; en las palabras la pasión noble, la virtud intransigente, la honestidad superior. Todo esto no es más que un edificio lingüístico construido en el aire. He ahí el romanticismo.

Yo he estudiado muchas veces la evolución romántica, y es inútil que empiece otra vez la historia de dicho movimiento. Pero quiero insistir sobre este hecho que ha sido una pura algarada de retóricos. La misión de Víctor Hugo, misión importantísima, se reduce á renovar el lenguaje poético, á crear una retórica nueva. Se batió en 1830 sobre el terreno del diccionario. La lengua clásica se moría de anemia; los románticos vinieron á darle sangre para ponerla en circulación con un vocabulario desconocido ó desdeñado, con el empleo de todo un mundo de imágenes brillantes, por un nuevo modo de sentir más interno y más vivo. Mas si se sale de esta cuestión de idioma, se ve que los románticos no se separan de los clásicos; como ellos, son deistas, idealistas; como ellos, falsean los seres y las cosas, colocándolas en un mundo convencional, en el cual hay dogmas, teorías y reglas. Los poetas de 1830 ensancharon el campo literario, queriendo colocar en él la figura del hombre, tal como es, con sus risas y sus lágrimas, dando un importante papel á la naturaleza, como hizo después Rousseau. Pero es lo cierto que esterilizaron las libertades conquistadas abusando de ellas, y saliéndose al primer intento de la realidad; si por ejemplo se preocupaban de la naturaleza en lugar de pintarla y estudiarla como un medio, como un complemento de los personajes, la falseaban á capricho, la llenaban de leyendas y de invenciones; lo mismo hacían con los personajes; se jactaban de estudiar al hombre tal cual es, y su

primer cuidado era trasladarlo á una región ideal fraguando una mentira. Sucedió, pues, fatalmente, que los clásicos con sus abstracciones, su mundo raquíptico y muerto, eran aún más humanos, se aproximaban más á la verdad, eran más lógicos, más completos que los románticos, tenían un horizonte más vasto y muchos más elementos de vida. Una evolución realizada por los poetas líricos debía completar la obra; esto es lo que nosotros hacemos constar claramente en estos instantes. El lirismo en una literatura es la exaltación poética sustrayéndose á todo análisis, llegando á los límites de la locura. Víctor Hugo no es más que un poeta lírico; todo en él es de retórico genial, su lengua, su filosofía, su moral. Y no busquéis otra cosa en sus palabras, en sus rimas, porque, lo repetiré otra vez, si buscáis otra cosa, sólo encontraréis un caos increíble de errores, de contradicciones, de solemnes puerilidades, de pomposas abominaciones. Hoy día, cuando se estudia el movimiento literario anunciado después de los comienzos del siglo, el romanticismo aparece como el principio lógico de la gran evolución naturalista. Está muy justificado, y es muy natural que se produjeran primero los poetas líricos. Socialmente se explica su advenimiento por las sacudidas de la Revolución y del Imperio; después de aquellos desastres, los poetas se entregaron á sus sueños consoladores. Pero vinieron, sobre todo, porque literariamente tenían una misión que realizar. Esta misión era la de renovar la lengua. Era

necesario dar nueva vida al viejo diccionario, refundir el idioma, inventar palabras ó imágenes, crear toda una retórica nueva que sirviera de fórmula de expresión á la sociedad nueva, y sólo los poetas líricos podían llevar á cabo esta obra. Ellos trajeron la rebelión del color, la pasión de la imagen con el sonido dominante de la rima. Eran pintores, escultores, músicos, que perseguían, ante todo, el sonido, la forma, la luz. Para ellos la idea era cosa secundaria; su escuela era el arte por el arte, el triunfo absoluto de la retórica. Tal es el carácter esencial del lirismo: un canto, el pensamiento humano huyendo del método é introduciéndose en palabras sonoras. Puede decirse que el esplendor de nuestra lengua se debe á estos poetas. Suponed á los comienzos del siglo una literatura de sabios, ponderada, exacta, lógica y el idioma debilitado por trescientos años de uso clásico, hubiera sido un idioma sin vida, sin frescura. Hacía falta una generación de poetas líricos para adornar la lengua, para darle brillantez y vida. Este cántico de los cánticos del diccionario; este acceso de locura, de palabras que cabalgan sobre la idea, era sin duda alguna necesario. Los románticos vinieron oportunamente, conquistaron la libertad de la forma, forjaron el instrumento que luego debía ser útil al siglo. Todos los grandes Estados tienen por fundamento una batalla.

Más adelante veremos cuál era el Estado que había de fundarse, gracias á la batalla romántica. La retórica ven-

ció entonces; la idea se formula hoy gracias á la nueva lengua. Es necesario, pues, saludar á Víctor Hugo como el poderoso obrero de esta lengua. Si en él el autor dramático, el novelista, el crítico, el filósofo, son discutibles, si el lirismo y la demencia sublime llega siempre á desequilibrar por un momento sus juicios y sus concepciones, á pesar de todo ha sido en todas partes el retórico de genio que acabo de estudiar. Tal es la razón de la soberanía que ha ejercido y que todavía ejerce. Ha creado una lengua y se apodera del siglo, no por las ideas, sino por las palabras; las ideas del siglo, las que le conducen, son el método científico, el análisis experimental, el naturalismo; las palabras son estas nuevas riquezas de términos exhumados ó inventados, estas imágenes magníficas, estos procedimientos soberbios cuyo uso ha llegado á ser vulgar. Al principio de un movimiento las palabras aplastan siempre la idea porque hieren más. Víctor Hugo se envuelve desde su juventud en un manto real, que él mismo se ha cortado en el terciopelo de la forma. Al lado de él, Balzac nos trae la idea del siglo, la observación y el análisis; y nos parece desnudo; apenas se le saluda. A este punto hemos llegado. Víctor Hugo queda siendo un gran poeta, el más grande de los poetas líricos. Pero el siglo se ha separado de él; la idea científica se ha impuesto. En *Ruy Blas* aplaudimos al retórico. El filósofo y el moralista nos hacen sonreír.



Examinemos ahora la recepción de M. Ernesto Renan en la Academia Francesa. Esta recepción ha sido también una gran fiesta literaria. Significa un triunfo para la libertad del pensamiento, y es necesario ante todo hacerlo constar. Para hacerme entender mejor, distinguiré entre el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Es necesario recordar la publicación de la *Vida de Jesús*. Fué un verdadero acontecimiento. M. Renan era desconocido para la masa general del público. Tenía reputación de erudito y de lingüista que no pasaba de un mundo especial, y bruscamente, de la noche á la mañana, su figura se elevó sobre la Francia con el perfil terrorífico del Antecristo. Y se le representó semejante á Satanás con cuernos y rabo. El efecto de su obra fué inmenso, especialmente entre los clérigos; todos los curas de aldea hicieron sonar las campanas de sus parroquias como una especie de somatén religioso y le escomulgaron en sus sermones; los obispos lanzaron contra él órdenes y anatemas; el Papa palideció bajo su tiara. Se dijo que los jesuitas quemaban las ediciones de la *Vida de Jesús* á medida que el editor las iba poniendo en circulación, lo cual aseguraba una venta inagotable.

La emoción del público aumentaba al ver el furor del clero. Los devotos se

persignaban asustados y amenazaban á sus hijos con M. Renan, como antes los amenazaban con el coco, en tanto que los indiferentes, aguijoneados por las mismas censuras, acabaron por leer el libro dándole proporciones gigantescas. Representaba el espíritu de la negación, simbolizaba la ciencia matando á la fe. En una palabra, nuestro siglo de análisis científico se encarnaba en él. Si á esto se añade que pasaba por un cura exclaustado, se completará la figura de este arcangel rebelde, Satanás moderno, vencedor de Dios, suprimiendo á Dios con el arma poderosa de su siglo.

Tal era el Renan de la leyenda, y tal sigue siendo para muchas personas. Si pasamos al Renan de la realidad nos sorprenderemos seguramente. El sabio sigue siendo un erudito; pero ha acabado en poeta. Imaginad un temperamento de creyente, un ser contemplativo que vive y se desarrolla envuelto en las brumas de una costa de Bretaña. Ha sido educado en las prácticas más severas del catolicismo; su primer deseo fué el de ser cura, y toda su educación, toda su instrucción se amoldaban perfectamente al sacerdocio. Llega á París, entra en un Seminario, lleno el espíritu del sentimiento religioso y llena su imaginación de los ensueños místicos de su raza y del medio en que ha vivido. De pronto una idea surge en su cerebro. ¿Es el aliento de París que le ha contaminado? ¿Es que existía una secreta predisposición? El sólo podría decírnoslo, confesándonos sus pecadillos de chicuelo. Fuere lo que fuere, es

indudable que el libre examen influyó en su ánimo. El cura había muerto por lo tanto. La historia es siempre la misma; primero la duda que hace vacilar, después el combate doloroso; por fin, un verdadero desgarramiento del alma. M. Renan, después de abandonar el Seminario, se refugió en el estudio de las lenguas. Pero lo que no había muerto en él era el idealista, el espiritualista. Todas las creencias de su juventud, combatidas y rechazadas, se habían acogido bajo un manto de tierna poesía. Hay en todo esto un caso bien curioso de la satisfacción tiránica de un temperamento; no podía ser cura; sería poeta; su temperamento se contentaba con tal transacción. Sin duda alguna una naturaleza menos templada en la religiosidad, desarrollada en un medio menos vago, hubiera llevado al último extremo el análisis científico concretando más y más la fórmula de sus negaciones. M. Renan debía forzosamente quedarse á medio camino por una especie de mirada retrospectiva y constante hacia la perdida fe, y el vago contento de dudar de sus propias dudas. Esta transformación de la fe en poesía es lo que más le caracteriza. No es un creyente, pero tampoco es un sabio. Yo veo en él una transición humana. A mi juicio, el espíritu romántico ha influido en él.

Si, M. Renan es un panteísta de la escuela romántica. Se ha dicho que incluyendo á Dios en la humanidad, él no ha negado precisamente la divinidad de Cristo, puesto que le ha hecho aparecer como el más perfecto y el más

agradable de los hombres. No quiero perderme en los laberintos de la cuestión filosófica; no voy á examinar sus teorías de la formación lenta de una humanidad superior, de un grupo de Mesías intelectuales reinando sobre la tierra por la potencia de sus facultades. Me basta que sea deísta como Víctor Hugo, y que sus creencias, para ser más equilibradas, no sean menos que las fantasías del poeta lírico, tan llenas de afirmaciones y dogmas como la ciencia. Ni creyente ni sabio; poeta; tal es su etiqueta. Flota su espíritu constantemente en las vagas regiones de la contemplación. La idea nunca tiene en él ni solidez ni fijeza. Se adivina lo que él puede pensar, ¿pero lo piensa él realmente? Esto es lo que no se podrá decir, porque M. Renan se resiste á toda afirmación terminante. Y si dejando la filosofía pasamos al escritor, encontramos al romántico con todo su encanto y su poder. Sin duda no hay en él el mismo desorden soberbio de Víctor Hugo, el afán de la paradoja y de la antítesis, la monomanía de las sonoras palabras y las grandes imágenes. Es más bien la miel de Lamartine, un ensueño de religiosa beatitud, un estilo que tiene la voluptuosidad de la caricia y la unción de la plegaria. La frase se arrodilla y se envuelve en un vapor de incienso bajo la mística luz de las vidrieras del templo. Se adivina en seguida que M. Renan ha entrado en la catedral gótica del romanticismo, y que permanece en ella no como un creyente sino como un literato. Allí encontramos al poeta, deteniéndose en

mitad del camino del erudito y del sabio, como detenido estaba ante las fórmulas filosóficas.

Esto completa definitivamente su personalidad.

He aquí, pues, el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Hay que añadir que los fanáticos del catolicismo y los tontos que nunca tuvieron ideas propias, continúan huyendo de Renan como del Antecristo. Los años han pasado; se ha acabado por comprender que la *Vida de Jesús* es un hermoso poema que disimula bajo las flores del romanticismo algunas afirmaciones heterodoxas hechas por un artista y embellecidas por los más hermosos colores de la imaginación. Si se quiere sorprender el procedimiento de M. Renan, será suficiente comparar su libro con el del alemán Strauss, lleno de discusiones áridas y demostraciones más ó menos admisibles; nosotros no encontramos aquí más que al erudito y al sabio, un estilo sin ornamento alguno, porque la única gala es la verdad. Hoy día «el terrible Renan» se ha convertido para muchos en «el dulce Renan». Se le acepta como un melodista que ha sufrido la equivocación de elegir para su música un tema irrespetuoso; pero, en suma, la música es muy agradable. Es, pues, al melodista á quien la Academia Francesa ha abierto sus puertas. Quería llegar á esta conclusión; hago constar que la Academia ha festejado al retórico y no al sabio; la fiesta literaria se ha dado en honor de un poeta lírico.

Es necesario ser severos, porque en

nuestros tiempos de hipocresía y de complacencias, solamente la severidad puede hacer viril á una nación. Sin duda la Academia, acogiendo á M. Renan, ha hecho una elección que por lo rara es excepcional. M. Renan, además de poseer una gran erudición, es uno de nuestros mejores prosistas. Literariamente vale más que cualquiera de los académicos tomados al azar de los sillones de la docta casa. Solamente que no conviene reputar su elección como el triunfo en la Academia de la fórmula científica moderna. Bajo la famosa cúpula no hay sino un poeta más. El verdadero triunfo hubiera consistido en nombrar á M. Renan después del éxito de la *Vida de Jesús*. Hoy día se le abren todas las puertas por su dulzura; no se sienta en su sillón con dos cuernos y el rabo, se sienta coronado por las damas. Nadie le tiene miedo. No se debe, pues, hablar tanto del liberalismo de la Academia. Ha acogido á un escritor; perfectamente. La ciencia moderna no tiene por qué cantar victoria como en las recepciones solemnes de Claudio Bernard y M. Littré.

Lo que me ha parecido más característico en el discurso de M. Renan, es el modo de aceptar los progresos de la ciencia, en un sentido tan idealista, que los utiliza para continuar y engrandecer sus sueños. Es necesario citar un párrafo de su discurso de recepción: «El cielo, tal como se le conoce, merced á los datos de la astronomía moderna, es bien superior al cielo de los antiguos, sustentado sobre pilares. Si en algunos instantes me embarga el

melancólico recuerdo de los nueve coros de ángeles que sostenían los mundos, de ese mar cristalino que se extiende á los piés del Eterno, me consuelo al fin pensando que el infinito, en el cual penetra nuestro ojo, es un infinito real mil veces más sublime á los ojos del verdadero contemplador que todos los círculos azules del paraíso de Angélico de Fiesoli. El químico y el cristalógrafo han analizado hasta los menores átomos de la materia; la ciencia acaba con la fábula, pero el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo.» Fijad bien en vuestra memoria esta exclamación, porque es verdaderamente típica. Es el vuelo del poeta que consentirá de buen grado en marchar con la ciencia por las regiones de lo desconocido á condición de que se le deje soñar acurrucado en un rincón. Como el mismo M. Renan hace constar en su discurso, un sabio no admite lo desconocido, lo ideal, sino como un problema cuya solución ha de encontrarse más ó menos tarde. Nueva prueba de que M. Renan no es un sabio, también á él le hace falta «su rincón», y se refugia en él para seguir soñando.

Así es como «el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo». Ya conocía yo la frase por haberla oído emplear con mucha frecuencia como un argumento supremo. Es el refugio de los idealistas que no niegan las ciencias modernas. Como ellos cuentan con que un punto del misterio de la materia y de la vida quedará siempre en la oscuridad, hacen ciertas concesiones

pensando que ha de quedarles siempre ese punto como asilo inespugnable. Constituye esto una fe en el ideal bien elástica. Tengo en poca estima, filosóficamente hablando, á estos soñadores *enragés* que á cada nueva etapa de la ciencia se detienen para fantasear un poco á su sabor antes de seguir adelante. M. Renan es uno de estos poetas del ideal que siguen á los sabios, aprovechándose de cada alto para coger algunas flores.

Y repárase que su gran éxito —hablo del éxito popular— lo consiguió merced á su retórica. En Alemania, Strauss, encerrado en la sequedad de su argumentación, impresionó simplemente á un público especial de eruditos y teólogos; la masa general permaneció indiferente. Por el contrario, M. Renan en Francia, con ser sus negaciones mucho menos terminantes, apasionó á todo el público con las flores de su retórica. Una prueba más del poder de la forma. El éxito de la *Vida de Jesús* reviste los mismos caracteres que el éxito del *Ruy Blas*; es la frase, el sonido, el color, seduciendo á todo un público de artistas por la impresionabilidad de los sentidos. Todo se reduce á un efecto nervioso, material.

Cuando un retórico es verdaderamente genial, reina, sin género de duda, sobre las muchedumbres, y las conduce por donde quiere. Un sabio convencerá á su auditorio, el poeta entusiasma á sus mismos adversarios. Esto explica los delirios del romanticismo durante la primera mitad del siglo. Hoy día seguimos aplaudiendo;

pero la poesía lírica nunca nos llega al alma, no pasa de las orejas.

Hay que decir, por lo tanto, en voz alta, que el éxito de la forma es pasajero. Se aplaude al escritor, pero se le mira con indiferencia desde el momento que quiere pasar por sabio y pensador. Y en esto consiste el castigo para los tímidos que no se han atrevido á seguir los progresos de la idea y que han ocultado la verdad desnuda, jactándose de una habilidad diplomática. Sí; estas finezas, este procedimiento de no decir más que las verdades agradables y bien vestidas, este equilibrio lleno de arte que no es lo falso, pero que tampoco es lo verdadero, toda esta táctica hipócrita se vuelve en cualquier ocasión contra aquellos que la emplean por cálculo ó por temperamento. Un día, después de haber sido aclamados, se encuentran completamente solos; han alcanzado la celebridad, es cierto; se les ha cargado de honores y de recompensas, pero su reputación carece de base y de importancia y nunca tendrán derecho á ambicionar la gloria indestructible de los grandes pensadores y de los grandes sabios.

No soy yo solo el que tiene estas opiniones. Encuentro un juicio crítico muy severo que me ha causado gran sorpresa, y lo copio sin comentario alguno: «Un hombre como M. Renan debería tener alguna influencia sobre su tiempo, y no tiene ninguna. Nadie le ha tomado en serio... En vano aborda los más terribles problemas; nadie admite sus soluciones; todo el mundo

se sonríe cuando el filósofo reclama la atención del público para un asunto grave.

Sólo subsistirá, pues, el escritor; se dirá que ha conocido todos los secretos de la lengua y que entre los instrumentistas del día ha sabido dominar los trinos de todos los demás. La posteridad le colocará entre los ilustres inútiles, entre aquellos que en un siglo de análisis y de lucha tomaron el partido de entregarse á las delicias de los sueños campestres.»

III

Por una ironía del destino, el nuevo académico tuvo que encargarse del elogio de un académico muerto cuyo temperamento era diametralmente opuesto al del panegirista. Esto es lo que acaba de ocurrir. Se ha podido ver á M. Renan, el retórico, el poeta, arrojar todas las flores de sus frases sobre la vida y la gran obra de Claudio Bernard, el sabio que ha hecho depender toda su fuerza del método experimental. El espectáculo es demasiado curioso para no llamar la atención. Por otra parte, deseo poner frente á frente de la figura severa de Claudio Bernard, las figuras de Víctor Hugo y de M. Renan. La ciencia enfrente de la retórica, el naturalismo enfrente del idealismo. Necesito este punto de apoyo. En seguida podré emitir mis juicios. Lo mejor de todo esto es que yo no tendré que mez-

clarme en nada. El mismo M. Renan me proporciona, con su discurso de recepción, todas las citas que me sean necesarias. Encuentro en él gran número de argumentos decisivos favorables al naturalismo. Me bastará copiar algunas frases y comentarlas en unas cuantas líneas.

Antes reseñaré brevemente la vida de Claudio Bernard. Nació « en la pequeña aldea de Saint-Julien, cerca de Villefranche, en una casa á la cual siempre conservó cariño. » Habiendo perdido á su padre, fué educado por su madre, y recibió las primeras lecciones del cura de la aldea. Fué luego á un colegio de Villefranche y *debutó* después como mancebo de una botica en Lion. Soñaba ya en la gloria literaria. « Probó á escribir y alcanzó un pequeño éxito en el teatro de Lion con un *vaudeville* del cual nunca quiso decir el título. Después vino á París trayendo en su equipaje una tragedia en cinco actos y una carta. » La carta estaba dirigida á M. Saint-Marc Girardin, que le aconsejó abandonar la literatura. Entonces Claudio Bernard halló su verdadero camino. Encontró á Magendie, que le hizo su discípulo preferido. Sus luchas fueron largas y terribles. Bien conocidos son sus maravillosos trabajos, sus descubrimientos que han engrandecido el campo de la fisiología. Dejo hablar á M. Renan: « Las recompensas llegan lentamente para esta gran carrera, aunque verdaderamente podía pasarse muy bien sin ellas porque ella misma era recompensa bastante. Vuestro compañero pasó por los rudos

comienzos de la vida del sabio y consiguió muy tarde sus dulzuras. La Academia de ciencias, la Sorbona, el Colegio de Francia, el Museo, tuvieron á gran honra el contarle entre sus ministros. Más tarde, el emperador Napoleón III le concedió un asiento en el Senado, mostrando gran empeño en que lo aceptase. »

Este fragmento de la biografía es suficiente para establecer un paralelo entre Claudio Bernard y M. Renan. Fijaos en el punto de partida; los dos han sido educados por un cura; solamente que el primero ha crecido tierra adentro, mientras que el otro ha respirado desde la infancia entre las brumas del Océano. En seguida las diferencias de temperamento se manifiestan; M. Renan, de naturaleza poética y religiosa soñando con ser cura, y más tarde, á pesar de su erudición, á pesar de sus negaciones, no puede desprenderse del más completo de los espiritualismos. Claudio Bernard, de espíritu exacto, va derecho á la ciencia experimental y no tiene más que una aspiración: llegar á la verdad de incógnita / en incógnita. Lo más característico en él es su tentativa literaria. Su tragedia era detestable; el retórico no podía ser peor. Tenía que ceñirse á una fórmula literaria donde sus facultades de observación, su análisis, su lógica, no le servían de nada. Luchaba en el estrecho círculo de la literatura clásica como hubiera luchado en la literatura romántica, y después no tuvo más refugio que la ciencia. El mismo M. Renan lo dice: « El tiempo era más favo-

orable á una literatura de escaso valor que á las investigaciones donde no pudieran tener cabida las frases bellas y los artificios retóricos.» Estas líneas hacen sonreír. Se piensa inmediatamente que M. Renan ha encontrado el medio de escribir frases bellas sobre las indagaciones que no se prestan al estilo lírico. Pero se ven claramente las razones que llevaron á Claudio Bernard al campo científico.

Tratemos ahora la cuestión de estilo: M. Renan insiste mucho sobre esta cuestión empleando hermosas frases. «El verdadero método de investigación, suponiendo un juicio recto y sano, entraña las sólidas cualidades del estilo. Tal memoria de Letronne y de Eugenio Burnouf, extrañas en apariencia á los primores de la forma, es un *chef d'œuvre*, á su manera. La regla del buen estilo científico es la claridad, la perfecta adaptación al sujeto, el completo olvido de sí mismo, la abnegación absoluta. Bien es verdad que esta es también la regla para escribir bien acerca de cualquier materia. El mejor escritor es aquel que al describir *al sujeto* se olvida completamente de él mismo para dejar al sujeto que hable.» Y más adelante: «Era escritor, y escritor excelente, precisamente porque no pensó jamás en serlo. Tiene la primera cualidad del escritor, que es la de hacer abstracción de sí mismo. Su estilo es su propio pensamiento, y como este pensamiento es siempre grande y vigoroso, el estilo es siempre grande, sólido y vigoroso. El retórico es tan recomendable como el sabio, porque

descansa su forma literaria sobre la base del estilo de lo verdadero, sobrio, proporcionado á lo que trata de demostrar, fundamentado en la lógica, base única, base eterna del buen estilo.» Añade luego: «Es necesario remontarnos á nuestros maestros de Port-Royal para encontrar una sobriedad semejante, una ausencia tal de todo deseo de brillar, el desdén por los procedimientos de una literatura mezquina, que sustituye con inútil palabreo lo austero de la verdad.» Jamás hubiera yo osado condenar la retórica romántica en términos tan severos, M. Renan, arrastrado por la verdad, olvida el palabreo inútil con que ha falseado la austeridad de la *Vida de Jesús*. ¡Qué lejos nos hallamos de las tiradas del *Ruy Blas* al hablar de lógica «base única, base eterna del buen sentido». He aquí el instrumento de la verdad, el instrumento del siglo. El lirismo, sus penachos de palabras sonoras, su música de órgano y sus vuelos no son más que un delirio, una demencia de espíritus extáticos, arrodillados ante lo ideal, temblando que se les prive de aquel rincón ya citado, refugio misterioso de la fantasía. Llego al punto más importante de la querrela, á la guerra declarada por la ciencia á lo ideal, á lo desconocido. He aquí el gran papel de Claudio Bernard. Ha buscado las fuentes de la naturaleza; ha resuelto los problemas mediante la experiencia, apoyándose en los hechos y haciendo retroceder lo desconocido á cada paso suyo. Escuchad á M. Renan: «La más

alta filosofía resulta de los hechos que se hacen constar con inflexible rigor. Como ley suprema del Universo reconocía Bernard lo que él llama el *determinismo*, es decir, el enlace inflexible de los fenómenos sin que ningún agente extranatural intervenga nunca para modificar la resultante. No hay en esto, como se ha dicho con frecuencia, dos órdenes de ciencia; la una de precisión absoluta; la otra sometida á la influencia de fuerzas misteriosas que puedan alterarla.

Esta gran incógnita de la fisiología que Bichat todavía admite; esta potencia caprichosa que, según se pretende, resiste á las leyes de la materia y hace de la vida una especie de milagro, Claudio Bernard la ha excluido por completo. La oscura noción de la causa—dice él—debe ser remontada al origen de las cosas y colocada dentro de la ciencia en la noción de las relaciones de las condiciones. Más abajo, M. Renan añade: «Claudio Bernard no ignoraba que los problemas por él tratados afectaban á las más graves cuestiones filosóficas. El no se conmovió jamás. No creía que fuera permitido al sabio ocuparse de las consecuencias que podían resultar de sus indagaciones, no pertenecía á ninguna secta. Buscaba la verdad. He ahí todo.» Pues bien, todo el análisis moderno se reduce á eso. Vuelven á discutirse los problemas; la ciencia actual procede á una revisión de pretendidas verdades que el pasado admitía en nombre de ciertos dogmas. Se estudia la naturaleza y el hombre; se clasifican los documentos,

avanza paso á paso empleando el método experimental y analítico; pero se guarda muy bien de sentar una conclusión definitiva, porque el análisis es continuo y la ciencia moderna no puede preciarse de conocer la última palabra. No se niega á Dios; se trata de remontarse á El por medio del análisis del mundo. Si El existe, nosotros le veremos; la ciencia nos lo dirá. Por lo pronto lo descartamos, no queremos contar con un elemento sobrenatural, un axioma extrahumano que entorpezca nuestras observaciones exactas. Los que empiezan por afirmar lo absoluto introducen en sus estudios seres y cosas de pura imaginación, de un valor estético más ó menos grande pero de una moralidad y de una verdad enteramente nulas.

Y no entro sólo en el dominio científico, llego también al literario. La fórmula naturalista en literatura es idéntica á la fórmula naturalista en las ciencias, y particularmente en fisiología. Es el mismo análisis de los hechos vitales llevado á los hechos pasionales y sociales; el espíritu del siglo da movimiento á todas las manifestaciones intelectuales; el novelista que estudia las costumbres, completa al fisiologista que estudia los órganos. M. Renan sigue estando conforme conmigo. Escuchadle:

«Claudio Bernard habla poco de las cuestiones sociales, tiene el espíritu demasiado grande para limitar sus principios generales. El carácter conquistador de la ciencia es admitido por él hasta en el dominio de las ciencias

de la humanidad. El activo papel de las ciencias experimentales—dice—no se reduce á las ciencias físico-químicas y fisiológicas; se extiende hasta las ciencias históricas y morales. Se comprende, pues, que no se contentaba con ser mero espectador del bien y del mal, practicando el uno y preservándose del otro. La moral moderna aspira á un papel mucho más grande; busca las causas y tratar de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, hacer que nazca el uno y procurar su desenvolvimiento, luchar con el otro para extirparlo y destruirlo.» Extended el papel de las ciencias experimentales, hacedlas tomar parte en el estudio de las pasiones y la pintura de las costumbres, y obtendréis nuestras novelas que buscan las causas, que las explican, que reúnen los documentos humanos clasificándolos ordenadamente de modo que desenvuelvan los buenos elementos y exterminen los malos. Nosotros tenemos una misión idéntica á la de los sabios. Es imposible fundamentar una legislación sobre las mentiras del idealismo. Por el contrario, basándolas en los documentos verdaderos que el naturalismo aporta, se podrá sin duda un día establecer una sociedad mejor, que vivirá por la lógica y para el método. Desde el momento que lleguemos á la verdad, llegaremos á la moralidad.

Ved el cuadro que M. Renan traza de los trabajos del sabio. «Pasó su vida en un oscuro laboratorio en el Colegio de Francia, en medio de los espectácu-

los más repugnantes, respirando una atmósfera de muerte, las manos llenas de sangre; encontró los más íntimos secretos de la vida, y las verdades que salían de esta triste mansión producían á todos verdadero asombro.»

«El mismo Claudio Bernard decía: «El fisiologista no es un hombre de mundo, es un sabio, es un hombre abstraído por la idea científica que persigue; no oye los gritos de los animales, no ve la sangre que corre, no ve más que su idea, no advierte otra cosa que organismos que ocultan el problema que trata de resolver. El cirujano no se detiene al oír los sollozos, porque no se fija más que en el resultado de su operación. El anatomista, del mismo modo, es insensible porque está bajo la influencia de una idea científica, y persigue con fruición un nervio en las carnes pálidas y ensangrentadas que para cualquier otro hombre sería motivo de horror y repugnancia.» Delante de este cuadro, ¿se nos perdonarán nuestras audacias á nosotros, escritores naturalistas, que por amor á la verdad perseguimos á veces con delicia los desequilibrios y las sacudidas dolorosas de la pasión? ¿Se nos reprochará la sangre que hacemos correr, los sollozos que no evitamos á los lectores? Es que esperamos que la verdad salga del triste medio en que vivimos.

Tal es la alta figura de Claudio Bernard. Representa la ciencia moderna desdeñando á la retórica, con su análisis vigoroso y metódico, exento de toda concesión á lo desconocido. No admite ningún agente irracional, tal

como una revelación, una tradición, una autoridad convencional y arbitraria. Pretende que en el problema del hombre todo debe ser estudiado y aplicado por la experiencia y el análisis. En una palabra, que este hombre es la encarnación de la verdad probada. De aquí nace su influencia decisiva sobre su tiempo. Cada uno de sus descubrimientos significa un progreso de la inteligencia humana. Los discípulos le rodean. El deja multitud de documentos que serán útiles en el porvenir. Y ahora volved los ojos á M. Renan, al retórico que ha idealizado sus conocimientos y sus indagaciones de erudito. Evidentemente no es más que un poeta, un soñador rezagado. La fuerza del siglo está representada por Claudio Bernard. El magnífico esplendor poético, el lirismo de Víctor Hugo, no es más que una música soberbia al lado de las conquistas viriles de Claudio Bernard sobre el misterio de la vida, En tanto que el poeta lírico lo perturba todo, propaga el error y ensancha el campo de lo desconocido por pasear las locuras de su imaginación, el fisiologista reduce el campo de la mentira, deja un lugar cada vez más pequeño á la ignorancia humana, honra la razón y hace una obra de justicia. ¡Pues bien! En todo esto se encuentra la sola y verdadera moral. Tal espectáculo es el único que puede servir de gran lección y de acicate para los grandes pensamientos.

IV
Veamos ahora esa fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura. Empezaré por el argumento de los líricos: hay ciencia y hay poesía. Desde luego, es cierto, no vamos á suprimir á los poetas. Tratamos únicamente de colocarlos en su puesto y de establecer que no son ellos los que marchan á la cabeza del siglo, ni los que tienen el privilegio de la moral y del patriotismo.

En los primeros días de la humanidad, fué la poesía el sueño de la ciencia en los pueblos jóvenes. De dos facultades humanas, sentir y comprender, la primera hizo á los poetas y la segunda á los sabios. Tómese al hombre en la cuna; sólo tiene sentidos que funcionan; cada impresión es un éxtasis; no ve la realidad, la sueña. Después, á medida que crece, le domina la curiosidad, trabaja su inteligencia, aventura una hipótesis tras otra, se forma ideas más ó menos grandes, más ó menos exactas, del medio en que vive. A esa edad es poeta; el Universo no es para él más que un inmenso ideal en que pasan sus ensayos de comprensión. Más tarde, si imponen algunas nociones exactas, se reduce su ideal, acaba por acomodarlo en un cielo lejano y en oscuros orígenes de la vida. Pues bien; la historia de la humanidad es igual á la del hombre. El

ideal trae su origen de la primitiva ignorancia. A medida que adelanta la ciencia, retrocede el ideal. M. Renán lo transforma; el resultado es el mismo. No quiero entrar en la discusión filosófica, ni afirmar que la ciencia llegará á suprimir lo desconocido. No debemos preocuparnos de eso; nuestro deber es ir adelante en la conquista de la verdad; no necesitamos llegar á las últimas conclusiones. Nuestra lucha con los idealistas consiste sólo en que partimos de la observación y de la experiencia, mientras que ellos parten de lo absoluto. La ciencia es, pues, á decir verdad, la poesía explicada. El sabio es un poeta que sustituye las hipótesis de la imaginación por el exacto estudio de las cosas y de los seres. En nuestra época, sólo es cuestión de temperamento; unos, tienen el cerebro hecho de suerte que encuentran más agradables los antiguos sueños, ver el mundo á través de una especie de velo caprichoso en la visión de sus nervios excitados; otros, estiman que el único estado de verdad y de grandeza posible, para un individuo y para una nación, es tocar la realidad con los dedos, asentar nuestra inteligencia y los acontecimientos de nuestra vida sobre el sólido terreno de la verdad. Aquellos son los poetas líricos, los románticos, éstos los escritores naturalistas. Y el porvenir dependerá de la elección que hagan las generaciones de estos dos caminos. A la juventud toca decidir.

¡Cuánta necedad se ha dicho últimamente sobre la fórmula naturalista! En la prensa se ha formado una teoría es-

túpida que me tocaba personalmente. Vanamente me he esforzado, desde hace tres años, en explicar que yo no era innovador, que no llevaba una invención en el bolsillo. Mi papel ha sido el de un crítico que estudia su época, y deduce, con pruebas evidentes, la dirección que supone emprendida por el siglo. He encontrado la fórmula naturalista en el siglo XVIII, pero, si se quiere, nace en los primeros tiempos de la historia. La he presentado, soberbiamente aplicada, en nuestra literatura nacional, por Stendhal y por Balzac; he dicho que nuestra novela actual continuaba la obra de esos maestros, y he citado en primera línea á Gustavo Flaubert, á Edmundo y Julio de Goncourt y á Alfonso Daudet. Desde entonces, ¿dónde ha podido verse que yo inventaba una teoría para mi uso particular? ¿Quiénes son los necios que han imaginado presentarme como un vanidoso que quiere imponer su retórica y que funda en una obra suya todo el pasado y todo el porvenir de la literatura francesa?

Es, en verdad, el colmo de la ceguera y de la mala fe. ¿Se me entenderá hoy? ¿Se comprenderá que la fórmula científica de Claudio Bernard no es la misma fórmula de los escritores naturalistas? Esta fórmula es la del siglo entero. No me pertenece á mí, no soy tan loco que pretenda para mí la obra de un siglo de trabajo, la larguísima labor del genio humano. Mi humilde tarea se ha limitado á precisar la evolución actual, á separarla del período romántico, á limpiar bien

el terreno para establecer la lucha fatal que emprenden los idealistas y los naturalistas, y, en fin, á predecir la victoria de estos últimos. Fuera de estas discusiones teóricas, nunca me he presentado más que como el soldado más convencido de la verdad.

Sí, nuestra fórmula naturalista es la fórmula de los fisiólogos, de los químicos y de los físicos. El empleo de esta fórmula en nuestra literatura data del pasado siglo, desde los primeros albores de las modernas ciencias. El movimiento estaba hecho, la investigación universal tenía que venir. Veinte veces he hecho ya la historia de esa inmensa evolución que nos lleva al porvenir. Ella ha renovado la historia y la crítica; sacándolas del empirismo de las fórmulas escolásticas, ha transformado la novela y el drama, desde Diderot y Rousseau hasta Balzac y sus continuadores. ¿Pueden negarse los hechos? ¿No están ahí cien años de nuestra historia que presentan el espíritu científico destruyendo el orden clásico de otros siglos, empezando por la insurrección romántica y triunfando después con los escritores naturalistas? Otra vez diré que no soy yo el naturalismo; lo es todo escritor que, voluntaria ó involuntariamente, emplea la fórmula científica, comienza el estudio del mundo por la observación y el análisis, negando lo absoluto, lo ideal revelado é irracional. El naturalismo es Diderot, Rousseau, Balzac, Stendhal y otros veinte. Se hace de mí una grotesca caricatura. presentándome como un pontífice, como el maestro de una

escuela. No tenemos religión; no hay, pues, pontífices entre nosotros. En cuanto á nuestra escuela, es demasiado vasta para obedecer á un jefe. No es como la escuela romántica, que encarna en la fantasía individual, en el genio de un poeta. No vive de una retórica, existe por una fórmula; y por eso el día en que necesitemos un jefe, elegiremos á un sabio como Claudio Bernard. Si hace poco he tomado de M. Renan tantas ideas, era justamente para establecer, sobre pruebas tomadas á un idealista, que la fuerza del siglo está en la ciencia, en el naturalismo. Claudio Bernard: ese es nuestro hombre, el hombre de la fórmula científica, separado de la retórica, tal como lo ha representado el autor de la *Vida de Jesús*.

¿Puedo permitirme una anécdota personal? Un día daba yo á un periodista de mucho talento estas explicaciones, repitiéndole que jamás había yo tenido la necia ambición de hacer el papel de jefe de escuela. Añadía que, sin remontarme á Balzac, tenía en la literatura contemporánea mayores ilustres que podían mejor que yo apropiarse el título de maestros. Por último, hice notar que el error sobre mi supuesto orgullo venía sin duda de que yo era el abanderado de la idea científica. Pues bien, conforme hablaba, iba el periodista poniéndose serio y tomando un aire de disgusto y aburrimento. El que hasta entonces se había divertido mucho con el naturalismo, acabó por interrumpirme exclamando: «Cómo, ¿no es más que eso? Pues no me parece ya

extraño.» La frase era profunda. Desde el momento en que yo era razonable, en que no tenía en el bolsillo una religión estrambótica, no era ya extraño; desde el momento en que el naturalismo no se encarnaba en un retórico indecente y se extendía hasta convertirse en el movimiento intelectual del siglo, no merecía ya que se ocupasen de él.

Pues esa es la lucha de la estupidez: se ha pretendido, se pretende aún, que el naturalismo sea más una retórica indecente. Por más que he protestado y he dicho que los asuntos míos y mi forma en ciertos escritos no comprometían sino á mí y dejaban la fórmula intacta, sigue repitiéndose que el naturalismo es una invención que he lanzado para establecer *L'Assommoir* como una biblia. Esas gentes no ven más que la retórica. Siempre las palabras; no pueden imaginar nada detrás de las palabras. Ciertamente soy hombre de paz, pero siento un secreto deseo de estragular á los que dicen delante de mí: « ¡ Ah! sí, el naturalismo, las palabras soeces! »

¿Quién ha dicho semejante cosa? Yo me canso de repetir que el naturalismo no está en las palabras, que su fuerza está en la fórmula científica. ¿Cuántas veces me veré obligado á decir que es sencillamente el estudio de los seres y de las cosas sometidas á la observación y al análisis, fuera de toda idea preconcebida de lo absoluto. Después viene la cuestión retórica. Trataremos ahora de ello si queréis.

Más arriba he explicado cómo han venido los románticos, en mi opinión,

á satisfacer una necesidad especial de los retóricos, en el lenguaje. Esa extensión del diccionario era indispensable. Personalmente, me duelo á veces de que los poetas líricos se hayan visto obligados á hacer ese trabajo, al ver los especiales y extraños coloridos que han prestado al estilo; tenemos aún para algunos años, antes de que se equilibren esos materiales y lleguen á producir una lengua tan sólida como rica. Todos nosotros, los escritores de la segunda mitad del siglo, somos, pues, como estilistas, los hijos de los románticos. Esto no puede negarse. Han forjado un instrumento que nos han dejado en herencia y del cual nos servimos diariamente. Los mejores de los nuestros deben su retórica á los poetas y á los prosistas de 1830.

¿Pero quién duda que ha terminado ya el reinado de los retóricos? Ahora que nos han dado los instrumentos, desaparecen por completo. Y nosotros llegamos para llenar nuestro cometido. El terreno ha sido limpiado. La cuestión de la lengua no nos detiene ya, tenemos toda la libertad y todas las facilidades para emprender nuestro enorme trabajo. Es la hora de la visión clara, en que la idea se desprende de la forma: la forma nos la han dejado los románticos, una forma que tendremos que modificar y llevar al terreno de la lógica estricta, tratando, sin embargo, de conservar las riquezas que encierra: la idea se impone más y más; es la fórmula científica aplicada á todo, tanto á la política como á la literatura.

Es, pues, el naturalismo una fórmula pura, es el método analítico y experimental. Es naturalista el que emplea ese método, cualquiera que sea su retórica. Stendhal es un naturalista, como Balzac, y su sequedad de estilo no se parece nada á la amplitud, á veces épica, de Balzac; pero los dos proceden por análisis y por experiencia. Podría citar, en nuestros días, escritores cuyo temperamento literario parece enteramente opuesto y que se encuentran y coinciden juntos en la fórmula naturalista. Por eso el naturalismo no es una escuela, en el estrecho sentido de la palabra, y por eso no hay un jefe, pues deja el campo libre á todas las individualidades. Como el romanticismo, no se encierra en la retórica de un hombre ni en la loca fantasía de un grupo. Es la literatura abierta á todos los esfuerzos personales: reside en la evolución de la inteligencia humana de nuestra época. No exige que se escriba con determinado estilo, ni que se copie á tal ó cual maestro. Exígese á cada cual que busque y clasifique los documentos humanos que haya recogido, que descubra su parte en la verdad, con ayuda del método.

Aquí el escritor no es más que un hombre de ciencia. Su personalidad de artista se afirma después por su estilo. Eso es lo que constituye el arte. Se nos repite ese argumento estúpido: que nunca reproducimos exactamente la naturaleza. Es verdad que siempre mezclamos con ella nuestra humanidad, nuestro modo de entender. Sólo que hay un abismo entre el escritor

naturalista que va de lo conocido á lo desconocido, y el escritor idealista, que tiene la pretensión de ir de lo desconocido á lo conocido. Si no presentamos nunca á la naturaleza íntegra, damos por lo menos la naturaleza verdadera, vista á través de nuestra humanidad; mientras que los otros complican las desviaciones de su óptica personal con los errores de una naturaleza imaginaria, que aceptan empíricamente como si fuese verdadera naturaleza. Total: no les pedimos sino que estudien el mundo por el análisis, sin abandonar nada de su temperamento literario.

¿Existe una escuela más vasta? Sé que la idea arrastra á la forma. Por eso creo que el lenguaje cambiará mucho y abandonará la forma de 1830. Nosotros estamos condenados á repetir esa música; nuestros hijos se verán libres de ella. Yo deseo que lleguen á ese estilo científico, del cual hace M. Renan un elogio tan justificado. Ese sería el estilo enérgico de la literatura de la verdad, un estilo exento de la exuberancia romántica, con una solidez y una libertad clásicas. Hasta entonces haremos las frases de moda, pues nuestra educación romántica así lo exige; sólo que prepararemos el porvenir, coleccionando todos los documentos humanos que podamos, y llevando el análisis hasta donde nos lo permitan nuestros medios.

Ese es el naturalismo, y si esa palabra os asusta, si os parece más clara una perífrasis, la fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura.

V

Yo me dirijo á la juventud francesa; yo la conjuro para que reflexione antes de tomar el camino del idealismo ó del naturalismo, porque la grandeza de la nación y la salud de la patria dependen hoy día de su elección.

Se lleva á la juventud á aplaudir los versos sonoros del *Ruy Blas*, se le ofrecen los cánticos de M. Renan como una solución exacta de la filosofía y de la ciencia, y por ambos lados se la emborracha de lirismo, se le llena la cabeza de palabras, se desequilibra su sistema nervioso con esta música, hasta el punto de hacerle creer que la moral y el patriotismo consisten únicamente en las frases retóricas. Un diario republicano ha llegado á escribir: «Algunos que se engañaron al medir sus propias fuerzas han declarado la guerra á lo ideal; pero indudablemente serán vencidos.» ¡Ah, no es cierto! No somos nosotros los que hemos declarado la guerra á lo ideal, es el siglo entero, es la ciencia de los últimos cien años. De manera que el siglo será vencido, la ciencia será vencida, Claudio Bernard y todos sus discípulos serán vencidos. En verdad parece que se sueña cuando se leen afirmaciones tan pueriles en un periódico que se precia de ser serio y que parece no saber que la República existe actualmente por la fuerza de una fórmula científica. Ciertamente nada más

justo que aplaudir á Víctor Hugo y á M. Renan. Pero que no se diga á la juventud: «He aquí el pan de que debéis alimentaros para llegar á ser fuertes; nutrios de lo ideal y de la retórica para ser grandes.» Este es un consejo desastroso; no se vive de lo ideal y de la retórica, se vive de la ciencia. La ciencia hace retroceder lo ideal, la ciencia es la que prepara el siglo xx. Seremos más honrados, más dichosos, cuanto más la ciencia reduzca lo ideal, lo absoluto, lo desconocido, como se le quiera llamar.

Voy aún más lejos. Constituye esto una obra de sinceridad y de franqueza. M. Renan ha resucitado una dolorosa cuestión; nuestra derrota de 1870. Nos coloca delante nuestros vencedores, les acusa de no tener más que la cultura árida del espíritu, y exalta la cultura exquisita del antiguo espíritu francés. Si no hubiera en todo esto más que una lisonja á la Academia, la idea resultaría ingeniosa. Pero tenemos la evidencia de que se trata de una convicción profunda de M. Renan, que en una larga carta ha vuelto á establecer un paralelo entre las dos naciones, la una conquistando el mundo con su gracia y su delicadeza, la otra distanciándose de las demás naciones por su tiesura militar.

No voy á examinar de ningún modo lo que ocurre hoy en Alemania, y celebraré que no cambiemos de temperamento, lo cual, por otra parte, sería muy difícil. Si M. Renan quiere decir que debemos seguir siendo agradables, alegres y buenos convidados, tiene ra-

zón. Pero si quiere insinuar que la retórica y lo ideal son las solas armas con que vamos á conquistar el mundo, y que con ellos seremos tanto más fuertes y tanto más grandes cuanto más sumisos permanezcamos á la cultura francesa, representada por la Academia, yo afirmaré que ese criterio es peligroso para la nación. Lo que hay que confesar muy alto es que en 1870 fuimos derrotados por el espíritu científico.

Sin duda que la imbecilidad del Imperio nos lanzó sin preparación suficiente en una guerra rechazada por el país. ¿Pero acaso en otras ocasiones no venció la Francia falta de todos los elementos, sin tropa y sin dinero? Es evidente que la antigua cultura francesa, la alegría del ataque, las hermosas locuras del valor bastaban para asegurar la victoria. En 1870, por el contrario, nos estrellamos contra el método de un pueblo más pesado y menos bravo que nosotros; fuimos rechazados por grandes masas, lógicamente organizadas; fuimos dispersados por una aplicación de la fórmula científica al arte de la guerra, aparte de lo que pudiera influir una artillería más poderosa que la nuestra, un armamento más apropiado, una disciplina más estrecha, un empleo más inteligente de la fuerza. Pues bien; lo repito enfrente de los desastres, de las heridas que sangran todavía, el verdadero patriotismo consiste en comprender que los tiempos nuevos han llegado y que es necesario aceptar la fórmula científica sin soñar

en no sé qué contemplaciones idealistas. El espíritu científico nos ha derrotado; adoptemos el espíritu científico si queremos tomar el desquite. Los grandes capitanes no alcanzan la victoria con palabras, sino con hechos.

He aquí por qué los idealistas nos acusan de falta de patriotismo, á nosotros los naturalistas, hombres de ciencia. Es porque no rimamos odas, porque no empleamos palabras rimbombantes. La escuela romántica ha hecho del patriotismo una simple cuestión de retórica. Según ellos, para ser patriota es suficiente escribir la palabra «patria» en un drama ó una obra literaria y hacer ondear con frecuencia las banderas. De esta manera se pretende que los espíritus se ensanchen y la hora del desquite se aproxime. Siempre la misma cuestión de música. Esto no es, después de todo, más que una excitación sensual por las bellas acciones. Se agitan los nervios; pero no hay nada que hable á la inteligencia, á las facultades de comprensión y de aplicación. El papel que estos teóricos del patriotismo desempeñan, puede ser comparado al de una música militar entonando himnos patrióticos mientras los soldados se baten; la música les excita, les conmueve, les da valor, pero la excitación nerviosa no tiene más que una influencia relativa y accidental en la victoria. La victoria en los tiempos modernos se debe al genio técnico del general en jefe, á la mano que aplica á la guerra la fórmula científica de la época. Ved la historia de todos los grandes capitanes. Conducid á nuestra

juventud al sitio que ocupan los sabios, no los poetas, si queréis tener una juventud vigorosa. Los delirios del lirismo no pueden producir más que locuras heroicas, pero al fin locuras, y lo que necesitamos son soldados fuertes, sanos de espíritu y de cuerpo, marchando matemáticamente á la victoria. Utilizad si queréis la música de los retóricos, pero tened bien entendido que es simplemente una música. Nosotros somos los verdaderos patriotas, nosotros que queremos que Francia se inspire en la ciencia, desligada de las declamaciones líricas, engrandecida por el culto á lo verdadero, aplicando á todo la fórmula científica, en política como en literatura, en la economía social como en el arte de la guerra.

¡Si yo abordara la cuestión moral! Ya he demostrado que las gentes honradas no admitirían en su trato ni recibirían en sus salones ni uno solo de los personajes del *Ruy Blas*. No hay entre ellos más que canallas, caballeros de industria y mujeres adúlteras. Todo el repertorio romántico se encuentra entre el lodo y la sangre sin tener la excusa de conseguir una enseñanza, un solo documento de sus cadáveres ensangrentados.

La moral de los idealistas está en el aire, encima de los hechos; consiste en máximas aplicadas á las abstracciones. Es el ideal la medida común, un dogma de la virtud, y por esto muchas personas son virtuosas como ellos son católicos sin practicar. No quiero citar aquí ninguna personalidad, pero quiero hacer constar que los libertinos

hacen gala de los principios morales más rígidos. Tras de las grandes palabras, ¡qué inmoralidad más desnuda! El padre compartiendo con su hijo las caricias de sus queridas, la madre olvidando sus deberes en los brazos de los amigos de la casa.

Todavía hay hombres políticos que defienden la familia en sus periódicos, llegando al extremo de no tolerar una palabra atrevida, en tanto que se enriquecen merced á sus chanchullos financieros, y roban los unos, se emborrachan los otros, dando rienda suelta á sus apetitos de fortuna y ambición. Para estos pillos, el idealismo es un velo detrás del cual pueden permitirse todo género de excesos. Cuando se han cubierto con la careta del idealismo; cuando han oscurecido la luz de la verdad, creen estar seguros de no ser vistos, y alegran la noche que han producido con sus indecencias. Pretenden imponer silencio en nombre del ideal y ocultar las verdades demasiado crudas que les molestan; el ideal se convierte en una policía, en una prohibición de tocar ciertos asuntos, en un lazo que sujeta al pueblo para que se conserve honesto, mientras los maliciosos sonríen escépticamente y hacen todo aquello que prohíben á los demás. Se descubre toda la miseria de esa moral dogmática que tanto ruido produce en la retórica de los poetas, que se aplaude con tanto entusiasmo como á una bailarina, y que se olvida en cuanto se le vuelve la espalda. No es más que una música de honestidad que resulta bien ante el público en un teatro,

pero que se aprecia individualmente de diferente modo. Nadie se hace bueno ni malo al salir; los unos vuelven á sus vicios, y el mundo sigue su curso natural. Todo lo que no se funda en los hechos, todo lo que no está demostrado por la experiencia, carece de valor práctico.

Se nos acusa de faltar á la moral, á nosotros, escritores naturalistas, y ciertamente faltamos á esa moral de pura retórica. Nuestra moral es la que Claudio Bernard ha definido claramente. «La moral moderna busca las causas y trata de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, procurar el desenvolvimiento del uno, y luchar con el otro para estirparlo y destruirlo.» Toda la alta y severa filosofía de nuestras obras naturalistas se encuentra admirablemente sintetizada en estas líneas. Buscamos las causas del mal social, hacemos la anatomía de las clases y de los individuos, para explicar los desequilibrios que se producen en la sociedad y en el hombre. Esto nos obliga á descender á las miserias y las locuras humanas. Aportamos los documentos necesarios para que se pueda, una vez conocidos, dominar el bien y el mal. He aquí lo que nosotros hemos visto, observado y explicado con toda sinceridad: después de esto, el legislador es el que tiene la obligación de procurar el desenvolvimiento del bien y luchar con el mal para destruirlo y estirparlo. Ninguna misión es tan moralizadora como la nuestra, puesto que la ley tiene que fundamentarse en nuestras conclusiones.

Nuestra virtud está en los hechos y no en las palabras; somos los obreros que revisamos el edificio, indicando los materiales podridos que hay en él, y que pueden de un momento á otro producir la ruina.

¿No es este un trabajo más útil, más serio y más digno que el de coger la lira y alentar á la humanidad con sus acordes? ¡Ah si yo estableciera un paralelo entre las obras románticas y las obras naturalistas! El idealismo engendra todo género de fantasías perjudiciales; el idealismo es quien arroja á la joven en brazos del primer hombre que encuentra en su camino; es el idealismo quien hace adúlteras á las mujeres. Desde el momento que se abandona el terreno sólido de la verdad, se nos lanza á todas las monstruosidades. Coged las novelas y los dramas románticos, y estudiadlos bajo este punto de vista; encontraréis en ellos los refinamientos más vergonzosos de la carne, las enfermedades más repugnantes del cuerpo y del espíritu. Sin duda todas estas suciedades están amparadas bajo un vistoso pabellón.

Sin duda esas inmundicias están brillantemente revestidas. Son alcobas indecentes que se han cerrado con colgaduras de seda; pero yo sostengo que esos velos, esas reticencias, esas infamias ocultas ofrecen un peligro mayor, porque el lector puede concebirlas á su gusto, puede alargarlas y abandonarse á ellos como á una recreación deliciosa y lícita. Con las obras naturalistas es imposible esa hipocresía del vicio. Espantan quizá, pero no corrompen. La

verdad no perjudica á nadie. Si se les prohíbe á los niños es porque están hechas para hombres, y los que las lean sacarán un provecho evidente. Estas son ideas sencillas é irrefutables, sobre las que todo el mundo debiera estar de acuerdo. Se nos llama corruptores; nada hay más necio. Los corruptores son los idealistas, que mienten.

Precisamente se nos discute con tanto ahinco porque turbamos á mucha gente en sus secretos placeres. Es duro el renunciar al veneno que nos ofrece el ideal, á ese paraíso sensual, en que las ventanas están herméticamente cerradas. Allí se entraba por un postigo y se encontraban en mitad del día oscuros cuartos iluminados por bujías. Aquello no era la vida ordinaria, la tierra con su idéntico y eterno aspecto; se encontraba uno en medio de una voluptuosidad escondida. Nosotros destruimos ese lugar inmundo, y es natural que se enfaden. ¡Además había un ruido tan monótono en las frases de los retóricos, un estremecimiento tan agradable en el lirismo de los poetas románticos! Toda la juventud se abandonaba á ellos como se abandona uno á los placeres fáciles. Dedicarse á la ciencia, entrar en el austero laboratorio del sabio, abandonar sus sueños tan dulces por terribles verdades, eso hace temblar á los colegiales de ayer. Todos quieren vivir algunos años en el hermoso error. Por eso parte de la juventud es hoy todavía partidaria del lirismo. Pero el movimiento está dado, la fórmula científica se impone, son muchos los que la aceptan ya. Es el

mañana, que se prepara. Los que nacen hoy no deben olvidar que serán los hombres del siglo xx. Que los poetas idealistas canten lo desconocido, pero que nos dejen á los escritores naturalistas rechazar ese desconocido todo lo que podamos. No extremo mi razonamiento hasta el punto de predecir el próximo fin de la poesía. Sólo concedo á la poesía el papel de orquesta; los poetas pueden seguir haciendo música mientras nosotros trabajamos.

Ahora sólo me falta la conclusión. Acabaré diciendo cuál debe ser, en mi opinión, la situación y el papel de Francia en la Europa moderna. Hemos reinado durante mucho tiempo sobre las naciones. ¿En qué consiste, pues, que nuestra influencia decrece en el día? En que después de la tormenta de nuestra revolución, no nos hemos dedicado al oficio de sabios que los nuevos tiempos nos exigían. Es cierto que tenemos en la raza el genio que encuentra y que impone la verdad por un acto de brusca iniciativa. Lo que después nos falta es el método, la aplicación lógica de la ley enérgicamente formulada en un día de crisis. Somos capaces de construir un faro que ilumine el mundo, y al día siguiente navegaremos en las tinieblas, nos perderemos en declamaciones líricas, despreciaremos los hechos para ahogarnos en un oscuro ideal. Por eso nosotros, que deberíamos estar en la cúspide, después de las semillas de la verdad que sin cesar hemos echado al viento, estamos á estas horas achicados, aplastados por las razas más pesadas y más

metódicas. Pues bien: nuestro camino está trazado si queremos volver á reinar. Basta con que resueltamente penetremos en la ciencia. Basta de lirismo, basta de palabras huecas; queremos hechos, necesitamos documentos. El imperio del mundo será de la nación que emplee la observación más clara y el análisis más poderoso. Obsérvese que todas las cualidades de la raza de que habla M. Renan pueden emplearse en ello; no se trata de ser pedante, de desechar el carácter alegre, de estropear nuestras conquistas con la seriedad y la tiesura militar; seremos más fuertes si las empleamos en el triunfo de la libertad, con la generosidad del temperamento que nos es propio. Que la juventud francesa me entienda; ese es el verdadero patriotismo. Aplicando la fórmula científica, reconquistará la Alsacia y la Lorena.

EMILIO ZOLA.

DE ULTRATUMBA

(ROMANCE CATALÁN DE ÀNGEL GUIMERÀ)

Doce campanadas suenan;
Es media noche por filo;
Las losas del cementerio
Levántanse á un tiempo mismo.
Crujiendo cual leña seca,
De los sepulcros salimos;
Para hablar de lo pasado
Formamos tristes corrillos.
Acongójame el recuerdo
De los seres que he querido,
Y los dedos descarnados
Llevo á los ojos vacíos.
Pero el vigilante gallo
Nuncia el albor matutino,
Retumba en mi cráneo hueco
Y me despierta ese grito.
Tiene un muerto cada huesa;
Hundiéronse los amigos;
Me distraje, pasó la hora
Y la luz me ha sorprendido.
Volver á mi tumba quiero,
Y encuentro cerrado el nicho...
Canta alegre la cigarra,
Triunfal brilla el sol de estío.

La puerta del cementerio,
Entre cipreses sombríos,
Cual ojo turbio, con una
Guadaña por ceja miro.
Envuélvome en el sudario,
Cabizbajo y pensativo;
Impúlsame un sortilegio,
Y á esa puerta me encamino.
Ya veo el frondoso valle
Y el lugar donde he nacido,
El campanario, la casa
De mi mujer y mis hijos.
Allí están los que me lloran,
Allí está mi regocijo...
¡Hedme aquí! ¡Volved los ojos,
Querida esposa, hijos míos!
Anda que andarás, al pueblo
Natal la marcha dirijo;
Salen ya los jornaleros;
Paso entre ellos sin ser visto.
Aquí está la era del baile,
Allá la fuente del tilo...
¡Cómo charlan las comadres
En los poyos del camino!

Esta es mi casa. ¡ Parece
 Que el corazón me ha latido !
 Sorprender á todos quiero ;
 Entraré sin advertírselo.
 Por esa escalera, un día
 Dos fantasmas, dos vestiglos,
 Bajáronme, dando tumbos,
 En caja estrecha metido.
 Junto á la mesa de roble
 Sentados veo á mis hijos.
 ¡ Cuán medrados, cuán hermosos
 Desde que no los he visto !
 El oro que les dejara
 Sacan del arcón antiguo ;
 Ríe el uno, canta la otra,
 Y ambos lo cuentan solícitos.
 En el cuarto de la izquierda
 Oigo apagado suspiro :
 Fué mi cámara de bodas ;
 ¡ Ya voy, esposa, amor mío !
 El color de las paredes
 Y del techo aún es el mismo ;
 Los pilares de la cama
 Cubre igual el blanco lino.
 La ventana está entornada,

Escasa luz da el resquicio ;
 Algo en el silencio escucho,
 Nada en la sombra distingo.
 La cortina de la alcoba
 Alguien por dentro ha movido ;
 Cójola febril, arráncola,
 Caigo al suelo, dando un grito.
 ¡ Dios me valga ! ¡ No está sola
 La que es madre de mis hijos.
 Ahora sé por qué en la tumba
 Mi cuerpo se ha consumido.
 Levantarme quiero, y me hallo
 De cuatro tablas cautivo ;
 Quiero ver, abro los ojos,
 Y sombras no más diviso.
 Quiero hablar, tender los brazos,
 Y están sobre el pecho rígidos ;
 Mis manos ata un rosario
 Y estrechan un crucifijo.
 ¡ Otra vez la sepultura,
 La soledad, el olvido !...
 ¡ Gracias, Señor ! He soñado
 Que aún estaba entre los vivos.

TEODORO LLORENTE.

LA MÚSICA DE LA LENGUA CASTELLANA

(DISCURSO PRONUNCIADO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

SEÑORES ACADÉMICOS:

Siempre que me he presentado al público, empuñando la batuta para estrenar mis obras ó para interpretar las de otros autores, lo hice con temor de no acertar á cumplir bien mi cometido. No obstante, entonces, aunque la obra ó la dirección me correspondían, no era yo quien hablaba, eran las masas de voces y de orquestas que hablaban por mí, y esto atenuaba en parte mi responsabilidad, dándome algún valor para arrostrar los fallos de la opinión pública. Pero hoy que en el actual concierto la composición y la voz son exclusivamente mías; hoy que debo usar un lenguaje diferente de aquel á que estoy acostumbrado, y hablar no al abigarrado público de un teatro, sino á esta reunión de literatos insignes y de sabios pro-

fundos, no es ya temor el que siento, sino miedo cerval, bien justificado, porque comparo mi pequeñez con vuestra grandeza.

Este miedo todavía se me acrecienta, cuando considero que vengo á sustituir al Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón, al insigne ingenio cuya pérdida lamentamos juntamente sus buenos amigos y la literatura patria.

Si no fuera porque la costumbre establecida manda que el nuevo académico haga el elogio de aquel á quien reemplaza, yo me abstendría de hablaros de Alarcón; porque si los elogios parecen más merecidos cuanto mayor es la competencia de quien los hace, ¿quién soy yo, pobre músico, para meterme en tales honduras literarias?... Vengan, pues, los críticos eminentes, y ellos

harán resaltar el mérito que encierran aquel *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, aquella *Alpujarra*, aquel *Niño de la Bola*, aquel *Sombrero de tres picos* y aquella multitud de novelas, poesías y artículos diversos, donde resplandecen la prestancia de ingenio, el estilo ameno característico y las sales de la Tierra de María Santísima, patria del poeta. Esto y mucho más podrán decir los críticos; yo digo tan sólo que las obras de aquél á quien cariñosamente llamábamos Perico Alarcón, han sido y son mi encanto; y al decir esto, me parece que doy una prueba de no tener mal gusto.

Os hubiera sido muy difícil, si no imposible, señores académicos, encontrar lejos de vosotros un escritor que pudiera sustituir con ventaja á Alarcón, dado el carácter especial de sus obras. Por ello quizás pensásteis reemplazarlo con quien respondiera á otro orden de ideas que, siendo diferentes de las del malogrado novelista, tuvieran conexión con vuestros habituales trabajos académicos. Así accedisteis á mi antigua y reiterada pretensión, y me otorgásteis vuestros votos trayéndome á este sitio, donde me considero honrado y enaltecido con extremo; pero no penséis que me suceda lo que al asno cargado de reliquias, porque demasia-

do bien comprendo que la honra que me hacéis, corresponde, antes que á mi humilde persona, á lo que en cierto modo vengo aquí á representar, al divino Arte de la Música, cuyos principales elementos, *sonido* y *ritmo*, lo son también de nuestra armoniosa y rica lengua castellana. Hállome, pues, doblemente agradecido: primero, porque honráis al arte que profeso, y luego, porque me habéis elegido para representarlo, cuando fuera de aquí pudiérais haber encontrado artistas que me superan en merecimientos.

Por consiguiente: suponiendo que me admitís en vuestra compañía en concepto de literato musical, parece que en el caso presente se impone el tema de mi discurso, y que éste deberá versar sobre *la música de la lengua castellana*.

Vastísimo es el asunto y muy corta mi erudición para desarrollarlo como es debido. Yo podría traer en mi auxilio las opiniones de muchos fisiólogos y gramáticos que lo han estudiado analíticamente; pero como esto sería más propio de una cátedra que de este lugar, prefiero presentaros un cuadro sintético de observaciones generales, ya sean tomadas de autores eminentes, ó ya producto de mi pobre ingenio.

He dicho antes que los principales elementos de la música y del

lenguaje son el *sonido* y el *ritmo*. Para el primero, la Divina Providencia dotó á la humanidad del instrumento músico más prodigioso que se puede imaginar: la voz humana. Esta la colocan los fisiólogos en la categoría de los instrumentos de lengüeta, aunque yo creo que tal clasificación, si bien responde á una de las funciones principales del órgano vocal, no abarca otras muchas de gran importancia que concurren á la formación del sonido, y que difieren por completo de las que se producen con los instrumentos artificiales de lengüeta. Con la voz se grita, se canta, se habla, se silba, se imitan las voces de los irracionales y hasta se producen ruidos diversos.

Para tan prodigiosa variedad cuenta la voz con otro órgano importantísimo, con el oído, cuyas funciones se hallan tan íntimamente relacionadas con ella, que si él falta, queda reducida casi á la nulidad: así se advierte en los sordos de nacimiento, que si acaso á fuerza de trabajo y de estudio llegan á pronunciar algunas palabras, éstas resultan siempre desentonadas y de imperfecta articulación.

La voz y el oído obedecen al agente más poderoso para hacerlos funcionar, al alma; y aquí me abstendré de hacer comentarios, porque no tengo alas para remontarme

á las supremas regiones de la filosofía, diré tan sólo con un célebre fisiólogo, que la palabra es la expresión más sublime del humano espíritu; y respecto á nuestro idioma, aplicaré aquel verso de Cervantes, diciendo que

«de lengua en lengua y de una en otra gente»

fué formándose, hasta llegar á nosotros tan copioso, tan sonoro y tan ricamente adornado como lo tenemos.

Sus elementos musicales de primera importancia residen en las cinco letras vocales del alfabeto, cuyo valor tonal ha sido apreciado en nuestros días por el célebre profesor de la Universidad de Heidelberg, el insigne Helmholtz, quien no sólo ha sabido calificar el tono de cada una, sino también sus resonancias ó sonidos armónicos, que caracterizan los diversos timbres.

A las letras vocales se unen las llamadas consonantes, que, si no representan sonidos tan musicales como aquellas, pueden definirse como un fenómeno sonoro, ruido ó murmullo, caracterizado por el movimiento de diferentes partes del organismo vocal. Esta Academia en su Gramática las clasifica, según el órgano que determina su pronunciación, en seis grupos, y las da el título muy propio de *articulaciones*. Así como el sonido de las vocales

puede prolongarse cuanto permita el aliento, entre las consonantes hay algunas que podrían considerarse como *semivocales*, por ser capaces de análoga prolongación: éstas dice la Academia que son la *efe*, la *jota*, la *erre*, la *ese* y la *zeta*, á las cuales me atrevo á añadir la *ele* y la *ene* finales de sílaba, y doy á todas siete el título de *resonantes*, que me parece adecuado.

He aquí los elementos fonéticos de nuestra lengua, con los cuales se forman sílabas y vocablos, que obedecen á las leyes de la melodía, tan simpáticas al pueblo castellano.

A estos primeros elementos hay que agregar otro que no es de sonido, sino de fuerza, pero que se une á ellos con tal precisión, que no hay palabra de dos ó más sílabas que no lo tenga: este es el llamado *acento*, que consiste en el esfuerzo relativo con que se pronuncia determinada sílaba de cada dicción; siendo el acento, por esta circunstancia, el principal generador del *ritmo*.

Los músicos dividimos nuestro *compás binario* en dos tiempos ó movimientos de la mano, que se llaman *dar* y *alzar*, ó *tiempo fuerte* y *tiempo débil* (los antiguos los denominaban *thesis* y *arsis*); por consecuencia, todas las palabras agudas, llanas y esdrújulas de que se compone nuestra lengua, se explican

por medio del ritmo musical, diciendo que las sílabas acentuadas son los *tiempos fuertes*, y las no acentuadas los *tiempos débiles* del compás binario.

Casi todos los gramáticos españoles antiguos y la mayoría de los modernos, han confundido el *acento* con la *cantidad* y el *tono*, porque educados en el estudio de las lenguas griega y latina, no se han fijado en la gran diferencia que hay de aquéllas á la nuestra: aquéllas eran esencialmente rítmicas, sus sílabas tenían un valor determinado, eran largas ó breves, de modo que el lenguaje resultaba mucho más cadencioso que el nuestro, y sujeto, por decirlo así, á una pauta invariable, la cual, sin embargo, no está bien averiguado en qué consistía. Nuestra lengua también tiene su ritmo, pero no es idéntico al de las antiguas, del cual hemos perdido algo, pero en cambio hemos ganado mucho en acentuación melódica, pudiendo con razón decirse que la lengua castellana es una verdadera melodía.

Su *cantidad* prosódica está por fijar, pues la denominación de *largas* ó *breves* que se da generalmente á las vocales acentuadas, según los casos, no puede admitirse en absoluto ni como regla general, por la multitud de excepciones á que se presta. Yo creo que para tal estudio

puede ser la música un poderoso auxiliar; y aun con ella tal vez no se podrán fijar las reglas de la *cantidad*, puesto que han de ser dependientes de las múltiples y varias inflexiones de la voz, según el énfasis que se quiera dar á la palabra; lo que parece más cierto es que la *cantidad*, aunque en mayor ó menor grado, acompaña generalmente al *acento*; éste es independiente de ella en muchísimos casos, como lo es también del *tono*, que se ha querido confundir con él; pero, entendiéndose bien, que en cuanto voy diciendo, me refiero al acento exclusivamente rítmico, es decir, al *tiempo fuerte* del compás, tal y como se percibe en el toque de marcha de un tambor, en las palmadas con que se acompañan algunas canciones ó bailes populares, y en otros muchos ruidos acompasados, en los cuales ni la cantidad ni el tono tienen intervención alguna.

Siendo la voz humana el instrumento músico perfecto, con el cual expresamos nuestras ideas, claro es que el lenguaje ha de tener por precisión los sonidos ó tonos adecuados al objeto, y tan variados cuan diferentes sean las sílabas que pronunciamos. Muchos gramáticos establecen, como regla general, que á la sílaba acentuada de cada vocablo se le dé un tono más alto que á las no acentuadas; pero esto, más bien

que producto de atenta y razonable observación, parece reminiscencia de la teoría de los gramáticos antiguos. En el siglo xvi el P. Miguel Salinas daba esta definición: «Acento es alzamiento ó abajamiento, ó alzamiento y abajamiento de la sílaba pronunciándola. Si es alzamiento, se llama acento agudo. Si abajamiento, se llama acento grave. Si alzamiento y abajamiento, se llama acento circunflejo.» Hoy, que han quedado en desuso los acentos llamados grave y circunflejo, quieren los gramáticos que se conserve el agudo con la sola cualidad del *alzamiento* que le daban los antiguos; pero esto no puede admitirse en buena crítica, porque el oído, juez supremo en la materia, nos hace comprender que á las sílabas acentuadas les damos una entonación igual, ó más alta ó más baja que á las no acentuadas, según conviene á la expresión de cada vocablo, y esto sin perjuicio de que el acento conserve en todo caso su cualidad del esfuerzo ó intensidad relativa que le es propia.

Me he extendido quizás demasiado en las antedichas observaciones, por exponer mis ideas relativas á los elementos principales de la prosodia; pero no analizaré ahora lo concerniente á la *melodía* ni á la *armonía* de los vocablos y períodos, porque sólo con decir que ambas

figuran precisamente en ellos, basta para probar su influencia prosódico-musical en el lenguaje.

En éste hay otro elemento que ha sido muy poco estudiado por los gramáticos, y que, sin embargo, excitó vivamente mi curiosidad desde que empecé á ocuparme en la enseñanza del canto; me refiero á la respiración humana, ó sea á la importancia rítmica del aliento, como factor de la división conveniente de las frases, cláusulas y períodos. A propósito de este asunto, un distinguido retórico dice textualmente: «La cabida ó extensión natural de un período tiene su medida señalada en los límites de nuestro aliento, de nuestro oído y de nuestra memoria, pero no en el arte, que en esto ha de estar en armonía con las fuerzas de nuestros sentidos.»

Conforme yo con esta teoría, creo que aún puede ampliarse, dando como regla general que cada inciso, cláusula ó período, conste del número de vocablos proporcionado á la presteza ó lentitud y á las pausas ó divisiones que requiera el discurso, á fin de que éste resulte siempre armónico, y, sobre todo, de fácil pronunciación.

Para dichas pausas ó divisiones, tiene la ortografía los signos de puntuación, coma, punto y coma, dos puntos, punto final y puntos

suspensivos, que pueden considerarse como figuras musicales, correspondiendo respectivamente á los silencios de *corchea*, de *negra*, de *blanca* y de *redonda*, y al *calderón* ó *punto de reposo*.

De la oportuna reunión de todos los elementos que acabo de enumerar, y aun de otros accesorios que ahora omito, nace el *ritmo* literario-musical, cuya definición, según esta Academia, es: «Grata y armoniosa combinación, y sucesión de voces y cláusulas, y de pausas y cortes, en el lenguaje poético y prosáico.»

He calificado esta definición de literario-musical, porque á pesar de que el ritmo en música tiene una aplicación más concreta que en el lenguaje, la poesía puede considerarse como especie de música, por el número fijo de sílabas, por la colocación de los acentos, por la asonancia ó consonancia y por el isocronismo de las frases y períodos.

El ritmo de la prosa no es isócrono, pero tampoco es tan libre como generalmente se le supone; porque, aparte las condiciones de que antes me hice cargo al tratar del aliento, obedece á las leyes de la melodía, resultantes de la variedad de sonidos en un tiempo dado, y obedece también á las de la cadencia, empleando oportunamente frases cuyo número y acentuación constituyen

diferentes metros. Sobre todo, hay que atender á que siendo el ritmo parte integrante del sentido del oído, éste ha de ser el juez competente de la armonía de todo buen discurso, así en prosa como en verso, ó lo que es consiguiente, que para ser buen escritor, es indispensable tener buen oído músico: y esto no es decir que los músicos seamos buenos escritores.

Entre los prosistas más notables de nuestra edad de oro literaria se cuenta uno que, si no era músico, era tan amante de la melodía del lenguaje, que en ella pensaba cuando escribía; me refiero á Cervantes: en su inmortal libro de *Don Quijote* hallamos que el protagonista confirmó á la señora de sus pensamientos con el dulce nombre de *DULCINEA*, nombre (dice Cervantes) á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto: y tocante al caballo, dice anteriormente: *Después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.*

Este solo periodo prueba lo mu-

cho que Cervantes se preocupaba con los nombres musicales; así hallamos en su obra los muy melodiosos de *Dulcinea*, *Luscinda*, *Dorotea* y *Altisidora*, y los rimbombantes burlescos de *Alifanfarrón de la Trapobana*, *Pentapolin Garamanta* y *Brandabarbaran de Boliche*; y además vemos la elegancia enfónica y rítmica con que entrelaza las frases de su novela. Sirva de ejemplo este periodo de prosa que dice:

*Procurad también
que leyendo vuestra historia
el melancólico se mueva á risa,
el risueño la acreciente,
el simple no se enfade,
el discreto se admire de la invención,
el grave no la desprecie,
ni el prudente deje de alabarla.*

Analizando este periodo, lo hallamos compuesto de ocho versos, tres de los cuales (segundo, cuarto y sétimo) son octosílabos: y en otro lugar, la prosa llega á convertirse en una verdadera copla del mismo metro, y hasta con su asonancia correspondiente, cuando dice aquello del gigante *Caraculiambro*, á quien venció en singular batalla
*el jamás como se debe
alabado caballero*
Don Quijote de la Mancha.

Los preceptistas criticarán esto como una falta que no debe cometerse en la prosa; pero me parece

que á un Cervantes se le puede perdonar este desahogo poético musical, siquiera porque dice en su libro que *donde hay música no puede haber cosa mala.*

Por otra parte, en nuestro lenguaje es tan natural y tan frecuente la construcción de oraciones ó frases que forman versos octosilabos, que por esto sin duda somos tan ricos en romances de todos géneros y en coplas que se adaptan á nuestras melodías populares. Hace pocos días que delante de mi casa cantaba un pobre ciego esta sentida copla:

«Veintidós años tenía
Cuando la vista perdí,
Señoras y caballeros
Tened compasión de mí.»

Este pobre decía en verso lo que no hubiera podido decir con más naturalidad en prosa; al contrario de otro sujeto, que fijó en la puerta de su tienda un cartelillo, en el que aparecía escrita como prosa, esta que le resultó perfecta redondilla:

«Esta tienda se traspasa
Con permiso del casero:
Dará razón el portero,
Que vive en la misma casa.»

Traslado estos ejemplos y otros muchos análogos que podría citar, á los señores que opinan que la forma poética está llamada á des-

aparecer; y pidiendo se me perdone esta digresión, vuelvo á mi asunto.

Después de haber leído con atención muchos tratados de prosodia, se comprende la gran dificultad de llegar, con el auxilio de sus reglas, á adquirir perfecto conocimiento de las leyes que rigen la melodía de nuestro idioma. Casi todos los referidos tratados se fundan en la confusión del acento con la cantidad y el tono, dando á nuestras sílabas el nombre y valor de *largas* ó *breves*, á la manera de las lenguas griega y latina. Sobre ello ya dejo atrás indicadas mis ideas contrarias á tal confusión; pero todavía voy á ampliarlas, por ser el asunto de gran importancia para la música de la lengua castellana.

Una de las reglas que se dan, con referencia á las cinco letras vocales, es la de que la escala gradual *en la sonoridad y fuerza* de las mismas, es esta: *a, o, e, i, u*, y se añade que son fuertes *a, o, e*, y débiles *i, u*. Esta clasificación podrá tal vez ser acertada por lo tocante á los diptongos y triptongos, pero es errónea en absoluto, porque *la sonoridad* varía según la expresión; *la fuerza* es el acento, y tanto la una como el otro, pueden residir en cualquiera de las vocales, aun convirtiendo en fuertes las llamadas débiles y viceversa; sirva de ejem-

plo este villancico, letra y música de Juan del Enzina:

¿A quién debo yo llamar

Vida mía,

Sino á ti, Virgen María?

Todos te deben servir,

Virgen y Madre de Dios,

Que siempre ruegas por nos

Y tú nos haces vivir.

Nunca me verán decir

Vida mía,

Sino á ti, Virgen María.

.....

Los retóricos se han apoderado de una figura que, en rigor, corresponde á la prosodia; me refiero á la onomatopeya, cuyo oficio es formar vocablos que imiten el sonido de las cosas con ellos significadas; lo cual equivale á decir que la tal figura entra de lleno en la titulada *armonía imitativa*, y por consiguiente en la música del idioma. Si no temiera alargar demasiado este discurso, haría varias reflexiones sobre la conveniencia de ensanchar los límites de la definición de la onomatopeya; pero me limitaré á recordar un romance antiguo, cuyo estribillo onomatopéyico es un modelo de armonía imitativa. Empieza el romance:

A los piés de Don Enrique

Yace muerto el rey Don Pedro,

Más que por su valentía,

Por voluntad de los cielos.

Al envainar el puñal

El pié le puso en el cuello,

Que aun allí no está seguro

De aquel invencible cuerpo.

Riñeron los dos hermanos,

Y de tal suerte riñeron,

Que fuera Caín el vivo

A no haberlo sido el muerto.

Los ejércitos movidos

A compasión y contento,

Mezclados unos con otros

Corren á ver el suceso;

Y los de Enrique

Cantan, repican y gritan:

¡ Viva Enrique!; y los de Pedro

Clamorean, doblan, lloran

Su rey muerto.

.....

¡Qué hermosa imitación, y qué bello contraste musical de gozo y de tristeza de los soldados, de alegre repique y de fúnebre clamor de las campanas!...

Y los de Enrique

Cantan, repican y gritan:

¡ Viva Enrique!; y los de Pedro

Clamorean, doblan, lloran

Su rey muerto.

He aquí la onomatopeya en su elocuente significación; pero yo creo que así como con ella se imitan voces ó instrumentos, hay otra especie de onomatopeya imitadora de ideas ó de apetitos, por medio de la melodía de las palabras y del ritmo armónico de las frases. A propósito de esto, se me viene á la memoria que hará unos cincuenta años que en nuestra *Sociedad del Instituto Español* un conocido poeta, Juan Martínez Villergas, leyó su poema descriptivo de la fabulosa ciudad de

Jauja, de la cual, entre otras cosas, decía:

«Se asienta Jáuja con fulgente brillo,
Admiración de la lejána Europa,
Cual en la mesa el plácido membrillo,
Cual néctar dulce en cristalina copa;
Cual sobre el agua el blando azucarillo,
Cual sobre el vino la exquisita sopa,
Y como la canela esparramada
Sobre la rica leche amerengada.

Prados de almibarada y fresca hierba
Con montones de azúcar los rastrojos;
Estanques mil, de frutas en conserva;
Valles que dan confites por abrojos.
Tanta dulzura en fin allí se observa,
Que la ciudad de Jáuja fué á mis ojos,
Más que ciudad galana y pintoresca,
Una confitería gigantesca.»

El efecto producido por este poema fué tal, que la confitera establecida en la antesala tuvo que reponer dos veces sus provisiones, para satisfacer el apetito goloso de la concurrencia. Prueba evidente de la fuerza con que un escritor logra imponer al público sus ideas, cuando las viste con las galas de la melodía.

Pero ¿son iguales la melodía de la palabra y la del canto?... He aquí una pregunta contestada negativamente por todos los fisiólogos y gramáticos, sobre la cual voy á permitirme hacer algunas observaciones.

La voz humana produce, por lo general, sonidos apreciables musicalmente en la extensión de dos oc-

tavas, sin contar el exceso de los gritos en la extremidad más aguda, ni la especie de ronquidos en la más grave. Esta voz se divide en dos registros llamados *de pecho* y *de falsete*, siendo el de pecho el de la parte inferior.

El que habla, escoge instintivamente para ello el registro que requiere menos fuerza pulmonar y menos trabajo para los órganos vocales; y como á estas condiciones responde naturalmente el registro de pecho, en éste funda su tonalidad ó base tonal de sus palabras. De aquí la creencia general de que la voz parlante no pasa del intervalo de una *quinta*, ó sean tres tonos y medio de la escala, lo cual no es exacto, porque si bien esa tonalidad de la referida *quinta* es el punto de apoyo y centro del discurso, éste se extiende produciendo sonidos más altos ó más bajos, según conviene á la expresión de las palabras.

En el lenguaje se puede establecer una gradación, con arreglo al uso vario que de él hacemos: en el primer grado se puede colocar el lenguaje que yo llamo *murmurante*, como por ejemplo, los Padrenuestros y Avemarias del Santo Rosario, que se rezan por lo general en tono bajo y con monotonía de pronunciación; en segundo grado está el lenguaje familiar íntimo, que ya

tiene varios tonos, pero encerrados en el registro menos armónico de la voz; luego el lenguaje cortesano toma un carácter más musical, y si se habla en público, ya suben sus tonos hasta el de la oratoria y la declamación; viene por fin la poesía con sus acentos, su número y su consonancia á colocarse en el más alto grado de la melodía parlante, que llega casi á confundirse con la melodía musical; y digo esto, por ser muy notorio que la palabra griega *prosodia* significa *cuasi canto*.

Dícese generalmente que la música de la voz parlante no puede apreciarla el oído, porque la voz recorre con tal rapidez intervalos extremadamente cercanos los unos á los otros, que se confunden, sin que puedan ser definidos musicalmente. Esto es muy cierto; pero no lo es menos que si se advierte tal confusión, cuando se habla con rapidez y poca fuerza en la parte baja ó media del registro de pecho, al paso que va elevándose el tono y dándose más fuerza ó énfasis á la palabra, va determinándose más claramente la tonalidad musical, como sucede en los pregones de los vendedores ambulantes, cuyos sonidos musicales se hacen bien perceptibles. En todo caso, aunque no pueda determinarse con exactitud la nota musical de cada sílaba, siempre se percibirá en la melodía general del período la

tonalidad correspondiente á la *quinta* de que antes me hice cargo, que es la verdadera base fonética del que habla.

En esto me parece que debió fundarse lo que se cuenta del antiguo orador Cayo Graco, que llevaba consigo un esclavo flautista para que le diera el tono cuando hablaba en público; y en esto también se funda la *cadencia* final del período hablado, la cual no es otra cosa sino la *caída* de la voz á la nota *tónica* de la escala musical que le corresponde.

Al mismo principio responden las figuras ortográficas de *interrogación*, *admiración* y *paréntesis*, que son verdaderas representaciones musicales, puesto que la *interrogación* significa que la última sílaba de la palabra ó frase que la lleva, ha de sonar más alta que las demás, y en nota correspondiente á cualquiera del acorde de *séptima dominante* relativo del tono en que se habla. Al contrario es la *admiración*, cuya última sílaba ha de sonar más baja que las demás; y respecto al *paréntesis*, parece excusado advertir que todo él se aparta del tono del discurso pronunciándose más bajo.

Lástima grande es que la gramática sea tan pobre de signos de expresión, comparada con el Arte de la Música, cuya escritura ha llegado en nuestros días al mayor grado

posible de perfeccionamiento. Así sucede que un lector literario rara vez puede á primera vista dar á su lectura toda la expresión debida, al paso que el lector de música interpreta de repente cualquier composición, porque en ésta se marca con exactitud los valores de las notas, sus grados de fuerza y movimiento y hasta los accidentes propios de cada frase ó período musical. Sería, pues, muy conveniente aplicar á la escritura literaria algo que tuviera analogía con la de la música; sin embargo, no seré yo quien se atreva á proponerlo, porque me parece grave falta y hasta delito atentar ni en un ápice á la integridad de la hermosa lengua de Cervantes.

Hasta aquí he apuntado, aunque someramente, lo más intrínseco de la música de nuestro idioma. Correpondeme ahora decir algo relativo á la manera con que se usa por quien habla, lee ó declama.

Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo, es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto sin duda la califica un escritor francés de lengua de los oradores; y, en efecto, de oradores infinito es el número

con que contamos, aunque no todos logran halagar á su auditorio con la música de sus discursos unida á la bondad de su doctrina. Entre los que suben á la cátedra del Espíritu Santo, hay unos que convierten la melodía de la lengua en monótona salmodia, y otros que toman un tono tan alto y acentúan de una manera tan exagerada y amenazadora, que más bien irritan que persuaden á los fieles. A tales oradores irascibles convendría recordarles que la palabra divina es toda amor y dulzura, y que al amor no conviene el sonido de la trompeta, ni á la lengua castellana los gritos descompasados. Esto no es decir que entre los predicadores no haya algunos excelentes literatos, que saben dar al idioma la articulación pura y la armoniosa expresión que le son propias y al par convenientes á la oratoria sagrada.

Si de la iglesia pasamos al teatro, encontramos peor tratada la melodía del lenguaje. La causa de esto merece ser analizada con algún detenimiento.

Todos hemos conocido y admirado al cómico más notable de los últimos tiempos, al insigne Julián Romea, quien á sus buenas dotes naturales reunía una instrucción literaria muy superior á la que suele alcanzar la mayoría de los de su profesión. Así ascendió á la ca-

tegoría de profesor de la clase de declamación del Conservatorio de Madrid, para cuya enseñanza publicó en el año 1858 una obra especial, entre cuyos preceptos hay uno que dice: «Conocer y hablar correcta y limpiamente su idioma es la primera obligación del actor;» y todos los demás preceptos que daba venían á compendiarse en que el primer libro del cómico es *la naturaleza*, y en que todas las reglas del arte pueden formularse con esta sola palabra: *la verdad*.

A estas teorías no había nada que oponer viendo cómo representaba Romea; pero ya fuese porque su voz no era muy robusta ni de timbre muy sonoro, ó por otras causas que no es ahora pertinente investigar, es lo cierto que donde más brillaba era en el drama y en la comedia, haciendo gala de una sencilla y poética naturalidad que encantaba al auditorio.

Sus discípulos é imitadores, que, por lo general, y salvo rara excepción, no poseían las cualidades del maestro, tomaron tan al pie de la letra lo de *la verdad y naturalidad*, que concluyeron por despojar á la declamación dramática de la esencia poética y convencional en que se funda, y por rebajar la entonación musical de nuestra lengua hasta el grado más ínfimo de la conversación familiar.

De esto dió muy claro testimonio mi inolvidable amigo y compañero Ventura de la Vega, en cartas que escribió á Romea tratando de la representación de la tragedia *La muerte de César*; en una le decía: «No hay que confundir lo *sencillo* con lo *vulgar*, y ese es el escollo que tiene tu sistema para los que le adoptan por su forma *exterior*, sin sentir en el alma *lo que tú sientes*.» Y en otra carta posterior, añadía: «Tú sabrás echar sobre un fondo de sencilla verdad un velo de riquísima poesía, hermanar la naturalidad con la elegancia y grandeza: ese es el *quid*, el escollo que *tú solo* sabes salvar.»

Desde el año 1865 en que Vega escribía estas cartas modelos de verdad y de elegancia, ¡véase lo que ha ganado el arte de la declamación escénica con las lecciones y el ejemplo de Julián Romea, y véase particularmente lo que ha perdido la legítima eufonía de la lengua castellana, con las huecas y estridentes declamaciones de los unos y las incoloras y vulgares recitaciones de los otros! Ahora sí que voy temiendo que, á este paso, no solamente puede llegar á desaparecer la forma poética, sino hasta la buena forma prosaica; y digo esto de la forma poética, porque los cómicos son los que más contribuyen á que desaparezca, cuando ha-

cen gala de ocultar el ritmo y la consonancia de los versos, cortándolos á la manera de la prosa, lo cual contribuye á que nuestras mejores comedias del teatro antiguo que están llenas de lirismo, y aun algunas modernas que se hallan en igual caso, sean hoy poco aceptas al público.

Para atajar en lo posible estos males, creo que sería muy conveniente establecer muchas cátedras de lectura en alta voz, ó reformar las escuelas de primera enseñanza, donde hoy se aprende á deletrear, pero no á leer según requieren la perfecta ortología y la prosodia de nuestra lengua. Tal es la importancia de este asunto, que á veces basta una pausa indebida, una coma ó un acento mal colocados, para hacer cambiar por completo el sentido de una frase: de aquí la anfibología que resulta en estos versos del siglo xvii:

Matar al rey no es mal hecho;

Antes ser cuchillo afirmo

Dél, que lo mataré, y firmo.

De otro modo:

¡Matar al rey! No: es mal hecho;

Antes ser cuchillo afirmo

Del que lo matare, y firmo.

Después de lo dicho respecto á lo más principal de la prosodia, quedame indicar algo sobre el resumen de ella, que es *la expresión*, cuya

primera cualidad debe ser la pureza de la articulación de cada sílaba y de cada vocablo, sin que deje de sonar ni una letra con el tono que sea conveniente á la variedad de los afectos.

En la expresión de estos es donde la música figura con mayor importancia, porque el *énfasis* no es sino una aplicación del sonido y el esfuerzo á un vocablo ó á una frase, para darle mayor importancia ó significación; la *ironía* tiene también mucho de musical, y otros varios afectos se coloran con la oportuna aplicación del ritmo ó del sonido, para que del enlace de todos los miembros que componen el discurso resulte una general melodía y una armoniosa combinación.

Mucho más podría decir sobre el particular, producto de mis estudios literario-musicales; pero como creo que ya estaréis hartos de tanta y tan mal concertada música como os doy, concluiré recordando un párrafo del célebre autor de la *Filosofía de la Elocuencia*, que dice así: «Nuestra preciosa lengua debía haber sido analizada en sus vocablos, y en los varios ligados que se forman con ellos, por un músico filósofo ó por un filósofo músico. Pero, por desgracia, ni el oído ni el criterio se han empleado hasta ahora para conocerla, ni darla á conocer á los que la igno-

»ran, ni para hacerla gustar á los
»que la saben, que no son todos los
»que la hablan.»

Ya comprenderéis, señores aca-
démicos, que al recordaros el pá-
rrafo antedicho, no tengo la pre-
sunción de creer que reuno las cua-
lidades indicadas por el célebre

Capmany; pero si vosotros me
prestáis vuestra filosofía, yo os pres-
taré mi música, y así se cumplirá
el dicho de Iriarte:

«Música y Poesía,
En una misma lira tocaremos.»

He dicho.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

obusno, alq los aboriges y lavoniz
y noisimn al ob noisimn de la amision y
ab amision de los indigenas de
estas partes y la lealtad que habia
para formar colonias productivas
en unas tierras y zonas, muchos
de los españoles que vivian en las
partes remotas de la interior
y para cuando fueran precisos para
formar en las partes de los Andes
establecimientos y poblaciones al
de las partes. Todo el llevar á cabo
la primera misia realmente colo-
nizadora al Gobernador de Santa-
fé, D. Jerónimo Labra. Esto
de Santafé en los últimos
años de 1540 y llegó á Santafé en
el año siguiente. Tras de
colocar en las partes de cerros, vi-
vas, rios y otras zonas
domésticas, sino que también ha-
cia parte de la expedición algunas
de las partes y zonas de las partes
de las partes de las partes de las partes

obusno, alq los aboriges y lavoniz
y noisimn al ob noisimn de la amision y
ab amision de los indigenas de
estas partes y la lealtad que habia
para formar colonias productivas
en unas tierras y zonas, muchos
de los españoles que vivian en las
partes remotas de la interior
y para cuando fueran precisos para
formar en las partes de los Andes
establecimientos y poblaciones al
de las partes. Todo el llevar á cabo
la primera misia realmente colo-
nizadora al Gobernador de Santa-
fé, D. Jerónimo Labra. Esto
de Santafé en los últimos
años de 1540 y llegó á Santafé en
el año siguiente. Tras de
colocar en las partes de cerros, vi-
vas, rios y otras zonas
domésticas, sino que también ha-
cia parte de la expedición algunas
de las partes y zonas de las partes
de las partes de las partes de las partes

LA MUJER ESPAÑOLA EN SANTAFÉ DE BOGOTÁ

PERTENECIENTE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

Conocidos son los nombres de las primeras mujeres que subieron al Nuevo Reino de Granada, pero no todos saben quiénes eran ellas ni qué suerte corrieron una vez que se radicaron en esta capital, que entonces era más atrasada que cualquier pueblo, aun el más infeliz de la República actual.

Los primeros expedicionarios que llegaron á la sabana de Bogotá no llevaban consigo ninguna mujer española; éstos fueron en realidad simples descubridores, y aunque Quesada trajo los caballos, Federmán las gallinas y Belalcázar los cerdos, ellos no habían intentado formar colonias en ninguna parte, y sólo ansiaban explorar y allanar tierras, recoger todo el oro que pudieran y buscar aventuras arriesgadas.

Empero, una vez que ya se tuvo conocimiento seguro de la riqueza

mineral y agrícola del país, cuando se persuadieron de la sumisión y mansedumbre de los indígenas de estas partes y la facilidad que había para formar colonias productivas en climas frescos y sanos, muchos de los españoles que vivían en las costas resolvieron venir al interior y traer cuanto fuese preciso para formar en las cumbres de los Andes establecimientos y poblaciones al uso europeo. Tocó el llevar á cabo la primera misión realmente colonizadora al Gobernador de Santamarta, D. Jerónimo Lebrón. Este salió de Santamarta en los últimos meses de 1540 y llegó á Santafé en Enero del año siguiente. Traía no solamente semillas de cereales, vino, ropas, yeguas y otros animales domésticos, sino que también hacían parte de la expedición algunos artesanos y seis mujeres españolas. De éstas no alcanzó á llegar una de

ellas, porque en el Magdalena fué robada por los indios de los alrededores de Tamalameque, pero esta desgraciada fué reemplazada por una niña que nació durante el tránsito, con lo cual siempre llegaron seis españolas ó de raza española á Santafé, y no cinco, como se dice generalmente. La madre de la recién nacida, ISABEL ROMERO, era mujer de un soldado llamado Juan Lorenzo (que había muerto ahogado en el paso del río Opón). Bautizaron á la niña con el nombre de MARÍA. Isabel casó en segundas nupcias, á poco de haber llegado á esta ciudad, con el capitán Juan de Céspedes, y aquel fué el primer matrimonio celebrado en Santafé; la hija casó, apenas fué mujer, con un Juan ó Lope de Rioja, que de ambas maneras lo llaman los cronistas.

El conquistador Juan Montalvo, que ya conocía el país, por haber sido soldado de Quesada, y poseía en el Nuevo Reino solar y repartimiento, traía en su compañía á su mujer ELVIRA GUTIÉRREZ, la cual se distinguió por ser la primera que hizo pan de trigo en Santafé de Bogotá, y su marido como el último que murió de todos los conquistadores. Los dos esposos están sepultados en la iglesia de la Concepción, debajo del altar de Santa Ana.

La cuarta mujer española se llamaba CATALINA DE QUINTANILLA, mu-

jer de Francisco Gómez de Feria, conquistador de los venidos con Quesada. Tanto ésta como su marido no dieron qué decir, ni en bien ni en mal, puesto que los cronistas no los vuelven á mencionar, y sólo se sabe que se radicaron en Santafé.

La quinta mujer fué la de Alonso Díaz: llamábase LEONOR GÓMEZ. Aquel matrimonio fué dueño de *Tibaytatá*, que llamaron Serrezuela (hoy Madrid), pero, sin duda, no tuvieron familia porque aquella encomienda pasó á poco á manos de un español llamado Juan de Melo. Leonor Gómez trajo en su compañía á una sobrina de su marido llamada MARÍA DÍAZ, la cual llegó hasta la avanzadísima edad de ciento diez años, único dato seguro que tenemos de ella.

II

Después de aquella época, todos los conquistadores que se quedaron á vivir en el Nuevo Reino mandaron unos á España y otros á las Antillas por sus mujeres y familias, y no había semana en que no llegasen algunas mujeres españolas, las cuales eran entonces tan valientes y briosas como sus maridos. Una de las primeras damas de campanillas

fué la esposa del valiente capitán Antonio Soriano de Olaya, uno de los más ricos conquistadores, dueño de la Encomienda de Bogotá (hoy Funza); llamábase Doña MARÍA DE ORREGO, y era de familia noble de Portugal. No tuvieron sino una hija, Doña Jerónima, heredera de todos los caudales de su padre. Con el objeto de agradar á esta doncella, el oidor Anuncibay mandó construir el camellón llamado de las *alcantarillas*, trecho que en esos tiempos era preciso que Doña Jerónima pasara en balsa para ir á su hacienda en Funza.

En 1553 vino á la capital del Nuevo Reino de Granada, en calidad de visitador, D. Juan de Montaña, y trajo consigo á su esposa, Doña CATALINA DE SOMENTE. Esta señora, según dicen los cronistas, fué tan prudente, misericordiosa y deseosa de hacer el bien, cuanto su marido se manifestó arrebatado, cruel y vengativo con los míseros indígenas y tiranizados colonos. Doña Catalina se constituyó en defensora de los desgraciados perseguidos, y continuamente predicaba al déspota visitador que procurase cambiar de conducta, si ya no por lástima á los vencidos, á lo menos por temor de que el Gobierno español tuviese al fin conocimiento de sus hechos arbitrarios y le castigase severamente. Montaña desdeñaba sus consejos

y súplicas, y sucedió lo que ella temía, puesto que el visitador acabó su vida en un cadalso, en la plaza de Valladolid, en España.

La esposa del presidente, doctor Andrés Díaz Venero de Leiva, Doña MARÍA DONDEGARDO, fué también dechado de mujeres virtuosas, «mujer valerosa, dice Juan Rodríguez Fresle, que ayudaba mucho á las obras de caridad, porque nadie salió de su presencia desconsolado».

El presidente, Sancho Girón, marqués de Sofraga, trajo consigo á la marquesa su esposa, Doña INÉS DE SALAMANCA, y en compañía de su sucesor, D. Martín de Saavedra, barón del Prado, vino su mujer, Doña MARÍA LUISA DE GUEVARA; ambas eran damas de alta alcurnia, que sirvieron mucho en la colonia para dar tono al Gobierno y dulcificar los modales soldadescos de los conquistadores.

Es cierto que si en Santafé había en aquellos primeros tiempos muchas damas nobles y virtuosas, también las hubo perversas y de malos instintos, apasionadas y crueles, las cuales causaron grandes desconciertos en la naciente sociedad y dieron motivo para que se cometiesen crímenes escandalosos. Pero la humanidad es igual en todos tiempos y lugares, y si entonces se cometían faltas y aun crímenes, éstos se hacían generalmente á las claras

y sin ambages, y como nuestros antiguos cronistas se complacen en narrar los escándalos de su tiempo, más bien que las buenas obras que se hacían, de lo malo nos acordamos y lo bueno generalmente lo ignoramos.

VI

III

A pesar de las historias bastante inmorales que refiere en su *Carnero* D. Juan Rodríguez de Fresle, se tenía en tanto el buen nombre de las mujeres de Santafé, que cualquiera hablilla ociosa y ligera castigaban sus maridos y sus hermanos sangrientamente y sin vacilar. Esto sucedió á Doña GERÓNIMA DE OLMOS, viuda de D. Diego de Holguín, hijo del conquistador Miguel Holguín de Figueroa. Vivía esta dama en Santafé, viuda y naturalmente dueña de sí misma; pero como corriesen acerca de ella ciertos rumores que amenguaban su buena reputación, un su hermano, D. Juan de Mayorca y Olmos, educado en España, capitán de infantería en los ejércitos reales y hombre de posición y amante de la honra de la familia, la buscó en su propia casa y la dió muerte alevosa sin darla tiempo á prepararse, ni escuchar sus discul-

pas; y en seguida, sin que la justicia le pudiese atajar, huyó del país y fué á morir á Charcas. Otro tanto sucedió á Doña MARÍA DE VARGAS, viuda de D. Antonio Macipe, y casada segunda vez con D. Juan de Leiva, el cual, inspirado por fierísimos celos, la mató á puñaladas. Decíase que su sombra airada vagaba á deshoras de la noche en la casa en que vivió, que es la de la esquina de la calle de la Carrera, que perteneció á los hijos de Don Lino de Pombo y hoy pertenece á la señora Doña Beturia Suárez. Más tarde, el contador D. Juan de Urbina mató á su mujer en un acceso de hipocondría, sin que aquella bendita señora le hubiese dado jamás motivo para semejante crueldad.

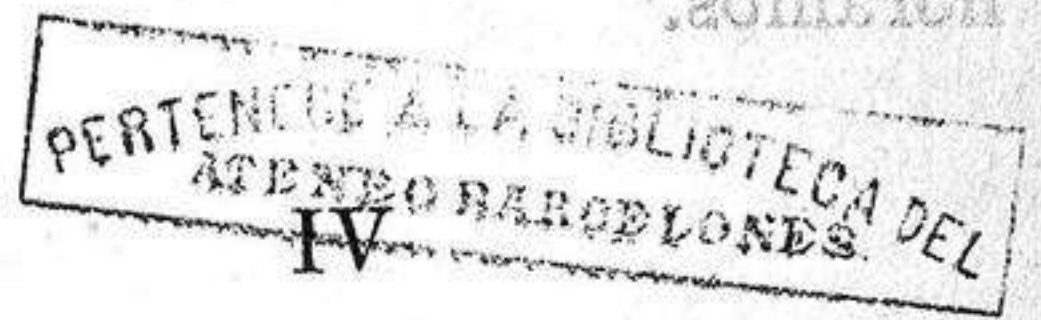
Ante semejantes actos de violencia no es raro que muchas mujeres solteras y algunas viudas prefiriesen vivir tranquilas á la sombra de los claustros; y no se habían pasado muchos años después de la conquista, cuando ya existían varios conventos de monjas en Santafé de Bogotá. El primero que se fundó fué el de La Concepción, costado por Lope de Ortiz. Púsose la primera piedra de ese edificio el 29 de Setiembre de 1593; las fundadoras fueron Catalina de Céspedes (nieta de Isabel Romero), Ursula Villagómez é Isabel Campuzano Villa-

gómez. CATALINA DE CÉSPEDES, dicen los cronistas de la época, murió en olor de santidad, y fué largos años Priora de aquel convento. Ocáriz añade que desde que murió la Madre Catalina «está introducido,» dice textualmente, que cuando ha de morir alguna monja se oyen golpes en el coro bajo, que era en donde las enterraban, y para los descendientes del fundador suenan los golpes en la bóveda de su entierro, que está en la capilla mayor.

El monasterio del Carmen debe su fundación á Doña ELVIRA DE PADILLA, dos veces viuda, la que dedicó para el caso sus propias habitaciones y profesó con dos hijas y dos sobrinas suyas.

La viuda de Lope de Céspedes (hijo del capitán Céspedes y de Isabel Romero), Doña ANTONIA DE CHAVES, se unió á su hermano Don Clemente de Chaves, alférez de la ciudad de Santafé, para fundar el convento de Santa Inés. Con aquel piadoso objeto regaló cuatro casas de su habitación que tenía en Santafé, cuarenta estancias en la Sabana y seis en tierra caliente, con trapiches y esclavos, y á más, mil patacones anuales sobre sus demás encomiendas, todo lo cual valía, según dicen, sesenta mil pesos entonces: hoy sería un millón por lo menos. En aquel monasterio se sustentaban cincuenta profesas, con diez

becas sin dote, y era reglamento del convento que se excluían las mulatas ó pertenecientes á toda mala raza y á las de nacimiento ilegítimo.



III

Como no queremos alargar demasiado este estudio, entre las muchas mujeres notables como virtuosas que mencionan Zamora y Ocáriz en la sociedad santafereña del siglo XVII, sólo mencionaremos á tres.

Llamábase la primera Doña JUANA OCHOA DE OLARIEGA OCÁRIZ, y era vástago de una distinguida familia de su patria. Nació en España, en Sanlúcar de Barrameda, en 1597. Casáronla á los doce años de edad con D. Juan de Sologuren de Ocáriz, su pariente, hombre de campanillas, con quien se trasladó al Nuevo Reino de Granada en 1617, trayendo su familia, que era ya larga, y gran séquito de criados y acopio de equipaje.

Doña Juana era mujer de talento claro y distinguido, de modales muy nobles, llena de dignidad, que imponía por su porte culto y severo á cuantos se le acercaban; poseía una elocuencia natural que persuadía á la par que infundía respeto por su

gran virtud. Veíasela frecuentemente en las iglesias, de las cuales era la nata protectora, y más todavía en todas partes en donde hubiese desgraciados y menesterosos. Su caridad era proverbial, y no había pobre en toda la ciudad que no la amase y al mismo tiempo tuviese miedo á sus reconvenciones cuando obraba mal. A pesar de que hacía pomposísimas fiestas religiosas, que fué la fundadora de las Hermanas del Rosario y que sus limosnas eran muy abundantes, no por eso descuidaba el boato y riqueza con que vivía su familia, y su casa era el modelo de todas las demás, tanto en el ornato como en el orden y la sabia economía que reinaba allí.

Cuando murió Doña Juana, á la madura edad de setenta y cinco años, el 11 de Marzo de 1670, el dolor fué general y su pérdida considerada como una calamidad pública. Su agonía fué tranquila y serena, como había sido su vida, y hasta el último momento se manifestó llena de fe en Dios y de mansedumbre y bondad para los que la rodeaban.

«El día siguiente de su muerte, dice Ocariz, fué sepultada en la capilla de Nuestra Señora del Rosario. Concurrió la Audiencia al entierro, así como los demás Tribunales, Cabildos, Religiones y los más notables ciudadanos. No

hubo sermón, porque la voz y loa general predicaba sus virtudes y ejemplar vida de la gran matrona, y se advirtieron, entre otras singularidades, que la gente se enlutó por más de lo ordinario, y que habiendo sido muy hermosa en su juventud lo fué otra vez en el fétetro ó ataúd.»

Sin duda esta dama era parienta del historiador y genealogista Juan Flórez de Ocariz, pues él también había nacido en Sanlúcar de Barrameda, en España.

V

Otra mujer muy popular en Santafé, en los principios del siglo xvii, fué una nieta de Juan de Penagos, caballero hijodalgo aseguran los cronistas, oriundo de la villa de Santander, en España. MARGARITA DE SANTODOMINGO, llamada familiarmente *la Penagos*, dice Zamora, se dedicó desde su juventud al servicio de los enfermos de todas las clases de la sociedad, gratuitamente, se entiende, así como á asistir y consolar á los ajusticiados. Era tan popular en todos los hogares santafereños, que ricos y pobres, felices ó desgraciados, la recibían con alborozo. Ella daba consejos á las ma-

dres de familia, enseñaba á los niños, leía libros piadosos á los ignorantes, labraba ornamentos para las iglesias pobres y era adorada por toda la población, que la lloró amargamente el día de su muerte, acaecida el 27 de Enero de 1661.

La tercera mujer que mencionaremos por hoy, también se llamaba Margarita; era hija de la ciudad de Tunja; sus padres, de familia distinguida, pero pobres, se llamaban Francisco Verdugo Briceño y María de Lara y Matamoros. MARGARITA se crió en el convento de Santa Clara, en Tunja; cuando salió de él se entretenía en casa de sus padres en leer cuantos libros le caían á las manos, los cuales devoraba ocultamente, pues en aquel tiempo era mal visto que una mujer leyese otra cosa que no fuesen oraciones y vidas de santos. «Enmendóse» después, dicen los cándidos cronistas, y abandonó esos profanos ejercicios por los de la virtud. Casáronla sus padres sin su gusto con un Pedro de Tobar, que la trajo á vivir á Santafé. Aquí tuvo ocho hijos y quedó viuda y pobre; pero entonces se dedicó al trabajo hasta dar lucida educación á sus seis hijos varones: dos fueron clérigos, uno de ellos llegó á canónigo, dos se hicieron frailes en Santo Domingo, uno fué jesuita distinguido y el mayor se casó, así como sus dos hijas.

Dicen que jamás se vió á Doña Margarita ociosa. Sus hijos la respetaban y obedecían, aun después de tener alta posición en la sociedad, y la mantenían con amplitud en los últimos años de su vida. Como deseaban tenerla vestida con lo mejor que encontraban, ella, para darles gusto, se vestía con lujo exteriormente, pero muy pobremente en lo que ellos no veían, compartiendo sus sobrantes con los necesitados. De los exquisitos manjares que sus hijos la obligaban á tener en su mesa, enviaba siempre lo que más le gustaba á los enfermos pobres.

Vivía cerca de la Candelaria. Levantábase muy temprano, y después de arreglada su casa iba á la iglesia, en donde asistía á todas las misas que allí se decían. Comía á las doce y pasaba la tarde leyendo; se retiraba á su oratorio á la oración, en donde pasaba largas horas rezando. Varios días de la semana los pasaba en el hospital de San Juan de Dios y visitando á los enfermos pobres; obras de caridad que cumplió hasta una edad muy avanzada. Murió el 30 de Abril de 1692.

Concluiremos esta breve narración, dedicada á las antiguas mujeres notables en Bogotá, con las siguientes palabras del genealogista y cronista Juan Flórez de Ocariz:

«Hay en Santafé muchas damas

» muy selectas, políticas, bien com-
 » puestas y parecidas, de aseado len-
 » guaje y discreción, y todo tal, que
 » por mucho que se dijese sería me-
 » nos de lo que pueda decir. »

De este corto estudio se deduce, según pensamos, que las primeras mujeres que colonizaron á Bogotá no eran despreciables, sino dignas de nuestro respeto, y si vinieron algunas malas y aventureras, la

mayor parte de ellas se comportaban como matronas honradas y dignas de todo elogio; eran buenas madres de familia y abnegadísimas esposas, puesto que acompañaban á los colonos en sus trabajos y penalidades, y á quienes debemos estar muy agradecidos por la saludable y cristiana influencia que tuvieron en la marcha de la civilización en nuestra patria.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

F. Rivas Ferrer.

DIAMANTES

Murió sin una lágrima en los ojos;
Era joven, muy bella y muy sensible,
Y cuando iba á expirar, sus labios rojos
Murmuraron: «¡Me mata un imposible!»

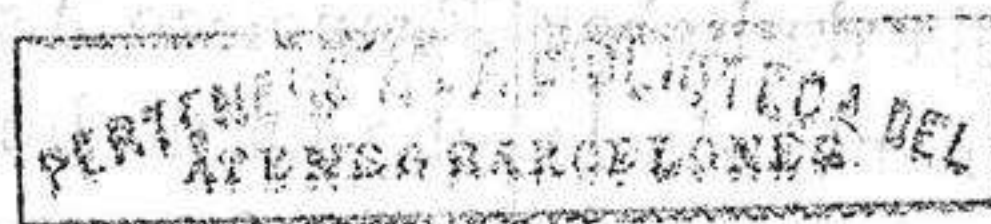
El llanto que faltó en esa agonía,
Quedó tras sus pupilas, sin embargo,
Y los gusanos de la tumba fría
No lo bebieron. ¡Era muy amargo!
Más tarde, y al abrir la sepultura
Que del ángel guardó el pesar postrero,
Del cráneo yerto entre tu cuenca oscura,
Un diamante encontró el sepulturero.

Y desde entonces pienso enternecido,
Al contemplar las joyas más preciadas:
«¡Cuántos de esos diamantes habrán sido
Lágrimas congeladas!»

F. RIVAS FRADE.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Las conferencias del Ateneo. — Discrepan en doctrina. — Reportan, sin embargo, utilidad despertando la afición á los estudios históricos. — Lucimiento de los oradores hispano-americanos. — Conferencias en Cádiz. — Preparativos en Granada, Huelva, Valladolid. — Los de fuera de España. — Parte cómica. — Supercherías. — Fracaso del Congreso de Orientalistas. — Otros Congresos. — Exposiciones. — La carabela. — Crónicas. — Libros.



Felicísima fué la idea de adelantarse á la solemnidad del centenario, no lejano, en que ha de conmemorarse el hallazgo del Nuevo Mundo, preparando la opinión pública desde la cátedra del Ateneo con enseñanza compendiosa de la vida y acciones de aquellos navegantes que el descubrimiento hicieron, de las regiones donde encontraron hombres y productos de pasmosa diferencia con los conocidos, de la influencia en la humanidad ejercida por el ensanche de las ideas, á la par del de tierra y agua alcanzado.

Estando las conferencias á cargo de personas de reconocida idoneidad, habían de ser y van siendo, en conjunto, provechosas, aunque

no todas resulten igualmente instructivas.

No sería fácil la tarea de clasificar metódicamente las que hasta el presente ha escuchado la concurrencia atenta y tolerante que acude á las sesiones, notando, ante todo, que no forma la serie cuerpo de doctrina, así por falta de la unidad de criterio, entre tantos oradores imposible, como por la libertad acordada á la elección de asunto dentro del vastísimo campo ofrecido por la invención, la conquista, la civilización de América, siquiera se dividan las épocas é imperios que la investigación va registrando, antes del arribo de los españoles, y las jornadas de éstos en fracciones aisladas, desde el momento que senta-

ron el pié. Empero si en la dirección, el enlace y el objetivo ofrecen las disertaciones dudoso juicio al análisis del observador, en el fondo de las más claramente se descubre la predilección alcanzada entre los disertantes por la retórica, con perjuicio de los estudios de menos lucimiento.

Acaso no se encuentren ya en Madrid, como en los tiempos del buen Lope de Vega

« En cada esquina cuatro mil poetas »;

mas en el Ateneo no deja de haber contingente honroso, amante de la forma más que de la esencia, aunque lo contrario se haya dicho allí.

De las conferencias que en la sección poética podrían ponerse, amenas, agradables al oído, más interesantes que otras, se deduce el arraigo del concepto colombino, objeto de consideración en artículo publicado por esta Revista en el tomo anterior. En ellas se trasluce la apreciación errónea del objeto que tiene el centenario, por confundir en una entidad sola el descubrimiento con el descubridor, y más que nada, muestran el superficial conocimiento del suceso y de las personas que en él figuraron; el empeño en mantener y conservar fórmulas exóticas, entre nosotros popularizadas, á tiempo en que allá, donde nacieron, se destruyen con

los razonamientos de Deschanel, de HARRISSE, de Winsor, de Cronau y de tantos más, ocupados en el estudio de nuestros documentos y de nuestros historiadores. En algunas de las conferencias se advierte además el desdén con que se acoge el trabajo de los investigadores empeñados en averiguar si es firme el fundamento de ciertas creencias: cualquiera estimara que en mientes los tenía el Sr. Menéndez y Pelayo al contestar en la Academia Española al discurso de recepción de don Francisco Asenjo Barbieri, si mucho ha no hubiera ya dicho Bartolomé Leonardo de Argensola que siempre hay hombres que pretenden agradar, no á los más, sino á los mejores. El primero ha dado, de todos modos, pruebas de conocer bien el suelo que pisa al decir :

« La erudición anda tan desvalida en España, que, más que recomendación para nadie, es una especie de sambenito.

» Hay quien pondera la *memoria* de los que se dedican á estas cosas, como si de *memoria* pudiera escribirse una sola página de erudición sin caer en tantos dislates como renglones. Otros los consideran como una casta de hombres ociosamente entretenidos y aun perjudiciales á la república. No la memoria, sino el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para bus-

carle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica.»

Se han pronunciado conferencias sueltas en círculos de instrucción y recreo popular, que mucho más que las del Ateneo evidencian, en general, ligereza en el conocimiento y apreciación de la historia de América, ó exageración de las ideas que el vulgo acaricia, no sabiéndola, y en los concursos abiertos por la comisión directiva del centenario, á fin de elegir proyectos de conmemoración monumental, se conoce que tampoco los artistas opositores se han penetrado del pensamiento magistral que debía inspirar la obra de sus manos. La correlación de las oraciones del Ateneo ha de ser, por tanto, llamativo del discurso hacia las cuestiones controvertidas y al juicio de más señores entregadas.

Si en la serie no se apreciaran más que las disertaciones en que han brillado las galas de la instrucción y buen decir de literatos de Méjico, Uruguay y Perú, sería todavía de aplaudir la idea excelente de haberlos invitado, lo mismo que á los de las demás naciones americanas que les seguirán en la tribuna, á tomar parte en nuestros tra-

bajos preparativos de una solemnidad que ha de ser fiesta de familia, por tratarse de la iniciación de historias que arrancan de la nuestra, conservando enlace indestructible entre sí, como hemos de procurar que lo tengan las relaciones y los intereses.

Cádiz sigue el ejemplo de Madrid: en el Ateneo se trata de los sucesos con que cerró el siglo xv, si bien con aplicación local restringida, que en punto á la marcha de las tres famosas carabelas ha producido discusión en términos conocidos por los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. Granada, atenta á lo que de más cerca le incumbe, literariamente, trabaja para ensalzar la ocasión en que la cruz se puso sobre la torre de la Vela; artísticamente, en la erección de la estatua de Isabel, fuera de concurso lograda. Huelva se afana, desplegando actividad correspondiente á la privilegiada memoria que le toca en los preliminares de la invención índica. Mientras por cuenta de la comisión del centenario se restaura el monasterio de Santa María de la Rábida, se cimenta la columna que atraiga la mirada de los navegantes, se abre camino, se fabrica muelle facilitando acceso y paso al viajero pedestre, se arraigan palmas, aguacates y mangos por muestra de los primeros trasplantes de la flora que trajeron los

Pinzones y los Niños; la ciudad y la provincia emiten obligaciones para ofrecer con su producto hospitalidad y agasajo al Congreso de Americanistas que allí ha convocado á sus asiduos miembros en el año corriente. El cuerpo escolar, con plausible iniciativa calurosamente acogida en toda España, ha abierto suscripción destinada á fijar en el monasterio mencionado de la Rábida, una lápida con inscripción sentida.

Valladolid quisiera significarse por haber finado en su recinto el insigne Cristóbal Colón; pero no habiendo averiguado todavía en qué *posada* ó mansión pasó de este mundo, cómo se inhumó el cadáver, ni por menor alguno que despeje la oscuridad de la ocurrencia, vacila en la decisión que ha de tomar, poco dispuesta, por otra parte, al acuerdo de gastos que no se cubran con ajeno desembolso.

En menor escala deliberan los municipios, juntas y delegaciones de Sevilla, Salamanca y alguna otra ciudad de aquellas en que se preparó la expedición de los nuevos argonautas, ó de las que los vieron regresar triunfantes. Barcelona no parece, entre las últimas la más entusiasmada, siendo de tener en cuenta, para todas, que los recursos de la nación no igualan á su buena voluntad.

A punto fijo no se sabe todavía lo que fuera de España se prepara: hay probabilidad de que las más de las repúblicas hispano-americanas envíen delegados y concurran á la Exposición comparativa de las artes en el siglo xv, remitiendo á Madrid colecciones ú objetos dignos de atención. Esto, independientemente de los festejos que cada una de por sí realice, pues en Colombia, por ejemplo, las Cámaras han decretado que se alce en Bogotá un monumento alegórico del descubrimiento, con las estatuas de Cristóbal Colón y de la Reina Católica, y esta inscripción: *La República de Colombia, al insigne Almirante descubridor de la América, y á la digna protectora de su empresa, la ilustre Doña Isabel de Castilla*. Destinan 20.000 pesos á la obra que ha de inaugurarse el 12 de Octubre.

La República dominicana ha votado asimismo crédito de 30.000 pesos para la erección, en la catedral de Santo Domingo, de un monumento destinado á guardar *las verdaderas* cenizas del egregio navegante, y otro de 25.000 para las fiestas y formación de una antología de las mejores composiciones de poetas nacionales.

La República del Ecuador, para perpetuo recuerdo del descubrimiento y gloria del héroe que lo llevó á cabo, ha declarado fiesta cívica el 12

de Octubre, y en el corriente año se celebrará solemnemente en todas las catedrales, en acción de gracias. Al mismo tiempo, por ley, ha cambiado el nombre del archipiélago de los galápagos por el de *Colón*, y los que tenían las islas por los más adecuados de *San Cristóbal*, *San Salvador*, *Santa María*, *Isabela*, *Fernandina*, *Pinta*, *Marchena*, *Pinzón* y *Rábida*.

Seguirán la pauta los Estados Unidos de América, contando ya con créditos suficientes, votados por las Cámaras; en privado han ofrecido al público dos obras literarias de actualidad; una, anteriormente aludida, impresa en Boston con título de *Cristóbal Colón: cómo concibió y comunicó la idea del descubrimiento*; su autor, Mr. Justin Winsor; otra, de menos fondo, publicada en Chicago, por Mr. Edward Everett Hale, nombrada *Vida de Cristóbal Colón*. A la iniciativa particular deberá también la ciudad de Nueva York la erección de un monumento á Colón, que se inaugure en el centenario. Reunidos los fondos por suscripción entre la colonia italiana, está encargado de la obra el escultor Gaetano Russo.

Era de esperar que se significara más que otras la nación en cuyo suelo vino al mundo el revolucionario de la Geografía. Lo mismo que en los Estados Unidos, por doquiera

se unen los compatriotas del gran Almirante, que ya han dado en Lima, en Panamá, en Filadelfia, pruebas de la admiración en que le tienen, para enaltecerle más y más en este secular ciclo que se cierra. El Gobierno comenzó los preparativos en Mayo de 1888 con pomposo decreto, destinando 60.000 liras á la reproducción de los escritos y mapas que sirvan para ilustrar la vida del insigne navegante, y nombrando al mismo tiempo una comisión de veinte individuos, que realice el pensamiento de la colección en espléndida tirada *fac-simile*.

Génova dispone independientemente sus festejos, trabajando en la restauración, al antiguo, de la casa de Dominico Colombo, en los preliminares de un Exposición italo-americana, y en la representación de la ópera de circunstancias, *Cristóbal Colón*, cuya partitura tiene casi concluida el barón Franchetti. Por algunos números anticipados familiarmente á los *dilettanti* de primera fila, se predice un éxito correspondiente al asunto.

Estos alardes de la ciudad marítima, estimulados con pastoral de Mons. Magnasco, arzobispo de la diócesis, han dado vida nueva á la reivindicación de la cuna que para sí pretende *Janua*. No se han puesto, ni parece que se pondrán nunca de acuerdo en el particular, Saona,

Cogoleto, Finale, Cosseria, Oneglia, Albisola, Chiavari, Bogliasco, Terrarosa, Quinto, Nervi, Piacenza, Modena... y tantos pueblos más, que no son siete solos, como en el caso de Homero, los que disputan la honra de haber dado primero albergue al futuro marinero.

Cuenta el capitán Isidoro G. Baroni, autor del estudio reciente, titulado *Cristoforo Colombo ed il quarto centenario della scoperta dell'America*, que según las últimas investigaciones y razonamientos, gana terreno la creencia de haber nacido D. Cristóbal en Pradello el año 1436, y de haberse trasladado á Génova con su familia en 1439. Por ello, rivalizando con el puerto, se está erigiendo otro monumento, encomendado al escultor Astorri, en el municipio de Bettola, tierra piacentina. Podrá muy bien el capitán equivocarse, como en otros puntos delicados de su estudio crítico parece se equivoca, y quedará en pié la cuestión que no quiso resolver Don Fernando Colón, hijo é historiador del Almirante. Entretanto, si se multiplican las estatuas, mejor para la fama del que las origina y para las artes todas. La inscripción repetida, *A Cristóforo Colombo, la patria*, vendrá á significar que es patria de Colón el universo.

El Gobierno francés tiene decretada la erección de otra, en Calvi,

dando por buenas las probanzas de los Padres Casanova y Peretti, que á pocos han convencido. En París patrocinará una Exposición cartográfico-americana, para la que se cuenta con interesantes documentos antiguos, sobre todo relativos al Canadá.

La casa editorial de Montaner y Simón, de Barcelona, ha favorecido, por contribución de Alemania, á una *Historia del descubrimiento de América*, publicada en Leipzig como obra dedicada á solemnizar el cuarto centenario. El autor, Rodolfo Cronau, visitó previa y expresamente los lugares que describe, tomando vistas fotográficas, que en grabado adornan la traducción. Anuncia el propósito de unir á la novedad del libro el atractivo del molde, distinto de los otros colombinos, no aceptando en la vida del nauta hecho que no tenga comprobación, y suprime, en efecto, muchas de las vulgaridades que andan en voga; quedan, no obstante, en su obra, como en la del capitán italiano Baroni, alguno que otro de los errores añejos. ¡Es tan difícil desarraigarlos todos!

Rara vez deja lo cómico de seguir á lo serio. Un artículo de fondo del más popular de los diarios de París, *Le Petit Journal*, lo acredita bajo la firma de M. Thomas Grimm, al explicar lo que ha de ser

y significa *El Centenario de América*. Trátase de una fiesta *fin de siècle*, porque realmente precisa reconocer que finó grandemente el xv. Por lo demás, aunque los españoles proclaman compatriotas á los tres Pinzones, sabios franceses afirman que á Francia pertenecen. Martín Alonso, el mayor, fué, como es sabido, en la expedición de Cousin, que salió de Dieppe y descubrió el río de las Amazonas en 1488. Guió después, por consiguiente, á Colón con la seguridad de quien conoce el camino. La gloria del descubrimiento debería adjudicarse á Francia, mas como quiera que antes habían visitado normandos y escandinavos las costas de Groelandia, y por razones que no explica, guardó Cousin el secreto de su atrevida empresa, accede el señor Grimm á posponerlo juntamente con Pythéas, marsellés, que acaso llegara al que se llama Nuevo Mundo 340 años antes de Jesucristo, y acuerda primacia al Cristóbal Colón que retrató Lamartine.

Dos años ha se publicó en Madrid folleto humorístico, proponiendo para el centenario una Exposición especial de las falsedades con que de vez en cuando se, despierta la curiosidad desde las columnas de los periódicos, reuniendo respectivamente á Colón el coco hallado en Gibraltar por un capitán americano

después de flotar cuatro siglos en el mar; la fe de defunción dada á luz por *El Norte de Castilla*; la fe de bautismo encontrada en Calvi por el Sr. Giubega, con otros documentos y objetos á cual más peregrinos. No presumía el autor que habían de aumentarse por hallazgos afortunados: ahora parece que ha llevado á los Estados Unidos de América con objeto de que figure en Chicago, un M. Stritter, la espada del primer Almirante de las Indias, descubierta en la patria de Mozart; que un caballero Baldi, de Génova, posee los grillos, mejor dicho, las cadenas con que ignominiosamente se humilló al grande hombre, porque no fué económico de hierro el comendador Bobadilla, y en esto no cabe duda; el posadero de Valladolid, en cuyo mesón falleció el revelador del globo, conservó como reliquia el herraje, vinculándolo secretamente en su familia y tomando la precaución de marcarlo con letreros, cifras y logogrifos tan abundosos y hábiles, como los de la caja providencialmente hallada en la catedral de la antigua isla Española en que también el señor Baldi intervino.

En lo fantástico parece tocar el proyecto que se dice presentado al Ayuntamiento de Madrid para encauzar al pobre Manzanares, librándole de los epigramas con que en

todo tiempo han cantado sus excelencias los ingenios de la corte. El autor asegura que obra tan útil al embellecimiento y salubridad de la capital es hacedera en poco tiempo, y daría á las fiestas del centenario el sello que sin esto les faltaría, porque á más de la escuadra de buques de vapor que tiene ya contratada, invitaría á las potencias marítimas á enviar un buque que mostrase su pabellón, y como también flotaría sobre los actuales lavaderos un yacht real, y habría regatas, salvas, iluminaciones y cosas por el estilo, descenderían los madrileños la Cuesta de la Vega, buscando mejor atractivo que el de los caracoles picantes.

Volviendo á lo real y efectivo, es de registrar un fracaso sensible en el programa de reuniones. Hábase convocado al Congreso de orientalistas, con propósito de que celebrara la sesión inaugural en el local de la Academia de la Historia. Allí encontraría los manuscritos arábigos que poseemos, la biblioteca publicada hasta ahora, los catálogos de monedas expresamente formados, y recibirían á los extranjeros comunicándoles el fruto de los trabajos españoles, con los catedráticos y los académicos, misioneros en Marruecos, en Oceanía y en China que tenían acopiado un buen contingente de gramáticas y

obras doctrinales en diversas lenguas de aquellos países. Visitada después la biblioteca del Escorial, donde se guardan ejemplares únicos, se abriría la segunda sesión en el alcázar de Sevilla; la tercera en la antigua mezquita de Córdoba; la cuarta y última en la Alhambra de Granada, donde habría banquete de despedida, iluminados los jardines.

Circuladas las invitaciones con el programa de temas de discusión, surgieron dificultades originadas por desavenencia que hubo entre los miembros en el Congreso anterior de Stockolmo. Querían unos que el de España se titulara *noveno*, considerando nulo el precedente; sostenían otros que debía ser *décimo*, dando á la historia lo que es suyo, y en vista del empeño que todos ponían en la cuestión, se procuró transigirla declarando extraordinario y sin número el Congreso de España, campo neutral donde se desvanecieran las diferencias. Empeño vano; el encono del amor propio, las exigencias con que han sido acogidas las gestiones conciliadoras dirigidas á restablecer la armonía en mal hora rota, han hecho imposible el resultado satisfactorio. Por Real orden expedida el 29 de Enero, se declaró disuelta la junta organizadora, y el secretario, Sr. D. F. G. Ayuso redactó noticia

en que constan las razones por las que el Gobierno ha renunciado á dar hospitalidad al Congreso de orientalistas.

Otros suplirán la falta discutiendo materias que en el campo inmenso del saber requieren ilustración, y son tantos los anunciados, que acaso escape alguno á la diligencia con que hemos procurado registrarlos.

En el monasterio de la Rábida ha de verificarse el de los americanistas, en reunión novena. Al programa, elegantemente impreso en español y francés, acompaña un plano de la región marítima de Huelva é itinerario entre esta ciudad, la villa de Palos y el convento. Son muchas las adhesiones recibidas.

En Granada habrá Congreso de africanistas, según invitación y programa que igualmente se han circulado. Para Madrid están citados los adherentes al Congreso geográfico hispano-portugués americano; al jurídico, abierto por la Academia de Jurisprudencia; al literario, patrocinado por la Asociación de escritores y artistas; al pedagógico, organizado por *La Ilustración del profesorado hispano-americano*; al mercantil, á que invita el Círculo de la Unión, con otros de menos importancia.

Pertenecen al lucimiento de la inteligencia el concurso de la co-

misión directiva del centenario, ofreciendo premio de 30.000 pesetas y accesit de 15.000, á las obras literarias que abracen un completo cuadro del descubrimiento que se celebra; el certamen de la Real Acedemia española con premio de 8.000 pesetas y accesit de 4.000 y 3.000 á una composición en verso castellano que ensalce el suceso; el programa de la misma Academia para formar una antología de poesía lírica hispano-americana. En otro orden, la Exposición internacional de Bellas Artes, que durará del 15 de Setiembre al 15 de Noviembre y la Histórica-Americana, ofrecerán agrado á todos.

Están decididos en Barcelona concursos de ingenieros industriales, de arqueólogos y de estudiantes; en Lérida, certamen en la Academia Mariana; en Huelva, otro científico, literario y artístico; en Guadalajara, literario; en Orán se propone la Cámara de comercio español costear un monumento colombino, para que también en Africa lo tenga el que visitó aquella parte del mundo antes de dar con la nueva. Bien se ve que por doquiera se harían demostraciones patrióticas, si sólo del deseo dependiera realizarlas.

Una Real orden expedida por el ministerio de Marina, dió á entender que á fin de contribuir por su

parte al festejo, tenía determinada la construcción en el arsenal de la Carraca de una nave, reproduciendo en tamaño, forma, aparejo y demás particularidades á la *Santa María* que montaba Cristóbal Colón cuando ocurrió el glorioso acontecimiento, á fin de que el día 3 de Agosto próximo, aniversario de la salida de Palos, se hallara en el mismo puerto como recuerdo fiel, en cuanto lo consientan los datos existentes, de la famosa capitana. Los ha reunido una comisión haciendo los estudios de conjunto y detalle, trazando los planos, calculando la estabilidad y redactando memorias encaminadas á que así los ingenieros navales como los operarios de toda especie, prescindan en cierto modo de los adelantos conseguidos por las ciencias y las artes al ejecutar la obra, procurando, sin embargo, que con todas las apariencias de la rutina y de la ruda mano en el siglo xv, tenga la embarcación mayor seguridad que aquellas con que nuestros marinos se lanzaban á la exploración de costas desconocidas. El ministro del ramo presentó en el Senado el 24 de Marzo un proyecto de ley, pidiendo autorización para emprender la fábrica, en la inteligencia de calcularse el costo en 125.000 pesetas, de las que sólo tendría que librar la Junta del centenario 42.000, por

corresponder la mayor parte á los jornales de la maestranza del arsenal, y á materiales almacenados que no tienen aplicación directa en las modernas construcciones.

¿Acogerán benévolamente la idea los representantes de la nación, ó habremos de decir como el capitán Baroni, citado al hablar de su patria, *disgraziatamente, il centenario cadendo in tempi di... economie, sentirà l'influsso delle medesime?*

En caso afirmativo, á más de hacer la carabela en el arsenal de la Carraca, tendrán que hacer una especie de milagro, porque es muy breve el plazo de que pueden disponer, y no es esta de las obras que se acaban cosiendo y cantando.

En las ruinas de los edificios queda siempre algo que ayuda á formar idea de la fábrica, quedan cuando menos materiales con el sello de la mano que les dió forma. En las naves, siendo cuanto las constituyen perecedero, desaparece con la materia la noción de su conjunto. Así entre los ramos de la arqueología es el más oscuro y dificultoso el referente á la náutica, y por tanto atrevida y loable la restitución de la capitana de Colón intentada por el ministerio de Marina. El proyecto y los trabajos hechos para realizarlo, le honrarán de todos modos.

El centenario tenía en Madrid desde el año pasado de 1891 modesta crónica semanal titulada *España-Portugal*, que recogía noticias oportunas; desde 1.º de Abril circulará otra ilustrada con lujo, en que han de colaborar literatos conocedores del mundo colombino, se

nombrará *El Centenario* y ha de ser órgano oficial de la Junta directiva. *El Centenario del descubrimiento de América* se llama así mismo un libro dado á luz en estos días por D. Jesús Pando y Valle: baste por hoy la reproducción del anuncio.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Crisis de Alemania.—Propensiones intelectuales del emperador Guillermo.—Relación entre sus preferencias en el teatro y sus proyectos en el trono.—Cavilosidad acerca de su presencia en las fiestas dinásticas de Copenhague.—La familia real de Dinamarca.—El duque de Cumberland y la restitución de sus bienes por Alemania.—Carácter político de tal medida.—Pánico en Francia.—La dinamita y Ravachol.—Cuestiones orientales.—Inestabilidad del sultán egipcio.—Competencias entre Inglaterra y Rusia.—Tristes abdicaciones del rey Milán.—Luchas en la corte de Bulgaria.—Crisis de Grecia.—Conclusión.

I PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

La crisis ministerial se ha resuelto en Alemania, descargando al canciller Caprivi de la presidencia del Consejo de ministros y cargando á un aristócrata y pietista la triste obligación, como presidente del Consejo prusiano, de anunciar al Congreso la retirada irrevocable de un proyecto, como el proyecto de primaria enseñanza, en el cual había puesto la parte conservadora de este mismo Congreso más bellas esperanzas. El emperador Guillermo no recibió en herencia el modo humano de pensar y de sentir que tenía su padre, verdadero filósofo; y menos el sentimiento artístico y literario de su madre, verdadera sacerdotisa del arte y del saber. Pero sí tiene de la raza que lo produjo, de la patria donde naciera, de su estirpe y familia, de sus padres mismos, un verdadero interés por todo aquello que atañe á la región del espíritu y á las cosas espirituales. Cual Federico el Grande gusta de la filosofía y de los filósofos; cual su bisabuelo, el ilustre sintetizador del dogma luterano con el dogma calvinista, de la religión y sus problemas; cual su retío, Federico Guillermo IV, del arte y sus arrobos; cual su padre, muerto, del romanticismo idealista, si quier no tan determinado y concreto, con cierta propensión orto-

doxa, evangélica, eclesiástica, muy en armonía con aquello que fuera el genio alemán en su íntima esencia y en sus cardinales virtudes. Hay dos obras imperiales, demostrativas del interés, con que atiende á todo lo espiritual: una los discursos, elevados muchas veces á sermones, y otra los dramas sugeridos por sus personales sentimientos y puestos bajo su protección en escena. Francamente, aquí, en los pueblos de latina sangre, no comprendemos á un jefe del Estado, empeñadísimo, no bastándole su autoridad omnimoda sobre la nación y su patronato litúrgico sobre la Iglesia, en influir y reinar por medio de la predicación y hasta del teatro sobre las almas de sus harto dóciles y sometidos vasallos. Nada tan curioso por tal consideración como su drama imperial, un drama que ha pensado él y escrito su poeta predilecto, Wildenbruch. Asistente Guillermo II al primer ensayo, en que, á la manera de su pobre feudatario, el último rey bávaro, estaba él solo con los actores en la representación; y jefe de alabarderos, oficiales y oficiosos, en la noche del estreno, dirigió los aplausos, cual valiente generalísimo, en combate abierto con los innúmeros silbidos, asestados por los malcontentos, numerosos en todos tiempos y países, no al poeta, no, á su excelso y singularísimo patrono. Comedia de magia la comedia cesárea; con seis actos, á cual más esplendente y lucido, en que las decoraciones recrean los ojos con sus cambios mágicos y las comparsas con sus trajes multicolores; cuando los entusiastas, más ó menos forzados, del espectáculo vociferaban que saliera el autor, la parte hostil turbó tanto entusiasmo pidiendo, no el autor, pero sí el tramoyista, con grave desacato, á quien urdiera, en realidad, todo aquello. Pues lo hecho en el drama por su poeta favorito, coger el pesimismo á la moda, quien, para ir propiamente apodado, lleva una terminación rusa en su apellido siniestro, llamándose Pesimoff, y meterlo dentro de una botella lacrada para que no pueda salirse, cual el maldito diablo cojuelo de nuestros tiempos clásicos, vertiendo sus corrosivas ideas en las gentes germánicas; lo hecho en el drama por su poeta favorito, quiere hacer Guillermo en su trono, poniendo las peras á cuarto al batallón de pensadores materialistas y ateos, por cuyas lecciones los jóvenes, desengañados desde sus primeros años al extremo de parecer suicidas, en vez de aspirar, como sus predecesores, con verdaderas convicciones de creyentes y altísimos esfuerzos de héroes, al progreso humano, aspiran al aniqui-

lamiento universal. Y ahí está el error de Guillermo II, ahí; en lo explicado por el drama, en la superstición personal de creer que se coge un sistema científico, echándole al paso las mallas de cualquier ley coercitiva, y que, preso ya por los agentes oficiales del Estado, se le recluye dentro de cualquier calabozo y se le guillotina por mano de cualquier verdugo, al conjuro de un rescripto imperial y bajo la pesadumbre de un Estado cesáreo. Bien podía Guillermo volver los ojos á Rusia y considerar como el mayor absolutismo, posible ya en el mundo, un absolutismo entre militar y pontificio, idolatrado como un viejo fetiche asiático por generaciones de mugicks nacidas y criadas en la servidumbre del terruño, no ha podido conjurar el nihilismo difuso, á guisa del microbio epidémico en los aires, difuso por obra de misteriosas irradiaciones en los más profundos senos de aquellos esclavizados espíritus. Las leyes, los Gobiernos, los Imperios, no pueden crear un estado mental nuevo, como no pueden producir otro elemento más tangible que los estados mentales, como no pueden crear una costumbre si á su creación se opone con algún empeño el sentimiento universal. ¡Cuánto no ha esgrimido el Emperador las amenazas y las penas; cuánto no ha empleado los halagos

y las seducciones para conseguir por medio de las leyes que la conquista moral de Alsacia y de Lorena fuese tan completa y acabada como ha sido por medio de las armas la conquista material! Pues tiene bajo su férula el territorio aquel, enclavado en el Imperio alemán por enormes guarniciones militares, que lo sojuzgan y oprimen; pero no tiene los ánimos, cada día más pagados de su antigua nacionalidad francesa y de su inextinguible ideal republicano. Pues así como no ha podido adherir á su Imperio el alma indómita de una región, sometida por la fuerza, pero no conformada con su destino, y ha oído en lengua germánica y á un germano como Liebnecht dentro del Parlamento, que la conquista de Alsacia y Lorena fué un crimen; menos podrá por fuerza impeler á sus creencias las nuevas generaciones, que volverán al Cristianismo desengañadas del sofisma, si les dejan que busquen por interior impulso el libre y verdadero foco de luz y de atracción.

II

¿Va ó no el emperador Guillermo al grande festival que deberá

pronto celebrarse por la mayor parte de los príncipes europeos en Copenhague, con ocasión de una fecha dinástica ó de familia, la cual habrá de llegar pronto en el almanaque de aquella corte? La pregunta no dimana de la insanísima curiosidad que mueve hoy muchas gentes á enterarse de las vidas ajenas, aunque no les importen un bledo; proviene de grande interés político por el encuentro y vistas allí entre Alejandro de Rusia y Guillermo de Alemania, en cuyas incidencias acaso pudiera de nuevo anudarse un afecto antiguo, muy disminuido ahora por las propensiones á Francia del Gobierno ruso. Nadie ignora que la dinastía danesa hoy sustituye á los antiguos Coburgos en el ministerio de proveer con príncipes de uno y otro sexo á las regias familias europeas. Danés el rey de Grecia, danesa la sucesora inmediata del trono británico, danesa la emperatriz de Rusia, danesa la reina de Hannover; una reunión de príncipes en Dinamarca parece, no una festividad puramente particular y doméstica, un concilio de testas coronadas, todas poderosísimas. La princesa Dagmar, hoy czarina de Rusia, se personará en el aniversario de la boda de sus padres con el czar, sobre quien ejerce tan soberano y natural influjo por su virtud y su hermosura. Ninguna ocasión más propicia, ningún momento más oportuno y ningún acto más lisonjero que las fiestas de unas bodas de oro para de nuevo anudar lazos entre parientes, que fueran en sus padres y en sus predecesores eternos aliados. Una medida muy grave, tomada por el emperador Guillermo en los días últimos con los bienes á la casa de Hannover secuestrados, patentiza el propósito de aproximarse á Dinamarca y á la familia dinamarquesa. El duque de Cumberland está casado con una preciosa hermana de la czarina de Rusia y de la princesa de Gales, habiendo heradado el vínculo de la monarquía tradicional hannoveriana, suprimido por las victorias de Prusia sobre Austria. Repulsivo á toda idea de recibir un reintegro, cuya triste aceptación habría de implicar por fuerza el reconocimiento de una superior autoridad en el ususpador, ha cedido en tal repugnancia; y esta cesión en sentimientos, impuestos por la dignidad, indica reconciliaciones y amistades, que parecían imposibles tras tantas desventuras de los unos brotadas en las venturas de los otros. El rey de ese Hannover, que diera sus monarcas á Inglaterra; jefe de una dinastía secular, ante la cual parecen los Brandeburgos de ayer, ó de anteayer los Hapsburgos, pues ninguno está como los Hannovers de cercano á la vieja raíz carlovin-

gia en el tronco y rama del árbol genealógico por las dinastías europeas compuesto; el rey de Hannover, destronado á la fuerza por los vencedores prusianos; expulso de Alemania; errante y nómada en lastierras inglesas, donde los suyos guardan todavía un vastísimo imperio verdaderamente honorario y nominal, pero muy honroso á su dinastía; el rey de Hannover, proscrito de su patria y ciego, asemejábase mucho al Edipo de Sófocles y parecía destinado á transmitir al descendiente ó descendientes suyos el trágico vínculo de sus desgracias personales, como lo transmitió el protagonista de la tragedia helena, por decreto de los adversos hados, á sus hijos Eteocles y Polinice y á su hija la inmortal Antígona. Mas, parece cosa decidida que los duques de Cumberland, herederos del destronado rey de Hannover, abdiquen sus históricos derechos en manos del Emperador alemán y reciban á cambio sus cuantiosos bienes. Sentiránlo mucho aquellos periodistas de Alemania, oficiales y officiosos, á quienes llama el vulgar lenguaje reptiles alimentados con la carnaza reunida en el secuestro de los bienes del rey hannoveriano; pero á los demás nos importa poco hagan los proscritos de su capa un sayo. El interés vivo, que todo esto despierta, está en el toque de si la reconciliación entre los Cumberlands y los Brandeburgos implica otra reconciliación más alta, la reconciliación entre los Brandeburgos y los Romanoffs. El chismoso de Blowiz, ó sea, el redactor de la correspondencia telegráfica de el *Times*, en París, dice que sí; pero el Emperador afirma por su parte, que no. Allá ellos. Hasta en pueblos tan poco partícipes del gobierno como rusos y alemanes, antes de reconciliarse los sendos Césares arriba, necesitase que se reconcilien los sendos ánimos abajo. De todas suertes, la fiesta regia en Dinamarca, resultará muy dulce y tierna. El Rey no aparece como un modelo de reyes, en pugna siempre con su Cámara, por empedernido reaccionario; pero sí aparece como un modelo de padres, rodeado por sus hijos que lo veneran y lo idolatran. La reina es la mujer más casera del viejo continente. No arreglará la política, pues el temperamento conciliador suyo no ha conseguido conciliar al pueblo con el Rey; pero guisa un estofado como nadie, según me dice quien se ha chupado los dedos de gusto comiéndolo. Pobres en su juventud, el rey de Dinamarca dió lecciones de dibujo para procurar el sustento de su familia, y la Reina cocinó los escasos manjares que comieran y cosió los humildes trajes que vistieran en su

niñez reyes como el rey de Grecia y emperatrices como la emperatriz de todas las Indias y de todas las Rusias. Llamados de míseros príncipes á reyes, han comido en el trono cuanto ayunaran en su anterior modesta condición, pero no han resultado felices en política. Las revoluciones les impusieron una constitución muy desagradable á sus temperamentos reaccionarios y el Austria con la Prusia les quitaron una provincia. ¡Buena compensación su paz doméstica!

III

Grandes perturbaciones morales en París á causa de la dinamita y de los dinamiteros. Dotadas las sociedades hoy por la química contemporánea de fulminantes asoladores, piensan cuatro locos en la contingencia imposible de que sean estos fulminantes respecto de la propiedad moderna lo mismo que fueran respecto del viejo feudalismo la pólvora y sus explosiones. Pero ¡ay! cómo yerran. La propiedad individual, subsiguiente á las propiedades alodiales y amayorazgadas, no admite mejora en sus hondísimas bases. Cualquier conato dirigido á devol-

verle aquel carácter comunista ó colectivo antiguo, se frustra en la expansión liberal del espíritu moderno. Pero idles con esas á quienes pugnan por fundar un Estado para los jornaleros solos, como fué para los sacerdotes solos el Estado teocrático, y para los nobles solos el Estado feudal, y para los reyes solos el Estado monárquico: los infelices persistirán en tener un Estado para sí, no obstante haber las revoluciones contemporáneas hecho los Estados modernos para todo el mundo. Mas, ya que los dinamiteros no pueden por manera ninguna convencernos, procuran asustarnos; y á este fin se valen de fulminantes, compuestos por glicerina y ácidos varios, para conmover y derribar los edificios, puesto que no pueden ¡cuitadísimos! conmover y derribar la propiedad. Y primero en la grande arteria que forma el boulevard Saint-Germain y en la calle de Clichy más tarde, los cimientos de casas enormes se han agitado como en un terremoto; las paredes cuarteadas se han oscurecido como en un incendio; las puertas y ventanas y vidrios han saltado como á una erupción, por obra de fulminantes tan ruidosos y tan explosivos y tan devastadores, como cualquier calamidad planetaria. Imaginaos los parisienses, radicados en el suelo menos expuesto á catástrofes

que hay en el globo, de pronto sorprendidos á media noche ó de mañana por explosiones, relámpagos, centellas, fuego, como los habitantes de la clásica Parthénope al pié de su agitado Vesubio; imagináoslos, y os explicaréis que haya frizado el terror en demencia. Comedidos los escandalosos crímenes á la hora de hallarse tan buenas gentes en cama, parecían al horror apocalíptico despertado por la catástrofe, muertos envueltos en sus sudarios y mortajas, venidos de un mundo sobrehumano la víspera del Juicio final á unirse con los vivos para disiparse todos juntos en mares de cenizas bajo el sol extinto sobre la tierra dislocada. Y era el caso que todas las explosiones sucedían y estallaban en el dominio de magistrados adscritos, por causa y razón de sus cargos, á perseguir y castigar los crímenes políticos, perpetrados hoy exclusivamente por ese rebujo social infeliz, que provee de fieles tenaces al anarquismo y llena de legionarios dementados sus siniestras exterminadoras legiones. Así el pánico de los buenos parisienses había llegado al extremo de percibir muchos propietarios en su miedo natural una resolución tan grave de suyo como la defensa de admitir á magistrados por inquietos. Las gentes recelosas y tímidas trataban ya de partirse á cualquier otro punto que no fuese París, mientras las gentes resueltas y enterísimas quejábanse de una policía tan imprevisora que no evitaba los atentados, y tan floja que no cogía á los criminales, proponiendo la formación de una hueste compuesta por constables voluntarios, encargados de la seguridad pública, como la que suele formarse fácilmente, cuando se dan casos idénticos al de París, en la libre y experimentada Inglaterra. Decían los conocedores del régimen francés por dentro que la decadencia de un tan poderoso factor de gobierno, como la policía parisién, debía-se á la renuncia de Constans, muy conocedor del personal y pésimamente reemplazado en su cartera de Gobernación; á las porfías ó riñas entre la policía central, y la policía municipal y la policía judicial; á los desarreglos, con el nombre de arreglos, hechos en cuerpo tan importante de suyo, y hoy escaso ya y mal retribuido. Lo cierto es que hablaban de un éxodo las gentes; y partían en guerra contra la prefectura y el prefecto de consuno la conciencia y la voluntad general. Picáronse á este sentimiento del espíritu público los comisarios de policía en París y decidieron mostrar á las gentes quiénes eran. A este fin capital no dieron de mano á ningún medio, bien fuera lícito, bien ilícito.

El cohecho, el embuste, la seducción, el engaño, todo cuanto puede contribuir á un ojeo de criminales con arte sumo se agotó para prender al autor de las tremendas catástrofes y á sus cómplices ó cooperadores. Había en París completamente libre un criminal misterioso, muy parecido al célebre destripador Jack, por su naturaleza perversísima empleada en la maldad constante de continuo, y por su agilidad para escaparse con frecuencia entre los dedos de una policía tan avisada y despierta como la policía francesa. Este hombre, llamado Ravachol, de mirada torva, de rostro siniestro, blando hasta rayar en débil, y voluptuoso hasta parecer un epicúreo, que no león, hiena, escondía sus aguzadas uñas con tanta facilidad y disimulaba su natural perverso con arte felino tan consumado, que nadie le hubiera leído en la frente ni menos arrancado en la conversación una cualquiera de esas confesiones inconscientes é indeliberadas, producto del instinto ciego y de la espontaneidad natural con que suelen castigarse á sí mismos en momentos inesperados los verdaderos criminales. Ravachol había, por arrancarle un modesto peculio, asesinado sin piedad, con premeditación y ensañamiento, á un misero solitario ermitaño; Ravachol había degollado en una taberna del campo á dos pobres tabernereras, las cuales despidieron de sus cuerpos descabezados tanta sangre, cual si fueren reses en el matadero; por último, Ravachol había hecho saltar dos enormes caserones de París tan sólidos como antiguas fortalezas á prueba de bomba, sin que su personalidad se mostrara, como huido á otro mundo para ocultarse, después de haber cometido, brujo y duende sangriento, tales horribles crímenes en medio de una tierra tan poblada y entre una gente tan despierta como la tierra y la gente de Francia. Mas, al fin, cayó en manos de la justicia. Su temeridad en ir á público restaurant en el boulevard Magenta y el hábito de leer los periódicos le han perdido entre aquellos mozos de los establecimientos de bebida y comida, tan listos y tan impulsados por el movimiento general de la opinión en los últimos días á perseguir y encontrar los criminales como un caso de conciencia y un empeño de honra, pues hechos como los perseguidos, hechos de gentes dadas á saltar edificios en que hasta niños pueden albergarse y luego hurtar el cuerpo, no solamente indignan por su maldad, indignan, si cabe, más aún, por su cobardía. No debe, pues, extrañarnos, que la tensión de los nervios franceses haya resistido tanto y rebrotado la indispensable calma.

París está mucho más tranquilo. Quiera Dios que dure tal pacificación.

IV

Convirtamos á Oriente nuestros ojos. El hambre devastó Rusia, y la despuebla el afán de las expulsiones. Creíamos no tornar á ver éxodos como el éxodo de Israel; desarraigos de pueblos como el perpetrado por Alejandro en Sidón y por Tito en Jerusalén; proscripciones como las infligidas en el tiempo nefasto de los triunviros á los republicanos de Roma; dragonadas espedidas sobre los disidentes de las creencias oficiales, como las dragonadas de Luis XIV; por fin, expulsiones como las nuestras de los judíos en el siglo décimoquinto, de los moriscos en el siglo décimoséptimo, de los jesuítas en el siglo pasado. Pero el autócrata ruso lo ha dispuesto de otra suerte; así, medio millón de judíos llaman á las puertas de Alemania, las cuales no se abren para franquearlas el necesario paso. ¡Cuánto nos afanamos y envaneecemos de los progresos europeos, y cuán poco, á pesar de tales ufanías,

progresamos, cuán poco! Junto á la intolerancia de una Iglesia cristiana, la superstición ismaelita, reinando aún sobre las riberas del Bósforo y del Nilo, á la desembocadura del Eufrates y á la orilla del Jordán, en los dos extremos del civilizado Mediterráneo, en las tierras del Asia Menor y en las bocas del gaditano estrecho. Ahora mismo la investidura del Soldán, tan aguardada en el Cairo, acaba de suspenderse con grave desencanto de Inglaterra, por los aparatos bélicos de esta nación, quien ha reunido escuadra formidable á la vista de Alejandría, como para mostrar el sumo imperio suyo, potencia musulmana casi por sus dominios, en todo el Califato musulmánico. El ayuno, consiguiente á la mahometana cuaresma del Ramadán, que paraliza el movimiento vital en los fieles al Profeta, sirve á impedir una ceremonia repugnante al Gran Señor, á causa de la intervención británica en el virreinato egipcio y de la ocupación italiana en el desierto eritreo. Grave burla del Sultán al inglés moverle á que desplecase tal aparato en acto de cortesía externa ó de ceremonia pura; y luego dejarlo en las astas del toro, muy corrido por su exceso de celo á favor del discípulo, puesto más como enseña, que como autoridad, en los regios palacios del Cairo. Así han me-

nudeado tanto las reclamaciones británicas como las reclamaciones italianas en la Sublime Puerta, cada día más inclinada por el predominio inglés sobre las márgenes del Nilo y por la ocupación italiana en el Mar Rojo á entenderse con Rusia y Francia de modo que compongan una triple alianza. Por su parte tiene á la triple alianza de Prusia, Italia y Austria. Por fortuna para la triple, Rusia y Turquía están sujetas á una enemistad tan grande como la enemistad eterna de Austria é Italia; y el sultán de Constantinopla no puede perdurar en su aparente vida de cataléptico más que á condición de permanecer quieto, en quietud semejante á la del ídolo abandonado, quietud ¡ay! de inmovilidad y de muerte. Lo cierto es que todas estas complacencias cuestan copiosísimos y espesos sudores á la poderosa Inglaterra. En el Afghanistan, en el lecho de nuestro viejo continente, se halla con enormes dificultades ante Rusia; y en el mar de Behringh, en la tierra Norte del Nuevo Mundo, se halla con enormes dificultades ante América. Cree tener cierta tutela por sus dominios indios sobre aquellos sultanes de la meseta central del Asia, y lo niega el czar de Rusia; cree tener cierto derecho á cazar ó pescar focas en el helado mar boreal por sus do-

minios canadienses, y lo niega el pueblo de América. Si á esto añadimos las maniobras suyas últimamente descubiertas en los negocios de Tánger; las complicaciones y competencias en el interland germánico del Africa oriental; el eterno litigio con Francia, lo mismo por la isla de Madagascar que por los afluentes del Congo; los desechos de Chipre, muy quejosa del Gobierno británico, y las perturbaciones de Persia por la intervención inglesa en sus estancos interiores, así como el movimiento democrático y algo separatista de Australia, se comprenderá con facilidad cuál número de dificultades exteriores se suman á la interior insuperable dificultad de Irlanda. Por esta razón mucha gente pacífica de Inglaterra, sociedad libre y mercantil de suyo, recela del Gobierno conservador y se apercibe á derribarlo en los próximos comicios, no sea que los hunda en conflictos ajenos á su elevada naturaleza, cual últimamente uno de sus factores más valiosos, un factor liberalísimo, casi radical, Chamberlain, quiso hundirla, contra todo el carácter y todo el genio nacional, en pleno socialismo. Por fortuna, como el buen sentido predomina tanto en Inglaterra, los mismos diputados que representan el trabajo manual y jornalero en la Cámara de los Comunes, Burn y

Fenwich, continuadores del individualismo sajón, verdaderamente secular y por su raza vinculado de siglo en siglo, así como de generación en generación, para bien y gloria suyos, se han levantado á sostener los sanos principios, diciendo cómo el curso y movimiento natural de los intereses habría de concluir por imponer la rebaja del trabajo diario y el alza de las retribuciones, en virtud y por obra de la oferta y la demanda espontánea en libre contratación. Pero, como hayamos hablado en esta sección de Inglaterra, por las relaciones que potencia tan poderosa tiene con Oriente, miremos de nuevo las cuestiones orientales y sus muchas incidencias para concluir esta Crónica. El rey Milano de Servia, muy á mal con su dignidad por los deberes que impone, pero muy de buenas por los lucros que procura, se ha metido á vender y ajustar, como quien ajusta y vende peras, el dinero á recibir por los privilegios y las facultades á renunciar. Convencido, á la voz del remordimiento, de que ha resultado en el trono una verdadera calamidad para su patria, cede primero por tantos millones el dejarla en paz y tranquilidad hasta cierto grado, y después el dejarla en paz y tranquilidad para siempre de un modo resuelto y definitivo. Padre del monarca reinante, creo

que si el hijo le da dinero por ello, en caso de servirle para cualquier cosa tal acto, renuncia también á su paternidad. Trece votos únicamente han protestado en la Cámara contra tal convenio, creyéndolo tan infausto para el Rey como para el pueblo, igualmente manchados por tan escandalosa é increíble chalanería. No están mejor los búlgaros que los servios. También aquéllos padecen hoy, por la enemistad que ha estallado entre la persona del príncipe Fernando y la persona del ministro Stambouloff. Alzado éste por su audacia y por su talento á verdadera dictadura, quería tener en aquel un secretario, y nada más que un secretario, de sus acuerdos; y un editor, y nada más que un editor, de sus ideas. Pero como toda dictadura pide sangre con proscripciones, y el dictador haya fusilado en sus desvaríos al mayor Panitza y perseguido al ex-ministro Karaveloff hasta recluir á su esposa en la cárcel, violencias que le aportado tan espantosos desquites, como el asesinato de su representante diplomático en Constantinopla, el Príncipe se ha desavenido del Ministro, estallando una guerra sorda, en la cual el jefe honorario del Estado libra todas sus esperanzas al ejército, y el verdadero efectivo jefe á la policía. Dios quiera que no estalle tal guerra de un

IMPRESIONES LITERARIAS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

Aunque contradictorios los juicios que se han emitido acerca del drama *Realidad*, todos ellos coinciden en un mismo punto: la importancia excepcional de la obra. Lo mismo los que la han puesto por las nubes, que aquellos que la han censurado y aun satirizado con más saña, todos han visto, adivinado ó presentido algo artísticamente grande en la creación que ha llevado al teatro el primero de nuestros novelistas. Nunca los ánimos se apasionan ni en pro ni en contra de lo que es insignificante ó anodino. Fuerza es, por consiguiente, decir aquí algo de ese acontecimiento, el más importante de los que forman la serie literaria de las obras publicadas ó representadas en lo que va de año.

Si el drama *Realidad* no hubiera obedecido á otra cosa que al propósito, no sé si calificar de mercantil, de aumentar el producto pecuniario

de una producción artística; si fuese cosa semejante al arreglo que hace un sastre de una prenda usada para aprovecharla dándola nueva forma, sólo censuras merecería Galdós por su empresa. El arte no es una mercadería; creo que así lo entiende el autor de *Realidad*, y creo también que el proyecto que se le atribuye de convertir sus episodios nacionales y sus novelas contemporáneas en otros tantos dramas, comedias ó zarzuelas, es uno de tantos rumores sin fundamento, nacidos de la estrechez de miras con que suele juzgarse á los artistas. A Galdós no alcanzan semejantes suposiciones. Escribió su novela *Realidad* ajustándola en cierto modo á las formas del drama, tanto en lo que se refiere al plan como en lo relativo al estilo y al diálogo. La hermosa concepción de su libro, el problema grandioso que en él se plantea, enamoraron sin duda al escritor, pero

no le dejó por completo satisfecho; podía darse más relieve á los personajes, podía hacérseles hablar más alto y dar forma más expresiva á todos aquellos sueños que constituyen la trama del libro. ¿Cómo? Convirtiéndolo en drama. La empresa no era ni imposible ni muy difícil para escritor de tantos alientos como el autor de *Gloria*. La dificultad estaba casi vencida, puesto que la novela participaba de las formas dramáticas. Había sólo que simplificarla, que hacer resaltar su unidad, amenguar los parlamentos, suprimir episodios y comunicar rapidez y viveza á la acción. Hecho todo esto, el pensamiento capital de *Realidad* ganaría, á no dudarlo, en fuerza de expresión, su intensidad aumentaría y su influencia sobre el público por fuerza habría de ser mayor que la ejercida por el libro.

Si así pensó Galdós, hay que convenir en que no se equivocó. El problema encerrado en *Realidad* puede decirse que al tomar la forma representable ha producido en el público honda impresión, y por circunstancias tal vez no previstas ha venido á mostrar al arte teatral nuevos derroteros.

Sería menester estar ciego para no ver en todas las producciones literarias contemporáneas muestras de su carácter reflexivo y casi didáctico. La profecía de Lamartine

se está cumpliendo: la poesía ha llegado á ser la razón cantada. La imaginación, elemento hasta ahora casi exclusivo de la producción artística, va siendo considerada como *la loca de la casa*. Aquella poesía brillante, adornada de espléndidas galas, melodiosa unas veces como gorjeo de pájaros y otras pomposa y retumbante, ya ni nos conmueve ni nos deleita. El poeta lírico, para obtener el favor de los lectores, necesita ser un psicólogo, un metafísico y hasta un fisiólogo. Solamente es gran poeta el que acierta á encerrar en los moldes de la metrificación las misteriosas leyes del universo ó del espíritu y los fenómenos del alma. Tenemos á Heine por uno de los más grandes poetas del siglo, porque ninguno como él ha revelado las intimidades, casi siempre morbosas, de un alma agitada por las luchas y preocupaciones de nuestros días. Entre nosotros Campoamor y Núñez de Arcé han aspirado á ser poetas filosóficos; sus mejores obras lo testifican.

La misma dirección sigue la novela. Salvo muy raras excepciones, todas las que hoy se escriben tratan de plantear y resolver una tesis. El elemento artístico se subordina, ó por lo menos se equilibra con la tendencia científica. El novelista ya no se contenta con entretener; quiere probar. La aspiración de Pre-

vost, de que tanto se habló y se escribió no ha mucho tiempo, no ha encontrado eco en ninguno de los modernos novelistas, empeñados en buscar en el campo de las ciencias jurídicas, filosóficas, teológicas ó médicas, asuntos para sus libros, mal llamados novelescos. Galdós, en *Gloria*, nos presentó el problema religioso y la evolución que este sentimiento estaba experimentando allá por los años que siguieron á la revolución de Septiembre. Valdés, en su *Marta y María*, plantea también otra fase del mismo asunto, y en su última novela, *La Fé*, acomete con más bríos que fortuna la cuestión metafísica. *La piedra angular* tiene por asunto una cuestión jurídica, y no hay novelista español que no siga las mismas huellas. En el extranjero acontece lo propio: la serie de los *Rougon Macqart* aspira á ser, en primer término, un estudio patológico; Beurget es un fisiólogo; Tolstoy, Turguenef, Speelhaugen Eliot y otros de segunda ó tercera fila siguen en las distintas naciones de Europa el mismo carácter científico á que aspira el gran pontífice del naturalismo.

En el teatro reina casi sin rival la comedia de tesis. Echeagaray, Dumas, Ibsen, puede decirse que escriben teoremas representables. La célebre fórmula de Víctor Coussin, *el arte por el arte*, ha perdido ya todo

su valor práctico: la fórmula moderna es el arte por la ciencia.

Claro es que esta uniformidad, en cuanto al fin de toda la producción artística contemporánea, no es producto del capricho de los artistas, responde á una exigencia y al mismo tiempo á una necesidad del público. Prosáica nuestra sociedad como ninguna otra lo fué, desdeñosa con lo quimérico y fantástico, acometida de la fiebre del análisis, no se satisface ya tan sólo con el placer estético, quiere desentrañar la realidad, aspira más á conocer que á sentir, busca con ansia la explicación de todos los misterios y el secreto de todos los arcanos. La misma religión va tomando el carácter de teosofía, y los hombres religiosos de hoy no son en rigor creyentes, sino pensadores; no se prosternan delante de Dios como Moisés ante la zarza ardiente sin atreverse á mirar el rostro de Jehová, sino que fijan en Él sus ojos, y lo niega ó lo afirma según el testimonio de la razón.

El pensamiento capital que se contiene en *Realidad* es un pensamiento metafísico, base de una doctrina moral, si no la más compatible, una de las más adecuadas al estado de la sociedad presente. El amor al bien por el bien mismo, hacerse superior á las pequeñeces de la tierra mirándolas desde lo alto,

debe ser la norma racional de todas nuestras acciones. ¿Qué vale todo cuanto nos rodea, lo contingente y mezquino, comparado con esa perfección suprema á que puede aspirar el alma humana?

Santa Teresa exclamaba en los arrebatos de su éxtasis: «sólo Dios basta»; el protagonista de *Realidad* expresa el mismo pensamiento al despojarse de todos los lazos que le sujetan á los intereses mezquinos de la tierra. El creyente cristiano, en medio de las tribulaciones de la vida, se abrazaba á los piés de Cristo y buscaba allí consuelo á sus dolores; el hombre moderno abrázase mentalmente á la idea del bien y siéntese fortalecido y consolado. No creo que haya obra de arte moderna en que se una concepción más hermosa y con más vigor expresada, que en el drama de Galdós. Orozco ha logrado edificar su propia religión: da culto ferviente á su Dios, no sólo con la meditación solitaria, sino con la práctica reflexiva de los mandatos de su conciencia. Siéntese herido en la fibra más sensible de su corazón, en aquello á que ni la más suave de todas las religiones ha podido poner freno, á la pasión de los celos y del amor propio escarnecido. Orozco, con más heroísmo que el caballero cristiano imaginado por Calderón, no mata á la infiel; más generoso que Yorik, creación

de un poeta tan exageradamente católico como Tamayo, no mancha su mano con la sangre de los adúlteros, sino que se vuelve á su Dios y perdona, ó más bien dispensa á la traidora, no por un sentimiento de desdén, de tolerancia y de piedad, ni siquiera de fe, sino como resultado de profunda y convenida reflexión.

Cualesquiera que sean las creencias del espectador, por fuerza ha de ver en el drama *Realidad* una elevadísima concepción filosófica de una sabia y hermosa aplicación moral. Hoy, que los lazos que unían á la humanidad con Dios se rompen, ó por lo menos se aflojan, y que la religión parece extinguirse como *lámpara moribunda*, consuela ver cómo el arte nos muestra al nuevo Dios y la nueva moral sobre los muros de las pasadas creencias.

Pero, podrá decirse, este pensamiento habíalo ya desarrollado Galdós en su novela; ¿qué necesidad tenía de llevarlo al teatro? La contestación que puede darse á esta pregunta es satisfactoria. El anhelo de expresar impulsa al artista, y la novela carece de la fuerza de expresión que posee el drama. Este deseo de evidenciar el pensamiento, semejante al que impulsó, sin duda, á Calderón á convertir en auto su célebre drama, es el que ha impedido, á no dudarlo, á Galdós. Difundir lo que creemos bello, bueno y

verdadero, hacer amable lo que nosotros amamos, influir con la mayor fuerza posible entre el espíritu de las muchedumbres, son los grandes estímulos del artista. Nada hay superior á esa fuerza interior que existe en las almas escogidas: resultado de ese deseo y de esa fuerza ha sido el drama *Realidad*.

Hay, además, que advertir, que la novela de este mismo título, es esencialmente dramática, aunque no sea en su primitiva forma representable; tampoco son representables *La Celestina*, *La Dorotea*, *El Fausto*, el mismo *Guillermo Tell*, de Schiller; mas ¿quién niega que todas estas obras estén comprendidas dentro del género dramático? Como drama fué concebido *Realidad*, y lo que el autor ha hecho después no ha sido otra cosa que ajustarlo á las leyes convencionales de los teatros modernos.

Dentro de estas leyes, impuestas en parte por las condiciones materiales de los teatros, en parte por los caminos retóricos que el tiempo ha reanimado, no es difícil encontrar graves defectos en el drama de Galdós. Exposición lenta, falta de trabazón entre los diferentes actos, personajes innecesarios, episodios inútiles... Todo esto y algo más podría imputársele á *Realidad*. Pero al hacer estos cargos, ¿juzgamos la obra desde el punto de vista de lo

bello ó desde el punto de vista de lo retórico? ¿Por ventura hemos de suponer que no hay más formas dramáticas que las empleadas por Moratín, Ayala ó Tamayo? Obras inmortales han producido estos autores, pero ¿se puede asegurar que agotaron todo el arte dramático ó que fijaron definitivamente los linderos del género?

Como el poema y la novela, el drama sufre de continuo nuevas modificaciones. De la tragedia griega hasta el drama de Shakespeare y Lope, como del de éste á la comedia de Molière y Moratín hay distancias inmensas. Hoy, ya lo he dicho, la tendencia del arte es reflexiva; no buscamos en el teatro ya el interés que nace de los lances imprevistos ni del enredo de la intriga. También allí queremos pensar, analizar, penetrar en lo hondo de los seres humanos, y siendo esto así, supeditada la obra, no á la unidad de la acción, sino más bien á la unidad del pensamiento y á su mayor encarecimiento, nos interesa todo cuanto tiende á presentárnoslo bajos diferentes fases. De aquí que, á pesar de su falta de unidad y de las interrupciones que sufre la acción de *Realidad*, el público la escucha con interés, la aplaude con entusiasmo y la comenta con calor. En este caso puede aplicarse á la obra de Galdós aquellos dos versos de Boi-

leau, á propósito del *Cid* de Corneille:

«*L'Academie en corps a beau le censurer,
Le public revolté se obstine à l'admirer.*»

No quiere esto decir que Galdós haya emitido la nueva fórmula, y que su comedia sea el arquetipo de la dramática moderna; lo que sí conviene hacer constar es que ella señala nuevo campo al arte moderno, sirviendo como de feliz exploración utilísima para los nuevos dramaturgos. Con la fuerza poderosa de un hecho consumado, ha evidenciado Galdós que caben en el teatro muchos de los procedimientos antes privativos de la novela. ¿Posperaría esta nueva tendencia? ¿Se deberá el éxito de *Realidad*, más al talento de Galdós que á los procedimientos empleados en su obra? Preguntas son éstas á las cuales no es posible contestar. Por de pronto, nos encontramos con un hecho incontestable: el aplauso con que ha sido recibida una producción dramática de forma totalmente distinta de la empleada hasta ahora.

En cuanto á los caracteres, justo es decir que algo se han falseado al pasar del libro al escenario. Orozco resulta en el drama demasiado simbólico, y el de su esposa me parece también incoloro. Mejor expresado está el dualismo que constitu-

ye el alma de Viera; incierto de su espíritu, su falta de criterio moral, aunque sometido por instinto á las leyes de lo justo, es tal vez una de las mayores bellezas del drama. Pareja con el amante de Augusta, forma la figura de *la Peri* de una verdad insuperable, así como los caracteres del padre Viera y de la hormiguita de su hija.

Pero aún hay otra cualidad en la obra de Galdós, que avalora su mérito y contribuye á aumentar la complacencia con que el público ha asistido á su representación; me refiero al diálogo, siempre preciso, vivo, animado y esmaltado de flores, en que la conexión se une á la profundidad, y expuesto en un lenguaje que trae á la memoria el recuerdo de nuestros mejores hablistas.

*
* *

No es inferior la galanura de la forma en la novela *Tristana* que en el drama *Realidad*; antes bien, me parece notar en aquélla esmero más cuidadoso en seguir el giro castizo de la frase castellana. Algunos párrafos parecen calcos de la prosa de Cervantes.

Pero si en cuanto al lenguaje nada tiene que envidiar al drama la

última novela de Galdós, en cuanto á las demás condiciones artísticas está la segunda muy por bajo del primero. Nótase en *Tristana*, particularmente en las últimas páginas, cierto desfallecimiento y así como el deseo de acabar pronto y de cualquier manera, cosas ambas que borran el recuerdo de las muchas bellezas que en este libro se contienen.

El carácter de la protagonista está bien estudiado, lo mismo que el de su interesado protector y el del amante de la desgraciada joven, tres únicos factores de la novela. La acción, sencillísima, conmueve algunas veces y siempre interesa, y las cartas que se escriben los dos amantes, aparte de algunas frases de mal gusto, pintan de un modo admirable los estados por que va pasando la pasión en el alma de la enamorada pareja.

Tristana pertenece al número de las novelas psicológicas. Galdós nos presenta el estudio de un carácter soñador que, arrebatado por el ansia del ideal, va poco á poco transfigurándose hasta llegar á sumirse en la contemplación extática de la divinidad. La movilidad es el sello distintivo del carácter de *Tristana*. El amor es la voz que la llama á la vida; pero bien pronto el amor no la satisface, busca nuevos horizontes á su espíritu; apasionase del arte, pero tampoco él es bastante á

saciar su sed, cada vez mayor, del ideal.

A decir verdad, este modo de ser, un tanto fantástico, quita á la heroína de la novela no poco de valor real. Hay en ella algo de desequilibrio morboso, y antes y después de la amputación de la pierna es una enferma que quizá lleve en sus nervios el germen maniático heredado de su madre. Mucho más reales, más de carne y hueso son los otros dos personajes, tanto Horacio, espíritu prosáico, como el bueno de D. Lope, especie de D. Juan Tenorio en decadencia, al cual de buena gana se le perdonan sus picardías de seductor en gracia á su pasión por la pobre coja.

De lo dicho se desprende que la última novela de Galdós no es de las que contribuirán á aumentar la fama del eminente novelista. Es un libro más, ni tan defectuoso que sea indigno del autor de *Marianela*, ni tan bueno que merezca ser puesto al lado de *Gloria*, de *León Roch* ó *Realidad*.

*
**

Otro libro tengo á la vista, que desde las primeras páginas logra atraer y encadenar al lector: *La vida artística*, por D. Luis de Llanos.

Con ameno estilo va contando el autor, poniéndolas en boca de un pintor pensionado en Roma, los incidentes más curiosos é interesantes de la vida de los artistas en la ciudad eterna. Las escenas en los estudios de los pintores, las conversaciones llenas de animación sobre asuntos de artes, las alegres comidas entre compañeros en las *trattorias* de la capital de Italia, la lucha obstinada para vencer las dificultades del arte, las tendencias de las diversas escuelas, las costumbres de los pintores; todo ello bañado á veces de cierto tinte, ya humorístico ya melancólico, preséntase hermo-

samente expresado en el libro de don Luis de Llanos.

Entre los libros que nos ha ofrecido lo que va de año, *La vida artística* ocupa puesto distinguidísimo. Una vez empezado á leerlo es imposible dejarlo, y en cada capítulo se encuentra algo que admirar y algo que llega también hasta lo más profundo del corazón y hace asomar las lágrimas á los ojos.

El capítulo que lleva por título «Partida», es una hermosísima página que en naturalidad y en sentimiento no tienen que envidiar nada á las más celebradas de afamados escritores.

F. F. VILLEGAS.

REVISTA ECONÓMICA

La crisis financiera.—Situación del Banco.—El comercio exterior en Enero y Febrero.—Recaudaciones del Tesoro.—Programa financiero del partido liberal.—Las Compañías de ferrocarriles.—La Bolsa en el mes de Marzo.

Aunque poco, algo han mejorado los cambios sobre el extranjero. De 20 y 22 por 100 de prima que llegaron á tener los francos, han descendido en la última quincena 16 y 15,90. Este descenso ha producido el mejor efecto, no tanto por su cuantía como por su significación. Había temores, muy fundados, de que el beneficio del papel sobre París y Londres llegaría á ser igual, en breve tiempo, á la depreciación que la plata sufre en relación con el valor del oro, y como consecuencia, que nos veríamos obligados á exportar el metal blanco y adoptar para la circulación interior exclusivamente el papel moneda con curso forzoso. Esta consecuencia, que parecía inmediata, á seguir las cosas como marchaban, había producido la alarma consiguiente y señalaba su influencia en las cotizaciones bursátiles y en la postración del comercio.

Por fortuna, la baja de los cambios ha llevado alguna mayor tranquilidad á los ánimos y hecho renacer la confianza en buena parte, y sabido es la influencia que estas reacciones morales ejercen en el desarrollo de los negocios.

La causa más inmediata de esta mejora en los giros sobre el extranjero, responde á la escasez de letras que el Banco ha tomado en las últimas semanas. Para las necesidades estrictamente mercantiles, es poco menos que nulo el comercio de giros. Nuestro saldo de importa-

ciones se salda con el de las exportaciones. Importamos poco más ó menos los mismos valores que exportamos, y en los meses transcurridos del año actual nuestra exportación ha superado á la importación. El origen del desequilibrio no es ni industrial ni mercantil; es de crédito completamente. Hay que pagar en el extranjero cupones y amortizar antiguas deudas, y en los últimos meses se han pagado también fuertes sumas por *exterior*, comprado en las plazas de Berlín, Londres y París. Para liquidar estos saldos nos ha faltado moneda de curso internacional, nos ha faltado oro, y el desnivel de los cambios ha tenido forzosamente que presentarse.

Pero la causa inmediata que en mayor medida sostenía el agio ó el beneficio del papel extranjero, decíamos que habían sido las compras de francos y libras que el Banco de España se había visto obligado á tomar; y así es, en efecto. Además del servicio de cupones que el Banco hace por cuenta del Tesoro, tiene este establecimiento abierto un crédito en la casa Rothschild, de París, de 25 millones de pesetas. Su vencimiento no es inmediato, ni mucho menos; pero el Banco hubiera deseado extinguirlo lo antes posible, y á este efecto ha comprado letras, logrando reunir una suma respetable en poder de sus corresponsales extranjeros, suma casi igual al crédito pasivo. La perturbación de los cambios le ha obligado á detenerse; y cuando el mercado ha visto que el Banco no tomaba ni francos ni libras, y que había desistido de su proyecto de amortizar su deuda por anticipado, el descenso ha sido inmediato, predominando todos los días la oferta sobre la demanda.

Para el pago del cupón tiene el Banco recursos sobrados en el extranjero para bastante tiempo; y comprando con cautela en provincias y sin precipitación ninguna, ha de serle posible extinguir el crédito con la casa Rothschild sin producir perturbaciones.

Hasta ahora se han resistido cuanto han podido los tenedores de letras. Todo el mundo sabe que hay buenas sumas acaparadas, y de aquí nace la confianza de que el beneficio de los giros antes ofrecerá tendencia á la baja que al alza.

También ha contribuido á este descenso la escasa ventaja del *exterior* en relación con la que han logrado todos los demás valores en la última quincena. Por esta vez, la campaña ha estado bien dirigida. Los elementos que han dado impulso á las cotizaciones se han cuidado mucho de que los tipos del exterior en los mercados nacionales guar-

den la relación debida en los que alcanza el mismo valor en París y en Londres, para evitar de este modo el arbitraje que en otro caso se establecería en perjuicio de los giros.

En suma: la situación ha mejorado; y si no estamos de lleno dentro de la normalidad, por lo menos se ha emprendido mejor camino.

*
*
*

No es escasa la influencia que en esta mejora ha ejercido el Banco de España con el cambio radical de conducta y de procedimientos que ha venido siguiendo en los últimos meses. El desarrollo de la circulación de billetes en el último año había contribuido y no poco á formar las primeras alarmas, y la guerra que se ha hecho á nuestro crédito encontraba campo abonado en la menguada relación que existía entre los billetes y las reservas metálicas. El cambio de conducta se ha encaminado á poner tasa á esta circulación y á reforzar las reservas, y no han sido escasas las ventajas conseguidas. Con pocas cifras pueden ponerse de manifiesto. En fines de Marzo de 1891 poseía el Banco 151,5 millones en oro y 106,1 millones en plata: total, 257,6 millones en metálico para 741,7 millones de pesetas en billetes, equivalente á una proporción de reservas de 35 por 100. El último balance del mes de Marzo del año corriente acusa una existencia de oro de 181,4 millones de pesetas y 113,6 millones en plata: total, 295,0 millones para una circulación de 805,6 millones; de donde resulta una proporción para las reservas de 36 por 100, sin contar con las existencias (que oro son también) en poder de corresponsales extranjeros.

Nada tan práctico y tan conveniente en períodos de crisis como el refuerzo de las reservas de los Bancos. Todos los de Europa, á la vista del nervioso estado de los mercados, han procurado aumentar las suyas á la par que restringen también cuanto pueden la circulación de los billetes. El oro y plata acumulado en los Bancos de emisión de Europa en fines de Marzo del año anterior sumaba 7.236,5 millones, y los billetes en circulación 12.975,8, cuyas cantidades están en la relación de 55 á 100. En igual fecha del año corriente, las reservas ascienden á 8.356,0 millones y los billetes á 13.535,6, que arrojan una relación de 62 á 100.

En España la acumulación de oro en las cajas del Banco es empeño un poco difícil, y además de difícil caro, por la prima que este metal alcanza, debido á su gran escasez. Antes de ponerse en práctica la nueva ley por que el Banco se gobierna y aun antes de su discusión y presentación, el Gobierno y el Banco debieron haberse preocupado de reforzar la circulación con oro. En aquel entonces esto no hubiera sido muy costoso.

Los cambios estaban casi á la par y el premio del oro no pasaba de 4 á 6 por 100. Faltó la previsión que es la facultad más rara entre nosotros, y el conflicto se echó encima y hoy cuesta sacrificios enormes cortarlo.

El Sr. Camacho ha presentado la dimisión del cargo de gobernador del Banco. Ignoramos quién le sucederá en este alto puesto, pero quien quiera que sea, es preciso que no abandone la política seguida por el ilustre hacendista en los dos puntos capitales que dejamos señalados: reforzar cuanto sea posible las reservas y contener la circulación fiduciaria.

*
* *

Hay mejores corrientes sobre la posibilidad de llegar á un concierto mercantil (en mal hora roto) entre Francia y España. Allá y acá el deseo de reanudar relaciones es casi unánime, con la excepción única de los productores de vinos del Mediodía de Francia. Las manifestaciones y protestas del comercio y de la industria de aquel país contra el rompimiento de relaciones, no dejan lugar á dudas sobre los males que allí como aquí causa este estado de cosas.

Como la estadística del comercio exterior se publica siempre con retraso, no se conocen todavía más datos, ni en Francia ni en España, que los relativos á Enero y Febrero. Francia ha salido muy mal librada del nuevo régimen inaugurado en 1.º de Febrero. Su exportación ha decrecido mucho en dicho mes, y en cambio la importación de géneros manufacturados ha continuado en desarrollo.

En España faltan todavía datos para pronunciar un juicio definitivo. Nuestra exportación la constituyen especialmente primeras materias y en término preponderante los vinos. En el mes de Febrero la

exportación de éstos ha tenido una baja de 17 millones de pesetas, pero lo mismo puede obedecer á la elevación de las tarifas de aduanas en Francia, que al desarrollo en la exportación en el mes anterior que fué realmente extraordinario. En el mes de Enero se exportaron de España 3 millones de hectólitros de vinos comunes, cantidad que en períodos normales correspondía á cinco meses, y es natural que en los sucesivos se han de resentir los envíos de este caldo. En los demás artículos no hay gran cosa de particular que señalar en el comercio exterior de Febrero. Las importaciones aparecen valuadas en 66 millones de pesetas, con baja de 8,5 millones sobre igual mes del año anterior. La baja afecta á las importaciones de trigos y demás cereales que se van reduciendo á la nada, á los aguardientes industriales de Alemania y Suecia, al algodón en rama y al material para ferrocarriles. La importación del carbón mineral—el pan negro de la industria—continúa aumentando.

El valor de las exportaciones en Febrero ha sido de 52.587.166 pesetas con baja de 15,4 millones sobre igual período del año anterior. Este descenso corresponde por completo, y aun con exceso, á los vinos, como antes decíamos. Las demás partidas se han defendido bien, y algunas, como los minerales de hierro, los paños de lana pura, el centeno, los garbanzos, las aceitunas y las naranjas figuran en alza.

Con impaciencia esperamos el resultado de los meses sucesivos. Sin ellos, no obstante, nuestra opinión sigue siendo la misma que aquí anteriormente tenemos expuesta. Ni á Francia ni á España conviene esta tirantez de relaciones. Nuestra producción completa la suya y viceversa, y si Francia pierde nosotros no ganamos.

*
* *

La recaudación de nuestra Hacienda ha mejorado algo, pero poca cosa si se atiende á sus necesidades y al descenso de los meses anteriores. En los ocho meses transcurridos del ejercicio corriente se ha recaudado por todos conceptos 521,6 millones de pesetas, y en igual período del año anterior se recaudaron 517,5: aumento, 4,1 millones. Las principales contribuciones (fuera de la territorial) continúan

en baja, y esto arguye falta de celo en la Administración. Es grande el descenso del impuesto de derechos reales, del de aduanas y de la contribución industrial.

*
* *

La nota más culminante en el orden financiero en estos momentos, y que necesitamos recoger en esta Crónica, es el programa económico del partido liberal, programa formulado por una junta de ex-ministros y aprobado después por los representantes de la agrupación unánimemente.

Conocidas son las divisiones intestinas que trabajaban este partido en punto al problema financiero. Esta división fué la principal causa de su anticipada caída. Un grupo numeroso de él quería introducir á toda costa grandes economías en el presupuesto de gastos, en tanto que el resto del partido estimaba que estaba llamado, en primer término, á resolver el problema político, y que en la reducción de los gastos además, no era posible encontrar margen bastante para nivelar los presupuestos. La armonía que no pudo encontrarse en el poder, se ha encontrado al fin en la oposición, y el voto particular que esta minoría ha formulado, reduciendo en 33 millones las obligaciones del Estado, se ha convertido, como antes decíamos, en programa del partido. El acuerdo está llamado á ejercer poderosa influencia en la marcha política de los partidos y aun en la situación económica del país. La opinión desapasionada é independiente se ha apresurado á aplaudir, porque con muy buen acuerdo estima que la gran mayoría de nuestras desdichas y tribulaciones no tienen ni otra causa ni otro origen que el perpetuo desnivel de los presupuestos. El descrédito de los valores públicos españoles, la circulación monetaria empobrecida, el desarrollo en la emisión de los billetes y el agio de los cambios, proceden única y exclusivamente de los déficits de los presupuestos. Si este portillo se cerrara, y se cerrara principalmente por la reducción en los gastos, la situación cambiaría de un modo inmediato y el crédito mejoraría y la normalidad no tardaría en establecerse. No hay valores más productivos en Europa que los valores españoles, y el día en que el equilibrio en los presupuestos se restablezca, su marcha ascendente ha de tomar

forzosamente grandes vuelos. Esta conclusión es de una evidencia inmediata, y por lo mismo que lo es, ha sido recibido con verdadero entusiasmo y alegría el programa del partido liberal que á este propósito se encamina.

*
* *

La Bolsa ha mejorado bastante en las últimas semanas. La liquidación de Marzo se hizo en alza: un año ó poco menos hacía que no sucedía otro tanto. La tendencia, á la hora en que escribimos, sigue siendo buena. El dinero que acude al mercado es abundante, y las operaciones al contado alcanzan una firmeza que inspira gran confianza. En cambio el papel abunda poco. A pesar de la continuada baja por espacio de nueve meses, el rentista ni se ha asustado ni se ha desprendido de su papel. Esperando mejores tiempos, y convencido de que ninguna otra colocación podría serle tan provechosa, se ha mantenido en sus posiciones, y es posible que no tenga motivos porque arrepentirse.

La baja ha sido producto — ¡cuántas veces lo hemos dicho! — de la especulación y no más que de la especulación, siempre hambrienta de locas ganancias.

Los últimos cambios (con el cupón cortado) son los siguientes á la hora de cerrar esta Revista:

4 por 100 interior, 63,45.—4 por 100 exterior, 68,75.—4 por 100 amortizable, 76,60.—6 por 100 billetes de Cuba, 102,00.—5 por 100, 93,25.—Acciones del Banco, 337.

Los valores de nuestros ferrocarriles, cuyos mercados principales son París y Barcelona, también se han repuesto algo. El Gobierno ha presentado á las Cámaras un proyecto de ley, facultando á las Compañías para sobrecargar en un 12 por 100 las tarifas de gran velocidad, y esto, unido al descenso de los giros sobre el extranjero, que á última hora queda por bajo de 17 por 100, ha de contribuir á mejorar estos valores.

Nada más por hoy.

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| <i>Historia del Teniente Yergunof, por Iván Turgueneff.....</i> | 5 |
| <i>La Muerte de Nicolai Levine, por el Conde León Tolstoy.....</i> | 30 |
| <i>Las tres Misas rezadas, por Alfonso Daudet.....</i> | 38 |
| <i>Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas, por Jhon Stuart Mill.....</i> | 46 |
| <i>Carta á la juventud, por Emilio Zola.....</i> | 117 |
| <i>Ultratumba (poesía), por Angel Guimerá.....</i> | 144 |
| <i>La Música de la lengua Castellana (Discurso pronunciado en la Real Academia Española), por Francisco Asenjo Barbieri.....</i> | 146 |
| <i>La Mujer española en Santafé de Bogotá, por Soledad Acosta de Samper.....</i> | 161 |
| <i>Diamantes (poesía), por F. Rivas Frade.....</i> | 169 |
| <i>Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro.....</i> | 170 |
| <i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.....</i> | 181 |
| <i>Revista literaria, por Francisco F. Villegas.....</i> | 193 |
| <i>Revista económica, por un Ex-Ministro.....</i> | 201 |

